



LA ARAÑA Y LA MARIPOSA

LENA SVENSSON

• EL CUARTO CASO DE GRETA LINDBERG •



se

En el pueblo de Mora, los meses se han vuelto apacibles mientras el invierno llega lento y perezoso para instalar noches eternas y días de encierro. Un hombre, sin embargo, ha sido hallado muerto envuelto en nailon, colgando de una viga, en un viejo internado para varones.

Ese crimen enseguida remite a la desaparición de un niño ocurrida más de treinta años antes en el mismo internado, que nunca pudo ser resuelta. La investigación, entonces, estuvo a cargo de Karl Lindberg, actual inspector y jefe de la policía de Mora, además de padre de Greta, librera y detective aficionada, que no puede evitar investigar cada homicidio que se produce en el pueblo.

Pronto, los crímenes aumentan, aunque la astucia del asesino los disfraza de otra cosa: suicidios, muertes naturales. No hay más conexión entre ellos que el pasado común en el internado y la presencia de mariposas en cada uno de los asesinatos. El homicida trabaja con la minuciosidad y la paciencia de una araña en cuya tela van cayendo uno a uno aquellos que estuvieron relacionados con la desaparición nunca esclarecida.

Lena Svensson ha creado con Greta Lindberg una detective inusual: sagaz pero luminosa, lectora incansable de novelas de misterio, con guiños a otros autores del género; esta vez, Greta deberá lidiar, además de investigar las muertes, para delicia de los lectores que la siguen con devoción, con una media hermana, con los preparativos de la boda del padre y con un vínculo amoroso con el teniente Stevic que se afianza página a página.



Lena Svensson

La araña y la mariposa

Greta Lindberg - 4

ePub r1.2

Titivillus 07.08.15

Título original: *La araña y la mariposa*
Lena Svensson, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*Tú solo te sientas ahí
como una mariposa encerrada en cristal;
eres tan frágil que te puedes romper.*

Who was that masked man, VAN MORRISON.

*Muchos homicidas lunáticos son
muy tranquilos; gente sencilla.
Amigos encantadores.*

Diez negritos, AGATHA CHRISTIE.

PRÓLOGO

Mora, 9 de febrero de 1980.

El teléfono despertó al agente Karl Lindberg cerca de las siete de la mañana. Se había acostado muy tarde la noche anterior y le costó discernir si lo que retumbaba en sus oídos era efectivamente el teléfono o la maldita alarma del reloj despertador que sonaba cuando se le antojaba. Se rascó la cabeza y barrió la habitación con los párpados entornados. En algún momento, mientras estaba dormido, había llegado a rodar hasta el otro lado de la cama, así que estiró el cuerpo para alcanzar el teléfono. Su torpe mano chocó con el aparato y logró sujetar el tubo antes de que cayera al suelo.

—Lindberg —dijo después de emitir un sonoro bostezo para que no le quedaran dudas a la persona que llamaba de que acababa de interrumpirle el sueño.

—Buenos días, agente.

Como si lo tuviera enfrente, Karl se incorporó de inmediato y, al hacerlo, se golpeó la cabeza con el respaldo de la cama. Se mordió los labios para no soltar una palabrota.

—Buenos días, inspector. —No era usual que el inspector en jefe, Bjarne Fälemark, lo llamase a su casa un lunes tan temprano por la mañana. Si se había molestado en levantar el teléfono para comunicarse precisamente con él, que apenas llevaba un par de años en la comisaría, debía de tratarse de algo importante.

—Necesito que se presente de inmediato en el internado Brandeby: han denunciado la desaparición de uno de los niños. Grahn ya está al tanto y lo espera en el lugar —le informó.

Luego, sin despedirse siquiera, cortó. Karl se quedó mirando el teléfono durante unos segundos antes de reaccionar.

Una desaparición.

Parecía un caso importante; tal vez, el más importante desde que se había graduado en la Escuela Superior de Policía. En un pueblo como Mora, con menos de diez mil habitantes, el delito más grave al cual se había enfrentado había sido una reyerta entre dos granjeros que se disputaban un pedazo de tierra. La situación se había salido de control cuando uno de los involucrados le había prendido fuego al tractor del otro. Más allá de ese incidente, y algún que otro acto de vandalismo de parte de un grupo de muchachos que se emborrachaba los fines de semana, la vida de policía, en un lugar como aquel, resultaba demasiado monótona.

Su madre y su hermana, Ebba, apenas un año menor que él, creían que estaba desperdiciando su talento al quedarse en el pueblo y lo habían instado a mudarse a Gotemburgo o a Malmö; incluso estaban convencidas de que podía hacer carrera en la policía de Estocolmo; sin embargo, nunca había entrado en sus planes marcharse de Mora. Había nacido y se había criado allí, le gustaba pescar en el lago o salir a cazar por los alrededores. Era su lugar en el mundo, y no lo cambiaba por nada. Además, había un motivo que lo ataba al pueblo desde hacía unos meses: Sue Ellen Carlisle. La muchacha, de origen inglés, se había mudado a Mora después de que su abuela había muerto y le había legado una casa. Trabajaba como maestra de primer grado y, además, escribía poemas y llevaba publicados tres libros en su país natal.

Karl la había conocido en una reunión en casa de su amigo Lars Magnusson, ya que su esposa, Mia, y Sue Ellen enseñaban en la misma escuela. De inmediato fue cautivado por una llamativa cabellera roja, que casi siempre llevaba trenzada en un costado de la cabeza, y por unos enormes ojos verdes, que parecían mirar todo con excesiva curiosidad. El flechazo había sido mutuo, y, a partir de esa noche, se volvieron inseparables. Llevaban saliendo algunos meses y, aunque todavía era demasiado pronto, estaba pensando seriamente en proponerle matrimonio. La amaba y sabía que era ella la mujer con quien quería pasar el resto de su vida.

Se peinó el pelo con los dedos y saltó fuera de la cama. Unos cuantos minutos bajo la ducha terminarían de despertarlo. Escuchó que la vecina, la señora Stridner, llamaba al perro, seguramente para sacarlo a hacer sus necesidades, y, a través de las delgadas paredes del apartamento, también podía oír discutir en japonés a los Tanaka. El ruido del agua amortiguó cualquier sonido, y, mientras tarareaba una canción de Los Beatles, pensó que esa tarde pasaría por lo de Sue Ellen para invitarla a cenar.

* * *

El internado para varones Brandeby era una de las instituciones escolares más reconocidas del país. Había sido fundado casi cuatro décadas atrás y por esas aulas habían pasado varias generaciones de alumnos que se habían convertido en personalidades destacadas dentro de la comunidad. No cualquiera ingresaba al internado, ya que el elevado costo del arancel mensual solo podía ser solventado por familias de muy buena posición económica; aquellos padres que no contaban con el dinero suficiente para enviar a sus hijos al colegio, al menos tenían la posibilidad de solicitar una beca.

Una de esas familias eran los Roth, quienes, tras inscribir a su hijo Thomaz en el Programa Nacional de Becas, habían conseguido que el pequeño de ocho años fuese aceptado. Y ahora, Thomaz estaba desaparecido.

Cuando el agente Lindberg arribó al lugar, todavía no había despuntado el sol, y el espeso manto de nieve que había dejado la última tormenta cubría los costados del camino. El colosal edificio de dos plantas de estilo neoclásico era una construcción porticada revestida de granito blanco que ocupaba buena parte del terreno y estaba ubicado al sur del pueblo, en Rishagsvägen.

Se bajó del auto, un Volvo 144 Deluxe color azul cobalto, y el aire helado lo obligó a subirse el cuello del abrigo. Se miró las manos enrojecidas y farfulló una maldición por haberse olvidado los guantes, la noche anterior, en casa de Sue Ellen. Se miró en el espejo retrovisor solo para comprobar que la nariz también había adquirido ese típico color rojizo que lo hacía ver como Cavity Sam, el paciente del juego Operación. Avanzó por el estrecho sendero que conducía a la entrada principal y vio el auto de Frederic Grahn estacionado a un costado del edificio.

El forense salió a recibirlo con una expresión de desconcierto en el rostro. Tenía un par de años más que él, y trabajaban juntos desde que se había incorporado a la fuerza. Formaban un buen equipo, no solo en el área laboral; también solían ir a pescar juntos al lago Vänern algún que otro fin de semana.

—Lindberg, qué bueno que llegaste. —Se frotó las manos para calentárselas y lo escoltó hacia el interior del edificio.

—¿Qué tenemos?

—Thomaz Roth, ocho años, volvió anoche al internado después de pasar el fin de semana en su casa, y esta mañana ya no estaba.

En el enorme vestíbulo, sentada en un sillón, vio a una pareja joven tomada de la mano. Grahn le murmuró que se trataba de los padres del niño. Muy cerca de ellos, una pelirroja, enfundada en un ajustado *tailleur* color beige, caminaba en círculos mientras se mesaba frenéticamente el cabello. Karl pensó que era bonita y, si no hubiese sido por que sus ojos eran negros, hasta le habría encontrado cierto parecido

con Sue Ellen. La mujer se detuvo, de repente, cuando reparó en su llegada.

—¿Es usted el oficial a cargo? —preguntó y lo miró de arriba abajo.

Karl se quitó la bufanda y extendió el brazo hacia ella.

—Así es, señorita. Soy el agente Lindberg, y usted es...

—Maria Nûjen, soy la asistente del director. Él no ha llegado todavía, pero me pidió que le dijera que estará aquí cuanto antes. Estuvo el fin de semana en Estocolmo, y, apenas supimos lo de Thomaz, le avisamos.

Karl asintió. Rápidamente sus ojos claros pasaron de la pelirroja a la pareja que seguía sentada en el sillón. Cuando el hombre lo miró, se le hizo un nudo en la garganta. Nunca le había tocado lidiar con los padres de un niño desaparecido y, por un segundo, las palabras se le atoraron.

—Señor Roth, señora... —Fue Frederic Grahn quien intervino ante el silencio de su compañero—. Necesitamos hacerles algunas preguntas.

La mujer ni siquiera levantó la cabeza. En una mano sostenía la foto de quien, supuso Karl, sería su hijo, mientras que, con la otra, apretaba la de su esposo al punto de que la piel de los nudillos se le había vuelto blanca.

El oficial miró de soslayo al forense para darle a entender, con un gesto que nadie más percibió, que él podía arreglárselas sin colaboración. Lo envió a la habitación del niño para recolectar evidencias y, una vez que se quedó a solas con los padres y la señorita Nûjen, sacó la libreta de anotaciones.

—Según tengo entendido, los internos pasan el fin de semana con la familia y vuelven el domingo por la tarde. —La asistente del director asintió—. ¿A qué hora llegó el niño ayer?

—Thomaz —replicó Viktoria Roth y lo taladró con los ojos aguados—. Mi hijo se llama Thomaz.

—Lo trajimos a eso de las seis —terció el esposo.

Karl asintió.

—¿Qué hizo Thomaz después de que sus padres lo dejaron? —preguntó a la asistente.

—Estuvo un rato en el salón de juegos junto a los demás niños hasta la hora de la cena, que siempre es a las siete. Luego, subió a su habitación y, esta mañana, cuando no bajó a desayunar, nos dimos cuenta de que ya no estaba.

—¿Compartía el cuarto con alguien más?

La pelirroja asintió; luego, le indicó que mirara hacia el comedor en donde un grupo de cinco niños se mantenían entretenidos mirando la televisión.

—Su compañero se llama Kasper Høgh, es el niño del suéter verde.

—¿Qué ha dicho él al respecto?

—Kasper asegura que anoche, cuando se durmió, Thomaz estaba en la cama y que, esta mañana, cuando no lo vio, pensó que ya se había levantado, porque solía estar en pie antes que los demás niños —respondió Maria Nûjen antes de soltar un suspiro tan hondo que hizo que la chaqueta del *tailleur* se le ajustara a la altura de los pechos.

El joven agente apartó la vista de inmediato y se enfocó en su rostro.

—Me gustaría hablar con él a solas. ¿Hay algún lugar donde podamos hacerlo?

—Venga por aquí, agente. —Lo condujo hasta una puerta en la cual se podía leer «Ulf Billengren» en grandes letras doradas y, debajo, resaltaba la frase «Director General»—. Tome asiento, por favor. Enseguida traigo a Kasper.

Apenas cerró la puerta, Karl se dedicó a admirar el despacho. El lugar, atiborrado de muebles y con un gran ventanal que daba al bosque, concordaba con el resto del edificio: soberbio y elegante. Las butacas eran de cuero rojo y, sobre los estantes de una de las bibliotecas, había una colección de fotografías de niños. Se acercó y comprobó que se trataba de imágenes de las distintas generaciones que habían pasado por Brandeby, ya que los alumnos llevaban el uniforme del internado: unos pantalones grises, una camisa blanca impoluta y un corbatín azul. Buscó la más reciente, en la cual, además de los niños, aparecían la señorita Nûjen, un hombre de traje oscuro que, imaginó, sería el director y, más atrás, un grupo de cuatro mujeres, que seguramente eran las encargadas de impartir las clases. Distinguió una figura algo encorvada en el fondo de una de las fotografías, era un individuo joven de aspecto algo tosco que miraba a uno de los niños. ¿Quién sería? Todavía era demasiado pronto para saberlo, pero no tardaría en averiguarlo. Aquel podía ser su primer caso importante, y no pasaría por alto ningún detalle.

La puerta se abrió, y Maria Nûjen entró: llevaba a Kasper Høgh de la mano. Se acercó a ambos y le pidió a la mujer que los dejara a solas; ella, al principio, se mostró algo reticente, pero terminó por ceder.

—Siéntate, Kasper. —Movié la butaca para él, y el niño obedeció.

Karl lo observó atentamente antes de disparar la primera pregunta. No lucía asustado, aunque sí un poco distraído.

—Dime, ¿qué fue lo que pasó anoche con Thomaz?

El niño se encogió de hombros.

—No sé, señor —respondió mientras balanceaba los pies.

—¿No viste ni escuchaste nada?

Negó con la cabeza; no lo miró y, por un instante, tuvo la sensación de que algo le ocultaba. Se puso en cuclillas para estar a su altura y le sonrió.

—¿Seguro? Mira que cualquier detalle que a ti te parezca insignificante puede

ayudarme a resolver el caso. Supongo que tanto tú como tus amigos quieren que Thomaz aparezca.

—Sí, señor.

—¿Entonces, no recuerdas nada?

Hizo silencio, como si necesitara tiempo para armar una respuesta. ¿Qué le estaba ocultando? ¿Qué podría guardarse para sí alguien de su edad? ¿Cuánto tendría? ¿Siete, ocho? No quería presionarlo, pero, si sabía algo sobre la desaparición de Thomaz Roth, no se iría hasta que se lo dijese.

—No debes tener miedo; si viste o escuchaste algo, ahora es el momento de que lo digas.

—Es que si le digo lo que sé, los papás de Thomaz se van a enojar mucho —respondió al tiempo que bajaba considerablemente el tono de voz mientras miraba hacia la puerta.

—No, no se van a enojar —lo tranquilizó—, al contrario, ellos quieren saber qué pasó con su hijo. —Le sonrió para instarlo a que soltase eso que aseguraba saber.

—Thomaz no desapareció. —Se acercó a él y se cubrió la boca con la mano para hablarle al oído—. Él se escapó anoche, yo lo vi.

Karl lo miró. Trató de indagar en aquellos ojos azules si le decía la verdad o solo estaba jugando. Decidió seguir con las preguntas.

—¿Y por qué querría Thomaz escaparse del internado? Kasper volvió a guardar silencio.

—¿Había alguien que lo molestaba? ¿No le gustaba estar aquí?

—A ninguno de nosotros nos gusta este lugar —respondió y curvó la boca en un gesto de fastidio.

—¿A Thomaz tampoco?

—Tampoco.

—¿Lo viste cuando se escapó?

Kasper asintió, aunque, otra vez, había desviado la mirada.

—¿Te dijo algo?

—No... Me hice el dormido, pero vi cuando metía su colección de mariposas en la maleta antes de irse.

—¿Sabes a qué hora fue eso?

Negó con la cabeza. ¿Sería posible que Thomaz Roth se hubiese escapado del internado? Se resistía a que el caso de desaparición que acababa de caer en sus manos se convirtiera de golpe y porrazo en la aventura de un niño travieso. Había algo que no le cerraba. Si de verdad había huido, ¿lo habría hecho solo o con la ayuda de alguien? Afuera hacía un frío de los mil demonios como para atreverse a salir en

medio de la noche. De repente, sus ojos volvieron a una de las fotografías que decoraban la biblioteca. La buscó y se la mostró a Kasper.

—¿Cuál es Thomaz?

Kasper señaló a un niño de pelo oscuro sentado en el extremo derecho de la primera fila. No sonreía y parecía estar incómodo.

—Esa foto la hicieron en el verano, antes de las vacaciones —manifestó y se buscó a sí mismo en la imagen.

—Dime, Kasper, ¿quién es el muchacho que aparece detrás?

—Es Gregor, cuida el jardín y arregla las cosas cuando se rompen. A nosotros nos da miedo, pero la señorita Nûjen dice que es bueno.

Cuando Karl puso más atención a la fotografía, descubrió que el tal Gregor tenía algo debajo del brazo. Era un objeto cuadrado de madera, y, al preguntarle a Kasper si sabía qué era, la respuesta que le dio lo dejó con más dudas que certezas. ¿Qué hacía el jardinero del internado con la colección de mariposas de Thomaz Roth?

* * *

El inspector Fälemark irrumpió en el despacho del agente Lindberg y lo encontró con la nariz metida en una de las carpetas del caso Roth. Habían pasado dos semanas desde la desaparición del niño y no había ningún rastro de su paradero. Los padres se negaban a aceptar la posibilidad de que se hubiese escapado, mientras que, en el internado, se hicieron eco de las declaraciones de su compañero de habitación, por lo cual aseguraban que no era descabellado pensar que Thomaz, que siempre se había caracterizado por ser un niño arisco, hubiese decidido fugarse para vivir su propia aventura. Fälemark tuvo que carraspear para que Lindberg reparara en su presencia.

—Buenas tardes, inspector —dijo y arrojó, sobre un montón de papeles, el informe que se había redactado apenas unas horas después de que se había sabido que en el prestigioso internado Brandeby había desaparecido uno de los niños.

—¿Sin novedades? —preguntó el superior al tiempo que se paraba frente a la ventana.

Continuaba nevando, y, según el pronóstico, la tormenta se iba a extender al menos un par de días más. Miró caer los copos helados con aire displicente, en ese momento, las pulgadas de nieve que cubrían el suelo eran el menor de los problemas. La comunidad de Mora exigía que se hallara al niño sano y salvo; los padres incluso habían hecho una sonada aparición delante de las cámaras de televisión para

suplicarle a quien fuera que se hubiese llevado a Thomaz que se lo llevara de regreso. Por supuesto, ni la demanda del pueblo, ni los ruegos afligidos de los Roth habían servido de mucho, solo habían provocado que los teléfonos de la comisaría no pararan de sonar con teorías sobre la desaparición del niño o con gente que aseguraba haberlo visto en una sucursal de IKEA o en la estación de trenes. Por supuesto, se investigó cada pista, cada nueva información, pero, al igual que el pueblo, todo se enfrió rápidamente y la policía ya no sabía por dónde continuar.

—Nada, señor. Hemos recibido la llamada de una mujer que asegura que Thomaz subió a un tren ayer por la mañana con destino a Gotemburgo, que se sentó muy cerca de ella y que incluso llevaba con él su colección de mariposas —respondió mientras se rascaba la cabeza—. La prensa se encargó de difundir detalles de la investigación gracias a la imprudencia de sus padres. —Hizo un gesto para que al inspector le quedara claro que no los culpaba, pero que, sin dudas, haber metido a los medios en todo aquel asunto solo había entorpecido su trabajo—. Por lo tanto, que alguien llame para decir que vio a un niño con una colección de mariposas, ya es moneda corriente. Parecería que a Thomaz se lo hubiese tragado la tierra.

—¿Sospechosos?

—Al principio, nos llamó la atención el jardinero del internado, Gregor Spira. Según el testimonio de los demás chicos, Thomaz pasaba mucho tiempo con él, incluso le dejaba su colección de mariposas cuando se iba a la casa de sus padres para que se la cuidara. Sin embargo, no hay nada que lo sindee como responsable de la desaparición; es más, cuando hablé con el muchacho, se mostró bastante afectado y dijo que no creía la versión de que Thomaz se hubiese escapado, pero hemos revisado el internado de arriba abajo y peinamos los alrededores sin éxito. La verdad es que ya no sé qué pensar, inspector —manifestó agobiado.

—Thomaz tiene que estar en algún sitio; nadie desaparece de esa manera sin dejar rastros —replicó Fälemark tan desconcertado como él. Giró sobre los talones y lo miró directamente a los ojos—. Habrá que empezar de nuevo, agente Lindberg. Interrogar a los padres, a los demás niños y al personal de Brandeby, alguien sabe algo y no lo dice. No le quite el ojo de encima al jardinero, aunque no tengamos evidencia en su contra, es el sospechoso más viable. Al menos, hasta que surja otro caso, ocúpese de este y trate de resolverlo antes de que la prensa haga añicos nuestra reputación.

Karl lo observó mientras abandonaba el despacho; luego, sacó un cigarrillo y lo encendió. ¿Qué mierda le importaba a él la prensa o la reputación de la comisaría? Tenía en sus manos la desaparición de un niño de ocho años y, aunque nadie se atreviese a decirlo en voz alta, a dos semanas del hecho, la peor sospecha rondaba en

la cabeza de todos. Le dio una honda calada a su Marlboro y se recostó en la silla. Sus ojos azules se quedaron contemplando cómo, afuera, la nieve seguía cayendo sin tregua. El caso lo estaba consumiendo, llevaba dos días sin poder dormir y tenía un humor de perros.

Pensó en Sue Ellen. Ella era su cable a tierra; sus cálidos brazos, el refugio hacia donde escapar de tanta miseria humana. Esa noche se aparecería en su casa con una botella de vino y el anillo que había comprado la semana anterior. Esa noche, le pediría que se casara con él.

En efecto, se animó a proponérselo, y ella, tras soltar unas cuantas lágrimas, aceptó convertirse en su esposa. En un abrir y cerrar de ojos, los días se fueron convirtiendo en semanas. El invierno recrudecía y, pronto, sin que nadie pudiese hacer nada para evitarlo, una importante investigación de contrabando a nivel regional enterró el caso de la desaparición de Thomaz Roth bajo la nieve.

CAPÍTULO 1

Kasper Høgh intentó aferrarse a los pocos segundos que le restaban de vida con todas sus fuerzas. La textura rugosa del concreto le lastimaba las manos, y el peso de su cuerpo lo arrastraba inexorablemente hacia abajo. Los rayos de sol lo cegaban y no le permitían ver el rostro de su verdugo, aunque no necesitaba mirarlo a la cara. Sabía que ese día llegaría. El pasado, esa bestia agazapada que esperaba el momento oportuno para atacar, siempre volvía para cobrar las deudas. Ahora, él estaba pagando por lo que había hecho.

Le dolían los dedos, ya no aguantaría mucho más. Miró hacia abajo, y sus ojos azules se perdieron en el vacío. Su cuerpo terminaría estrellándose en un sucio callejón de Mockfjärd. No era así como había imaginado el día del juicio final, había pensado que moriría en una cama de hospital víctima, seguramente, de un cáncer fulminante por culpa de las dos cajas de cigarrillos que se fumaba a diario y rodeado de sus seres queridos, no así, roto en mil pedazos y sangrando por todos lados. Gritó, preguntó por qué, pero como única respuesta solo recibió una sonrisa macabra. De su garganta, salió un alarido de dolor cuando el taco de una bota de cuero le aplastó los dedos. Sintió cuando se quebraron, sintió cuando la mano abandonó la seguridad de la cornisa de concreto y sintió su cuerpo precipitarse al vacío. Cerró los ojos mientras sus brazos se sacudían torpemente, como si, en un último y desesperado intento por salvarse la vida, creyera que podía volar.

El cuerpo de Kasper Høgh terminó por estrellarse contra un enorme contenedor de basura. La sangre empezó a manarle de la boca y de las orejas a borbotones. Se retorció en un violento estertor antes de que el corazón le dejara de latir. Desde las alturas, contemplando la dantesca escena como si fuera un dios, el verdugo volvió a sonreír.

* * *

Greta aminoró la marcha del Mini Cabrio y se inclinó un poco hacia adelante para cambiar la estación de radio. Desde hacía casi una semana, todos los pronosticadores de turno advertían sobre una ventisca que se acercaba a la región central del país. Si bien ya estaban en época de recibir la primera nevada, esperaba que, al menos, la tormenta no llegara a Mora hasta después de la boda de su padre. Le dolía el estómago cada vez que miraba el almanaque y veía que la fecha estaba cada vez más cerca. ¡Había tanto que organizar y contaba con poco tiempo para terminar de ultimar detalles! Ella, a pesar de todo el trabajo que tenía en la librería y el tiempo que le dedicaba al Club de Lectura, se había ofrecido a tener todo listo para el 20 de noviembre, día elegido por Karl para celebrar su boda con Nina Wallström.

Contaba con la ayuda de la propia Nina, de su tía y de Hanna, pero, aun así, parecía que las horas del día no alcanzaban. Por las noches, terminaba extenuada y sin ganas de nada, solo de meterse en la cama y no despertar hasta que todo hubiese pasado. Sin dudas, quien más resentía su agotamiento físico y mental era Mikael. Tal era así que le había lanzado una amenaza que pensaba cumplir a rajatabla: después de la boda la secuestraría un fin de semana para llevarla a la paradisiaca isla de Sandhamn para que lo recompensara por su falta de atención durante el último mes.

Dejó de buscar una estación que no diese la lata con el clima cuando escuchó el estribillo de *Sail away*, una de sus canciones favoritas del grupo finlandés The Rasmus. Empezó a tamborilear los dedos en el volante al ritmo de la melodía mientras el Mini Cabrio avanzaba por Vattugatan. Se dirigía a una de las empresas de *catering* para degustar uno de los menús de la boda. Era el quinto en lo que iba del mes, y el exceso de calorías extras empezaba a notársele en la cadera. Después de todo aquel ajeteo, retomaría el ejercicio y quizá lograra convencer a Mikael de que la acompañara a correr.

Pasó por Moramast, la fábrica de postes de iluminación que en los últimos años se había convertido en líder del sector en el mercado sueco, y, al doblar en Rishagsvägen, una motocicleta se le atravesó en el camino. Greta alcanzó a pisar el freno antes de colisionar con el vehículo de dos ruedas. Farfulló unas cuantas maldiciones al aire, porque el sujeto que conducía ni siquiera se detuvo, muy por el contrario, apretó el acelerador como si estuviese huyendo de algo. ¿De dónde vendría? ¿Hacia dónde se dirigía con tanta prisa?

Fue imposible reconocerlo, ya que llevaba un abrigo con capucha que le cubría la cabeza y buena parte del rostro; sin embargo, el número de la placa era fácil de

memorizar. Repitió la combinación varias veces hasta que la pudo anotar en su teléfono móvil. No había ocurrido nada serio, solo un gran susto que la había hecho saltar del asiento, aunque la ofuscación que traía encima era tanta que al menos el conductor de la motocicleta se merecía escuchar un par de regaños suyos. Estaba por regresar el teléfono al bolso cuando empezó a sonar. Aparcó el auto a un costado del camino para hablar con más calma, miró el reloj, era temprano todavía, ya que los del *catering* la esperaban a las dos.

—Hola, Hanna —dijo al tiempo que bajaba el volumen de la radio—. ¿Pasa algo? —Habían hablado antes de salir y le extrañó la llamada.

—Greta, acaban de avisar los del salón que hay que ajustar el presupuesto.

—¿Por qué? Ya habíamos acordado un precio...

—Sí, Greta pero ahora dicen que hay otros factores a considerar, por ejemplo, la instalación de un generador por si se llega a ir la energía eléctrica. Los del servicio meteorológico insisten en que viene una tormenta, y los del salón alegan que es mejor estar prevenidos. Creo que es lo más sensato, ¿no te parece?

Hanna tenía razón, no podían correr el riesgo.

—Está bien, pasaré a hablar con ellos antes de volver a Némesis. ¿Algo más?

Hanna guardó silencio, otra vez tenía la sensación de que quería hablarle y no se animaba. Hacía algunos días que la notaba preocupada y que cavilaba con la mirada perdida. No era normal en ella quedarse callada durante tanto tiempo. El romance con Lasse iba viento en popa y ya estaban pensando en irse a vivir juntos. Hanna le aseguraba que era feliz, y le bastaba ver el brillo en los ojos de su primo para comprobar que efectivamente lo eran.

—¿Vas a soltarlo o tendré que adivinarlo? Te conozco, Hanna y sé que te mueres por contarme algo. —Su olfato detectivesco rara vez le fallaba, y le molestaba no poder ser capaz de discernir qué ocurría exactamente con su amiga.

—Greta, no es algo que se pueda hablar por teléfono —dijo, por fin, resignada a que una vez más era imposible tratar de mantener un secreto cuando la pelirroja andaba cerca.

—Perfecto, esta tarde apenas tenga un hueco paso por tu estudio para que charlemos largo y tendido, ¿de acuerdo?

—No tengo otra opción, ¿no?

—No.

Hanna rio.

—Está bien, te espero entonces. Nos vemos luego.

Puso en marcha el Mini Cabrio nuevamente y decidió apagar la radio cuando el locutor empezó a hablar de deportes. Llegó a la empresa de *catering* diez minutos

antes de lo pautado; de todos modos, la encargada, que conocía su escasa disponibilidad de tiempo libre, la atendió enseguida. Esa tarde le tocaba degustar la enorme variedad de postres que ofrecía el menú. Después de casi una hora, no fue sencillo elegir, por eso se decantó por dos platillos: *crumble* de frutas rojas con vainilla, que era el postre favorito de su padre, y *dammsugare*, unos pastelitos de mazapán y chocolate rellenos con *punsch*, que le parecieron los más deliciosos que había probado en su vida.

Pasó a hablar con los del salón y, cuando llegó a su apartamento, tuvo tiempo para darse una ducha antes de bajar a la librería. *Miss Marple* parecía haberse contagiado del entusiasmo por la boda y se la pasaba canturreando todo el día, la muy ladina tenía el tupé de despertarse temprano por la mañana con su infaltable *Mamma Mia*. Por supuesto, eso ocurría casi siempre cuando Mikael se quedaba a dormir. La relación entre ellos seguía siendo bastante conflictiva, y, aunque el teniente hacía de todo para conquistarla, la lora no cedía.

Desde el cuarto de baño, pudo escuchar que parloteaba bajito, como si estuviera cuchicheando con alguien. Cuando salió, envuelta en una toalla, la encontró subida al hombro de Mikael mientras él le ofrecía una almendra. Greta se cruzó de brazos y contempló la escena asombrada. Parecía que *Miss Marple*, además de ser celosa, malcriada y ladina, también se vendía al mejor postor.

—Es la única manera de que acepte ser mi amiga —dijo Stevic a modo de justificación por la almendra que *Miss Marple* acababa de tragarse.

—La acostumbras mal —comentó Greta mientras iba hacia el tocador—. Se aprovecha de ti y te usa como más le conviene.

Los ojos azules del teniente Stevic se deleitaron con el culo de la pelirroja que se marcaba debajo de la toalla húmeda.

—¿Te das cuenta de que hablas de una lora, no?

Dejó a *Miss Marple* en el suelo y se levantó de la cama. De una zancada se colocó detrás de ella; la asió de la cintura y la apretó contra su cuerpo. Respiró hondo, olía a vainillas. La joven apoyó las manos en las de él y lo miró a través del espejo.

—Sí, pero creo que es *Miss Marple* la que no se da cuenta.

Stevic sonrió. Luego, empezó a besarle el cuello mientras le levantaba la toalla para apretarle las nalgas. Ella dio un respingo, pero se dejó hacer. Los últimos días habían sido caóticos y apenas habían tenido tiempo para estar juntos. Lo extrañaba a pesar de que dormía con él casi todas las noches.

—¿Cómo te fue hoy? —le preguntó al tiempo que le mordía el lóbulo de la oreja.

Ella dejó escapar un suspiro. Cerró los ojos cuando la mano de él se deslizó por su vientre.

—Bien... Eso creo —respondió mientras se perdía en las sensaciones que lentamente iban minando su cuerpo—. Ya elegí los postres, hablé con los del salón porque querían ajustar el presupuesto y me queda ver al reverendo Erikssen para ultimar los detalles de la decoración de la iglesia. Él se ofreció a hablar con alguien que conocía para tener las flores a tiempo.

—Ajá —asintió Mikael como si los detalles de la boda de su jefe realmente le importaran. Estaba feliz por él y por Nina, aunque, desde que Karl había anunciado que volvería a pasar por el altar durante una cena familiar, Greta corría de arriba abajo para tenerlo todo organizado para el 20 de noviembre. Por suerte, faltaba poco. Después, como le había prometido, se la llevaría lejos para que nada ni nadie los molestara, al menos, durante un fin de semana. Las cosas en la comisaría estaban tranquilas y, a pesar de que Miriam los había dejado para irse a Estocolmo a preparar su examen de ascenso, se la arreglaban bastante bien. Lo más molesto era, sin dudas, ver la cara de perrito abandonado con la cual llegaba Peter Bengtsson todas las mañanas. Le acarició la entrepierna y le arrancó un gemido.

—Mikael... —Pretendía que su voz sonara a protesta, pero apenas pudo balbucear su nombre cuando él, con la otra mano, le apretó un pezón—. Es tarde, hoy me toca a mí abrir la librería.

Resignado a que otra vez se quedaría con ganas de más, el hombre le sonrió a través del espejo.

—Me debes unas cuantas, pelirroja —le recordó.

Ella giró, se puso en puntas de pie y lo besó.

—Prometo recompensarlo, teniente, téngame un poco de paciencia. —Se quitó la toalla que le envolvía el cabello y empezó a peinárselo. Tenía ganas de cortárselo a la altura de los hombros, pero, cuando le había preguntado a su padre qué pensaba, el inspector Lindberg se ocupó de dejarle bien en claro que le daría mucha pena si decidía cortárselo. Siempre había tenido debilidad por esa cabellera rojiza, por lo tanto solo se haría un pequeño retoque para la boda, algo que él ni siquiera notaría—. ¿Vienes esta noche, no?

—Sí, si no surge nada, aquí estaré —contestó desde la puerta.

—¿Ningún caso importante? —quiso saber antes de que se marchara.

Mikael negó con la cabeza. Era la pregunta que siempre le hacía Greta cuando se veían. Después de un «¿cómo estás?» o un «¿cómo te fue?» trataba de indagar sobre los casos que llegaban a la comisaría. Pero nada de lo que había ocurrido en Mora durante los últimos meses conseguía captar su atención. Parecía que se aburría cuando no tenía un misterio que resolver. Ni siquiera todo el trajín que implicaba organizar la boda de su padre le hacía dejar de lado la afición a los enigmas. Ante la falta de un

caso interesante donde meter las narices, no le quedaba otra que resignarse a descubrir un crimen en alguna de las novelas que solía leer.

Miss Marple, que se paseaba por encima de la mesita de noche, repitió el nombre de Mikael hasta el cansancio después de que él se marchó. La joven trató de ignorarla porque solo lo hacía para captar su atención. Se vistió con unos pantalones vaqueros blancos y una camisa oscura de mangas largas, como abrigo eligió el suéter de rombos amarillos que le había tejido su tía Ebba. Se recogió el cabello en una cola de caballo, dejó a *Miss Marple* con su cantinela y bajó a Némesis. Lasse le había avisado que ese miércoles llegaría más tarde porque tenía que hablar con un amigo suyo que estaba por dejar el pueblo y buscaba a alguien de confianza a quien rentarle la casa. La convivencia con Hanna era casi un asunto resuelto, ambos estaban entusiasmados con la idea de irse a vivir juntos, aunque no encontraban todavía el sitio perfecto donde mudarse. Con suerte, Lasse regresaría con una buena noticia.

Dejó el teléfono móvil debajo del mostrador y fue a buscar el exhibidor de novedades para ubicarlo a pasos de la entrada. A través del escaparate, reparó en una motocicleta estacionada frente al hostal de la señora Schmidt y, al mirar el número de la placa, la identificó enseguida. Era la misma que casi había colisionado con el Mini Cabrio apenas un par de horas antes. Se moría de curiosidad por cruzar la calle y averiguar a quién pertenecía, pero no podía dejar el negocio; le tocaba esperar el regreso de su primo. Tal vez, tuviese suerte y lograra ver al conductor; se dirigió hacia el mostrador para revisar la lista de pedidos, aunque sus curiosos ojos miraban continuamente por encima de la pantalla en dirección a la calle.

Uno de los proveedores de Estocolmo llamó para avisarle que la remesa de libros de Michael Connelly que había pedido se retrasaría un poco por problemas en la distribución. Mientras hablaba con el sujeto, al cual no conocía en persona, pero, quién sabe por qué razón, imaginaba bajito, con gafas gruesas y una incipiente calvicie, vio salir a la señora Schmidt a la calle seguida por un jovencito que llevaba el cabello cortado de una manera bastante estrafalaria: rapado a los costados de la cabeza y una cresta en la coronilla que peinaba hacia un lado. Le dio un beso en la mejilla a la dueña del hostal y, tras montarse en la motocicleta, partió en dirección a Köpmanagatan.

Greta supo de inmediato de quién se trataba: era Emil, el nieto de la señora Schmidt. El adolescente solía visitarla mientras su madre, recientemente divorciada, luchaba por empezar de nuevo tras casi veinte años de matrimonio. Según tenía entendido, estaba en Oslo, en casa de una amiga para reponerse de una separación traumática. La señora Schmidt no hablaba mucho al respecto porque adoraba a su hijo; sin embargo, los rumores que circulaban por el pueblo aseguraban que Leb

Schmidt había atrapado a su esposa en la cama con su mejor amigo y que la había golpeado hasta casi desmayarla. En ese momento, decidió que olvidaría el incidente de esa tarde, después de todo, no había ocurrido nada serio. El pobre de Emil ya tenía bastante con el divorcio de sus padres.

* * *

Sandviken, provincia de Gävleborg.

Vanja Lassgård llegó al pequeño apartamento que compartía con su madre mientras maldecía por otra jornada infructuosa de trabajo. Llevaba tras la pista del tal Lipponen desde hacía poco más de una semana y no lograba encontrarlo. Su esposa la llamaba a diario para atosigarla con preguntas sobre cómo iba la investigación, pero ella no tenía nada para decirle, por lo tanto, muchas veces prefería ignorarla. La pobre no entendía que, por más que insistiera en saber y se preocupase por el paradero de Robert Lipponen, él no iba a aparecer. Era como si se lo hubiese tragado la tierra. Aunque, durante la pesquisa, Vanja había destapado un historial de infidelidades de parte de Lipponen hacia su esposa, hasta el momento, nada hacía sospechar que la desaparición tuviese que ver con alguna aventura amorosa.

Había repasado el informe que le había entregado uno de sus contactos en la policía cientos de veces y tampoco había nada extraordinario en la investigación, ningún hilo del cual empezar a tirar para develar el misterio: Lipponen había dejado su casa en las afueras de Ockelbo para ir a su trabajo en la oficina de correos, ubicada en Barrsätragatan, el 10 de noviembre a la mañana. Pero algo sucedió en el trayecto que lo hizo desviarse del camino, ya que su auto apareció abandonado a un lado de Second Chans, una tienda de venta de artículos de segunda mano en Svarvargatan. En el interior del vehículo, estaban el teléfono móvil y la identificación de Lipponen, además, no había señales de violencia, por lo que, al principio, se pensaba que el hombre se había marchado por voluntad propia. Incluso, se pensó en un suicidio, pero, ante la falta de un cadáver, la pista se enfrió. Vanja sabía que la policía no le prestaba la atención necesaria al caso, también Amanda Lipponen, quien ante la falta de novedades, había decidido contratarla a ella para que iniciara su propia investigación.

Llevaba trabajando como detective privado desde hacía cinco años, la agencia que había abierto en un local del centro era de pequeñas dimensiones, pero estaba bien

situada. Muchas veces, cuando su madre no podía ayudarla, ella misma atendía el teléfono o redactaba los informes. La mayoría de los casos que caían en sus manos tenían que ver con el seguimiento de alguna persona, y, casi siempre, quien la contrataba era una mujer desconfiada que la enviaba a espiar a su marido. Por eso, cuando Amanda Lipponen apareció en su oficina, toda angustiada por la desaparición de su esposo, intuyó que se trataba de un caso de esos que solía ver pasar de lejos y aceptó de inmediato ponerse a sus servicios.

Entró en la cocina para buscar algo de comer. Llevaba al menos medio día sin probar bocado, y le gruñían las tripas. No había señales de su madre por ninguna parte, estaba acostumbrada a que la esperase con un café caliente y algún dulce, por eso le extrañó encontrarse con aquel inusual silencio. Sacó las albóndigas que habían sobrado de la cena de la noche anterior y las calentó en el microondas, a falta de unos bollos de canela, las albóndigas eran más que suficiente para calmarle el hambre. Con el plato lleno y una lata de cerveza en la mano se dirigió al salón para sentarse frente a la televisión. Sonrió al oír el ruido de las llaves en la puerta; su madre entró, dejó el abrigo en el perchero y apretó el bolso de cuero contra el pecho. Dejó de mascar cuando vio que se cubría el rostro. Como impulsada por un resorte, se levantó del sofá y corrió hasta ella.

—Mamá, ¿qué pasa?

Isabell Borg no dijo nada, tampoco la miró. Luego, como si hubiese esperado aquel encuentro todo el día, se derrumbó en los brazos de su hija y se echó a llorar. Vanja logró trasladarla hasta el sillón. Buscó el control remoto para bajar el volumen del televisor, pero no halló el maldito aparato por ningún lado. De un manotazo, lo apagó y se sentó al lado de su madre. Cuando le apretó la mano se dio cuenta de lo fría que estaba.

—¿Dónde estuviste? ¡Mamá, por favor, no me asustes!

Isabell Borg había pasado hacía rato los cincuenta, aunque aparentaba mucho menos gracias a continuos tratamientos de belleza y al tinte renegrido de su cabello, que simulaba las canas que le habían empezado a salir antes de los cuarenta. De contextura delgada y piel blanquísima, casi transparente, daba la sensación de ser una mujer desvalida. Sin embargo, Isabell Borg era todo lo contrario. De una fortaleza envidiable, había conseguido sacar adelante a su hija después de que su esposo muriera en alta mar cuando la niña apenas tenía siete años.

—Vanja... —dijo el nombre en apenas un susurro cargado de tanta angustia que la joven pudo sentir cómo el corazón se le disparó en el pecho. Era la primera vez que veía a su madre tan abatida, ni siquiera cuando se cumplía un nuevo aniversario de la desaparición de su padre, se ponía de aquella manera.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Dónde estabas?

—Hace unos días, me hice unos chequeos de rutina y, hoy, fui a retirar los resultados para llevárselos al doctor Hoffner. —Hizo una pausa para respirar hondo, las palabras que le había dicho el médico todavía retumbaban en su cabeza como si fuese una sentencia de muerte—. Dice que estoy en una etapa temprana de Alzheimer y que, con la medicación adecuada, podrá retrasar los síntomas de la enfermedad.

Vanja la abrazó y, sin que Isabell se diera cuenta, se secó una lágrima con el puño de su camisa. ¿Alzheimer? ¿Su madre? ¡No lo podía creer! ¡Tenía que haber un error!

—¿Estás segura, mamá? Tal vez...

La mujer la apartó y la miró directamente a los ojos.

—Sí, cariño, el doctor Hoffner fue muy sincero conmigo.

—Me habría gustado acompañarte.

—No, fue mejor así, Vanja —aseveró, al tiempo que aparentaba una fuerza de la cual empezaba a carecer. Ni siquiera sabía cómo sería su vida a partir de ese momento; había tantas cosas que ya no volverían a ser como antes. ¿Cuánto tardaría en olvidarse de su nombre? ¿Y cuándo dejaría de reconocer a su propia hija?

—Podríamos buscar una segunda opinión —sugirió la muchacha abrumada por la terrible noticia.

—Si quieres podemos hacerlo, aunque confío ciegamente en el doctor Hoffner. Él me habló de un lugar, cerca de Estocolmo. Es una clínica especializada en Alzheimer, tal vez, podría...

—¡Ni se te ocurra, mamá! —replicó Vanja y se puso de pie. Le dio la espalda para que no descubriera que estaba llorando otra vez—. No voy a separarme de ti, ni a dejarte en un sitio como ese.

—Es la mejor opción que tenemos, hija. No vas a poder hacerte cargo de mí, y, allí, sabrán cómo hacerlo. Es lo más lógico, ¿no te parece? —A ella también le iba a doler la separación, pero no estaba dispuesta a convertir la vida de su Vanja en un infierno. Vio cómo negaba con la cabeza, sabía que a tozuda no le ganaba a nadie, sin embargo, pronto habría que tomar una decisión y esperaba que ella estuviera de acuerdo.

Le dio unos golpecitos al sofá y le pidió que volviera a sentarse. Todavía había algo más que quería contarle, debía hacerlo porque el Alzheimer, poco a poco, le iría quitando la capacidad de retener en la memoria los recuerdos: había un secreto que llevaba guardado durante demasiado tiempo y ya era hora de que saliera a la luz.

—Ya hablaremos de eso más adelante, mamá —manifestó Vanja, que se tumbó a su lado y le apoyó la cabeza en el regazo. Isabell le acarició el pelo, tan rubio... tan parecido al de él. No sería sencillo revelarle la verdad ahora, después de que Vanja

creciera amando a un hombre al que llamaba «padre». Había vivido engañada durante casi cuarenta años, y el temor más grande de Isabell era que su hija no la perdonase nunca por haberle mentado, pero Vanja tenía derecho a conocer la verdad sobre su origen, así que se armó de coraje y se preparó para hablar con ella. Empezó por contarle de unas vacaciones de verano en Skanör, cuando tenía dieciséis años, y de un muchacho que había conocido en la playa. Le dijo que había sido un flechazo, que le sudaban las manos y le temblaba la voz cuando lo tenía cerca. Que los encuentros se habían tornado cada vez más frecuentes y que, una noche, mientras sus padres dormían, se había escapado para encontrarse con él.

—Mamá, ¿por qué me cuentas eso ahora? —preguntó interrumpiendo el relato.

—Porque pronto lo voy a olvidar y quiero que conozcas la historia con todos los detalles —respondió al tiempo que esbozaba una sonrisa—. Fue el verano más intenso de mi vida, Vanja. Mi primer enamoramiento, mis primeras escapadas para verme a escondidas con un muchacho que, además era algunos años mayor que yo, y, en esa época, la diferencia era mucho más notoria que ahora. Pero como todos los amores de verano, el mío surgió de repente y se fue tan rápido como llegó. Nunca más volví a verlo; sin embargo, fue imposible borrar su imagen de mi mente a pesar del tiempo que transcurrió, bastaba verte a ti para verlo a él.

Vanja, que había estado escuchándola con sumo interés, no reparó en el significado de esas palabras de inmediato. Luego, cuando las fue desmenuzando en la cabeza como si se tratase de una investigación, se incorporó y taladró a su madre con una mirada inquisidora.

—Sí, Vanja —asintió Isabell antes de que ella tuviera la oportunidad de preguntar—. Ese romance veraniego trajo consecuencias, la consecuencia más inesperada y hermosa de toda mi vida. —Le acarició la mejilla—. Perdóname por no haberte contado la verdad antes, cariño, pero no quería que sufrieras. Sé lo mucho que amabas a Simon, y él te adoraba, siempre fuiste su pequeña florecita aunque no llevaras su sangre.

En ese momento, como si alguien estuviese proyectando una vieja película, en la cabeza de Vanja se acumularon los recuerdos de la infancia: la visita al zoo cuando tenía apenas cuatro años, el doloroso raspón en la rodilla después de caerse de la bicicleta, el primer día de clases... En todos esos instantes había estado presente Simon Lassgård, el hombre a quien ella creía su padre. El hombre que había muerto en un accidente de pesca a tan solo dos semanas de su cumpleaños número ocho.

Miró algo confundida a su madre, aunque después de oír el relato ya no había ninguna posibilidad de que todo aquello no fuera más que un mal sueño. El Alzheimer, y la verdad sobre su origen, que aún conocía a medias, eran demasiado

abrumadoras como para salir indemne. Ni siquiera una mujer como ella, acostumbrada a los reveses de la vida, era tan fuerte como para resistir el impacto. Tenía ganas de gritar, de llorar, de despotricar contra su madre por haberle mentido todos esos años; sin embargo, fue incapaz de reaccionar. Guardó silencio durante unos cuantos segundos, en los cuales tampoco pudo mirar a Isabell a los ojos.

Clavó la mirada en la fotografía que descansaba encima de la chimenea, se acercó y la tomó entre las manos. Había sido tomada en Estocolmo, en el Tivoli Gröna Lund, uno de los parques de diversiones más antiguos del país, durante unas vacaciones de verano, cuando ella apenas tenía dos años. Su padre la sostenía en brazos mientras ella, a su vez, trataba de llevarse un enorme algodón de azúcar a la boca. Lo único que se veía eran sus dos coletas rubias y su mano regordeta apretando el dulce. Una sonrisa triste le curvó los labios; no quería volver a llorar, pero sentía que había crecido en un cuento de hadas como los que Isabell solía leerle antes de irse a dormir. Regresó el portarretrato al sitio de siempre y giró sobre sus talones.

—¿Quién es mi padre entonces? —preguntó más por curiosidad que por interés en seguir escarbando en un pasado que les dolía demasiado a las dos.

Isabell Borg respiró hondo y se tomó todo el tiempo del mundo para responder.

—Vanja, tu padre fue Simon, él te crio y te amó, aun cuando siempre supo que no eras suya. Espero que tus sentimientos hacia él no cambien ahora que conoces la verdad; no te lo conté para que salgas corriendo a buscar al hombre que te engendró, creo que no tiene caso que lo hagas después de tanto tiempo. Fue un desliz de verano, él ni siquiera está al tanto de tu existencia. ¿Cómo crees que reaccionaría si de repente te presentas y le dices que eres su hija? Piénsalo, cariño, lo mejor es no escarbar en el pasado.

Vanja no estaba de acuerdo. Ella tenía derecho a saber de quién era la sangre que corría por sus venas. Podría, incluso, tener hermanos. Aunque había crecido feliz como una niña mimada y había acaparado la atención y el cariño paterno, siempre se preguntaba cómo sería tener un hermano o una hermana con quien compartir juguetes, pelearse o contarse secretos. La mentira también le había robado eso. Necesitaba saber más, ahora que conocía parte de su verdad, no se detendría hasta averiguarlo todo. Sin embargo, no presionaría a su madre, no la atosigaría con más preguntas, al menos, no por el momento. Isabell estaba demasiado angustiada como para seguir hablando del asunto, así que le dio un beso en la frente y se fue a la cocina para prepararle un té.

CAPÍTULO 2

Cuando Mikael llegó a la comisaría esa tarde, se encontró a Ingrid en la recepción, que bebía una taza de café con chocolate mientras leía ensimismada una de sus tantas novelas románticas; la saludó sin detener su andar, y la mujer apenas le echó un fugaz vistazo por encima de las gafas para volver rápidamente a la lectura. No entró a su oficina, sino que siguió hasta el centro de comandos en donde, supuso, estarían los demás, pero solo encontró a Peter Bengtsson, quien sonreía embobado mientras hablaba por su teléfono móvil. Stevic carraspeó para anunciar su llegada, y Cerebrito se incorporó en la butaca de un salto como si acabase de ser atrapado cometiendo alguna travesura. Bajó el tono de su voz y se despidió de Miriam con un beso.

—¿Cómo le está yendo a la agente Thulin en Estocolmo? —Rodeó la mesa y observó las pocas carpetas que había encima, clara señal del escaso movimiento delictivo de los últimos meses. A veces, se preguntaba cuándo volverían a tener un caso resonante de nuevo, y, al igual que a Greta, la falta de emoción lo estaba haciendo caminar por las paredes. Seguramente, las lenguas viperinas del pueblo lo condenarían al infierno si se enteraban de que esperaba que algo ocurriera para poder salir de aquella abulia aplastante en la que se habían sumido después del asesinato de Malte Metzgen, ocurrido en el verano.

—Bastante bien, teniente. Ya ha pasado dos exámenes con excelentes calificaciones. Este fin de semana, le toca una prueba práctica en el campo de tiro, está muy nerviosa, y yo, desde aquí, trato de darle ánimos —respondió y se colocó las gafas que hasta ese momento llevaba sobre la cabeza—. Si no surge nada importante, es muy probable que vaya a visitarla el viernes, por supuesto, pensaba pedirle permiso al inspector antes —aclaró.

Mikael dudaba de que Karl tuviera cabeza para algo más que no fuese su boda, y,

si Bengtsson le pedía unos días de asueto, seguramente se los daría sin siquiera querer saber el motivo. Cuando le preguntó al muchacho si el inspector o Nina estaban en la comisaría, Peter le dijo que ninguno de los dos había regresado después del almuerzo. Sabía que la boda los tenía con los nervios a flor de piel, y la falta de un caso que requiriera de toda su atención al menos había servido para que planearan el evento con tranquilidad. Karl ya había pasado por el altar y lo notaba entusiasmado, con la ilusión de un novio principiante; lo percibía que estaba tan inquieto como Nina, quien, después de haber pasado de relación en relación, sin pena y sin gloria, por fin podía concretar su sueño de convertirse en la esposa del inspector Lindberg.

Sin saber exactamente por qué, se encontró pensando en su propia boda. Él también la había pasado fatal por culpa de los nervios y hasta había llegado a la iglesia con casi media hora de retraso, lo que provocó no solo el pánico de Pia y sus suegros, sino la burla de sus amigos, porque, según ellos, se había robado el protagonismo de la novia al llegar tarde a la boda. El teléfono lo llevó de regreso al presente. Se inclinó sobre la mesa y levantó el tubo.

—Habla Stevic. —Al otro lado de la línea nadie contestó; sin embargo, alcanzó a escuchar el pitido de un tren. Esperó unos segundos y nada—. ¿Hola? ¿Hay alguien allí? —insistió, cansado de aquel absurdo juego. No tenía tiempo que perder así que decidió cortar, pero fue entonces que alguien empezó a respirar con fuerza.

—Oiga, ¿llamó para quedarse callado?

—Se ha cometido un crimen en el pueblo; si van a la casa de verano de los Lundkvist encontrarán un cuerpo.

Luego, sin decir nada más, le cortó. El teniente se quedó con el teléfono en la mano, trataba de discernir si la voz que acababa de escuchar era de un hombre o de una mujer; la habían distorsionado, por lo tanto fue imposible saberlo, aunque tuvo la sensación de que se trataba de alguien joven.

—¿Qué pasa, teniente?

Mikael colocó el tubo en su sitio y se rascó la cabeza. Podía tratarse de una broma de algún adolescente aburrido que no tenía otra cosa mejor que hacer que molestar a la policía con una denuncia falsa, pero la verdad era que tampoco podía ignorar la llamada. Decidió no mencionar el asunto a su compañero, primero, se acercaría hasta el lugar para constatar si en efecto había un cuerpo en la residencia de los Lundkvist, antes de alarmar a los demás.

—Tengo que salir, Bengtsson. Cualquier novedad, me llamas al móvil —anunció y se puso de pie de repente.

Peter ni siquiera tuvo la chance de volver a preguntar qué pasaba porque, en dos zancadas, el teniente Stevic abandonó el salón de reuniones y lo dejó con las ganas de

saber quién había llamado.

* * *

—¿Estás segura?

Hanna asintió. Greta era la primera en saberlo y, aunque experimentaba cierto alivio por desahogarse con alguien después de callarlo durante todo un mes, se sentía completamente desorientada. La noticia la había tomado por sorpresa porque tanto ella como Lasse habían tomado precauciones; de todos modos, de nada habían servido. Cuando se le retrasó el período, trató de no preocuparse, ya que siempre había sido irregular, sin embargo, los días se transformaron en semanas, y ya no pudo ignorar lo que pasaba; así que una mañana tomó su auto y decidió ir hasta Orsa. Comprar un test de embarazo en la farmacia de Mora, donde trabajaba la prima de su padre, habría sido catastrófico. No se había hecho la prueba ese mismo día, lo había pospuesto hasta que ya no aguantó más la incertidumbre y, en el baño del estudio, una mañana lluviosa de octubre, descubrió que estaba esperando un hijo.

—Sí, Greta. Después de hacerme el test fui al hospital y el doctor me lo confirmó —respondió mientras jugueteaba con un bolígrafo al que le quitaba y le ponía el capuchón—. Tengo casi ocho semanas de gestación.

Su amiga asintió. Conociendo a Hanna, presentía que era la primera en enterarse de la noticia. No tuvo que preguntárselo, estaba segura de que todavía no se lo había contado a Lasse. Ahora comprendía el porqué de los cambios de humor y del silencio durante el último tiempo.

—Deberías decírselo a mi primo cuanto antes...

—No; no quiero hacerlo todavía, Greta. Te lo conté a ti porque necesitaba decírselo a alguien y, como mi mejor amiga, te pido, por favor, que guardes el secreto.

—Hanna, no vas a poder ocultarlo por mucho más tiempo —repuso la pelirroja en un intento por hacerla entrar en razón.

No le veía sentido al hecho de que pretendiera ocultárselo a Lasse cuando eran una pareja estable que incluso pensaba en irse a vivir juntos. La fotógrafa la miró con un gesto suplicante.

—Prométeme que no dirás nada, Greta. —Esperó hasta que ella dijera que sí y respiró hondo—. La verdad es que me aterra la posibilidad de convertirme en madre —confesó—. Es una gran responsabilidad que no creo estar preparada para asumir en este momento de mi vida; con Lasse estamos bien, pero llevamos juntos unos pocos

meses y acabamos de decidir probar la convivencia. Un hijo apresuraría las cosas, y no es lo que quiero; además, temo la reacción de tu primo cuando se entere. Nunca hemos hablado del asunto.

—Hanna, sabes tan bien como yo cuánto sufrió Lasse con la muerte de Annete Nyborg; ella esperaba un hijo suyo cuando fue asesinada y le costó mucho sobreponerse. Creo que la noticia de tu embarazo lo haría muy feliz y sanaría esa vieja herida del pasado que lo marcó tanto.

—No lo sé, Greta. Te juro que he intentado decírselo, pero no he podido. Supongo que se debe a que ni yo misma me hago a la idea de que voy a convertirme en madre. —Se llevó la mano al vientre todavía chato y sonrió—. Me asusta muchísimo lo que vendrá. La reacción de Lasse, la de mi padre...

Su amiga le tomó la mano.

—No pienses en eso ahora, solo busca la mejor manera de contárselos. Sé que todo irá bien —le aseguró para contagiarle su entusiasmo. Estaba feliz por ella porque, a pesar de todos sus miedos, sabía que Hanna sería una madre estupenda. Se levantó, rodeó el escritorio y la abrazó—. No quiero presionarte, pero quiero estar primera en la lista de opciones para ser la madrina de tu bebé.

Hanna se secó una lágrima.

—Sabes que no hay ninguna lista, Greta. Siempre fuiste mi primera opción —afirmó al tiempo que recordaba esa vez en la que, cuando eran niñas, habían hablado de lo que querían para sus vidas cuando fuesen grandes.

Hanna había asegurado que recorrería el mundo y, luego, volvería al pueblo para casarse y tener una hija a la cual bautizaría Candy, en homenaje a su animé favorito. Por supuesto, Greta sería la madrina. La pelirroja, en cambio, soñaba con trabajar en una gran librería al lado de su madre, quien le había inculcado el amor por la lectura y no pensaba demasiado en el matrimonio, mucho menos en entrar a la iglesia con un vaporoso vestido blanco del brazo de Karl. En ese sentido, ella era más práctica, aunque si se casaba, obviamente nombraría madrina de alguno de sus hijos a su mejor amiga. Hanna compartió los recuerdos con Greta y ambas se echaron a reír.

—Espero que a tu padre no le moleste el *souvenir* que escogimos para la recepción —comentó la rubia echando una rápida ojeada a su agenda. La jornada laboral para ella todavía no había terminado, tenía una reunión con la directora de la escuela Saintmikael y debía revelar un montón de fotos que había dejado de lado para ocuparse de los preparativos de la boda del inspector Lindberg con la sargento Wallström.

—No; creo que se lo tomarán con humor —aseguró Greta. La idea de las miniesposas de metal había sido de ella, aunque lo había consultado con varias

personas antes de tomar la decisión final, y a todos les había parecido de lo más divertido el detalle—. Está casi todo listo. No sé si te lo dije, pero al final elegí la escultura de cristal que representa el infinito como centro de mesa, tiene una ranura en donde irán las fotos de papá y de Nina.

Hanna la miró.

—Has estado en cada uno de los detalles, y sé que será una boda inolvidable; sin embargo, debes calmarte, te noto demasiado ansiosa, ¿no eres tú la que se casa, Greta! —le recordó.

La pelirroja sonrió.

—Creo que podré respirar tranquila recién cuando los novios estén en Malmö, para disfrutar de su luna de miel. Antes, imposible.

—¿Pero hay algo más que te inquieta, no es así?

Hanna se cruzó de brazos y estudió la reacción de su amiga. Cuando vio que fruncía los labios en un gesto de fastidio, supo que había dado en el clavo.

—Acaban de poner a la venta la casa que está junto a la librería, y tengo muchas ganas de comprarla para mudarme allí y convertir mi apartamento en una sección más de Némesis. El local ha quedado pequeño, y mi idea es armar en un segundo piso un espacio propio para las reuniones del Club de Lectura y, tal vez, un área de literatura infantil, sin abandonar el espíritu de la librería, por supuesto. He estado investigando: hay muchos libros de misterio para niños en el mercado. Sé que es un proyecto muy ambicioso, sobre todo porque no cuento con los fondos necesarios para semejante inversión, pero me encantaría ampliar la librería.

—Suena estupendo, Greta, y desde ya te digo que no te preocupes; seguro que hallarás la manera de cumplir tu sueño. ¿Lo has hablado con el teniente? Quizás él pueda darte una mano, incluso se me ocurre que podría vender su apartamento y mudarse contigo a la casa nueva.

La sugerencia de Hanna, aunque no parecía del todo descabellada, dejó a Greta con la boca abierta. No le había contado nada a Mikael precisamente porque sabía que, aunque no vendiese el apartamento en el cual había vivido con Pia, él buscaría la manera de prestarle dinero, y no quería importunarlo precisamente ahora que estaba gastando una fortuna en el abogado que llevaba adelante los trámites del divorcio.

—No hemos hablado de vivir juntos todavía, Hanna...

—El divorcio es casi un hecho. Según me dijiste, faltan solo afinar algunos detalles para que se proceda a la firma, así que lo más lógico sería que nos imitaran a Lasse y a mí, y probaran la convivencia; después de todo, el teniente se la pasa en tu apartamento. Puede vender o rentar el suyo y solventar juntos los gastos de una casa nueva y la renovación de la librería.

Greta se quedó pensando en las palabras de su amiga, pero, por más vueltas que le diera al asunto, no estaba convencida de que pedirle ayuda a Mikael fuese la mejor opción; al menos, no en ese momento. Antes de precipitarse en tomar una decisión, hablaría con el dueño de la casa: si el monto que pedía por la propiedad estaba fuera de su alcance, tal vez, lograrse convencerlo de que se la rentase unos meses hasta que pudiese afrontar el gasto de comprársela. Sí, eso es lo que haría. Toda resuelta y entusiasmada, se despidió de Hanna y partió rumbo a la casa de su tía con la tranquilidad de que Lasse, esa tarde, se encargaba de cerrar la librería.

* * *

Stevic llegó a la propiedad de los Lundkvist, en las afueras del pueblo, poco después de las cuatro de la tarde cuando el sol ya empezaba a caer. Sabía que la familia vivía en Estocolmo y que iba a Mora solo para la época estival. Durante el resto del año, la enorme propiedad de dos plantas permanecía deshabitada. Apagó la radio y descendió del Volvo. Oteó el panorama a su alrededor y prestó especial atención al sendero que conducía al bosque. Allí, el viento ululaba entre las frondosas copas de los árboles, las agitaba con violencia y provocaba que emitieran un extraño silbido.

Se volteó de repente para mirar por encima del hombro cuando lo embargó la inquietante sensación de que no estaba solo en aquel inmenso y desolado lugar. Sin embargo, no vio a nadie. Instintivamente, se llevó la mano a la cintura y rozó la culata de la pistola para darse valor. Era su estúpida imaginación que le estaba jugando una mala pasada; eso y las novelas de misterio que Greta le sugería leer. Había empezado hace poco con *Asesino de sombras*, de la autora británica Val McDermid y, como había predicho la pelirroja, había conseguido engancharse con la trama desde la primera página. Y él, que durante su adolescencia en Gotemburgo apenas había leído un par de novelas porque prefería los cómics, se había convertido con rapidez, gracias a la pelirroja, en un ávido lector del género.

Avanzó hacia la casa, convencido de que la llamada recibida en la comisaría no era más que una broma de alguien ocioso que solo le estaba haciendo perder el tiempo. Había sido atinada la decisión de no alertar a nadie con la noticia. Al llegar al porche, comprobó que la puerta principal estaba cerrada. No había señales de que alguien se hubiese acercado al lugar en bastante tiempo. Podría regresar a la comisaría o incluso pasar por Némesis un rato para ver a Greta; sin embargo, el sentido del deber se lo impidió.

Continuó con la inspección y se dirigió hacia uno de los laterales de la propiedad; una alarma se le encendió en la cabeza al ver una maceta tirada en el suelo. De inmediato, pensó en adjudicarle la caída a una ráfaga de viento; sin embargo, las otras macetas, todas distribuidas en los alféizares de las ventanas, permanecían en su sitio. Se acercó y observó la tierra negra desparramada sobre el piso de concreto, se agachó y al tocar la maceta, se partió en dos. Alzó la vista. Entonces, descubrió que el pestillo de la ventana había sido violentado. Se incorporó y abrió una de las hojas para espiar, pero, por supuesto, en el interior de la casa reinaba una penumbra tenebrosa. Ahora, ya no tenía más remedio que entrar para comprobar que todo estuviera en orden.

Empujó la ventana y se encaramó a la estrecha abertura mientras se asía con fuerza de la pared. Tuvo que encogerse bastante para no golpearse la cabeza, tanteó el abrigo y lanzó una maldición al aire cuando no encontró la pequeña linterna que llevaba a todos lados en caso de alguna eventualidad. No recordaba si estaba en la guantera del auto, por lo tanto, en vez de perder tiempo en regresar al Volvo para comprobarlo, decidió alumbrarse con la luz del teléfono móvil. Lo sacó del bolsillo y lo encendió. Se quedó observando durante un instante la imagen de Greta que le sonreía desde la pantalla. Bajó con cuidado y barrió el lugar con la luz del teléfono. Estaba en un salón en donde una enorme biblioteca se destacaba en el fondo. Era el único mobiliario de la habitación que no estaba cubierto con sábanas blancas.

Avanzó por el lugar con cautela; el silencio que lo rodeaba era aterrador. Pensó, en ese momento, que hubiera sido buena idea haber llevado compañía. Extrañaba a Nina, quien las últimas dos semanas había dejado un poco de lado a la sargento para dedicarle tiempo a su faceta como mujer. Ya no se reunían para charlar como solían hacerlo, apenas intercambiaban algunas frases, porque siempre surgía algo urgente que atender. Nina incluso se había cambiado el color del cabello y llevaba una dieta rigurosa para bajar un poco de peso porque quería entrar en el vestido de novia que le estaba confeccionando su hermana. Esperaba que el estrés que todos venían padeciendo por la boda, ya fuera directa o indirectamente, desapareciera ese fin de semana. Necesitaban un caso importante que los sacara de la monotonía en la cual se habían sumido. La verdad era que ya estaba harto de oír hablar de *catering*, de centros de mesa, de *souvenirs* y de votos matrimoniales. Si no ocurría algo pronto, sentía que iba a enloquecer.

Decidió abandonar el salón para recorrer el resto de la casa. Encontró todo en orden, entonces, cuando se acercó a la escalera, le llegó un fuerte olor nauseabundo que parecía venir de la planta alta. Subió, y, a medida que avanzaba por el extenso pasillo, notó que provenía en una de las últimas habitaciones. Reconoció el fétido hedor de la muerte de inmediato. Se cubrió la nariz con el cuello de su suéter y

continuó avanzando por el pasillo hasta detenerse frente a una puerta cerrada. Cuando colocó la mano en el picaporte, descubrió que estaba abierta.

Sacó la pistola y la empuñó en alto mientras empujaba la puerta con el pie. Echó un poco de luz al lugar que apestaba a muerte, pero no alcanzó a ver nada. Al igual que en el resto de la casa, los muebles estaban cubiertos con sábanas. Alumbró hacia abajo, entonces se topó con una sustancia oscura y pegajosa en el suelo en donde se retorcían una gran cantidad de gusanos. Se le revolvió el estómago ante semejante visión. Siguiendo una corazonada, empezó a levantar el teléfono y alumbró el techo. El impacto lo hizo retroceder y trastabillar. Se llevó la mano a la boca, pero no pudo contener las náuseas, se dobló en dos y derramó el vómito encima de una butaca.

Con la respiración agitada, se volvió con lentitud hacia la terrible imagen que acababa de presenciar. Un cuerpo pendía del techo, enganchado a la viga mayor por una cuerda. Alguien lo había colgado de los pies y lo había envuelto en una enorme bolsa de nailon. A través de ella, alcanzó a vislumbrar que el hombre tenía la boca abierta en un terrible gesto de desesperación. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en la posibilidad de que lo hubiesen cubierto con el nailon mientras aún estaba con vida. Frederic Grahn le había explicado que una víctima de asfixia tardaba entre tres y cinco minutos en dejar de respirar, lo que convertía su muerte en una lenta y terrible agonía. Salió al pasillo y marcó el número de la comisaría. Mientras hablaba con Cerebritito no pudo dejar de pensar en aquella frase de Oscar Wilde que decía «ten cuidado con lo que deseas, se puede convertir en realidad».

CAPÍTULO 3

Greta estaba a punto de dar vuelta el cartelito de la puerta cuando Pernilla Apelgren, toda agitada, irrumpió en la librería.

—Pernilla, ¿qué le sucede?

La anciana se tomó su tiempo para recuperar el aliento antes de responder. Asió del hombro a Greta y la llevó hacia el interior del local sin que la muchacha pudiera hacer nada para impedirlo. Miró de soslayo el reloj, Némesis ya debería estar cerrada, pero se había retrasado por una mujer que no se decidía qué novela de Mankell comprar.

—Por tu expresión tan sosegada veo que aún no lo sabes —comentó Pernilla mientras se inclinaba sobre el mostrador.

—¿Saber qué? —inquirió la pelirroja presa de la curiosidad. Si una mujer como Pernilla Apelgren, devota de la Iglesia Sueca y de esparcir el chisme en el pueblo, entraba de esa manera tan histriónica a su librería, era porque tenía algo jugoso que compartir con ella.

—La policía acaba de llevarse a Thor Helin a casa de los Lundkvist. Su madre, una de mis mejores amigas, me contó que lo buscaron porque él se encarga de mantener el lugar en condiciones mientras la familia vive en Estocolmo. Al parecer, necesitaban su autorización para poder ingresar a la casa. Nunca entendí esa absurda terquedad de conservar una propiedad de semejante envergadura en vez de venderla ¡Si solo viven en el pueblo tres meses al año! —exclamó como si la actitud de los Lundkvist fuese de lo más reprochable.

—¿Y no dijeron por qué necesitaban entrar en la casa? —preguntó, ávida por conocer algún detalle de lo ocurrido.

—No, querida, ya sabes cómo es la policía —le guiñó el ojo—; tú los conoces

mejor que nadie. Fue el mismo teniente Stevic quien se presentó en casa del muchacho para buscarlo, y, así, hacer oficial el ingreso de la policía a la mansión. Supongo que se trata de algo muy grave...

La joven sintió curiosidad por saber más, aunque si Mikael pasaba por su apartamento esa noche, tendría información de primera mano.

—Supongo que mañana amaneceremos con novedades; yo por lo pronto le haré una visita a los Helin bien temprano para enterarme por qué tanto misterio. —Se dirigió hacia la salida, y Greta la siguió para cerrar antes de que alguien más se colara en la librería. De pronto, Pernilla se volvió hacia ella con tanto ímpetu que la obligó a detenerse—. ¿Te conté que finalmente envié mi manuscrito?

Greta asintió. Se lo había dicho al menos una docena de veces y volvería a darle la misma respuesta.

—Hay que tener paciencia, Pernilla. Estoy segura de que alguna editorial se comunicará con usted pronto para decirle que van a publicar *La redención y la muerte* —comentó para darle ánimos. Sabía de lo mucho que deseaba la anciana ver su novela en el escaparate de una librería y, aunque ella no era experta, sino apenas una profesora de Literatura amante del género de misterio, creía que la historia tenía potencial, sobre todo, después de que hubiera seguido sus consejos y realizado algunos cambios.

—¡Dios te oiga, querida! —Se acomodó las gafas sobre el puente de la nariz y, luego, como si se hubiese acordado de algo importante agregó—: Todavía tengo que comprar el regalo para la boda de tu padre; espero poder hacerlo mañana. Sigo sin creer que Karl va a volver a casarse. —Juntó las manos y suspiró hondo—. ¡Si parece que fue ayer cuando lo vi de pie en el altar esperando por tu madre! Ella estaba tan bonita, que irradiaba luz con su vestido de novia. Es increíble lo mucho que te pareces a Sue Ellen, querida. Karl ha sido muy feliz a su lado, y me alegro de corazón que intente rehacer su vida. La sargento Wallström parece una buena mujer, aunque no la he tratado mucho. Espero que, cuando se mude frente a mi casa, podamos frecuentarnos; no quiero pecar de indiscreta, pero ¿van a instalarse allí cuando regresen de su luna de miel en Malmö?

¿Cómo demonios sabía Pernilla el destino elegido por su padre para pasar la luna de miel? Su perorata la estaba mareando, aprovechó la pausa que hizo mientras esperaba una respuesta de su parte para arriarla hacia el exterior.

—No se preocupe, Pernilla —le dedicó una sonrisa—. Nina se mudará a casa de papá y, entonces, tendrá oportunidad de conocerla. —Compadecía a la sargento por tener que vivir frente a la anciana, porque, de seguro, se convertiría con rapidez en el blanco de sus chismes.

—¡Fantástico! —Se atusó el cabello y saludó con la mano a un vecino que entraba en ese momento al hostel de la señora Schmidt—. Me voy, querida, porque seguramente Oscar se estará preguntando dónde estoy metida. Le dije que iba a la farmacia y regresaba enseguida; ese hombre no puede estar mucho rato sin mí.

Después de que la anciana se marchó, la joven colgó el cartel de «Cerrado» en la puerta. Apagó las luces y, luego, conectó la alarma. Escuchó sonar el teléfono. Subió las escaleras corriendo para aprovechar el ejercicio y alcanzó a entrar al apartamento para atender justo a tiempo.

—¿Sí?

Se desplomó sobre el sillón, le dolía todo el cuerpo. Esperaba no caer enferma en vísperas de la boda de su padre, una gripe era lo que menos necesitaba en ese momento.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

Sonrió al escuchar la voz de Karl.

—Bien, papá. Un poco cansada ¿Y tú? ¿Estás en la comisaría todavía?

Cuando el inspector guardó silencio, la muchacha se dio cuenta de que estaba tratando de dilucidar si su pregunta era casual o, una vez más, pretendía meter las narices donde no debía.

—Acabamos de llegar —se limitó a responder. Era imposible que Greta estuviera al tanto de lo que había ocurrido en casa de los Lundkvist; el único que podría aflojar la lengua sin que se la tirasen demasiado estaba a unos metros de él, conversando con Nina y, al igual que el resto, no había abandonado su puesto de trabajo todavía.

—¿Almorzamos juntos mañana? —le propuso sin ninguna doble intención.

Quería pasar un rato a solas con él. En sus últimos encuentros, participaban Nina o Mikael y, si bien le agradaba cuando se reunían todos, también extrañaba tener a su padre para ella sola. El matrimonio cambiaría muchas cosas y, aunque no se sentía bien al reconocerlo, le inquietaba la idea de que ella ya no sería el centro de atención del inspector Lindberg. Sabía que era una actitud de niña mimada, pero no podía evitarlo.

—Me encantaría, cariño, pero no quiero que vayamos a ningún lado. En cada sitio que aparezco, se me acerca alguien para felicitarme por la boda —comentó con cierto aire de fastidio—. Mejor paso por tu apartamento y cocinamos algo, ¿te parece?

La idea le pareció genial y, si no le hubiesen dolido todos los músculos del cuerpo, habría saltado de alegría.

—Sí, papá, te espero.

—Nos vemos mañana, cariño, que duermas bien. Inmediatamente después de cortar, encendió la radio con la esperanza de que mencionaran algo de lo que le había

contado Pernilla Apelgren, pero la emisora local transmitía un partido de *hockey* entre el Mora IK y el Södertälje SK desde el FM Mattson Arena. Desanimada y con una creciente curiosidad por saber qué había pasado, decidió darse un baño antes de preparar la cena. Se esmeraría en preparar uno de los platillos favoritos de Mikael y, si eso no era suficiente, echaría mano a su encanto para saber qué había pasado y acabar de una vez por todas con aquella incertidumbre que la estaba matando.

* * *

Karl guardó el móvil dentro del bolsillo de la chaqueta y observó a su alrededor. Llevaban reunidos en el centro de comandos desde que habían llegado a la comisaría; trataban de sobreponerse a la desagradable escena que les había tocado presenciar. Nina y él regresaban de una escapada romántica cuando recibieron el aviso. Lo que Stevic había asumido como una broma de mal gusto resultó ser el primer caso de homicidio después de una sequía de meses. En ese momento, pensó que el hallazgo del cuerpo aún no identificado en la propiedad de los Lundkvist, con la boda tan próxima, no podía ser más inoportuno. Además, volver allí, después de tantos años, le provocaba cierta inquietud y reavivaba en su memoria la desaparición de Thomaz Roth. El pequeño de ocho años a quien de pronto todos habían dejado de buscar se había convertido no solo en su primer gran fracaso como agente de policía, sino también en un estigma que lo había acechado durante todo ese tiempo como si fuese una sombra. Había enterrado su recuerdo y apenas pensaba en él; sin embargo, le bastó poner un pie en el exinternado Brandeby para darse cuenta que la desaparición de Thomaz era una espina que llevaría clavada para siempre en su alma.

El rumor de voces lo trajo de regreso al presente. Stevic y Nina se acercaron a la mesa para ocupar sus puestos, mientras que Bengtsson trabajaba con el sistema informático. El doctor Grahn se encontraba en la morgue, le practicaba la autopsia al cadáver. El examen preliminar que él había hecho en la escena del crimen no había arrojado grandes resultados; el avanzado estado de descomposición en el que se encontraba el cuerpo solo le permitió establecer que se trataba de un hombre caucásico de entre treinta y cinco y cincuenta años de edad. El forense no se había aventurado a decir, en aquel momento, la data de muerte debido a las condiciones en las que había permanecido el cadáver. Según Thor Helin, quien estaba al servicio de los Lundkvist, la casa llevaba cerrada un mes. Su tarea era ventilarla al menos una vez por semana, pero ante la ausencia de sus empleadores que ignoraban lo que sucedía al

estar a cientos de kilómetros de distancia, iba cuando tenía ganas. En el pueblo se sabía que Helin era un holgazán y que vivía a costa del dinero de su madre; dinero que apostaba a manos llenas en las mesas de póker. La humedad reinante en la casa ante la falta de ventilación y el nailon que cubría el cuerpo impedían precisar cuándo había sido asesinada la víctima. Tendrían más datos cuando Grahn terminase la autopsia.

—Inspector, he revisado la base de datos para ver si en las últimas semanas se ha reportado alguna desaparición en los pueblos vecinos, pero, hasta ahora, no he encontrado ninguna concordancia —le informó Peter Bengtsson que lo miraba por encima de la pantalla.

Karl apoyó los brazos sobre la mesa.

—Bien, muchacho, sigue buscando. No tenemos mucho para empezar así que enfoquémonos en lo que sí sabemos mientras averiguamos la identidad de nuestra víctima.

—El asesino forzó una de las ventanas —repuso el teniente Stevic—. Seguramente, estaba al tanto de que no vivía nadie en la casa en esta época del año y se sintió seguro para cometer el crimen. Helin no aparecía casi nunca, así que tenía el campo libre para actuar. Creo que lo mató allí y se tomó su tiempo para envolver el cuerpo con el nailon y colgarlo del techo.

—Yo también creo que lo asesinaron allí —concordó Nina—. No tiene sentido que lo hubiesen hecho en otro lado y luego trasladar el cuerpo de la víctima a la propiedad de los Lundkvist y escenificar la muerte de esa manera tan horrible.

Mikael asintió. Todavía tenía el estómago revuelto, bebió un poco de agua, pero sabía que la sensación de asco tardaría en desaparecer.

—Debemos ponernos en contacto con la familia Lundkvist cuanto antes —manifestó Karl tras soltar un suspiro. Estaba exhausto, pero nadie se atrevía a decirle que se marchara a su casa a descansar—. Dudo de que tengan algo que ver con el crimen, pero la víctima apareció en su propiedad y quiero saber por qué.

—Propongo que los llamemos mañana a primera hora —manifestó la sargento antes de emitir un sonoro bostezo—. No podremos avanzar mucho hasta lograr identificar a la víctima. No hay ninguna denuncia por desaparición en Mora, por lo que me inclino a pensar que es alguien que vino de visita o estuvo de paso y terminó encontrando la muerte en el pueblo.

—Grahn dice que tiene la piel de las manos muy deteriorada y que será difícil obtener una huella —acotó Stevic—. En cuanto a la recolección de evidencia en la casa, los peritos estuvieron trabajando hasta recién. Sabremos más mañana.

—¿Qué hay de la llamada anónima?

—Logré rastrearla hasta una cabina telefónica en las afueras del pueblo, muy cerca de las vías del ferrocarril —respondió Peter y, antes de que Karl le formulara la próxima pregunta, agregó—. No hay cámaras de vigilancia en la zona. Si fue el mismo asesino el que llamó, se aseguró de cubrir sus huellas.

—Tiene que ser —adujo Nina—. ¿Quién más pudo hacerlo? ¿Helin?

—El sujeto asegura que no se acercaba a la casa desde hacía, al menos, un mes, no creo que sea nuestro sospechoso; sin embargo, no debemos descartarlo de la investigación todavía. Tuvo el medio y la oportunidad para cometer el crimen, solo nos falta descubrir si también tenía un motivo.

El teniente se rascó la nuca. Estaba empezando a molestarle el cabello largo y, aunque sabía que a Greta le gustaba más así, pensaba pasar por el estilista antes de la boda.

La sargento asintió; luego, posó sus ojos oscuros en el inspector Lindberg.

—No sé cómo te vas a tomar lo que voy a decir, Karl, pero creo que la prensa podría darnos una mano en este caso —propuso a sabiendas de que él era el primero en negarse a aceptar la colaboración de los medios de comunicación—. Quizá si publicamos en los periódicos de toda la región las características de la víctima y algún detalle que el forense encuentre en la autopsia, alguien pueda echar luz sobre su identidad.

Mikael de inmediato secundó la propuesta, también Peter Bengtsson. El inspector tardó un poco más en dar su consentimiento, pero, al final, accedió a involucrar a la prensa en la investigación. En ese momento, en el que ni siquiera contaban con el nombre de la víctima, cualquier colaboración extra era más que bienvenida. Miró el reloj que colgaba junto a la ventana: las nueve y doce. Le costaba hacerse a la idea de que a esa misma hora, al día siguiente, Nina y él estarían dando el sí frente al altar. Dejó escapar un suspiro cuando la miró. La amaba, no tenía dudas de sus sentimientos hacia ella; sin embargo, a pesar del tiempo que había transcurrido, aún extrañaba a la madre de Greta. Sue Ellen había sido el gran amor de su vida, la mujer que, una mañana de verano, había puesto en sus brazos el mayor tesoro que poseía. Se sentía nostálgico, embargado por los recuerdos de lo que había sido su vida al lado de ella. Lo atribuyó al gran paso que estaba a punto de dar.

Todos miraron hacia la puerta cuando se abrió, y Frederic Grahn irrumpió en el centro de comandos. Llevaba puesta todavía la bata azul que usaba en la morgue y ni siquiera se había quitado la cofia de la cabeza. Antes de decir algo, se dirigió hasta el expendedor para servirse un vaso de agua.

—¿Qué tienes para nosotros, Grahn?

El forense se bebió el agua de un sorbo y se secó los labios con el dorso de la

mano. Miró al inspector. Hacía más de treinta años que trabajaban juntos y aún lo llamaba por el apellido.

—Efectivamente, nuestra víctima murió por asfixia y, aunque no he logrado determinar la datación exacta, la reduje a una franja aproximada. El hecho ocurrió la semana pasada. Como dije, es caucásico y debe rondar los cuarenta años. Mide un metro ochenta y, en algún momento de su infancia, sufrió una fractura de peroné; le inyecté una solución de construcción de tejido en los dedos que estaban casi momificados para tratar de obtener una huella, pero no resultó. Apenas obtuve una huella parcial del pulgar derecho con muy pocas crestas para una identificación concluyente. Envié una muestra de tejidos al laboratorio para que le hagan un análisis toxicológico. —Se dirigió nuevamente hacia la puerta—. Ese pobre hombre estaba vivo cuando lo envolvieron con el nailon, y no hay signos de que se haya resistido por lo que me inclino a pensar que fue inmovilizado de alguna manera. No hay marcas de ligaduras así que el asesino seguramente lo narcotizó para poder controlarlo. Mi asistente está redactando el informe de la autopsia ahora mismo; si no necesitan nada más, yo me retiro.

Karl le agradeció el aporte y, con los pocos datos que tenían, le pidió a Bengtsson que redactara una circular con las características de la víctima para enviar a los medios al día siguiente. El inspector y Nina abandonaron juntos la comisaría; Stevic se quedó a esperar el informe de la autopsia, porque, aunque Grahn ya los había puesto al tanto de los resultados, siempre le ayudaba a tener las ideas más claras estudiarlo con sus propios ojos. Se marchó cerca de las diez, cuando se dio cuenta de que, hasta Cerebritito, quien era de los últimos en irse, ya se había retirado. Mientras que tarareaba una canción que sonaba en la radio y pensaba en Greta, que lo esperaba en el apartamento, partió raudamente hacia la zona comercial.

* * *

Greta cabeceaba en el sofá de la sala, mientras en la televisión un conductor eufórico celebraba que uno de los participantes del programa de preguntas y respuestas acababa de llevarse el pozo acumulado de cinco mil coronas. El grito del ganador le hizo dar un respingo. Somnolienta, miró la hora en el móvil. Llevaba allí tirada desde hacía un buen rato, y Mikael ni siquiera la había llamado para avisarle que llegaría tarde. Tal vez ni siquiera aparecería. En la mesa del comedor lo esperaba una botella de vino blanco y en la cama unas sábanas de seda natural color dorado que aún no

habían estrenado.

Se pasó la mano por el estómago cuando le rugió de hambre. No tenía ganas de comer sola, así que levantó su cuerpo cansado del sillón y fue hasta la cocina para picar algo. La cena estaba en el horno para evitar que se enfriase. Abrió la puerta del refrigerador y hurgó en el interior hasta encontrar el queso cheddar. Cortó unos dados pequeños y se los devoró mientras espiaba hacia el exterior a través de la ventana.

Había poco movimiento en las calles a esa hora, enfocó los ojos azules en el hostel de la señora Schmidt cuando notó movimientos junto a la columna de una de las farolas. Dos adolescentes conversaban y reían, uno de ellos era Emil, pero no alcanzó a reconocer al que lo acompañaba porque estaba de espaldas. Solo distinguió una cabellera casi tan roja como la de ella. El nieto de la señora Schmidt, recostado sobre su motocicleta, fumaba y gesticulaba con las manos, mientras el pelirrojo asentía con la cabeza. De pronto, ambos miraron hacia Kyrkogatan y, como si hubiesen visto al mismísimo demonio, se metieron rápidamente en el hostel.

Apenas unos segundos después, el auto de Mikael estacionó frente a la librería. Greta se apartó de la ventana y corrió a sacar la cena del horno, luego se miró en el primer espejo que encontró y se peinó el cabello con los dedos. *Miss Marple* dormía en la jaula, en un rincón oscuro del pasillo, así que esa noche no los molestaría. Apagó el televisor y se acomodó el vestido de lana blanco de punto grueso que, aunque hacía muy poco para disimular el par de libras que había ganado en los últimos meses, resaltaba la curva generosa de sus caderas y la redondez de sus pechos. Se bajó un poco más el escote en forma de bote y se ajustó el cinturón de cuero negro para que le ciñera el talle.

Sonrió cuando escuchó las llaves en la puerta. Había sido idea de Mikael hacer una copia para él; después de todo, se la pasaba más allí que en su propio apartamento, y, por supuesto, ella había estado de acuerdo. No convivían, aunque en el armario colgaban algunas de sus prendas y se había apoderado de un rincón del cuarto de baño en donde guardaba su cepillo de dientes y demás elementos de aseo personal. Cuando él abrió la puerta, ella lo recibió con una sonrisa. Lo vio tirar la chaqueta sobre el sofá y acercársele con languidez. Sin mediar palabra alguna, la estrechó entre sus brazos.

—¡Dios! ¡No te imaginas cuánto necesitaba tenerte así! —le dijo hundiendo el rostro en su pelo. Respiró hondo para impregnarse de ese aroma a vainillas y borrar el olor de la muerte que parecía habersele metido hasta los huesos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó con la cabeza recostada en el pecho de él.

Él la apartó, la asió de la barbilla y le cerró la boca con un beso.

—¿Te importa si no hablamos de trabajo esta noche?

Greta descubrió en ese instante que lo que fuera que hubiese ocurrido en la propiedad de los Lundkvist lo había afectado demasiado. Tenía el rostro demacrado, y algunos mechones del flequillo se le pegaban en la frente por causa del sudor. Decidió dejar la curiosidad de lado para consentirlo. Lo asió de la mano y lo llevó hasta el cuarto de baño. Le quitó el suéter y le desprendió los botones de la camisa lentamente.

Mikael la observaba embelesado mientras ella lo desvestía. Le gustaba lo que llevaba puesto, el tejido elástico del vestido le marcaba las formas. Ella se quejaba que había engordado, pero él la veía tan sensual como siempre. Se dejó quitar la camisa y bajó la mirada cuando las manos de ella se deshicieron del cinto del pantalón. Greta se puso en puntas de pie y le rozó ligeramente la boca con sus labios. Cuando Mikael pretendió profundizar el contacto, ella se alejó hacia el cubículo de la ducha para abrir el grifo.

—Te espero en el comedor con la cena lista —le dijo, toda seductora, antes de abandonar el cuarto de baño.

CAPÍTULO 4

Sandviken, provincia de Gävleborg.

Vanja se despertó con una jaqueca terrible después de no haber pegado un ojo en toda la noche. Ni siquiera en sus épocas de borracheras y posteriores resacas se había sentido tan mal como esa mañana. Saltó de la cama; se plantó frente al espejo: tomó coraje antes de contemplar su aspecto. Estaba más pálida de lo normal, dos profundos surcos oscuros debajo de los ojos le opacaban el brillo de la mirada, tenía los labios secos y el pelo hecho un desastre. Siempre se había quejado de que era demasiado fino y quebradizo. Ahora que sabía la verdad, se preguntó si lo había heredado de su padre biológico. La tonalidad azulada de sus ojos también debía de ser herencia suya, ya que su madre los tenía oscuros.

Se cepilló los dientes, luego, se metió en la bañera y se quedó allí sumergida en el agua tibia hasta escuchar ruido en la cocina. Su madre estaba preparándole el desayuno, aunque esa mañana apenas podría tolerar una taza de café bien cargado. No quería pensar en la posibilidad de tener que separarse de ella, siempre habían sido muy unidas y, aunque tenían sus diferencias, no sería fácil acostumbrarse a su ausencia. Espantó los pensamientos tristes y se vistió con lo primero que encontró en el armario. Le esperaba otra jornada agitada en la agencia, si bien la desaparición de Robert Lipponen era su caso más importante, no podía descuidar los demás; mientras no surgiera ningún indicio para continuar con la investigación, volvería a los seguimientos por infidelidad. Al entrar en la cocina, la recibió el aroma de los *pannkakor* recién horneados a los que su madre untaba con mermelada de arándanos. Tenía el estómago cerrado, aun así decidió que se llevaría uno para comer en el camino.

—Buen día, mamá. ¿Cómo te sientes?

Isabell le sirvió el café y le sonrió.

—Bien, cariño. ¿Has podido dormir? Vi luz anoche en tu habitación —comentó y se sentó frente a ella.

—La verdad es que fui incapaz de conciliar el sueño, mamá —respondió—. No he dejado de darle vueltas a lo de mi padre; no quiero abrumarte ni molestarte, pero me gustaría saber quién es.

Algo en la televisión captó su atención y le pidió a Isabell que subiera el volumen. El conductor del noticiero local hablaba sobre un homicidio cometido en Mora, un pueblo que estaba a dos horas de Sandviken. Según el reporte, la policía aún no había identificado a la víctima y pedían a cualquiera que pudiese aportar algún dato que se comunicara con la comisaría a la brevedad. No supo exactamente por qué, pero, en ese preciso instante, su olfato detectivesco la obligó a enfocar toda su atención en el sujeto de traje marrón oscuro y gafas de aumento que leía la circular que había enviado la policía a todos los medios de comunicación de la región.

A medida que iba escuchando la descripción de la víctima que aún no habían logrado identificar, pensó en Robert Lipponen. Su esposa no le había mencionado nada que lo relacionara con aquel lugar, sin embargo, todo coincidía: la edad, la estatura y hasta la fractura en la pierna que, según Amanda, Robert había sufrido al caerse de un caballo durante su niñez. ¿Sería posible que Lipponen hubiese terminado asesinado en un pueblo a dos horas de Sandviken? Cuando el noticiero dio paso a la información del clima, apagó el televisor. Tenía que hablar con Amanda para saber si había alguna conexión entre su esposo y la localidad de Mora.

Buscó el teléfono móvil, se olvidó de lo temprano que era y marcó el número de la mujer. Evitó comentarle sus sospechas, no hacía falta preocuparla todavía. Después de que ella le confirmara lo que ya intuía, supo cuál era el siguiente paso que tenía que dar. Se comunicaría con la policía de Mora para constatar que la víctima de homicidio que ellos tenían era el hombre que ella buscaba desde hacía más de una semana. Terminó de beber el café y, cuando estaba por meter la mano en la bandeja de los *pannekakes*, Isabell la asió del brazo para captar su atención.

—Vanja, ¿vas a ir a Mora?

—No lo sé, mamá. Tengo que averiguar primero si se trata de Lipponen. La esposa acaba de decirme que él es oriundo de Mora, pero que se mudó aquí con los padres cuando tenía diez años. Tal vez, es solo una coincidencia; sin embargo, es un dato que no puedo dejar pasar. Pensaba llamar por teléfono a la policía que está investigando el caso, aunque supongo que lo más acertado es que hable con ellos en persona. —Se levantó y fue a buscar el periódico en el que, probablemente, también habían publicado la noticia. Anotó el número de teléfono de la comisaría de Mora y, sin perder más tiempo, los llamó. La atendió una tal Ingrid y le informó que ninguno

de los agentes que trabajaban en el caso del cadáver hallado en la propiedad de los Lundkvist había llegado todavía. Molesta, le dijo que volvería a llamar más tarde.

—¿Qué pasó? —preguntó Isabell mientras recogía las tazas.

Vanja miró la hora. Le pareció extraño que la policía no estuviese en su puesto a las ocho de la mañana.

—La recepcionista me dijo que no había nadie en la comisaría que pudiera hablar conmigo sobre el caso y que, al parecer, lo lleva adelante un inspector de apellido Lindberg. —Vanja notó de inmediato la expresión de estupor en el rostro de su madre. Tomó las tazas y las dejó encima de la mesa antes que terminasen hechas añicos en el suelo—. Mamá, ¿te encuentras bien? Te has puesto muy pálida.

Isabell alcanzó a sentarse en la silla, cuando las piernas dejaron de responderle. De pronto, le faltaba el aliento y, al entrelazar los dedos, sintió las manos heladas. No podía ser; sin embargo, sabía que se trataba de él. Era poco probable que hubiese en un pueblo pequeño como Mora dos policías con el mismo apellido. Inspector Lindberg... Cuando ella había conocido a Karl, él aspiraba a seguir los pasos de su padre y estaba a punto de ingresar a la Escuela Superior de Policía. Si bien podría tratarse de un primo o algún otro pariente, tenía la certeza de que era él.

—Hija, no vayas a Mora, por favor —le pidió al tiempo que la asía del brazo con fuerza.

Vanja la miró desconcertada.

—¿Por qué? ¿Qué pasa en ese lugar?

Cuando Isabell no le respondió, supo que la angustia materna tenía que ver con el secreto que le había revelado la noche anterior. ¿Su padre vivía en Mora? Era la única explicación razonable para el extraño pedido que acababa de hacerle.

—¿Es de allí, verdad? —No necesitó que se lo confirmara con una respuesta, sus ojos hablaban por ella—. El hombre con el que tuviste un romance y te embarazó vive en Mora —manifestó tras soltar un hondo suspiro.

Isabell asintió. No tenía sentido ocultárselo.

—Se llama Karl Lindberg y, cuando lo conocí, estaba a punto de ingresar a la academia de policía; así que supongo que es el mismo que lleva adelante el caso en el cual estás interesada. ¿Vas a ir al pueblo de todos modos?

Vanja no creía en las casualidades; si el destino le ponía en el camino al hombre que la había engendrado, no iba a dejar pasar la oportunidad de acercarse a él. Tal vez, cuando lo tuviera en frente, ni siquiera se animara a contarle quién era ella, pero la curiosidad que sentía por conocerlo era tan grande que bien valía un viaje hasta Mora. Y tenía la excusa perfecta para hacerlo. Desoyó las súplicas de Isabell y cada una de las razones que le dio para impedirle que viajase al pueblo donde vivía su padre. De

nada le sirvió, la decisión ya estaba tomada, dejaría todo arreglado en la agencia para partir hacia Mora cuanto antes.

* * *

Lo primero que notó Mikael al abrir los ojos fue que Greta ya no estaba en la cama; lo segundo, que afuera azotaba un viento de los mil demonios que preanunciaba la tan temida ventisca que todos en el pueblo esperaban, pero que nadie deseaba. Pensó en la boda y en los inconvenientes que ocasionaría una tormenta. La pelirroja estaba demasiado nerviosa como para, encima, tener que preocuparse por el mal tiempo. Apartó las sábanas de un tirón y, al apoyar los pies desnudos en el suelo, algo crujiente se le incrustó en los talones. Cuando miró hacia abajo descubrió un montón de cáscaras de pepitas de girasol esparcidas sobre la alfombra. Aunque no estaba muy seguro, creía recordar que la noche anterior no habían estado allí.

Había visto la jaula de *Miss Marple* en el pasillo y la lora no se había acercado a la habitación después de la cena, ya que Greta había decidido dejarla afuera para que no los interrumpiera. Pero las cáscaras de girasoles eran la prueba irrefutable de que el animal había caminado por la habitación haciendo de las suyas. Espió debajo de la cama, pero no había señales de la lora. Se percató de que la puerta del armario estaba entreabierta, cubrió su desnudez con la bata y, al mirar en el interior, descubrió que tampoco se había escondido allí. Supuso, entonces, que la muy ladina estaría con su dueña en la cocina. Entró al cuarto de baño para asearse un poco antes de ir a reunirse con ellas. Se tocó el mentón en donde se vislumbraba una barba incipiente; pensó que ya se afeitaría para la boda de Nina y Karl. Se mojó un poco el pelo y lo peinó con los dedos. Tras echarse una buena cantidad de perfume regresó a la habitación para vestirse.

Cuando entró a la cocina, Greta no estaba preparando el desayuno. Sentada con las piernas dobladas encima de la silla, fijaba la vista en la pantalla de la *laptop*. La notó tan concentrada que ni siquiera se molestó en preguntarle qué estaba leyendo. La noticia sobre el hallazgo del cuerpo en la propiedad de los Lundkvist ya debía haberse propagado por todos los medios. Se acercó y la besó en el cuello. De refilón vio que tenía abiertas varias páginas de los periódicos *online* más importantes de la región. El titular de uno de ellos rezaba: «Misterioso y macabro hallazgo en una de las casas de veraneo de Mora».

—Buenos días, pelirroja. Veo que ya estás al tanto de las novedades. —Miró a

Miss Marple, quien, subida a la mesada, comía semillas de girasol. Decidió no regañarla por la travesura; si quería ganarse su confianza, una reprimenda no era lo más indicado. Puso a calentar el agua para el café y, luego, pellizcó un pedazo de bollo de canela para ofrecérselo, pero la lora lo ignoró.

—Me enteré ayer por la tarde —manifestó la joven para imprimirle cierto aire de misterio a sus palabras.

Mikael dejó caer su humanidad en la silla y la miró pasmado. ¿Ella sabía lo del homicidio y no lo había acribillado a preguntas apenas puso un pie en el apartamento? ¡Eso sí que era un milagro!

—¿Cómo es posible?

—Pernilla Apelgren.

Bastó que Greta soltase el nombre de la anciana para que él comprendiera todo. De algún modo que nadie alcanzaba a explicarse, Pernilla siempre terminaba por enterarse de todo lo que ocurría en el pueblo, incluso antes de que las noticias se anunciaran en los medios. Que fuese amiga de la madre de Thor Helin ni siquiera lo sorprendió.

—¿No vas a contarme nada?

La muchacha cerró el aparato y cruzó los brazos encima de la mesa. Stevic fue incapaz de rehuir a esos inquisitivos ojos azules. Le sirvió el café antes de soltarle lo poco que sabía. Greta lo escuchó con suma atención y no pudo evitar decepcionarse cuando el teniente le relató lo mismo que había leído en las noticias. Ningún detalle jugoso salió de sus labios, y se preguntó si en verdad la policía estaba tan desorientada con el caso o simplemente seguía órdenes de Karl de no contarle nada.

—Lo más probable es que la investigación se estanque mientras no logremos identificar a la víctima. Esperamos que haber involucrado a la prensa nos sea de utilidad. —Mordió uno de los bollos de canela y, por el rabillo del ojo, descubrió que el pedacito que le había dado a *Miss Marple* había desaparecido. Sonrió para sus adentros; de a poco, iba adivinando cuáles eran sus puntos débiles—. Hoy nos pondremos en contacto con los dueños de la casa, pero dudo de que sepan de quién se trata. Helin no parece estar involucrado, aunque es demasiado pronto para descartarlo como sospechoso.

—Conozco a Thor y, a pesar de que es un bueno para nada, no creo que tenga las agallas necesarias para cometer un crimen de semejante naturaleza —repuso Greta negando con la cabeza—. ¿Fue tan terrible como dicen en los periódicos?

Mikael asintió.

—Terminé vomitando en una de las finísimas butacas de pana de los Lundkvist. Realmente ese pobre hombre debió de padecer un infierno a manos de su asesino. —

Trató de no pensar en la macabra escena, pero fue imposible no hacerlo. Dejó el bollo de canela a medio comer y se bebió el café que le quedaba de un sorbo. Cuando miró el reloj, se dio cuenta de que a esa hora ya tendría que estar en la comisaría porque, de seguro Karl, como cada vez que tenían un caso de esa envergadura entre manos, habría llegado antes que nadie. Ni siquiera la inminente boda con Nina lo alejaría del trabajo.

—Espero que papá no decida suspender su luna de miel por culpa de la investigación —manifestó la joven que pensaba lo mismo que él.

—Conociendo a tu padre, no me sorprendería que desistiera de viajar precisamente ahora.

—No es justo que deje a Nina sin luna de miel —alegó la pelirroja y frunció el entrecejo al tiempo que revolvía por enésima vez el café—. Debe de haber alguna manera de convencerlo de que, al menos, se tomen un fin de semana para descansar. Creo que un par de días lejos del pueblo les vendrá bien a los dos —deslizó como quien no quiere la cosa estudiando la reacción de Mikael—. Hoy almorzaremos juntos, por lo tanto aprovecharé para hacerlo entrar en razón.

—Si tu discurso no funciona, supongo que yo algo podré hacer —dijo por fin, lo que provocó una expresión de alivio en el rostro de la muchacha—. Hablaré con Karl y me ofreceré a hacerme cargo de la investigación para que puedan viajar tranquilos.

Greta saltó de la silla, avanzó hacia él y se le sentó encima del regazo. Llevaba puestos todavía los pantaloncitos cortos que usaba para dormir, Mikael le acarició las piernas y, luego, introdujo la mano por debajo de la camiseta para hacer lo mismo en la espalda. Ella respondió: le abrió la bata para rozarle el pecho con los dedos de una manera tan ligera que logró arrancarle un gemido al teniente. La noche anterior, entre el cansancio de Greta y la impresión que le había supuesto encontrar el cadáver en tan terribles circunstancias, solo se habían limitado a dormir abrazados.

Ella empezó a besarlo en el cuello con besos suaves, mientras Mikael intensificaba las caricias. Las manos de él se movían ahora por el culo de la pelirroja y la empujaban hacia él. Luego, la levantó un poco para acomodarla mejor encima de su acuciante erección. Greta abrió las piernas y le buscó la boca. Se devoraron en aquel beso urgente, las manos de ambos no podían quedarse quietas. Sonó un teléfono, pero los dos lo ignoraron. Necesitaban estar así, al menos por un rato antes de que la pasión quedase nuevamente aplastada debajo del sinfín de arreglos que aún quedaban por hacer para que la boda del inspector Lindberg y la sargento Wallström fuera uno de los acontecimientos más recordados de ese otoño. El teléfono siguió sonando. Mikael reconoció que era el suyo mientras le quitaba la camiseta a la joven por encima de la cabeza. Hundió el rostro entre esos pechos, atrapó uno de los duros

pezones con los labios y la hizo gemir de placer. Sonrió cuando el maldito teléfono dejó de sonar.

Sin que se dieran cuenta, *Miss Marple* se había bajado de la mesada y caminaba toda oronda por la orilla de la mesa. Se detuvo muy cerca de ellos y extendió las alas, las batió con fuerza para provocar que el aire alborotara los cabellos de la pelirroja. Cuando empezó a canturrear fue imposible seguir con los arrumacos. Se miraron a los ojos durante un segundo; Greta creyó percibir un atisbo de enojo en los de él mientras que ella apenas podía contener la risa. Inclino el cuerpo hacia atrás hasta que la espalda chocó con el borde de la mesa.

—No te enfades con ella —pidió y se colocó de nuevo la camiseta—. Solo lo hace para llamar nuestra atención.

Mikael observó a la lora. Ya no batía las alas como una posesa y picoteaba el asa de la azucarera. Era evidente que la intención de *Miss Marple* no había sido solo captar su atención o la de la muchacha, siempre que podía se las ingeniaba para interrumpirlos cuando estaban en los mejores momentos. Sería una bendición llevarse a Greta un fin de semana para tenerla exclusivamente para él. En ese preciso instante, alguien llamó a la puerta. Ella se separó de él y lo dejó con una dolorosa erección. Él le lanzó una mirada asesina a la lora y huyó de la cocina hacia la habitación para darse un baño antes de irse. Escuchó la voz de la sargento Wallström justo antes de cerrar la puerta.

—Perdona por molestarte tan temprano, Greta —dijo Nina al tiempo que se desenroscaba la bufanda del cuello, apenas puso un pie en el apartamento—, pero necesitaba preguntarte si no te importaría que me vista aquí esta noche. La iglesia está apenas a unos metros de distancia, y mi casa es un completo desastre. Hay cajas desparramadas por todas partes; además mi hermana y su familia llegan al mediodía para instalarse con tiempo...

La joven le sonrió. Si estaba así de ansiosa a las ocho de la mañana, no quería imaginarse lo que le esperaba durante el resto del día.

—Por supuesto, Nina. Es más, planeaba sugerírtelo —respondió mientras llenaba una taza de café para ella; se la ofreció, pero la sargento la rechazó.

—Ya he sobrepasado mi dosis matutina de cafeína hoy, aunque sí voy a aceptar uno de esos deliciosos bollos de canela —dijo al mirar la bandeja llena que estaba sobre la mesa. Mientras disfrutaba del bollo oteó con disimulo hacia el salón, donde descubrió la chaqueta de su compañero—. Pensaba ver a Stevic en la comisaría, pero me imaginaba que lo encontraría aquí.

La muchacha apoyó las manos en el respaldo de la misma silla en cual, apenas unos minutos antes, Mikael y ella habían estado a punto de hacer el amor. Se sonrojó.

—Se está dando una ducha ahora, la verdad es que lo vi muy afectado anoche — comentó con la esperanza de que Nina le soltara algún detalle más de la investigación.

La sargento, conocedora de las diversas tácticas que utilizaba Greta para obtener información y husmear donde no debía, se tomó el comentario con calma. Si Mikael había dormido allí, lo más probable era que hubiese soltado la lengua ante la primera pregunta de la muchacha. Aunque le habían proporcionado a la prensa algunos datos relevantes para colaborar con la identificación de la víctima, existían detalles que, por protocolo policial y para preservar la investigación, no habían revelado a nadie. Claro que la pelirroja era un caso muy particular y, si bien Stevic cedía demasiado fácil a sus interrogatorios, la muchacha de una forma u otra siempre se las ingeniaba para averiguarlo todo.

—Sí, fue una escena bastante desagradable —respondió por fin—. Incluso el doctor Grahn se quedó perplejo cuando vio el cadáver.

—El periódico dice que el cuerpo fue completamente envuelto en nailon y que el asesino lo colgó del techo. —Greta cortó un pedazo de manzana y se lo dio a *Miss Marple*, luego se volvió hacia la sargento nuevamente—. Supongo que se requiere de mucha fuerza para hacer algo así, por lo tanto el asesino tiene que ser un hombre... o dos —especuló.

Después de leer lo que había publicado la prensa, se había quedado intrigada. Era evidente que la escena había sido preparada para causar un gran impacto. El asesino no se había molestado en ocultar el cuerpo y tenía el presentimiento de que su intención era enviar un mensaje. ¿Pero a quién? ¿A la policía? ¿A los Lundkvist? ¿A Thor Helin? La aparición del teniente evitó que siguiera con sus cavilaciones. Ya tomaría apuntes en el famoso cuaderno rojo cuando estuviera a solas y tuviera un rato para respirar.

—Buenos días, Stevic —saludó la sargento con una sonrisa—. Karl quiere que vayamos a inspeccionar la escena del crimen, puso énfasis en que revisemos los alrededores, ya que anoche, con la falta de luz, no se pudo hacer mucho.

—Nina, ¿es que acaso mi padre se ha olvidado que dentro de unas horas se celebra su boda? No debería enviarte a ese lugar; es más, ni siquiera tendrían que estar trabajando hoy. —Miró a Mikael y le recordó su promesa—. Estoy segura de que el teniente Stevic y el agente Bengtsson pueden hacerse cargo de la investigación, mientras tú y papá se preocupan solo de estar listos para esta noche. Cuando venga a verme, aprovecharé para soltarle un par de sermones.

La mujer la tranquilizó y le aseguró que, antes del mediodía, dejaría la comisaría, ya que debía recoger a su familia en la estación de trenes, y Greta le dijo que la esperaba por la noche para ayudarla a prepararse. Lasse se encargaría de atender la

librería, aunque la idea era cerrar un poco más temprano de lo habitual así él también se arreglaba con tiempo para la boda. Cuando Mikael y Nina se marcharon, le dedicó unos minutos de atención a *Miss Marple* mientras le limpiaba la jaula. Cantaron juntas el estribillo de *Mamma Mia* y dejó que se le subiera al hombro para que jugase con sus aretes. Sabía que la lora extrañaba los mimos y por eso aprovechaba cualquier rato que tenía libre para complacerla. Le llenó el cuenco de semillas y, cuando el animal se puso a comer, se escabulló al cuarto de baño. Se le hacía tarde, y el reverendo Erikssen la esperaba para afinar los últimos detalles de la decoración de la iglesia.

CAPÍTULO 5

El viento azotaba con vehemencia, y el sol empezaba a ocultarse entre las nubes. Mientras atravesaba Kyrkogatan, Greta pensaba que si el clima no cambiaba, tanto Nina como ella deberían llevar el cabello recogido esa noche para evitar un desastre con sus peinados. Tenía previsto pasar por el salón de belleza, pero había tantas cosas aún por hacer que decidió que echaría mano a los pocos pero efectivos conocimientos de peluquería que había aprendido a fuerza de emular a su amiga Hanna durante todos esos años. Apenas un segundo antes de dejar el apartamento, la madre de Mikael la había llamado por teléfono para avisarle que había surgido un imprevisto de última hora en el museo que le impedía ir a Mora para asistir a la boda. Lamentó no contar con la presencia de Freya Stevic, estaba segura de que le habría caído bien a todo el mundo.

Cuando entró en la iglesia, vio al reverendo en la nave central, que conversaba con un individuo calvo, de aspecto algo tosco, que reconoció como uno de los empleados del vivero que regenteaba Reuben Axelsson y que estaba ubicado frente al lago Siljan. Supuso que sería el encargado de suministrar las flores para la ceremonia. El ruido de los zapatos de tacón reverberó en los muros del templo, y los dos hombres giraron a verla. Ville Erikssen la recibió con una sonrisa. El empleado del vivero no mostró emoción alguna cuando el reverendo los presentó, apenas le estrechó la mano y le esquivó la mirada todo el tiempo, mientras decidían qué flores adornarían el altar y cuáles serían colocadas en pequeños ramilletes en los extremos de los bancos. Se lo presentó como Gregor Spira y, según le dijo Erikssen, era de confianza ya que lo conocía desde que era niño.

La pelirroja sabía, por los rumores que corrían en el pueblo, que el hombre vivía casi como un ermitaño en una rústica cabaña en el viejo camino que llevaba a la

vecina ciudad de Orsa. No tenía familia, y las malas lenguas aseguraban que tenía un carácter de los mil demonios. A la joven le pareció un sujeto inofensivo, huraño, tal vez, pero hablaba pausadamente y sabía mucho de flores. Le recomendó camelias, porque tardarían más en marchitarse, y crisantemos amarillos para el altar. Se comprometió a tener todo listo para esa tarde. Se marchó alegando que tenía trabajo pendiente en el vivero. El reverendo le pidió a Greta que lo acompañara al despacho para mostrarle el discurso que había escrito para la boda. Le sugirió que agregara algunas palabras de su autoría porque estaba seguro de que su padre se emocionaría al escucharlas. Con la labia de hombre de la iglesia, incluso logró convencerla de que ella misma las leyera.

—Va a ser un momento muy especial para el inspector Lindberg, hija.

Ella asintió. No se atrevió a reconocer que le daba mucha vergüenza tener que hablar de sentimientos delante de tanta gente. Porque, aunque habían invitado solamente a la familia y a los amigos más cercanos, nadie dudaba de que todo el pueblo o la gran mayoría se presentaría en la iglesia para ser testigos de la boda entre el inspector Lindberg y la sargento Wallström. Imaginó que muchos de los habitantes de Mora, en especial aquellos que habían especulado con un ardiente romance entre los muros de la comisaría, irían solamente para reafirmar lo que sospechaban desde que Nina se había convertido en un miembro más de la policía local.

Observó el despacho del reverendo cuando él, en ausencia de su asistente, fue hasta la cocina para preparar café. El lugar, de paredes blancas y cortinado azul, olía a pino. Sobre el escritorio, al lado de una moderna pantalla de plasma en la que se veía Google abierto, había una gran cantidad de papeles con el logotipo de la Iglesia Sueca y un ejemplar del *Falu Kuriren* abierto en la sección de policiales. Se acercó a la biblioteca en la que una gran cantidad de textos sobre teología ocupaba cuatro estantes. Había algunas fotografías en blanco y negro del reverendo cuando era joven y no le sorprendió que en ninguna de ellas apareciera su esposa. Britta Erikssen, quien en realidad se llamaba Stina Reveneue, estaba cumpliendo una condena de veinticinco años por homicidio, y, aunque el reverendo la visitaba a menudo, las lenguas viperinas del pueblo aseguraban que lo hacía solo por compasión, que se presentaba en la cárcel como hombre de Dios y no como esposo de una de las convictas.

Todos apostaban a que en cualquier momento Ville Erikssen dejaría la soledad de lado y aparecería del brazo de alguna de sus feligresas. El nombre que sonaba más fuerte era el de Telma Apelgren, quien había buscado consuelo en la religión, tras la muerte del doctor Malte Metzgen, a quien había amado en silencio durante tantos años. Se los había visto juntos en varias oportunidades, dentro y fuera de la iglesia. Por supuesto, el hecho de que él todavía estuviese casado con Britta hacía que el

chisme fuese más interesante. La pelirroja se preguntó qué pensaría Pernilla si el romance que todos en el pueblo vaticinaban se volvía realidad.

—Mi café no es tan bueno como el de Signe —anunció el reverendo, que ingresaba en el despacho mientras cargaba una bandeja—; no viene los jueves, pero se ofreció a ayudar con los arreglos —explicó en referencia a la mujer que trabajaba para él y que siempre había mirado a Greta con mala cara.

Sonrió y aceptó la taza de café solo para no desairarlo. Estaba demasiado ansiosa como para seguir sumándole cafeína a la jornada. El reverendo, en cambio, bebió el suyo como si fuera agua. Estaba intranquilo, y los ojos se desviaban continuamente hacia el periódico que tenía encima del escritorio.

—Es terrible lo que ha sucedido, ¿verdad?

Ensimismado en su propio mundo, la miró algo confundido.

—Me refiero al cuerpo que hallaron en la propiedad de los Lundkvist.

Ville Erikssen asintió.

—Es extraño que no hayan podido identificarlo todavía —comentó.

—La policía cree que haber divulgado una descripción a los medios ayudará a descubrir quién es. Papá no comulga con la idea de meter a la prensa en una investigación criminal, pero, en esta ocasión, no tuvo más opción que hacerlo —explicó al tiempo que echaba un vistazo al periódico en el que resaltaba un título con letras grandes y rojas que rezaba: «Aparece un cadáver en Mora». Debajo, en una tipografía un poco más pequeña, el redactor había agregado: «La policía local se enfrenta a un enigmático caso en el cual el principal misterio a develar es la identidad de la víctima». Buscó el nombre de su padre en el artículo, pero no lo habían mencionado. Mejor así.

—Supongo que el primer sospechoso es Thor Helin. El muchacho trabaja para los Lundkvist y tiene acceso a la casa...

—Pero, según la prensa, el asesino forzó una ventana para poder ingresar —repuso la joven—, además estoy segura de que Thor no tiene nada que ver en todo este asunto.

—Yo tampoco creo que haya sido capaz de cometer un acto tan atroz. A Thor se lo puede acusar de muchas cosas, pero es inofensivo, un alma descarriada incapaz de dañar a una mosca. Lo que más me intriga no es la manera en la que apareció el cuerpo, sino por qué el asesino eligió ese lugar.

—La casa permanece vacía durante muchos meses al año y está apartada del pueblo. Tenía el tiempo y la privacidad suficientes como para matar a alguien y disponer la escena a su antojo —determinó Greta—. Es el sitio perfecto para perpetrar un crimen.

El reverendo volvió a perderse en sus pensamientos, dejándola con ganas de seguir hablando del nuevo crimen que golpeaba al pueblo.

—Tienes razón, hija —aseveró antes de espirar profundo.

Parecía que cargaba todo el peso del mundo en sus hombros. De pronto, simplemente se quedó callado, y la muchacha no tuvo más opción que marcharse. Cuando llegó a Némesis, la librería estaba atiborrada de clientes, y el pobre de Lasse no daba abasto, se quedó un rato para ayudarlo hasta que llegase su padre.

* * *

En la comisaría, el clima distendido que significaba tener una boda en puerta rápidamente se fue esfumando con el pasar de las horas. El nuevo caso que tenían entre manos le devanaba los sesos a más de uno. Todos sabían que, hasta que no obtuviesen el nombre de la víctima, no podrían avanzar. Lo único con lo que contaban hasta el momento eran la causa de la muerte y la huella de una pisada junto a la ventana por donde, suponían, el sospechoso había ingresado a la propiedad.

Karl, encerrado en su oficina, batallaba con sus propios fantasmas. Se maldijo por permitir que un caso inconcluso, que había sido el primero importante en su carrera como policía, lo afectase de esa manera después de tanto tiempo. Más allá de haber sido cometido en el exinternado Brandeby, había algo en el homicidio que lo perturbaba. Aunque lo que empezaba a rondar por su cabeza tuviese poco sentido, que el cadáver hubiese aparecido precisamente en la habitación que había pertenecido a Thomaz Roth no parecía obra de la casualidad.

La llamada a Estocolmo a los dueños de la casa no había arrojado ningún resultado. Habían hablado con Cato Lundkvist, quien tras heredar la propiedad de manos de su abuelo, había decidido convertirla en residencia de veraneo. El hombre se mostró consternado ante la espeluznante noticia y se puso a disposición de las autoridades inmediatamente. Karl sabía que estaban en un callejón sin salida y que los Lundkvist no aportarían nada a la investigación; sin embargo, y por si acaso, le pidió a Peter Bengtsson que indagara sobre los movimientos de cada uno de los miembros de la familia durante las últimas dos semanas.

Miró su reloj, le había prometido a Greta almorzar con ella y necesitaba imperiosamente distraerse con la risa de su hija. Pasó por el centro de comandos donde Peter y Stevic trabajaban arduamente en el caso. El agente, siguiendo sus órdenes, se había abocado a investigar a los Lundkvist, mientras que el teniente

chequeaba las llamadas que llegaban a la comisaría tras el anuncio que habían hecho los medios. Como era de esperarse, la mayoría de los datos que aportaba la gente no conducía a ningún lado. Karl pensó irremediamente en el aluvión de información que había surgido después de la desaparición de Thomaz y que, del mismo modo, no había servido de nada. Por eso, renegaba de meter a los medios en asuntos de la policía, ya que, una vez que la noticia se divulgaba, todos creían tener ese dato que ayudaría a resolver el caso, sobre todo en un pueblo como Mora, donde los rumores y los chismes estaban a la orden del día. Nunca faltaba alguien que lo único que buscaba era notoriedad y solo entorpecía el trabajo policial.

Llamó a Nina porque necesitaba escuchar su voz. Estaba en la estación de trenes, esperaba la llegada de su hermana, su cuñado y su sobrino. Cuando pasó por la recepción, Ingrid lo saludó con la mano. Respiró hondo. No planeaba regresar esa tarde, y fue entonces que se dio cuenta de que la próxima vez que pisara el suelo de la comisaría lo haría como un hombre casado. Se subió al auto con parsimonia. La noche anterior no había dormido bien, y el cansancio empezaba a pasarle factura. Prefirió atribuir la falta de sueño a los nervios de la boda y no a los recuerdos que volvían al presente de la mano de un horrendo crimen. Antes de encender el motor, contempló el cielo. Unos cuantos nubarrones oscuros que se movían a gran velocidad amenazaban con cumplir el pronóstico que venían anunciando los del clima desde hacía casi una semana. Le llevó apenas unos pocos minutos llegar a la zona comercial. No bien puso un pie dentro de Némesis, Mia Magnusson, la esposa de su amigo Lars, lo retuvo junto a la puerta para hablarle de la boda. Greta estaba concentrada en otra cosa, mientras que su primo atendía a dos jóvenes en el fondo del local.

—Hola, cariño. —Karl rodeó el mostrador y la besó en la frente.

—Hola, papá. —La joven maximizó de inmediato la hoja de cálculo en la que estaba ingresando las ventas del último mes, pero la vista aguzada del inspector alcanzó a ver la primera plana del *Falu Kuriren* en la ventana que acababa de cerrar.

—Veo que ya estás poniéndote al tanto de lo que ocurrió —comentó sin poder evitar sonreír.

No iba a reprenderla precisamente el día de su boda.

—Sí, en el pueblo no se habla de otra cosa —se justificó; luego, como quien no quiere la cosa, preguntó—. ¿No han logrado identificar a la víctima todavía?

Karl negó con la cabeza mientras miraba distraído un ejemplar de *El ojo de Eva*, de Karin Fossum, quien era conocida como «la reina noruega del crimen». Según le había comentado Greta, estaban analizando la novela, la primera de la saga protagonizada por el inspector Sejer, en el Club de Lectura. Recordaba haberla leído hace años, aunque su obra favorita de la autora era *El diablo sujeta el candelabro*.

—Stevic está en este momento atendiendo las llamadas que entran a la comisaría, pero mucho me temo que solo nos conducirán a un callejón sin salida.

Lasse se acercó y le dio una palmadita en el hombro. Hizo un comentario gracioso sobre la inminente pérdida de su soltería, al cual Karl respondió con una sonrisa forzada. La muchacha le encargó a su primo que cerrara la librería y se llevó a su padre al apartamento para preparar juntos el almuerzo. Disfrutaron de unos espaguetis a la crema mientras conversaban de trivialidades. Greta no quiso atosigarlo con preguntas sobre el homicidio que acababa de cometerse en Mora, y él agradeció que no lo hiciera.

Hablaron de la boda, de las travesuras de *Miss Marple*, del Club de Lectura, que cada vez se hacía más popular, y, en un momento dado, Karl quiso saber cómo iban los trámites de divorcio de Mikael. Una sonrisa amplia se le dibujó en el rostro cuando Greta le dijo que estaba casi todo listo para firmar los papeles. Bebieron café en la sala, mientras la lora se paseaba de un lado al otro del sofá farfullando bajito palabras que ninguno de los dos fue capaz de descifrar. De repente, el inspector manifestó que tal vez no era el momento adecuado para irse de luna de miel, y la joven lo fulminó con la mirada.

—¡Ni se te ocurra posponer el viaje, papá! —lo increpó—. Mikael puede quedarse a cargo de la investigación, mientras Nina y tú disfrutan de unos días de descanso.

—Greta, tenemos entre manos un caso complicado. No es que no confíe en la capacidad de Stevic para resolverlo —se apresuró a aclarar—, pero no es el mejor momento para dejar el pueblo. La agente Thulin está en Estocolmo, y el personal a cargo de la investigación se reduciría bastante si nosotros también decidimos irnos.

Ella se cruzó de brazos y frunció el entrecejo. No iba a convencerla con ningún argumento.

—Estoy segura de que Nina piensa igual que yo; además, no sería para nada justo que la dejaras sin luna de miel, papá —alegó valiéndose de un chantaje emocional.

Karl no supo si fue por el énfasis que le puso a sus palabras o por la expresión de enfado que le curvaba la boca en una mueca entre cómica y tierna, pero terminó por darle la razón, aunque fuese solo a medias. No suspenderían el viaje a Malmö, sin embargo, en vez de irse una semana como habían planeado, se tomarían al menos un par de días. Si bien no era la que Greta esperaba, aplaudió la decisión con entusiasmo.

* * *

A pesar del mal tiempo y de la ventisca que se esperaba de un momento a otro, casi nadie en el pueblo quiso perderse la boda del inspector Lindberg con la sargento Wallström. La iglesia estaba atiborrada de gente, hecho que solo contribuyó a aumentar el nerviosismo de los felices contrayentes. En las primeras filas, estaban ubicados los más allegados: la familia Hansson completa, los Magnusson, los Windfel, los Malmgren, en representación de la alcaldía de Mora, y hasta los Apelgren, porque Pernilla no pensaba perderse semejante evento por nada del mundo. Tove Wallström, la hermana de la novia —que había llegado desde Estocolmo con su esposo Stellan Grabovskis y Benny, el hijo universitario de ambos—, no podía ocultar la emoción que la embargaba al ver la felicidad de Nina. Por supuesto, no podían faltar los colegas de los novios. Peter Bengtsson, sentado entre Ingrid y el doctor Grahn, grababa la ceremonia en el teléfono móvil para que Miriam no se perdiera ningún detalle. Stevic, quien lucía un elegante traje oscuro que Pia le había comprado cuando aún estaban juntos en caso de que se le presentara alguna ocasión especial para usarlo, observaba embelesado como Greta desde el púlpito leía su emotivo discurso. Los había tomado a todos por sorpresa, especialmente a Karl, quien hacía un gran esfuerzo por contener las lágrimas.

—La vida siempre da segundas oportunidades —leyó la muchacha con el corazón hecho un nudo y se secó los ojos con un pañuelo cuando se le empezó a nublar la vista —, también hace que el camino de dos personas se crucen. Nina y Karl se encontraron, quizá sin buscarse, y terminaron por elegirse. Muchos de los que están presentes hoy aquí, saben que no fue sencillo para mí aceptar que mi padre decidiera rehacer su vida; sin embargo, el tiempo me demostró que su felicidad está al lado de Nina. —La miró—. Sé que no es necesario que te lo diga, pero te llevas a un gran hombre que, estoy segura, sabrá hacerte muy feliz.

Se acercó a ellos y los abrazó. Luego, el reverendo Erikssen continuó con la ceremonia.

—Estuviste maravillosa —le susurró Mikael al oído cuando Greta regresó a su lado.

Ella, con los ojos enrojecidos por el llanto, trató de sonreírle. El *Ave María*, de Schubert, que alguien interpretaba magistralmente en el viejo clavicordio de la iglesia le añadía más emoción al momento. La joven sabía que, acompañados por esa misma melodía, sus padres habían dado el sí frente el altar treinta y dos años atrás. Contempló cómo los novios intercambiaban anillos, también, fue testigo de cómo Karl miraba hacia la puerta, por encima del hombro de Nina, y empalidecía de repente.

Buscó el origen de aquella extraña reacción, pero había tanta gente que fue

imposible descubrir qué o quién lo había puesto de esa manera. Tras pronunciar los votos, el reverendo les dio la bendición. Rápidamente, familiares y amigos se arremolinaron alrededor de los novios para felicitarlos. El inspector, sin embargo, seguía mirando entre la gente como si estuviese buscando a alguien.

—¿Qué pasa, papá? —Fue lo primero que le preguntó Greta apenas tuvo oportunidad.

Él la miró. Trató de transmitirle a través de una sonrisa que todo estaba bien, sin embargo, fue incapaz de conseguirlo y agradeció en silencio cuando su hermana Ebba los interrumpió para sacarse unas fotos. Mikael se aproximó a ella. De inmediato, percibió su inquietud.

—Algo le ocurrió —soltó ella antes de que él abriera la boca.

Mientras se aflojaba el nudo de la corbata, Stevic inquirió:

—¿A quién te refieres?

—A papá. —Se acomodó un mechón que se había salido del elaborado rodete que le había hecho Nina y resopló—. No sé qué vio o a quién, pero se puso muy nervioso. ¿Acaso soy la única que se dio cuenta?

El teniente se encogió de hombros. Él no había notado nada raro en Karl más allá de los típicos nervios de una boda y, aunque había aprendido a no subestimar las sospechas de la pelirroja, creía que el estrés y la presión a los que había estado sometida las últimas semanas le hacían ver cosas donde no las había. Durante el trayecto hasta el sitio en el cual se celebraría una discreta pero opípara recepción para los familiares y los allegados, Greta permaneció en silencio. De vez en cuando, fruncía los labios y miraba hacia un punto fijo imaginario como si estuviera tejiendo alguna teoría en la cabeza. Stevic prefirió respetarle las ganas de no hablar y condujo concentrado en el camino que se había vuelto peligroso debido a la tenue nevisca que había empezado a caer en algún momento, mientras ellos estaban en la iglesia.

El salón de fiestas, ubicado a pocas calles de la comisaría, rápidamente se llenó. Lasse era el encargado de musicalizar el ambiente y, siguiendo las sugerencias de su prima, los temas que sonaban eran los preferidos de los novios: Los Beatles para el inspector y ABBA para su flamante esposa. Los *souvenirs* con forma de esposas, y los chistes del tío Pontus fueron el furor de la noche. Karl, quien no solía beber demasiado, terminó más alegre de lo habitual y hasta se animó a bailar un *rock and roll* con su sobrina Julia, después de que Greta se negara rotundamente y alegara que los zapatos de tacón aguja apenas le permitían moverse.

A pesar de la tormenta de nieve que había provocado que la temperatura descendiera unos cuantos grados, los invitados a la boda lograron olvidarse rápidamente de las adversas condiciones climáticas y se dedicaron a divertirse. Por

fortuna, no hubo inconvenientes ni con la energía eléctrica, ni con la calefacción, y, recién después de la medianoche, el salón empezó a quedar vacío. Los novios habían sido de los primeros en marcharse; los esperaba una suite en el hotel Kung Gösta que Greta había reservado para ellos. Lasse y Hanna se quedaron hasta el final. En el *toilette*, Greta aprovechó para preguntarle a Hanna si le había contado a su primo lo del embarazo, a lo que la rubia respondió con un rotundo «no». La justificación fue una vez más que no se sentía preparada para decírselo, y la pelirroja insistió en que hablara con él cuanto antes.

Tras agradecer a los empleados del salón por el estupendo servicio que habían brindado, Greta y Stevic por fin se marcharon. Cruzaron el estacionamiento corriendo y tomados de la mano mientras trataban de protegerse con el cuello de sus respectivos abrigos de la ventisca que apenas les permitía ver por donde pisaban. Una vez en el interior del Volvo, ella miró el reloj: faltaban diez minutos para la una de la madrugada. Estaba en pie desde las siete de la mañana y le dolía todo el cuerpo, aun así, volvería a pasar por lo mismo, sin quejarse ni una sola vez, con tal de ver a su padre feliz. Recostó la cabeza en el hombro de Mikael y se acurrucó contra él hasta quedarse adormecida.

* * *

Contempló cómo caía la nieve casi con indiferencia. Los ojos miraban sin ver. Los pensamientos estaban muy lejos de allí, en otro espacio, en otra época. Un escalofrío helado le recorrió la espalda al pensar en aquella noche en la que su vida y la de los demás habían cambiado para siempre. Se bebió de un sorbo el último vestigio de aquel whisky barato y de sabor rancio que se había convertido en su vía de escape más fácil. El alcohol nunca había sido un problema, sabía cuánto podía ingerir antes de perder la conciencia. Podía medir cada una de sus acciones, calcular los movimientos con la precisión exacta de un reloj. No podía cometer errores, hacerlo lo llevaría al fracaso y tenía una misión que cumplir.

Se apartó del ventanal y dejó el vaso vacío encima de una mesita de cristal que le devolvió la imagen de un rostro desfigurado por el rencor. Con una sonrisa, volvió a ponerse la máscara que lucía frente a los demás. Nadie conocía su dolor, ni el tiempo que había esperado para concretar la venganza. El primer paso había sido el más difícil de dar y, ahora, ya no podía detenerse. Todavía no había decidido quién sería el próximo en pagar, pero no tenía prisa. La paciencia siempre había sido una de sus

mayores virtudes.

Fue hasta el terrario. *Cleopatra* escalaba una rama descascarada con sus patas peludas. Detuvo el andar de repente, cuando él se agachó para contemplarla de cerca a través del cristal. Tuvo la sensación de que lo miraba directamente a los ojos. Contuvo el aliento durante unos cuantos segundos mientras contemplaba la simetría perfecta de la araña que se movía con sigilo hacia él. Deseaba algo, y no la haría esperar. En una jaula, muy cerca del terrario, un ratoncito blanco daba vueltas en su rueda de metal. Lo asió de la cola y disfrutó viendo cómo se retorció en el aire en un vano intento por liberarse. Cuando lo dejó caer en el terrario, *Cleopatra* rápidamente se abalanzó sobre él, segregándole veneno hasta asfixiarlo.

El roedor ya no se movía cuando la tarántula lo envolvió entre las patas peludas. Una conocida excitación se apoderó de su cuerpo al ser testigo de aquella escena en la que el poder del más fuerte sobre el más débil se manifestaba en todo su esplendor. La presa y el depredador; el vencido y el vencedor. Tanto en la vida como en la muerte, alguien siempre gana, alguien siempre pierde. Y él no estaba dispuesto a perder.

CAPÍTULO 6

Vanja estaba despierta desde temprano. No supo si era por causa del colchón demasiado blando o la luz de la marquesina del bar que estaba frente al hotel que centelleaba contra la ventana de la habitación, pero le había costado conciliar el sueño. El viaje desde Sandviken hasta Mora le había llevado más de las dos horas previstas debido al mal tiempo. Para colmo, un buen tramo de la autopista cerca de Falun se encontraba obstruido por unas obras de construcción que habían sido abandonadas por culpa de la tormenta, lo que la había obligado a tomar un desvío por Slätta-Korsarvet, cuyas calles estaban en pésimas condiciones.

Había arribado a Mora la tarde anterior, en medio de la ventisca, y, tras registrarse en el First Bed, uno de los hoteles más económicos del pueblo, había decidido presentarse en la comisaría para informarse sobre el cuerpo que habían hallado y no habían logrado aún identificar. Pero se encontró con un destacamento policial casi vacío y, cuando el agente de guardia le explicó que todos estaban en la boda del inspector Lindberg y la sargento Wallström, no vaciló en preguntar en qué iglesia se celebraba la ceremonia.

Todavía le duraba en el estómago el vértigo que había experimentado al ver a Karl Lindberg por primera vez. Fue abrumador reconocerse en el color de su cabello o en los hoyuelos que se le formaban en la mejilla al sonreír cuando toda la vida había creído que su padre era otro hombre. Él también la había visto y se había sorprendido con su presencia. ¿Habría notado el parecido que guardaba con su madre? Porque más allá de la cabellera dorada y la sonrisa de los Lindberg, era el vivo retrato de Isabell Borg.

Trató de no darle más vueltas al asunto, aunque era plenamente consciente de que no sería nada sencillo acercarse al hombre que había enamorado y embarazado a su

madre adolescente sin soltarle quién era ella en verdad. Haría lo posible por enfocarse en el homicidio que estaban investigando para saber si podía vincularlo a su propio caso. Sonrió con incredulidad mientras saltaba fuera de la cama. Con su carácter impulsivo, lo más probable era que se lo dijera apenas lo tuviese enfrente.

Tras una ducha rápida, que le sirvió para despejarse del todo, y un frugal desayuno en el restaurante del hotel, partió hacia la comisaría en el Volkswagen Scirocco que le pertenecía, bajo una intensa nevisca. Esa vez, la recibió una mujer entrada en carnes que lucía unas uñas largas y pintadas de rojo. La miró de arriba abajo antes de preguntarle qué deseaba.

—Quisiera hablar con el oficial que lleva adelante la investigación del homicidio cuya víctima aun no consiguieron identificar —manifestó mientras echaba un rápido vistazo a su alrededor.

A pesar de ser un pueblo pequeño, el movimiento era constante. Ingrid la miró por encima de las gafas.

—Tendría que hablar con el teniente Stevic, pero aún no ha llegado —le anunció.

La mención de aquel apellido la descolocó. Pensaba que le tocaría entrevistarse con el inspector Lindberg, pero supuso que se habría tomado unos días de licencia por la boda.

—¿Sabe si tardará mucho? He venido desde Sandviken y me urge obtener información sobre el caso.

—¿Es usted reportera? —Ingrid frunció el entrecejo en señal de molestia.

—No, mi nombre es Vanja Lassgård y soy detective privado.

La respuesta logró lo que muy pocos: Ingrid se quedó muda. En ese preciso momento, Stevic ingresaba a la comisaría con el teléfono móvil pegado a la oreja.

—El teniente acaba de llegar —dijo por fin y señaló hacia la puerta de acceso.

Vanja giró. El hombre rubio que ahora soltaba una carcajada vestía unos pantalones de *jean* algo raídos y un suéter grueso de lana que se le pegaba al cuerpo y delineaba unos músculos bien torneados. Del brazo le colgaba una chaqueta de cuero. Recordaba haberlo visto en la iglesia la noche anterior. No supo si salirle al encuentro o esperar a que terminara de hablar. Optó por lo segundo y, apenas lo vio meterse el móvil en el bolsillo trasero del pantalón, se aproximó al policía.

—Disculpe, ¿es usted el teniente Stevic? —la pregunta estaba de más, por supuesto que era él.

La foránea causó en Mikael el mismo efecto que había provocado en Ingrid apenas unos segundos antes. La observó con curiosidad, aunque llevaba viviendo en el pueblo casi tres años, tenía la sensación de que la mujer no era de allí. Además, había algo en ella que le resultaba vagamente familiar.

—Sí, soy yo.

Ella extendió el brazo y esbozó una sonrisa.

—Soy Vanja Lassgård, teniente. Me dijeron que hablara con usted sobre el caso que están investigando. Creo que el cuerpo que encontraron hace dos días podría pertenecer a un hombre que estoy buscando y que desapareció en Sandviken hace once días.

Stevic le estrechó suavemente la mano y paró bien los oídos. Después de recibir cientos de mensajes de gente bien intencionada que aseguraba saber quién era el hombre que había sido hallado colgado de una viga en casa de los Lundkvist, la repentina aparición de aquella mujer, tal vez, podría sacarlos del agujero negro en el que se había sumido la investigación.

—Venga conmigo.

La mujer lo siguió a través del pasillo hasta su despacho. Mikael colgó la chaqueta en el perchero y la invitó a sentarse.

—¿Desea tomar algo?

—No, gracias, estoy bien así.

—Ha dicho usted que cree que nuestra víctima sin identificar es alguien que está buscando...

—Soy detective privado —interrumpió—. Hace aproximadamente una semana, se contactó conmigo Amanda Lipponen para contratar mis servicios. Quería que encontrara a su esposo, quien desapareció el 10 de noviembre antes de llegar a su trabajo.

—¿Por qué piensa que puede tratarse del mismo hombre?

—Las características físicas concuerdan, además Robert Lipponen también sufrió una fractura de peroné durante la infancia. Cuando hablé con la esposa me confirmó que había vivido aquí hasta los diez años y que, luego, se mudó a Sandviken. Son demasiadas coincidencias como para pasarlas por alto —alegó.

Él no tuvo más opción que concordar con ella.

—La fecha de la desaparición coincide con la data de muerte. Nosotros no hemos logrado una identificación positiva aún, y es un obstáculo que no nos permite avanzar con el caso. Si lo que usted afirma es cierto, solo hay una manera de verificarlo. —Se inclinó sobre el escritorio con la intención de levantar el teléfono—. Le pediré al agente Bengtsson que se ponga en contacto con la policía de Sandviken para obtener un registro dental de nuestra posible víctima.

—La policía local no le ha dado la prioridad necesaria a la investigación, ellos creen que el sujeto simplemente se marchó por propia voluntad, por esa razón la esposa me contrató a mí —enfaticó Vanja algo molesta por la rapidez con la que el

teniente se aprestó a ponerse en contacto con las autoridades policiales de Sandviken.

Mikael dejó el teléfono y cruzó los brazos encima del escritorio.

—Comprendo su posición, señorita Lassgård, pero le pido que entienda la nuestra. Debemos comunicarnos con el oficial que lleva adelante el caso de desaparición en Sandviken para constatar que se trata del mismo hombre. Si efectivamente resulta ser Lipponen, nosotros nos haremos cargo de la investigación de ahora en adelante; después de todo, el hecho ocurrió dentro de nuestra jurisdicción. —La miró directamente a los ojos—. Hay un protocolo que respetar, ¿está de acuerdo conmigo, señorita Lassgård?

Ella asintió. Tal vez, que el caso pasara a manos de la policía de Mora podía resultar ventajoso para ella. Debido a su trabajo, había tenido algún que otro roce con varios agentes en Sandviken que la acusaban de valerse de métodos poco ortodoxos para investigar; por ejemplo, el comisario Hesse Konrad la consideraba más molesta que una piedra en el zapato. Sin embargo, también contaba con el apoyo de un par de policías que cooperaban con ella con discreción cuando requería información.

—Mi obligación es informar a Amanda Lipponen de todo lo que descubra sobre la desaparición de su esposo, teniente Stevic; espero que eso no signifique un problema para usted o para sus superiores.

—Mientras no interfiera en la investigación supongo que no habrá inconveniente. En este momento, y debido a circunstancias especiales, seré yo quien me haga cargo del caso.

—Creía que el inspector Lindberg estaba al mando.

—¿Conoce a Karl?

—No, por supuesto que no —se apresuró a responder—. Mencionaron su nombre en la prensa, por eso me sorprendí cuando llegué y me dijeron que tenía que hablar con usted y no con él.

—Karl se casó ayer —le contó—. Su esposa también trabaja aquí, es la sargento Nina Wallström. No fue sencillo convencerlos de que al menos se tomaran un par de días para descansar, puesto que ninguno de los dos quería dejar el pueblo en medio de una investigación de homicidio, pero fue Greta quien logró el milagro.

—¿Greta?

—La hija de Karl.

Vanja sonrió para disfrazar la sorpresa. Aunque era una posibilidad que le había cruzado por la cabeza desde que se había enterado la verdad sobre su origen, descubrir que tenía una hermana le causó un nuevo impacto. Se llamaba Greta, y sentía una gran curiosidad por conocerla. Anotó el número del hotel en el cual se estaba quedando en el reverso de la tarjeta y se la entregó al teniente antes de

marcharse. Mikael le prometió que se pondría en contacto con ella apenas tuviera alguna novedad.

La tormenta había perdido un poco de intensidad, y Vanja aprovechó para recorrer las calles de Mora. Era un pueblecito pintoresco, aunque, tal vez, demasiado tranquilo para su gusto. Sin embargo, reconoció que no le disgustaría pasar una temporada en un sitio como aquel, alejado del bullicio de la ciudad y perdido entre bosques y montañas. Mientras conducía por el camino que bordeaba el lago Siljan, no pudo evitar buscar, en cualquier mujer joven que veía, el rostro de su hermana. ¿Se parecería a ella? ¿Cuántos años tendría? ¿Sería policía como su padre? Muchas incógnitas para tratar de resolver en un solo día. Tenía el nombre y, en un pueblo pequeño como Mora, seguramente todos conocían a la hija del inspector Lindberg. Le bastaría preguntar en el sitio correcto para saber dónde encontrarla, pero reprimió rápidamente el impulso de hacerlo. Antes de hablar con Greta, debía enfrentarse a Karl Lindberg.

* * *

El comisario Hesse Konrad, encargado de investigar la desaparición de Robert Lipponen, no recibió de buen agrado la noticia de que el cuerpo hallado en Mora pertenecía al hombre que ellos buscaban y que, creían, había abandonado Sandviken por sus propios medios. Había hablado con un tal teniente Stevic después de que la ciencia forense confirmara mediante una comparación de piezas dentales que la víctima de homicidio sin identificar que había aparecido en Mora era sin dudas Robert Lipponen. Tras el papeleo de rigor y la autorización judicial, la investigación pasó a manos de la policía de Mora. Por supuesto, Konrad se desentendió rápidamente del asunto y ni siquiera se inmutó cuando tuvieron que enviar todos los archivos que tenían del caso a los colegas de Mora.

Su comisaría estaba inmersa en una investigación de alcance nacional que buscaba desbaratar a una importante organización criminal de trata de personas que operaba en la frontera con Dinamarca. Se sospechaba que uno de los delincuentes que se encargaba de reclutar chicas que llegaban a Suecia, mayormente desde los países del este, tenía un centro de operaciones en Sandviken. No contaban con más información, y, desde Estocolmo, le habían pedido a él que tratara de dar con el paradero del sospechoso. Llevaban investigando a un par de sujetos que se ajustaban al perfil del posible reclutador, aunque un tal Boyko, que había ingresado al país proveniente de

Bulgaria justo una semana antes de que la policía interceptara un cargamento humano que se dirigía a Copenhague, estaba primero en la lista.

Había perdido interés en Lipponen cuando se enteró de que había tenido serios problemas de adicción en su juventud y de que parecía haber recaído en el vicio. Además, después de conocer a la esposa, una mujer sin carácter y que, además, carecía de cualquier encanto, tanto físico como de personalidad, era hasta comprensible que el hombre hubiese decidido desaparecer por voluntad propia. Nada de lo que su comisaría había descubierto hacía suponer que se encontraban frente a un hecho criminal, por eso nadie tampoco tenía derecho a acusarlos de no hacer su trabajo.

Sabía que Amanda Lipponen había contratado a Vanja Lassgård para que iniciara una investigación propia. Sonrió al pensar en la muchacha. Habían tenido altercados, sobre todo porque ella solía utilizar su encanto para obtener información de alguno de los agentes que tardaban lo que un suspiro en soltarle lo que ella buscaba. No los culpaba; Vanja tenía todo lo que un hombre podía desear en una mujer: belleza, inteligencia, simpatía, carácter y un par de piernas que dejaban a más de uno bizco cuando se asomaban debajo de una falda demasiado corta. Había planeado varias veces invitarla a salir, pero a último momento terminaba por arrepentirse. Sospechaba que las diferencias que existían entre ambos lo harían merecedor de un rotundo «no» por parte de la rubia. Tal vez, cuando la muchacha volviera de Mora, juntaría valor para llevarla a cenar al mejor restaurante de la ciudad.

El teléfono sonó y le interrumpió los pensamientos. Habían surgido novedades en el caso y requerían de su presencia en el laboratorio de criminalística; rápidamente la «rubia debilidad» pasó a segundo plano. Si todo salía bien y sus hombres lograban atrapar a uno de los integrantes de la banda de traficantes de personas podría, incluso, recibir una nueva condecoración que luciría orgulloso en la chaqueta oficial.

* * *

Mikael se despertó más temprano de lo habitual y con el ánimo renovado. Contempló embobado cómo Greta dormía a su lado. Tras la calma que había regresado después del trajín de los preparativos de la boda, finalmente Greta y él habían podido olvidarse de todo lo demás y habían disfrutado de una noche de pasión como hacía tiempo no tenían. Por el momento, su plan de llevársela a Sandhamn había quedado tan solo en eso, en un plan que pensaba concretar apenas fuera posible. Quizá pudieran tomarse

unos días una vez que el crimen que estaban investigando se resolviera o cuando salieran los papeles del divorcio; cualquiera fuera el caso, cumpliría con la amenaza de sacarla del pueblo para tener a la pelirroja solamente para él.

Se inclinó sobre ella y le apartó el cabello hacia un lado para besarle la nuca. Mientras iba quitando las sábanas para descubrir aquel cuerpo desnudo, el camino de besos siguió por la espalda hasta llegar a la curva redondeada del trasero. Ella dio un respingo cuando le mordió una nalga, giró la cabeza y le sonrió. Antes de que pudiera decir algo, él la obligó a tumbarse boca arriba. Se dedicó a observarla, extasiado con el movimiento pausado de esos pechos que subían y bajaban al ritmo de la respiración. La muchacha estiró ambos brazos sobre la almohada y se arqueó hacia arriba. Entonces, el teniente la asió de la cintura, allí en donde se había acumulado un poco de grasa a causa de lo mal que se había alimentado durante las últimas semanas y la atrajo hacia él.

Greta aún estaba algo somnolienta, pero las caricias de Mikael la excitaron rápidamente. Enroscó las piernas alrededor de la cintura de él y se acomodó encima de las suyas. Se besaron con intensidad mientras sus cuerpos volvían a unirse. Luego, él hundió la cabeza entre los pechos de la joven, quien se irguió hacia adelante para permitirle un mayor acceso. Para poder controlar el propio cuerpo que se sacudía al ritmo de las embestidas de Stevic, se aferró con las manos a los hombros de él con fuerza; tenía la sensación de que, si lo soltaba, terminaría por caerse. Los movimientos se fueron haciendo cada vez más veloces hasta alcanzar el clímax. Con los miembros temblorosos, se dejaron caer en la cama. Mikael apoyó la cabeza en el vientre sudado de Greta, mientras ella enredaba los dedos en esa rubia cabellera, que ahora estaba un poco más corta después de haber pasado por el estilista. Él respiraba profundo y su aliento tibio le hacía cosquillas en la panza.

—¿Has vuelto a hablar con tu padre?

—Sí, regresan esta misma tarde. No hubo manera de que se quedaran en Malmö más tiempo. Al menos, se tomaron el fin de semana para descansar. Papá está inquieto por la investigación; ha seguido el caso a través de la prensa y ya se enteró que han logrado identificar a la víctima —le explicó al tiempo que miraba de soslayo el reloj. Faltaba una hora para abrir *Némesis* y todavía tenía que darse un baño, desayunar y atender a *Miss Marple*. Si hubiese podido, se habría quedado así, con el teniente recostado encima de ella durante el resto del día. Soltó un suspiro de fastidio, gesto que provocó que él levantara la cabeza para mirarla—. No quiero ser aguafiestas, pero, si no salimos pronto de esta cama, tú llegarás tarde a la comisaría, y mi primo subirá a buscarme para ver qué pasa que no estoy en la librería.

De mala gana, él se hizo a un lado. Greta saltó fuera de la cama, buscó la bata en

el armario y, cuando se metió en el cuarto de baño, Stevic se escabulló detrás de ella. Ducharse juntos era otro placer que hacía tiempo no disfrutaban y, aunque el tiempo apremiaba, aprovecharon para hacerse más arrumacos debajo del agua. Veinte minutos más tarde, acicalados y satisfechos se sintieron más que preparados para enfrentarse a una nueva jornada de trabajo. A Mikael lo esperaba un gran desafío, ya que, en ausencia del inspector Lindberg, se había hecho cargo oficialmente de la investigación del homicidio de Robert Lipponen. La policía de Sandviken había accedido a enviarles los archivos del caso, que no eran muchos, y, según lo acordado, llegarían esa misma mañana a la comisaría.

Calentó el café, mientras la pelirroja limpiaba la jaula de la lora. Durante todo el fin de semana, ella había intentado sonsacarle información, pero él solo se había limitado a confirmar lo que la prensa había publicado en primera plana en la edición del domingo después de que se conocieran los resultados de las pericias realizadas a la dentadura de la víctima. Todo lo que la joven sabía, lo había leído en los periódicos o escuchado en la radio. Él no pensaba soltarle ningún dato extra, por lo tanto, aunque ella había insistido en conocer detalles de la investigación, se había mantenido firme en su postura.

Nadie sabía, por ejemplo, que habían dado con el cuerpo gracias a una llamada anónima y era un dato que pensaba ocultar tanto a la prensa como a Greta. No podía cometer ninguna infidencia, ni siquiera con ella, porque cualquier error caería indefectiblemente sobre sus espaldas. Ahora que Karl no estaba, tenía la oportunidad de demostrarle que estaba a la altura de ponerse al frente de un caso de semejante envergadura. Ni siquiera le había comentado a la muchacha sobre la llegada al pueblo de Vanja Lassgård. La observó mientras ella limpiaba la jaula a *Miss Marple*. Esa mañana la notó distinta. Su melena parecía más roja de lo habitual, y las dos trenzas al costado de la cabeza la hacían lucir más joven. Untó una tostada con mermelada de naranjas para ella y se la ofreció.

Greta estaba famélica. El fin de semana lo había pasado fatal, con dolor de estómago, que adjudicó a algún platillo del menú de la fiesta que le había caído mal. Sin embargo, la inapetencia de los dos últimos días tenía otra razón de ser. No quería que nadie se diera cuenta de lo mucho que extrañaba a su padre porque inmediatamente la tildarían de caprichosa y de egoísta, en especial la tía Ebba. Se sentía fuera de lugar, no era normal que sufriera por su ausencia cuando hacía apenas tres días que se había ido del pueblo. Le dio un mordisco tan fuerte a la tostada que terminó por ensuciarse la comisura de los labios con la mermelada. Mikael se acercó con una servilleta y con paciencia empezó a retirarle la sustancia pegajosa de la boca.

—¿Te encuentras bien?

Greta no supo qué contestar. Si le decía que echaba de menos a su padre, se burlaría de ella.

—Lasse debe de estar por llegar —dijo para eludir la pregunta—, tenemos que completar el inventario, y, antes del mediodía, debo ir a la residencia de ancianos a llevar la remesa de libros de esta semana.

A Mikael le asombraba el entusiasmo que ella le ponía al trabajo. Además de Némesis y el Club de Lectura, ahora también se ocupaba de un grupo de viejos que residía en el único geriátrico del pueblo. La iniciativa había surgido gracias a un subsidio del Ministerio de Cultura que se había establecido a nivel nacional para proporcionar material de lectura a las residencias de ancianos. El gobierno enviaba mensualmente una cantidad de dinero a las librerías adheridas al plan y estas, a cambio, brindaban una gran variedad de títulos a los pobres viejos que recibían un libro siempre con una sonrisa. A la muchacha, la idea le había parecido estupenda, por eso, cada lunes, se acercaba a la residencia de ancianos que estaba ubicada en la calle Sábbenbogatan, a tan solo un par de manzanas de la casa del inspector, para llevar las últimas novedades o los libros que le encargaban. Él había sido testigo en muchas oportunidades de la expresión de satisfacción en el rostro de la pelirroja cada vez que regresaba del lugar y, cuando le contaba con cuánta alegría los ancianos le comentaban acerca de la última novela que habían leído gracias a sus recomendaciones, un brillo especial le iluminaba la mirada. Imaginó que Greta era una especie de ángel para aquella pobre gente. Aunque los geriátricos eran sitios donde la mayoría de las veces los viejos eran abandonados por sus familias, la casa de dos plantas que regenteaban los Tardelli, un matrimonio de italianos que llevaban viviendo en Mora más de treinta años, tenía todas las comodidades necesarias. La joven le había contado que, incluso, había una piscina climatizada y el personal especializado que los atendía lo hacía con mucho cariño.

—¿Cómo está la señora Wozniak?

La pelirroja sonrió. Harriet Wozniak era quien sin dudas esperaba con más ansias las visitas de los lunes por la mañana. La anciana, aficionada a los crucigramas y a las novelas de misterio se había ganado la simpatía de Greta de inmediato.

—Muy bien, le he hablado tanto de ti que ahora insiste en que quiere conocerte. —Terminó de beber el café y devoró otra tostada con mermelada. La lora hacía lo mismo en el interior de la jaula, solo que ella se llenaba el buche con semillas de girasol y trocitos de manzana—. Supongo que estarás demasiado ocupado en la comisaría como para acompañarme esta mañana...

—Hoy es imposible, Greta. Cerebritito y yo tenemos que revisar los informes que llegan desde Sandviken sobre la desaparición de Robert Lipponen.

—Si quieres puedo pasar a verte al mediodía, así almorzamos juntos —propuso en un nuevo intento por enterarse de los pormenores del caso.

Stevic, que adivinó cuál era su verdadera intención, hizo oídos sordos a la oferta y, tras darle un beso rápido, se marchó y la dejó con las ganas de saber más. Mientras ella esperaba la llegada de Lasse, aprovecharía para ponerse al tanto a su modo. Los periódicos, ante la falta de novedades, se las ingeniaban para hablar del crimen: se valían de lo poco que podían obtener o reciclaban lo que ya habían publicado. No encontró nada interesante, así que decidió buscar por otro lado. Fue hasta la sala seguida por *Miss Marple* y, con el teléfono en la mano, se dejó caer en el sillón. Solo había una persona en el pueblo que podía saber más que la prensa. Marcó el número de Pernilla Apelgren y sonrió cuando escuchó la voz de la anciana al otro lado de la línea.

CAPÍTULO 7

Mikael se sorprendió cuando, al llegar a la comisaría, Ingrid le anunció que Vanja Lassgård lo estaba esperando. No se había puesto en contacto con él después de la reunión que habían tenido el otro día por la mañana, lo que lo había inducido a pensar que, tal vez, ya no se encontraba en el pueblo. Atravesó el pasillo en dirección a su despacho, pero se detuvo de repente cuando oyó voces que provenían del centro de comandos. Tampoco se sorprendió al verla comentar con Bengtsson algunos de los pormenores del caso. Irrumpió en el recinto a paso firme, lo que provocó que ambos se quedaran callados. Le lanzó una fugaz mirada a Cerebritito que bastó para que el muchacho volviera a concentrarse en la pantalla.

—Buenos días, teniente Stevic —saludó Vanja al tiempo que se apartaba de la mesa. En la mano derecha, sostenía una carpeta. Supuso que formaba parte del material de investigación que el comisario Konrad les había enviado desde Sandviken —. Espero que no le moleste que haya venido, pero, apenas recibí la confirmación de que mis sospechas eran ciertas, decidí ponerme a disposición.

Mikael la miró como si ella hubiera soltado un despropósito. ¿Ponerse a disposición? ¿De qué demonios estaba hablando? Aunque ella había investigado la desaparición de Robert Lipponen a pedido de la esposa, no tenía jurisdicción alguna para intervenir en el caso.

—¿A qué se refiere exactamente, señorita Lassgård? —preguntó mientras se dirigía a ocupar su sitio. Por un instante, se le cruzó por la cabeza sentarse en el extremo de la mesa, en la butaca de Karl, pero desistió a último momento. Aunque él estaba a cargo de la comisaría durante la ausencia del inspector, sabía que no se habría sentido cómodo si hubiera ocupado ese lugar.

—El agente Bengtsson me estaba contando que el personal de la comisaría

disponible para investigar el homicidio de Robert Lipponen se ha reducido notablemente debido a la partida de una de sus agentes y a la boda del inspector Lindberg con la sargento Wallström.

Stevic buscó nuevamente a Cerebritito con la mirada para amonestarlo por la falta de discreción. Notó como la nuez de Adán en el cuello de Peter bajaba y subía exageradamente mientras sonreía nervioso. No iba a soltarle un reto delante de la detective, ya hablaría con él en privado.

—Yo le ofrezco mis servicios, teniente. Seguramente, podré aportar datos que no aparecen en ninguno de los informes que le envió Hesse Konrad, además, aún trabajo para la viuda. Hasta que ella no decida lo contrario, mi deber es seguir investigando qué le pasó al esposo.

Mikael se inclinó hacia delante y observó el papelerío desparramado encima de la mesa. Los documentos que les había facilitado la policía de Sandviken cabían en cuatro carpetas. Konrad le había advertido por teléfono que no tenían mucho material sobre el caso, pero ellos poseían menos y necesitaban de cualquier hilo para empezar a tirar. La oferta de la mujer podía parecer osada, aunque, si en verdad ella era capaz de sumar datos que ayudasen a esclarecer el homicidio, al menos debería tener en cuenta la idea de que se uniera a la investigación. Lo más probable era que Karl nunca hubiese autorizado la colaboración externa en un caso que le atañía solo a su comisaría. Sin duda, lo tildaría de irresponsable por permitir que un detective privado trabajase con ellos, esas y otras razones deberían haberlo frenado cuando tomó la decisión de incorporar a Vanja Lassgård a la investigación. Esperaba que tanto Karl como Nina entendieran por qué lo había hecho.

El primer paso, ahora que conocían la identidad del cuerpo hallado en la propiedad de los Lundkvist, era averiguar todo sobre la víctima. La mujer se adueñó del lugar con rapidez y dispuso de la pizarra para apuntar todo lo que sabía sobre Robert Lipponen. A medida que escribía, Mikael ojeaba una de las carpetas del caso de desaparición que había llevado la policía de Sandviken, y, efectivamente, había más de un detalle que no figuraba en el informe oficial.

—Lipponen fue visto por última vez la mañana del 10 de noviembre, cuando salió de su casa para dirigirse al trabajo en la oficina de correos —dijo Vanja mientras trazaba una línea de tiempo en la pizarra—. Eso fue aproximadamente a las ocho y treinta. La esposa desayunó con él y asegura que no notó nada extraño en su comportamiento, aunque sí recuerda que estaba nervioso la tarde anterior, después de que regresara del trabajo. —Regresó a la silla y sacó una carpeta llena de hojas del bolso. Era evidente que había ido preparada con un arsenal de información—. He hablado con sus compañeros de trabajo, y la única que aportó algo interesante es Irina

Kristersson. La muchacha, que solía coincidir con Lipponen en la terraza de la oficina de correos cuando salían a fumar, me dijo que Robert había cambiado mucho durante las últimas semanas. Reconoció que habían tenido una aventura en el verano y que terminaron cuando su esposo descubrió la relación. Siguieron como amigos, aunque Irina cree que se estaba viendo con alguien más.

—Un marido infiel con aventuras recurrentes —acotó Mikael—. La lista de personas que le deseaban la muerte debe de ser larga, empezando por la propia mujer de Lipponen.

Vanja negó con la cabeza.

—Después de hablar con Irina me vi obligada a investigar a Amanda Lipponen. Le puedo asegurar que ella no sabía que Robert la engañaba. Es una mujer de carácter débil y de una ingenuidad que lo sorprendería. Si la conociera se daría cuenta de que esa pobre mujer, desesperada por la ausencia del hombre que ha estado a su lado por más de veinte años, es incapaz de matar una mosca.

—¿Qué hay del esposo engañado? —intervino Bengtsson, al tiempo que apartaba la mirada de la pantalla para leer lo que Vanja había escrito en la pizarra.

—Cuando hablé con Gustaf Kristersson reconoció que tuvo ganas de estrangular a Lipponen después de enterarse que se acostaba con su mujer, pero tiene una coartada sólida para la mañana de la desaparición; estaba en el banco y las cámaras de seguridad lo confirman.

Mikael revisó las declaraciones de los testigos del caso. En ningún lado, aparecían los nombres de Irina y Gustaf Kristersson. Evidentemente, era información que había conseguido Vanja por su lado.

—Necesitamos establecer por qué el cuerpo de Lipponen apareció en la casa de los Lundkvist —planteó Stevic—. Sabemos que nació en Mora, pero se mudó siendo muy pequeño a Sandviken. No tiene familia en el pueblo, lo que nos lleva a suponer que nada lo ataba a este lugar; sin embargo, nuestro asesino lo atrajo hasta aquí para matarlo. Dudo de que haya sido al azar. Debemos remontarnos al pasado de Lipponen para poder averiguar por qué terminó asesinado precisamente en Mora. —Miró a Cerebritito—. ¿Has logrado encontrar alguna conexión entre la víctima y los Lundkvist?

—Según los registros policiales de Sandviken, Lipponen fue arrestado en dos ocasiones por disturbios. La primera vez, en marzo de 1998, y la última, hace siete años.

—Fue por adicción a las drogas —explicó Vanja—. Estuvo muy mal, pero su esposa logró que ingresara en un centro de rehabilitación. Ella asegura que estaba limpio desde la última vez que lo habían arrestado y que la desaparición no tenía nada

que ver con las drogas.

—Los Lundkvist también están limpios —señaló Peter al echar un vistazo a los informes que le habían enviado desde Estocolmo y que ya había leído en varias ocasiones—. Vienen al pueblo solo en verano, el resto del año permanecen en la capital. Cato Lundkvist heredó la casa tras la muerte de su padre en el año 2003.

—¿Pertenece siempre a la familia? —preguntó Mikael, que abandonó la silla para estirar las piernas.

Miró de soslayo a Vanja, quien escuchaba con suma atención a Cerebritito. ¿Por qué continuaba pensando que le recordaba a alguien?

—No, la propiedad pasó a manos del padre de Cato a mediados de los ochenta. —Leyó un fragmento del informe antes de proseguir—. Cuando la adquirió había estado inhabilitada durante dos años. Al parecer, en el lugar funcionaba un internado para varones llamado Brandeby, que abrió sus puertas en la década del cuarenta y cerró en abril de 1980, cuando un incendio destruyó una de las alas del edificio. Lundkvist padre debió invertir una fortuna en restaurar el lugar y convertirlo en la imponente mansión que es ahora.

—Su fortuna debe ascender a varios millones de coronas. Son dueños de casi la mitad de Estocolmo —puntualizó Stevic, quien también había leído de arriba abajo los informes que habían pedido de cada uno de los miembros de la familia Lundkvist.

—Mientras investigaba a Lipponen no saltó nunca el nombre de ninguno de ellos —alegó Vanja con el ceño fruncido—. Hasta donde averigüé, ni siquiera se conocían, pero de alguna manera los Lundkvist están relacionados con el crimen, ya sea directa o indirectamente.

Mikael asintió para apoyar su teoría.

—Tal vez, no sea la familia la que relacione a Lipponen con Mora, sino la casa —dijo de repente Bengtsson y giró rápidamente la pantalla iluminada hacia ellos.

Stevic enfocó la vista, y Vanja tuvo que acercarse para poder leer un viejo artículo de la crónica de sucesos fechado en el mes de febrero del año 1980. Una fotografía en blanco y negro de lo que ahora era la casa de veraneo de los Lundkvist acompañaba la nota, firmada un tal Jari Barkselius, que hablaba de la desaparición de un niño de ocho años ocurrida una noche luego de volver de casa de sus padres al internado Brandeby. Peter resaltó el último párrafo para ellos.

«El agente Karl Lindberg se niega a hacer declaraciones a la prensa sobre los avances del caso. Mientras la policía sigue sin saber qué le ocurrió al pequeño Thomaz, las esperanzas de que vuelva sano y salvo se desvanecen».

* * *

Greta estacionó el Mini Cabrio frente a la residencia de ancianos y apagó la radio. La tregua que les había concedido la tormenta llegó a su fin cerca del mediodía cuando empezó a nevar de nuevo. Antes de bajarse del coche, se puso los guantes y se caló la boina de lana azul que hacía juego con la chaqueta del abrigo. Venía pensando en la conversación telefónica que había tenido con Pernilla, la anciana no fue de gran ayuda, ya que su visita a los Helin no había resultado productiva. Probablemente, los padres de Thor, al conocer su debilidad por el chisme, habían actuado con cautela delante de ella. El frío le caló hasta los huesos con rapidez apenas puso un pie fuera del Mini Cabrio. Corrió hasta el baúl para sacar la caja de libros. En ese momento, Imor, uno de los empleados de la residencia apareció como caído del cielo para darle una mano.

—Déjame a mí. —Se cargó la caja encima del hombro y, de un sonoro golpe, cerró la puerta del baúl trasero del Mini Cabrio, lo que provocó que Greta diera un respingo.

Ella le sonrió y le dio las gracias. Lo siguió por el sendero que poco a poco se cubría de nieve, aunque le costaba igualarle el paso, ya que Imor medía fácilmente un metro noventa de estatura, y sus zancadas eran tan amplias que tenía que correr para no quedarse rezagada. A pesar de ese aspecto de gorila, ella sabía de su dedicación a los ancianos, quienes cariñosamente lo llamaban «La Mole».

Una de las que lo adoraban era Harriet Wozniak. La anciana, que había llegado a Suecia desde un pueblo perdido en las montañas de Polonia, llevaba viviendo en la residencia desde hacía más de una década. La había ingresado su único hijo, luego de que una apoplejía la dejase postrada en una silla de ruedas. En el salón de la planta baja, los demás residentes parecían estar esperándola a ella. Los que podían moverse por sus propios medios se arremolinaron a su alrededor para saludarla. Otros, hurgaban dentro de la caja para ver con qué libro quedarse.

—¿Dónde está Harriet? —preguntó a Imor, mientras él repartía algunos ejemplares de la última novela de Benjamin Black entre los ancianos.

—No se sentía muy bien esta mañana y prefirió quedarse en la habitación. El ánimo le cambió después de algo que leyó ayer en el periódico y...

«La Mole» no terminó de decir su frase, ya que cuando se volteó hacia ella, Greta ya había desaparecido escaleras arriba. La habitación de Harriet Wozniak se encontraba al final del pasillo. Solía dejar la puerta entreabierta porque se estaba quedando sorda y, muchas veces, no escuchaba cuando alguien llamaba. Greta ingresó

con sigilo, porque creía que la anciana estaría dormida, pero vislumbró su silueta en la silla de ruedas recortada contra la ventana que daba al jardín. Se quitó los guantes y se los metió en el bolsillo trasero de los pantalones.

—Me alegra que hayas venido a verme, muchacha —dijo y giró hacia ella. A pesar de llevar en Suecia casi toda una vida, todavía hablaba con un poco de acento; era como si su Polonia natal se negara a abandonarla.

—Imor me dijo que no se sentía bien.

La joven se sentó frente a la anciana, en un taburete de cuero.

—A Imor siempre le gusta exagerar, no deberías hacerle caso. —Se acomodó las gafas y miró con interés el libro que Greta sostenía en su mano—. ¿Qué me has traído hoy?

—Una novela de su escritora favorita, Harriet.

Puso sobre su regazo un ejemplar de *La isla de los perros*, de la autora norteamericana Patricia Cornwell.

—No aparece la doctora Scarpetta —se lamentó la anciana mientras leía la contratapa.

—No, usted me contó que ha leído casi todas las novelas protagonizadas por ella así que decidí traerla esta que es la tercera de la serie de Andy Brazil y Judy Hammer. Él es periodista, y ella, policía. Creo que le va a gustar.

La anciana esbozó una sonrisa; aun así, Greta percibió inquietud en la mujer. Indudablemente, Imor no había exagerado como ella pretendía hacerle creer, y sí había algo que le había impedido dejar su habitación esa mañana para pasar el rato con los demás residentes en el salón.

—Todavía no terminé la novela de Agatha Christie que me dejaste la semana pasada. Planeaba hacerlo anoche, pero no podía concentrarme en la lectura —comentó.

La muchacha le rozó la mano huesuda. En el dedo índice llevaba un anillo en forma de rosa que, según le había contado durante la primera visita a la residencia, se lo había obsequiado su madre en el mes de septiembre de 1939, unos días antes de que Alemania decidiera bombardear la capital polaca. Dos días más tarde, Varsovia capitulaba y miles de soldados terminaron por entregarse, entre ellos, el padre de Harriet. Greta conocía la trágica historia.

La anciana, que en esa época era una niña de apenas seis años, había padecido, junto a su hermana de ocho y su madre, los flagelos de la guerra. Aquellos inocentes ojos del color del mar habían sido testigo de cómo miles de cadáveres se apilaban en las calles y se pudrían bajo el sol, mientras que improvisadas piras funerarias se levantaban en los parques públicos e inundaban la ciudad con un fétido olor. La falta

de agua potable y de alimentos había empezado a hacer mella entre la población civil. La madre de Harriet había muerto en sus brazos, y, si no hubiese sido por el gesto humanitario de un soldado alemán que se apiadó de ella y de su hermana Maia, habría corrido la misma suerte. Las niñas fueron trasladadas a un orfanato en la frontera con Checoslovaquia hasta que cumplieron la mayoría de edad. Maia había ingresado a un convento, mientras que Harriet, tras casarse con un marinero sueco, se había mudado primero a Ystad para luego radicarse definitivamente en Mora. Cada vez que la anciana le relataba su historia, la pelirroja no podía evitar ponerse triste. Su bisabuelo había participado en la Primera Guerra Mundial, en la Batalla de Somme, donde había perdido una de sus piernas. Cuando era niña, había visto una fotografía suya en el estudio de su madre en la que se lo veía lucir orgulloso el uniforme de la Fuerza Expedicionaria Británica.

—¿Qué le sucede, Harriet? Sabe que puede confiar en mí —le dijo.

Miró de refilón el retrato que tenía encima de la cómoda en el que aparecían su hijo, su nuera y sus dos nietos, quienes se acordaban de visitarla solamente en Navidad o en el día de su cumpleaños. La anciana retrocedió con la silla hacia la cama, dejó el libro sobre la mesita de noche y, del interior del cajón, sacó un periódico. La joven alcanzó a ver que se trataba de la edición dominical del *Falu Kuriren*. Estaba doblado en la sección de policiales, en la que no se hablaba de otra cosa más que del crimen que había sacudido al pueblo durante los últimos días.

—Fue Mikael quien encontró el cuerpo —contó Greta—. Fue un hallazgo espantoso. Esa noche, cuando llegó al apartamento, estaba todavía afectado por lo que había visto.

—Los muros de esa casa guardan terribles secretos —manifestó Harriet mientras observaba con suma atención a través de la ventana cómo caía la nieve.

—¿Por qué dice eso?

La anciana, entonces, la miró con tanta intensidad que la muchacha se movió en el taburete algo inquieta.

—Hace más de treinta años, en ese mismo lugar, ocurrió un suceso que hasta el día de hoy permanece en el más absoluto de los misterios.

La pelirroja guardó silencio, a la espera de que Harriet continuara con el relato. Había logrado despertarle la curiosidad.

—Yo trabajaba allí como cocinera cuando en la propiedad funcionaba el internado para varones Brandeby. Una mañana de febrero, uno de los niños no bajó a desayunar. —Respiró hondo. A la mano derecha, que descansaba en el apoyabrazos de la silla de ruedas, los dedos se le habían tornado más pálidos de lo habitual debido a la presión que ejercía sobre la superficie acolchada—. Se llamaba Thomaz y tenía ocho años.

Era uno de los benjamines del internado, también el blanco de las bromas de los demás niños. Le encantaban las mariposas y, para su último cumpleaños, horneé unas galletas de colores en forma de mariposas especialmente para él. Lo buscamos por todos los rincones de la casa, pero nadie pudo encontrarlo. Tu padre trabajó en el caso, y sé que hizo su mejor esfuerzo por dar con el paradero de Thomaz, pero parecía que al pequeño se lo había tragado la tierra. Simplemente, se esfumó.

—¿Papá investigó la desaparición?

—Sí, Greta. Creo que fue uno de sus primeros casos; era muy joven y todavía estaba soltero. Un par de años después, me enteré de que se había casado con una muchacha de origen inglés...

—Mi madre.

La anciana asintió.

—Lo que le sucedió a Thomaz nos afectó a todos en el pueblo. La gente se organizaba para salir a buscarlo, la televisión mostraba su rostro a todas horas. Los padres, incluso, ofrecieron una recompensa para cualquier persona que aportara información fiable sobre el paradero del niño... Pero de nada sirvió, Thomaz no volvió. Sus compañeros del internado parecían ser los más afectados. El director decidió continuar con las clases como si nada hubiese pasado e hizo caso omiso al drama que estaban atravesando esas pobres criaturas. Yo vivía en las afueras, pero, durante un tiempo, me quedé por las noches porque algunos de los niños sufrían pesadillas. —Tomó el periódico y se lo mostró—. Uno de ellos se llamaba Robert. Fue uno de los más afectados por la desaparición de Thomaz y, cuando terminó el año escolar, se mudó con su familia a Sandviken.

La joven ataba cabos mentalmente mientras la escuchaba. El niño del que le estaba hablando era Robert Lipponen. Que hubiese aparecido ahora, más de treinta años después de lo ocurrido con Thomaz Roth, y en el mismo lugar, no podía ser un hecho fortuito. Pensó en su teoría de que el autor del crimen quería dejar un mensaje. ¿Y si con la muerte de Robert Lipponen pretendía traer al presente la desaparición del niño del internado? Podría tratarse de dos hechos totalmente aislados; sin embargo, y a pesar del tiempo que había transcurrido entre un episodio y otro, tuvo la fuerte sospecha de que nada de lo que había sucedido era producto de la casualidad.

CAPÍTULO 8

Hanna, te encuentras bien? —Lasse intentó abrir la puerta del cuarto de baño y, entonces, descubrió que ella lo había cerrado con llave. Entró en pánico cuando la escuchó quejarse—. ¡Hanna! ¿Me oyes? —insistió mientras se debatía entre derribar la puerta o esperar a que ella decidiera abrirle.

Inclinó la cabeza hacia delante, apoyó la sien contra la pared y respiró hondo. Se había aparecido de sorpresa en el estudio para almorzar juntos porque tenía una buena noticia para darle. La hermana de uno de sus amigos se marchaba al extranjero durante una temporada y le había ofrecido rentarle el apartamento que poseía a un precio bastante módico con la condición de que cuidara de las plantas. Sin dudas, era la oportunidad que estaban esperando. El lugar, aunque pequeño, tenía todas las comodidades necesarias y lo mejor de todo era que estaba a tan solo cuatro calles de la zona comercial. Su plan había sido llevarla a conocer el apartamento después del almuerzo, pero, apenas probó un trozo de salmón, la rubia había salido disparada hacia el cuarto de baño. Se apartó cuando se dio cuenta de que el picaporte se movía. Hanna se asomó y lo miró.

—¿Qué pasa, cariño?

Estaba muy pálida y agitada. Varios mechones de pelo se le habían pegado a la cara a causa del sudor. Con una mano, se masajeara la sien mientras que, con la otra, se sujetaba del quicio de la puerta como si tuviera miedo de caerse. Él la asió de la cintura y la sostuvo entre los brazos. Estaba temblando. Hanna buscó instintivamente aquel calor y logró quedarse quieta durante unos segundos, pero, de repente, se apartó de él con brusquedad. Corrió y entró de nuevo en el cuarto de baño, al tiempo que se cubría la boca con la mano para contener el vómito. Se inclinó sobre el sanitario y se retorció en violentas arcadas mientras el cuerpo terminaba de vaciarsele.

Cuando todo pasó, Lasse la ayudó a ponerse de pie. La condujo con cuidado hasta el diván en donde solía echarse un rato por las tardes, cuando cerraba el estudio, y le ordenó que se quedara quieta. La joven lo vio desaparecer por la puerta del cuarto de baño y regresar apenas un instante después con una toalla en la mano.

—¡Está helada! —gritó ella cuando él le mojó la frente. Él sonrió.

—Esa es precisamente la idea —explicó mientras le humedecía las mejillas—. ¿Quieres un vaso de agua?

Ella negó con la cabeza. Todavía tenía ese horrible sabor amargo impregnado en el paladar y estaba segura de que su estómago no conseguiría retener ni siquiera un poco de líquido.

—Lamento haber traído salmón para almorzar —se disculpó Lasse mientras le acomodaba el pelo detrás de la oreja—. Si sabía que te ibas a poner así...

—No seas tonto, tu salmón no tiene nada que ver con mi malestar —lo tranquilizó.

—Debe de ser algo que has comido en la boda del tío Karl entonces.

Hanna volvió a negar con la cabeza. Era la segunda vez en menos de una semana que se descompensaba delante de Lasse, y él le echaba la culpa a los excesos de los últimos días; sin embargo, era incapaz de sospechar lo que en realidad estaba ocurriendo. El poder de deducción de Greta parecía que no se había extendido a los demás miembros de la familia. No sabía cómo decirle que estaba embarazada y casi prefería que lo descubriese por su cuenta.

—Le diré a mi prima que se encargue de atender la librería esta tarde. Iremos a ver a un doctor para que nos diga qué es lo que tienes.

—No hace falta —replicó y se incorporó lentamente en el diván para evitar que un mareo la sorprendiera. Lasse ya estaba demasiado asustado como para que encima perdiera el conocimiento delante de él—. Ya he estado en el hospital, y no me ocurre nada malo.

Él se la quedó viendo mientras ella se daba un poco de aire con lo primero que encontró a mano. Inmediatamente después, la acribilló a preguntas.

—¿Estuviste en el hospital? ¿Cuándo? ¿Por qué no me avisaste? Así iba contigo. ¿Qué te dijeron?

Hanna soltó un suspiro. Greta tenía razón, no tenía caso ocultarle la verdad cuando era inevitable que en apenas unas semanas su vientre empezara a crecer. Se sentó con el cuerpo inclinado hacia adelante y se quedó callada un largo rato mientras miraba el suelo. El muchacho se arrodilló junto a ella y la sorprendió cuando le apretó la mano.

—Lo que sea, dímelo —pidió con la voz estrangulada por la angustia.

La joven levantó la vista y le sonrió. Él seguía con un gesto preocupado cada uno de sus movimientos.

—No te alarmes, Lasse, no hay nada de qué preocuparse. —Le acarició el mentón en donde se asomaba una barba incipiente—. El doctor Haugaard me ha dicho que los próximos meses tendré que cuidarme más de lo acostumbrado y que debo hacerme controles regularmente para asegurarnos de que todo marcha según lo previsto, pero fuera de eso, de las náuseas y los mareos, estoy bien.

Él se quedó boquiabierto, la miraba fijamente con esos enormes ojos azules. Parecía que quería decir algo, pero no le salían las palabras. Hanna decidió entonces hablar por él.

—No sé cómo pasó, Lasse... Quiero decir, no lo planeé, ni siquiera se me cruzó por la mente tener un hijo —manifestó embargada por una mezcla de sensaciones que tampoco le permitía hablar con normalidad.

La emoción, los nervios, el miedo a lo que estaba por venir y, sobre todo, la incertidumbre de no saber cuál sería la reacción de él ante semejante noticia. Todo se confabulaba en su contra para que ahora empezase a temblar nuevamente. ¿Y si Lasse no quería un hijo? No habían hablado nunca de la posibilidad de convertirse en padres, después de todo, llevaban juntos pocos meses.

—Estás embarazada...

Apenas la joven terminó de asentir con un ligero movimiento de cabeza para confirmar la feliz noticia, el muchacho se abalanzó sobre ella y la estrechó entre sus brazos. Se separó un poco cuando se dio cuenta que con tanta efusividad podía hacerle daño. Le levantó la blusa y le colocó la mano en el vientre.

—Tener un hijo contigo es una bendición, Hanna —dijo emocionado hasta las lágrimas—. Siento que la vida me está dando una segunda oportunidad, me devuelve la ilusión que perdí cuando el niño que esperaba Annete no nació.

—Lasse, ¿lo dices de verdad? Porque yo estoy aterrada —se animó a confesar.

Le acarició el labio inferior con el dedo pulgar, luego, le dio un beso para que no le quedaran dudas de lo que acababa de escuchar.

—Es normal que tengas miedo, pero yo estaré a tu lado y, si es necesario, no me separaré de ti en ningún momento —le aseguró—. Hay mucho que organizar y tenemos poco tiempo...

La muchacha lo detuvo en seco.

—¿De qué hablas?

—De la boda, por supuesto. —Se sentó a su lado en el diván. A Hanna le asustó el desmedido entusiasmo con el que hablaba—. Tendremos que casarnos antes de que se note el embarazo, no lo digo por mí, sino por tu padre. Es mejor ahorrarnos un

disgusto con él, ¿no crees?

—Lasse, yo no quiero casarme, mucho menos porque estoy esperando un hijo — anunció.

El joven no daba crédito a lo que estaba oyendo, pero, cuando comprendió que Hanna hablaba en serio, la sonrisa de felicidad que le iluminaba el rostro desapareció rápidamente.

—El embarazo me tomó por sorpresa y apenas me estoy haciendo a la idea de que en pocos meses me convertiré en madre como para asumir, en este momento, la realidad de una boda. Yo te quiero, Lasse, pero no estoy preparada para dar un paso tan importante. Lo siento.

—Hanna, no puedes hacerme esto, ni a mí, ni a tus padres...

No iba a tolerar que metiera a sus padres en el medio de aquella conversación. Se levantó de golpe, y el suelo se movió bajo sus pies, pero logró llegar hasta el refrigerador. Podía sentir la mirada de Lasse clavada en su nuca mientras bebía un poco de agua mineral.

—En quienes menos pienso es en mis padres —aclaró y se dio vuelta para mirarlo a la cara mientras le hablaba—. Ellos jamás han tenido incidencia en las decisiones que he tomado a lo largo de mi vida, y no pienso dejar que se metan ahora. Sigamos con nuestros planes de irnos a vivir juntos, mejor —explicó al tiempo que suavizaba el tono de su voz—. Casarnos porque estamos esperando un hijo no me parece una solución, sino una salida rápida que es probable que nos lleve al fracaso.

—Pero yo sí quiero casarme contigo; es más, planeaba pedírtelo después de que nos mudáramos juntos —reveló ante el estupor de Hanna.

—Lasse, no estoy diciendo que nunca nos casaremos. —Dejó la botella de agua encima del refrigerador y se acercó a él—. Lo que quiero que entiendas es que no hay necesidad de precipitarnos, a mí no me importa ser madre soltera. La opinión de mis padres, de los tuyos o de la gente del pueblo me tiene sin cuidado. Probemos la convivencia primero para ver cómo nos va.

Él retrocedió cuando intentó tocarlo.

—No me quieres lo suficiente como para arriesgarte conmigo, ¿no es así? —le espetó mientras la taladraba con sus ojos azules.

—Te quiero, y lo sabes —respondió Hanna para hacerlo entrar en razón.

—No lo parece. —Se dirigió hacia la salida y, antes de atravesar la puerta, la miró por encima del hombro—. Yo estoy más que dispuesto a compartir el resto de mi vida contigo, Hanna, pero es evidente que tú no.

El portazo que dio Lasse al abandonar su estudio le hizo dar un respingo. ¿De qué le servía haberse atrevido a contarle la verdad si todo acababa de irse a la mierda?

* * *

Greta decidió pasar por la comisaría antes de volver a su apartamento para preparar la próxima reunión del Club de Lectura. No sabía cómo se tomaría Mikael el hecho de que la visita a la residencia de ancianos le hubiese proporcionado algunos detalles interesantes sobre el caso que estaban investigando. ¿Le creería cuando le dijese que había obtenido información por pura casualidad o pensaría que nuevamente se estaba metiendo donde no la llamaban? Estacionó el Mini Cabrio al otro lado de la calle y oteó en dirección al estacionamiento en busca del auto de Karl. Soltó un suspiro de alivio cuando no lo vio por ninguna parte. Nina le había dicho que regresaban temprano para evitar conducir de noche por la carretera, pero seguramente la tormenta los había retrasado. Mucho mejor. Prefería recibir un sermón de Mikael y no uno del inspector Lindberg. Se puso los guantes y tomó el bolso del asiento del acompañante.

Mientras avanzaba hacia la comisaría, no dejó de darle vueltas a lo que le había dicho Harriet Wozniak sobre el niño que había desaparecido del internado Brandeby. Pero, sin dudas, lo que más le había sorprendido fue enterarse que su padre había sido el oficial encargado de la investigación. No recordaba que él o su madre hubiesen mencionado el hecho alguna vez. De acuerdo a la fecha en la que había ocurrido, ellos todavía no estaban casados, pero ya se conocían ya que su madre se había mudado al pueblo a mediados de 1979. Seguramente, no sería difícil encontrar información sobre el caso. Subió con cuidado las escalinatas, había un poco de nieve acumulada en los costados, y el piso de cemento estaba resbaladizo. Decidió acercarse hasta el mostrador de recepción para saludar a Ingrid antes de buscar a Mikael en su despacho.

—¿Tienes noticias de Karl y de Nina?

—Llegan hoy, pero no sé a qué hora —respondió Greta mientras se quitaba los guantes. Miró con disimulo hacia la derecha donde Ingrid había dejado la última novela que devoraba en sus ratos libres. Se titulaba *Apasionados*, y la imagen de la portada era la de la típica pareja de «chico guapo y descamisado besa a chica perfecta y de expresión sufrida» que solía ilustrar los libros del género. No tenía nada en contra de las novelas románticas, es más, cuando era adolescente, ella también había sucumbido a las tórridas historias de amor que llenaban esas páginas. Era la época en la cual empezaba a sentir curiosidad por los chicos, y solía leerlas a escondidas. Tanto Hanna como ella habían aprendido muchas cosas a través de algunas de sus escenas que, luego, no tuvieron reparo en poner en práctica con los muchachos que las invitaban a salir.

—Sería bueno que se tomaran unos días más para disfrutar de su nuevo estado

civil. ¡Se los veía tan felices en la ceremonia! —exclamó la recepcionista con ojos soñadores.

La pelirroja se preguntó si ella habría puesto aquella misma expresión cursi cuando leía novelas románticas en su adolescencia.

—Conociendo a papá, de seguro querrá regresar al trabajo de inmediato; ya fue un milagro lograr que dejara el pueblo con una investigación de homicidio en curso.

—Así es tu padre, cariño, aunque, a veces, carga con demasiadas responsabilidades sobre los hombros.

La muchacha sabía que la recepcionista era una de las personas que más conocían a su padre.

—Ingrid, ¿tú trabajabas aquí en el año 1980?

La mujer enarcó las pobladas cejas teñidas de rubio.

—No, entré a trabajar diez años después, gracias a la recomendación de Lars Magnusson. Antes de ser recepcionista, fui taquígrafa en el juzgado —le aclaró—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en particular, es que desde que tengo uso de razón te recuerdo siempre detrás de este mostrador.

—Cuando llegué a la comisaría, tú tendrías unos siete años, solías venir con tu madre de visita y, muchas veces, te sentabas en mi regazo con esa muñeca de trapo de la cual nunca te despegabas.

El recuerdo le provocó una carcajada.

—¡Frida! Le faltaba un ojo y tenía una mancha de chocolate en el vestido que mamá nunca pudo sacar. La pobre debe de estar en algún lugar del desván.

Se quedaron evocando viejos tiempos durante un rato hasta que el teléfono las interrumpió, momento en el cual Greta aprovechó para escabullirse hasta el despacho del teniente. Llamó a la puerta, pero nadie contestó, entonces, un agente le avisó que Stevic llevaba toda la mañana en el centro de comandos, y hacia allí se dirigió. Supuso que ante la ausencia del inspector, de Nina y de la agente Thulin y con un caso de homicidio que resolver, Peter Bengtsson y él apenas tendrían tiempo para respirar.

Estaba por ingresar al recinto cuando escuchó una voz de mujer. Quitó la mano del picaporte. No se trataba de Miriam, ni tampoco de ninguna otra agente que ella conociera. ¿Acaso habrían enviado a alguien para que colaborase con ellos? Si era así, Mikael no le había mencionado nada. Se acomodó la boina y se desprendió los botones del abrigo, mientras no se decidía si lo más prudente era llamar antes de entrar o irrumpir sin anunciarse. Como ya lo había hecho en ocasiones anteriores, se metió en el centro de comandos. Mikael, quien estaba concentrado en la pizarra, se

volvió con rapidez al oír que la puerta se abría.

—Hola, espero no interrumpir nada importante —dijo a modo de saludo. Enseguida, su atención se desvió a la rubia que ocupaba la silla de la sargento Wallström. No tenía aspecto de policía, aunque, si le permitían estar allí, debía serlo.

Peter le dio la bienvenida con una sonrisa. El teniente, en cambio, la miró con un gesto interrogante.

—Greta, ¿qué haces aquí?

La pelirroja curvó los labios en una amplia sonrisa y desplegó todo su encanto para evitar que Mikael la reprendiera delante del agente Bengtsson y de la mujer desconocida, que ahora la observaba con cierta insistencia. A Vanja le había bastado escuchar el nombre de la pelirroja para saber que se trataba de su hermana.

—He venido a hablar contigo.

—¿No podías esperar a que nos viéramos en tu apartamento? —retrucó, ya que conocía de sobra su verdadera razón para presentarse en la comisaría.

La joven negó con la cabeza y, en vez de ponerse a la defensiva como solía hacerlo cada vez que pretendían acusarla de entrometida, miró a la otra mujer en el recinto con una sonrisa.

—¿No vas a presentarnos?

—Greta, ella es Vanja Lassgård. Ha venido desde Sandviken para aportar información sobre nuestra víctima de homicidio y he decidido incorporarla a la investigación...

—¿Eres policía? —lo interrumpió la pelirroja, que volvió a prestar atención a la forastera.

—No —respondió Vanja, que abrió la boca por primera vez desde la llegada de Greta—. Soy detective privado. ¿Tú eres la hija del inspector Lindberg, verdad?

La muchacha asintió mientras dejaba que la otra le estrechara la mano.

—¿Conoces a mi padre?

—No... no todavía —respondió mientras la estudiaba con detenimiento. Más allá del color de los ojos, tan azules como los suyos, no se parecían demasiado. Greta era pelirroja y tenía pecas en el rostro. Era difícil tratar de adivinarle la edad porque las trenzas con las que se había peinado el cabello la hacían lucir más joven de lo que probablemente era. Calculó que tendría, por lo menos, unos diez años menos que ella. Sonrió cuando la vio torcer la boca hacia un lado mientras escuchaba al teniente Stevic. Ella lo hacía siempre que se ponía inquieta o estaba a punto de perder la paciencia. Le provocó cierta emoción descubrir que compartían el mismo gesto—. ¿Eres policía también? —quiso saber.

—No, Vanja. —El que respondió fue Stevic—. Greta tiene una librería en la zona

comercial, pero su pasatiempo favorito es jugar a resolver misterios.

La pelirroja ignoró aquel mordaz comentario.

—Creo que he descubierto algo importante.

Vanja fue testigo de cómo Stevic, con los brazos en jarra, la miraba con una mezcla de asombro y resignación.

—¿Dónde has metido tus narices esta vez?

La joven dejó el bolso encima de la mesa, volvió a sonreírle a Bengtsson, quien parecía ansioso de escuchar lo que la hija del inspector se moría de ganas de contarles y, tras mirar fugazmente a Mikael, se dejó caer en una de las sillas.

—En ningún lado —se escudó—. Como bien sabes, esta mañana visité la residencia de ancianos y estuve hablando con Harriet Wozniak. —Vio que el teniente asentía con la cabeza, esperó alguna interrupción, pero no la hubo, entonces, decidió continuar—. Ella me contó que la propiedad que ahora pertenece a los Lundkvist durante una época fue un internado para varones; Brandeby era el nombre del lugar. Harriet trabajaba allí como cocinera. Hace más de treinta años, uno de los niños desapareció y hasta el día de hoy no se sabe qué pasó con él. El hombre que fue asesinado en esa casa era otro de los niños que estaban internados en Brandeby, esa es la conexión que existe entre la víctima y el lugar —especuló—. Adivina quién investigó la desaparición del pequeño...

—Fue Karl.

Greta asintió, perpleja.

—Todo lo que acabas de decirnos ya lo sabíamos. Es nuestro trabajo investigar a fondo todos los datos que van surgiendo —manifestó poniendo énfasis en la palabra «nuestro»—. Cuando descubrimos lo del internado, rápidamente apareció el nombre de tu padre en un caso de desaparición ocurrido en febrero de 1980. Al ser un caso abierto, los archivos aún permanecen en el depósito. —Señaló unas cuantas cajas amontonadas debajo de la mesa—. Logramos dar con la lista de los alumnos, y, efectivamente, como bien te ha dicho la señora Wozniak, Robert Lipponen era uno de los niños que estaban internados en Brandeby cuando Thomaz Roth desapareció. A *prima facie*, tu teoría es acertada —tuvo que reconocer a regañadientes—. Lo que sucedió en los ochenta parece ser el nexo que relaciona a Lipponen con el lugar del hecho.

—La desaparición de ese niño nunca se aclaró; tal vez, la víctima sabía lo que pasó esa noche en el internado y lo asesinaron para que no hablara o incluso es posible que tuviera algo que ver con la desaparición y quisieron vengarse —planteó la muchacha mientras miraba de reojo la pizarra en la que estaban anotados los primeros datos de la investigación.

—Tu hipótesis no es mala, pero ¿por qué esperar más de treinta años para actuar? —intervino Vanja y arrojó por tierra las suposiciones de la joven.

La pelirroja guardó silencio. El teniente y Cerebritito intercambiaron miradas, ambos esperaban que Greta saliera con alguna de las suyas.

—Las posibilidades son muchas —contestó por fin—. El asesino podría haber vivido en el extranjero o estar encerrado en prisión. Hay otras opciones como, por ejemplo, que el asesino sea uno de los niños del internado o pariente de alguno de ellos.

Vanja sonrió. Era buena, y se preguntó por qué no había seguido los pasos del padre. Ella, desde pequeña, siempre había sentido una fascinación especial por las fuerzas de seguridad y, conforme iba creciendo, decía a todo el mundo que cuando fuese grande se dedicaría a atrapar a los malos. Pero las aspiraciones de convertirse en agente de policía se vieron rápidamente truncadas por culpa de su madre, quien le aseguraba que viviría con el corazón en la boca, a la espera de su regreso a casa. Después de haberla visto desmoronarse por la muerte de su padre, no tuvo el coraje de causarle otro disgusto: fue entonces que decidió elegir un camino alternativo y menos arriesgado. Se mudó a Estocolmo y, tras cuatro años en una prestigiosa academia que formaba a los mejores detectives privados del país, volvió a Sandviken para abrir la agencia propia. Por eso, le había causado cierta emoción saber que su padre biológico era policía.

Mikael estaba a punto de interrumpir la retahíla de teorías que Greta ya empezaba a tejer cuando alguien más lo hizo por él. Todos miraron hacia la puerta cuando se abrió, y la feliz pareja de recién casados apareció sorpresivamente en el centro de comandos. La pelirroja corrió a los brazos del inspector, y Karl la besó en la frente con tanta efusividad que parecía que llevaban meses sin verse.

—Hola, Stevic, ¿cómo estás? —Nina observó a la mujer ubicada al otro lado de la mesa mientras se quitaba la bufanda—. ¿Y tú quién eres?

El inspector se separó de Greta y puso toda su atención en la muchacha que no le quitaba los ojos de encima. ¿Qué estaba haciendo allí? Era la misma que había aparecido en la iglesia, durante la ceremonia. Otra vez, esa poderosa sensación de que la conocía. Trató de recordar de dónde, pero fue inútil.

—Mi nombre es Vanja Lassgård —se presentó la rubia ante los recién llegados—. Soy detective privado y he venido desde Sandviken para interesarme en la víctima del homicidio.

Trató de que no se notara que los nervios la estaban traicionando, pero de inmediato se dio cuenta de que le temblaba la voz al hablar. Los latidos del corazón se habían disparado, y, al mirarse las manos, las notó pegajosas. Sabía que no sería fácil

estar frente a él, aunque no imaginaba que ver a Karl Lindberg a los ojos por primera vez la iba a afectar de aquella manera. Notó que a él también lo desconcertaba su presencia. ¿La habría reconocido? ¿Cuánto tiempo podría ocultarle la verdad sobre su identidad?

Si iban a trabajar juntos, era mejor que supiera cuanto antes que el efímero pero tórrido romance que había vivido con su madre había tenido consecuencias. Con certeza, no era el momento propicio para contarle quién era, acababa de regresar de la luna de miel y se lo veía felizmente relajado, a pesar del inquietante caso de homicidio al cual se enfrentaba su comisaría; aun así, comprendió en ese mismo instante que si no le decía que era su hija, esa noche no podría dormir. Respiró hondo y se aclaró la garganta antes de hablar.

—Inspector Lindberg, ¿podría hablar en privado con usted?

Después de que Vanja formulase aquel enigmático pedido, se hizo un silencio abrumador en el centro de comandos. Tanto Stevic como Nina se mostraron sorprendidos; Bengtsson apenas le prestó atención, ya que estaba escribiendo un mensaje de texto en su móvil. Greta frunció el ceño, intrigada por saber qué tenía que hablar la tal Vanja con su padre; Karl, en cambio, como si estuviese esperando que ese momento llegara, la invitó a acompañarlo a su despacho.

CAPÍTULO 9

Mientras atravesaban el pasillo, caminando a la par, Vanja repetía una y otra vez en la cabeza lo que iba a decirle a aquel hombre desconocido que llevaba su misma sangre. Ya en el despacho, él le preguntó si quería tomar algo. Rechazó la invitación porque tenía el estómago atenazado por los nervios. Se sentó en la butaca, cruzó las piernas y volvió a apoyar los pies en el suelo; simplemente porque no era capaz de quedarse quieta. Quería decir tantas cosas, pero, al mismo tiempo, las palabras se le quedaban atoradas en la garganta. Él no había tomado asiento todavía. No dejaba de mirarla, lo que hacía que los nervios de Vanja fueran en aumento.

—Te vi la otra noche en la iglesia —comentó Karl por fin para romper el hielo entre ellos—. En ese momento me recordaste a alguien que conocí hace muchos años. ¿Qué hacías allí?

Vanja tragó saliva. No tenía caso retrasar lo inevitable; había venido hasta Mora para conocerlo y contarle la verdad.

—Vine a buscarlo a la comisaría más temprano y me dijeron que esa noche celebraba su boda. Me presenté en la iglesia porque quería verlo, aunque no me animé a acercarme. —Interrumpió el relato para mesarse el cabello. Respiró hondo antes de continuar—. Estoy aquí no solo por lo de Lipponen, inspector Lindberg, hay otra razón que me hizo venir a Mora para ponerme en contacto con usted.

Mientras la escuchaba hablar, Karl intentaba discernir a quién le recordaba la muchacha. Había algo en ella que irremediablemente se le hacía familiar. Tal vez, era la forma de su nariz o el hoyuelo que tenía en el mentón. Era de Sandviken. Si la memoria no le fallaba, hacía casi cuarenta años había conocido a alguien que vivía en la misma ciudad. Era una jovencita a la que había enamorado durante unas vacaciones de verano. ¿Cómo se llamaba? Por más que se esforzó en recordar, había olvidado su

nombre. Cuanto más la miraba, más se le antojaba parecida a ella.

—Acabo de enterarme que no soy hija biológica del hombre que siempre creí que era mi padre y que murió cuando tenía siete años, sino el fruto de un amor de verano entre dos jovencitos que se conocieron en una playa de Skanör hace casi cuarenta años. —Vio que el inspector empalidecía de repente; ante el silencio de él, decidió continuar—. Mi madre se llama Isabell Borg, y usted, inspector Lindberg, fue su primer amor. Me contó de sus escapadas nocturnas, de lo emocionada que estaba porque un muchacho mayor se hubiese fijado en ella. Lo que ambos vivieron ese verano no se truncó allí, y, hoy, tiene frente a usted al fruto de aquel romance.

Karl tuvo que aflojarse el nudo de la corbata porque de repente empezó a faltarle el aire. No supo por qué en ese preciso momento se le vinieron a la mente las palabras del médico cuando le había advertido que, si no dejaba de fumar, el corazón terminaría por pagar las consecuencias. Se recostó en la butaca y, al pasarse la mano por la cara, se dio cuenta de que estaba sudando.

—¿Se siente bien, inspector?

La voz de aquella muchacha que aseguraba ser su hija le retumbó en la cabeza como un eco que se alejaba cada vez más de él. El aturdimiento no le permitía oír con claridad, todo a su alrededor se fue sumiendo en una bruma oscura. Los párpados le pesaban demasiado y tuvo la desesperante sensación de que el vaticinio del doctor Akelsen estaba a punto de cumplirse. El rostro de Vanja Lassgård fue lo último que vio antes de perder la conciencia.

* * *

Greta deseaba estar un rato a solas con Karl, pero debía regresar al apartamento. Hablaría con él más tarde, en la intimidad de la casa. Estaba punto de abandonar el edificio cuando escuchó que la puerta del despacho del inspector se abría. Perpleja vio cómo Vanja, completamente desencajada, corría hacia el mostrador de recepción. Retrocedió sobre sus pasos con el corazón en la garganta.

—¿Qué pasó?

La rubia se volvió.

—¡Es tu padre, se ha desvanecido!

—Tranquila, cariño, acabo de llamar a una ambulancia... La joven ni siquiera escuchó lo que Ingrid le decía, atravesó el pasillo como una posesa y casi se desmorona cuando vio a Karl tumbado en la butaca con los ojos cerrados. Se arrodilló

a su lado y le apretó la mano. Estaba helada.

—¡Papá! ¡Despierta, por favor, no me hagas esto!

Los demás, que habían oído el revuelo que se había armado, irrumpieron también en el despacho. Por un instante, Nina se quedó paralizada mientras veía cómo la pelirroja intentaba hacer reaccionar a Karl. Ni siquiera se dio cuenta de que Stevic la estaba sujetando del hombro para contenerla. Parada en la puerta, Vanja no dejaba de temblar. Si algo le ocurría a Karl Lindberg por su culpa, nunca se lo perdonaría. ¿Cómo había podido soltarle semejante verdad sin pensar en cuál sería la reacción de él? Tendría que haberle hecho caso a Isabell y no buscarlo. Le costó un gran esfuerzo no soltar una lágrima cuando la pelirroja se echó a llorar sobre el pecho del inspector.

Ella también era su hija, pero dentro de aquellas cuatro paredes, rodeada de personas que apenas conocía, no era más que intrusa. Miró el reloj. ¿Cuánto más tardarían los paramédicos en llegar? Era como si el tiempo se hubiese detenido en el preciso momento en el que el inspector había perdido la conciencia. Entonces, como el milagro que todos esperaban, el inspector abrió por fin los ojos y balbuceó algo que nadie llegó a entender. A Greta le volvió el alma al cuerpo cuando Karl le sonrió.

—¿Cómo te sientes?

Le acarició la mejilla. Todavía estaba muy pálido, pero al menos la temperatura del cuerpo empezaba a normalizarse. Nina se aproximó, se arrodilló junto a él y le sostuvo la otra mano. Su esposo la apretó con fuerza, como suplicándole, con un gesto que solo ella entendió, que no lo soltara. Luego, barrió el despacho con la mirada, en busca de Vanja. La miró como si lo hiciera por primera vez. Parecía un pollo mojado, arrebujada en un suéter color azul mientras se mordía las uñas. Recordó su aparición en la iglesia y la impresión que le había causado verla. ¿Cómo no se había dado cuenta del parecido con su madre? Habían pasado muchos años; sin embargo, en algún lugar de la memoria, aún recordaba a la dulce Isabell.

Posó sus ojos en la pelirroja. Había estado llorando y, ahora, respiraba con fuerza, soltaba hipidos mientras se sonaba la nariz. ¿Cómo reaccionaría ella ante la inesperada aparición de una hermana mayor? Siempre se había sentido muy cómoda al ser hija única, recibir amor y atención a manos llenas. Le llegó a la mente una escena en el jardín de su casa, cuando la muchacha tenía cinco años. Sue Ellen y él tenían deseos de volver a convertirse en padres y, al preguntarle qué pensaba de la posibilidad de la llegada de un hermanito, les había contestado muy resuelta que ella no necesitaba un hermano porque ya tenía a Hanna. Unos meses después, Sue Ellen había quedado embarazada, pero, tras sufrir un aborto espontáneo en la cuarta semana de gestación, decidieron no arriesgarse. Por supuesto, a Greta nunca se lo contaron, y creció siendo la princesa de la familia. No sería fácil para ella aceptar de golpe y

porrazo que había alguien más que llevaba su sangre y compartía sus genes.

Los paramédicos finalmente llegaron y constataron que Karl había sufrido un pico de tensión que le había provocado la pérdida de conocimiento. Más allá de ese percance, parecía que todo estaba bajo control, aun así, le recomendaron que se fuera a casa a reposar y que se hiciera un chequeo lo antes posible. Lo de irse a descansar pensaba cumplirlo a rajatabla, aunque la visita al hospital la pospondría todo el tiempo que fuera posible.

Entre tanto movimiento de gente, de pronto, perdió de vista a Vanja. Necesitaban hablar, aunque, tal vez, no era el momento. Stevic le dijo que se marchara tranquilo, que la investigación iba viento en popa. Mientras la pelirroja conversaba con el sargento, el inspector aprovechó para preguntarle qué estaba haciendo su hija en el centro de comandos, a lo que el teniente respondió con la primera explicación razonable que le vino a la mente; le dijo que había ido para esperarlos a ellos porque sabía que pasarían primero a la comisaría para ponerse al día con las novedades del caso. Exigió copias de los expedientes para llevárselos, aunque tuvo que prometerle a Greta que no se desvelaría esa noche por leerlos. Ella, que dudaba de la sensatez de su padre cuando de trabajo se trataba, le pidió a Nina que se asegurara de que cumpliera con lo prometido.

Después de que el clima en la comisaría volvió a la normalidad, Mikael no dejó que la muchacha se marchara. No hizo falta mucho para convencerla de pasar un momento a solas en su oficina. La llevó de la mano, que acariciaba con suavidad, mientras cruzaban el pasillo. Entraron, y cerró la puerta para que nadie los interrumpiera.

—Ven aquí —dijo y la atrajo hacia él.

Sabía cuánto necesitaba un abrazo. Apoyó el mentón en lo alto de su cabeza, por encima de su la boina, y le masajeó la nuca. Greta se acurrucó contra su pecho y dejó que el aroma almizclado de ese perfume la embriagara. Si no supiera que la esperaban unos cuantos pendientes en la librería, se habría quedado el resto del día anclada entre esos brazos. Todavía sentía un gran vacío en el estómago y, de tan solo imaginar lo que le podría haber ocurrido a su padre, le daban ganas de echarse a llorar otra vez.

Nunca antes se había descompensado de esa manera. Aunque el médico de cabecera le había advertido sobre el riesgo que existía de que sufriera un infarto, si no se cuidaba, ella misma había procurado, tras regresar a vivir al pueblo, que siguiera al pie de la letra las indicaciones del doctor. Algo había provocado que le subiese la tensión arterial mientras estaba reunido con Vanja Lassgård. Antes de que ambos se encerraran en el despacho, él se encontraba en perfecto estado. ¿Quién era realmente esa mujer y qué pretendía de Karl? Aunque había un horrible homicidio que resolver,

su prioridad en ese momento era descubrir lo que se escondía detrás de la llegada a Mora de la detective.

* * *

Greta levantó la vista de la pantalla para observar cómo su primo acomodaba unos ejemplares en el escaparate. En el poco rato que llevaba haciéndolo, tres libros habían ido a parar al suelo. Había llegado diez minutos tarde, y, cuando quiso saber el porqué del retraso, le había lanzado una mirada asesina que le dio a entender que no estaba de ánimos para hablar. Supuso que su mal humor tenía que ver con Hanna, por eso, prefirió esperar a que se calmara antes de arremeter con más preguntas. No hablaba con ella desde el día de la boda, pero, si su primo había llegado con el ceño fruncido y pocas ganas de socializar, seguramente su amiga tampoco la estaría pasando nada bien. Pensó en abandonar la tarea de ingresar los nuevos títulos a la base de datos y llamarla por teléfono, pero no sería una buena idea con Lasse dando vueltas por la librería.

Con un gesto de fastidio, observó cómo volvía a caer nieve. El clima empeoraba, y se estaba planteando la posibilidad de suspender la reunión de esa semana. El Club de Lectura había tenido más éxito en el verano y, aunque el número de miembros se mantenía en un buen promedio, el frío y las horas de luz, que cada vez eran menos, habían reducido a los integrantes a casi la mitad. Sin embargo, no se quejaba.

De las participantes que asistían desde su inauguración, solo quedaban Linda Malmgren, Selma Steinkjer, Mary Johansson, Mia Magnusson y Monika Windfel, la madre de Hanna. Su tía Ebba había abandonado el club al finalizar la época estival porque ahora se dedicaba a la repostería, vendía sus pasteles caseros a varias tiendas de la región y, según sus propias palabras, «no tenía tiempo ni para respirar». Sus primas, quienes se habían inscripto en el club más por la insistencia materna que por amor a la lectura, habían aprovechado la salida de Ebba para dejarla también.

También continuaban Pernilla Apelgren y Anne-Lise Metzgen, que, a pesar de tener que cuidar de su pequeña, hacía lo posible para asistir a las reuniones. Las nuevas integrantes eran Telma, la sobrina de Pernilla, y Agnetta Bramsen, una de sus amigas, quien también integraba la Asociación de Damas de Mora y tenía la lengua tan floja como la aspirante a escritora de novelas de misterio. Greta sospechaba que la anciana se había inscripto en el Club de Lectura con el único propósito de recolectar chismes que, luego, se encargaría de divulgar por el pueblo.

Ensimismada en sus pensamientos, ni cuenta se había dado de que su primo ya no estaba en el local. Se sobresaltó cuando escuchó un estruendo en el depósito. Si Lasse no aplacaba pronto ese mal genio, terminaría por romper algo. La campanilla de la puerta sonó, su prima Julia ingresó a Némesis y se sacudió la nieve del abrigo.

—¿Cómo te has animado a salir de casa con semejante tormenta? —preguntó la pelirroja al pensar qué diría el tío Pontus. Julia era la hija más pequeña de los Hansson y, por lo tanto, la consentida de su padre. La adolescente se apoyó encima del mostrador y puso cara de fastidio.

—Si fuera por papá, estaría estudiando junto a la chimenea, dentro del área de cobertura de su radar. No entiende que ya crecí, Greta, y sigue tratándome como si tuviera cinco años —se desahogó, pues sabía que la pelirroja había padecido lo mismo con Karl.

—Los padres siempre nos ven como si tuviéramos cinco años, Julia. Sobreprotegenos está en su naturaleza —comentó con cierto aire de resignación.

Ella había aprendido a lidiar con los cuidados del inspector que muchas veces solían ser exagerados. Por supuesto, no reconoció delante de su prima que, desde que lo compartía con Nina, extrañaba tenerlo encima todo el tiempo.

—Envidio la libertad que tiene Lasse para ir de acá para allá sin dar explicaciones. Incluso piensa mudarse con Hanna al apartamento que deja vacío la hermana de uno de sus amigos —manifestó mientras buscaba a su hermano por todas partes.

—Está en el depósito. Llegó bastante malhumorado y se distrae por cualquier cosa...

—Creo que tuvo una pelea muy fea con Hanna. Iba a sorprenderla en su estudio para almorzar con ella y contarle lo del apartamento para ir a verlo esta misma tarde, pero cuando volvió a casa, lo hizo azotando puertas. Se encerró en su habitación y no habló con nadie —explicó y se encogió de hombros. Los escarceos amorosos de Lasse le importaban muy poco, ella tenía sus propios problemas como para preocuparse por una pelea que seguramente duraría menos que *Doll*, una de las canciones más breves de su grupo favorito, Foo Fighters—. Yo trato de hacer mi vida, pero con mamá y papá es imposible.

—Créeme que sé muy bien de lo que hablas, Julia. Yo, a tu edad, pasé por lo mismo y también me rebelé contra las imposiciones paternas —confesó. La adolescencia había sido la mejor época de su vida, en la cual cualquier pretexto era bueno para desobedecer al siempre recto e intachable inspector Lindberg. No lo hacía adrede, mucho menos para desafiar la autoridad. A los catorce años, Hanna y su conducta desenfadada habían contribuido a que ella hiciera cosas de las que, luego, incluso se ruborizaba al recordarlas. Cosas que solo ellas conocían y que jamás habían

revelado a nadie. Notó que Julia miraba con insistencia hacia la puerta, cuando divisó a Emil, el nieto de la señora Schmidt, que salía del hostel, incluso, creyó percibir un brillo en sus ojos—. ¿Has venido a desahogarte con tu prima más simpática por la poca libertad que te dan mis tíos o necesitabas algo más?

Julia sacó un papel con los bordes rasgados del bolsillo de su abrigo y lo puso encima del mostrador.

—¿Tienes este libro?

La pelirroja intentó dilucidar lo que estaba anotado en el pedazo de papel cuadriculado, pero la caligrafía era prácticamente ilegible. Lo único que pudo sacar de aquellos garabatos, que parecían haber sido escritos en un apuro, fue el apellido del autor.

—Es algún libro de Andrea Camilleri, pero no soy capaz de leer el título.

—*La paciencia de la araña* —dijo Julia, sin necesidad de mirar el papel.

Greta no recordaba si tenía algún ejemplar en stock. Hacía apenas un par de semanas, habían llegado algunos títulos del autor siciliano que ambientaba las novelas en un pueblecito imaginario llamado Vigàta y que, probablemente, sería la versión italiana de Saint Mary Mead. Ella había tenido oportunidad de leer al menos una docena de sus obras, protagonizadas por el comisario Salvo Montalbano, y había quedado encantada con el personaje que, de alguna manera, le recordaba a Karl. Miró en el ordenador, ese título en particular no aparecía en el inventario.

—No tenemos ningún ejemplar en este momento en Némesis, Julia, pero puedo pedirlo hoy mismo para que venga con el pedido de este miércoles.

—¡Perfecto, prima, avísame cuando lo tengas! —gritó mientras abandonaba la librería.

Greta vio que se quedaba cerca de la puerta y miraba hacia el otro lado de la calle, como si estuviera buscando o esperando a alguien. Luego, de repente, se subió la capucha del abrigo para guarecerse de la nieve. Fue precisamente ese movimiento el que provocó que una imagen similar viniera a su cabeza. Entonces, tuvo la certeza de que ya había visto el mismo abrigo antes. Julia se dirigió por la acera hacia Kyrkogatan a toda prisa. Decidió espiarla porque parecía que iba al encuentro de alguna persona. Se asomó por la puerta y confirmó las sospechas cuando la vio prendida de la mano del nieto de la señora Schmidt mientras corrían en dirección al lago Siljan.

Regresó detrás del mostrador y guardó el papel con el título de la novela de Camilleri en la agenda para no olvidarse de encargarse un par de ejemplares cuando hablase con el proveedor de Estocolmo más tarde. Al hacerlo, vio que su cuaderno rojo se asomaba debajo de un montón de libretas en donde apuntaban los pedidos de

los clientes. La tentación de abrirlo y empezar a elucubrar teorías sobre el homicidio que había sacudido al pueblo exactamente cinco días atrás era demasiado seductora. Había poco movimiento en la librería, y Lasse se encontraba en el depósito haciendo quién sabe qué mientras rumiaba su bronca. Aunque no tenía mucha información todavía, apenas lo que había leído en la prensa y lo que le había podido sonsacar a Mikael, que confirmaba el relato de Harriet Wozniak, contaba con suficientes datos como para volver a escribir en el cuaderno rojo. Se acomodó en el taburete mientras lo abría y lo colocaba encima del mostrador. Con un bolígrafo de color negro escribió la fecha en la primera página en blanco que encontró.

19 de noviembre: hallazgo del cuerpo.

Lugar: casa de veraneo de la familia Lundkvist.

Causa de la muerte: asfixia.

Nombre de la víctima: Robert Lipponen.

Momento del hecho: aún no lo sé. ¿Cómo se enteró la policía de que había un cuerpo en casa de los Lundkvist? Tampoco lo sé.

Estaba por anotar el nombre de Thor Helin, ya que parecía la opción más sensata, pero, en cambio, colocó un signo de interrogación.

Detalles del crimen: El cuerpo fue envuelto en una bolsa de nailon y colgado del techo. ¿Por qué? ¿Un mensaje del asesino? ¿A quién?

Subrayó las preguntas dos veces. Los medios afirmaban que Lipponen estaba con vida cuando el asesino lo preparó para escenificar el crimen, pero era un dato con el cual tampoco contaba: «¿Verdad o mera suposición periodística?».

Escribió y dejó varios renglones en blanco debajo. Con suerte, si conseguía que alguien le hablara de los resultados de la autopsia, podía llenarlos después. Anotó el nombre del doctor Grahn. El viejo tenía debilidad por sus pastelillos con crema; si era necesario, hornearía unos cuantos y se los llevaría a la comisaría. Dio vuelta la página y continuó escribiendo.

Lipponen vivía en Sandviken, pero era oriundo de Mora. Estuvo ingresado en el internado Brandeby cuando desapareció uno de los niños.

Thomaz Roth: visto por última vez la noche del 9 de febrero de 1980.

Policía a cargo de la investigación: Karl Lindberg. Posible relación entre ambos hechos: la escena del crimen.

En el margen izquierdo del cuaderno hizo la siguiente anotación: «Indagar sobre la desaparición de Thomaz. Posibles fuentes: papá, el doctor Grahn, la señora Wozniak, noticias de la época».

Volvió a la página principal para seguir escribiendo: «Motivo del crimen: ¿venganza por lo de Thomaz? ¿Evitar que Lipponen dijese algo sobre lo que ocurrió esa noche? ¿Ninguna de las anteriores?».

Se llevó el bolígrafo a la boca mientras seguía cavilando. Aunque podrían tratarse de dos hechos completamente aislados, le costaba creer que no hubiera una conexión entre la desaparición de Thomaz Roth, que nunca se resolvió, y el homicidio de Robert Lipponen. Agregó el nombre de Vanja Lassgård.

Detective privado que investigaba en Sandviken la desaparición de Lipponen. Llegó al pueblo con la intención, según ella, de aportar datos a la policía. Mikael la incorporó de inmediato a la investigación. Si ya era parte del equipo que trataría de resolver el crimen, ¿por qué quiso hablar a solas con papá?

Se detuvo. No podía pasar por el alto el hecho de que se hubiese descompensado precisamente mientras estaba con ella.

¿Qué se trae entre manos la tal Vanja Lassgård? ¿Qué era eso tan importante que debía hablar con el inspector en privado? ¿Acaso se acercó a él porque sabía que en 1980 había investigado la desaparición de Thomaz Roth? ¿Con qué misteriosa intención? ¿Tendría información nueva sobre el caso? Si es así, ¿por qué necesitaba estar a solas con él? ¿Por qué no compartir lo que sabía con los demás?

A medida que avanzaba con las anotaciones, el nombre de Vanja Lassgård originaba más y más interrogantes.

CAPÍTULO 10

Me lo vas a contar o tendré que adivinar el motivo de esa cara larga que traes? Karl contempló a su flamante esposa, tendida en la cama junto a él, con la cabeza apoyada sobre su pecho. Aún estaba impresionada por lo que había ocurrido en la comisaría. No era para menos, él también se había llevado el susto de su vida. Venció la tentación de fumarse un cigarrillo respirando hondo para dejar que el perfume de Nina le embargase los sentidos por completo.

Tras llegar de la comisaría, ella, siguió las recomendaciones del médico y las exigencias de Greta: prácticamente lo había obligado a desvestirse para darse un baño. Permaneció debajo del agua hasta que la sargento vino por él para llevarlo hasta la cama. En la mesita de noche, lo esperaba una taza humeante de un té de hierbas que le había llevado la hermana de Nina, Tove, y que, según ella, lo ayudaría a descansar. Karl no supo cuántas horas había dormido, pero cuando despertó, ella estaba a su lado. Le acarició el cabello, lo tenía más claro, y a él le encantaba ese nuevo aspecto. Le quitaba algunos años de encima, aunque adoraba cada una de sus arrugas.

—No te quedes callado, Karl —insistió ante su falta de respuesta—. Sé que algo te angustia. Estuve revisando los informes del homicidio que trajiste de la comisaría para leer y vi tu nombre en una vieja investigación sobre la desaparición de un niño de ocho años. ¿Es algo relacionado con ese caso lo que provocó que colapsaras?

Si le decía que sí, no estaría mintiendo. Aunque lo que había provocado su desmayo había sido la revelación que le había hecho Vanja Lassgård sobre su supuesta paternidad, el homicidio de Robert Lipponen y la inquietante posibilidad de que esa muerte estuviese relacionada con la desaparición de Thomaz Roth probablemente habían acelerado el proceso. El estrés sufrido las semanas previas a la boda lo habían dejado agotado tanto física como mentalmente, con sus antecedentes

coronarios, ya que su padre había muerto de un infarto, a nadie le sorprendió que terminara con la tensión por los cielos.

Sin embargo, a una mujer como Nina, de una agudeza mental envidiable, no se le escapaba nada. Volvió a respirar hondo. Era su esposa y tenía derecho a saber lo que pasaba. No iba a empezar a ocultarle cosas justo ahora que se habían casado. Fue en ese momento que comprendió que, aunque no sería difícil contarle sobre la aparición de una hija, lo verdaderamente complicado iba a ser hablar con Greta.

—El homicidio de Lipponen reavivó un hecho de mi pasado que nunca pude olvidar —comenzó a decir—. El primer caso importante que me asignaron fue la desaparición de Thomaz Roth. Todo el pueblo se movilizó en su búsqueda, pero ninguno de los recursos disponibles que teníamos en esa época dio resultados. El peso de resolver el caso caía sobre mis espaldas, Nina. Los padres del niño confiaban en mi capacidad como policía, a pesar de mi juventud. Cometí la imprudencia de prometerles que les traería sano y salvo a su hijo... No pude cumplir con mi palabra. Thomaz simplemente se desvaneció sin dejar rastros, el caso se enfrió y, poco a poco, fue quedando en el olvido. Sin embargo, los Roth nunca olvidaron; yo tampoco pude hacerlo. Incluso intenté seguir investigando por mi cuenta, fuera de mi horario de trabajo, pero no surgieron nuevas pistas y, cuando mi superior se enteró, me obligó a archivar el caso. —Se incorporó y se apoyó sobre el respaldo de la cama. Nina se sentó a su lado y entrelazó una mano a la de él. Pudo percibir que los recuerdos le hacían mal—. La semana pasada, cuando volví a poner un pie en ese lugar, después de más de treinta años, sentí que el tiempo no había pasado. La habitación en la que apareció el cuerpo es la misma en la que dormía el niño, y estoy seguro, no me preguntes cómo porque ni yo mismo lo sé, de que la muerte de Lipponen y la desaparición de Thomaz se relacionan de alguna manera.

—No quiero que te preocupes por eso ahora, cariño —lo exhortó—. Deja que Mikael siga encargándose de la investigación que lo viene haciendo muy bien, tiene a Bengtsson y, además, contará con la colaboración de esa muchacha que vino de Sandviken. En última instancia, y si te sientes más tranquilo, puedo sumarme yo también. Lo importante es que tú no te hagas mala sangre por nada; el doctor recomendó reposo y te recuerdo que todavía seguimos de luna de miel.

Ella le acarició el pecho por debajo de las sábanas. Karl le sonrió. Si esa era su manera de convencerlo, él no tenía ninguna objeción. Cuando su mano descendió hasta la entrepierna, la detuvo de mala gana.

—Hay algo más que debes saber, Nina. Ella frunció el ceño.

—¿Es grave?

Él negó con la cabeza.

—Es algo inesperado —respondió—, y tiene que ver con Vanja Lassgård.

—¿Qué fue lo que te dijo en tu despacho?

Recordó la reacción de Greta ante el pedido de la muchacha. Ella también se había sorprendido, aunque había sabido disimularlo mejor que la pelirroja. Parecía que por fin se develaría el misterio.

—Nina... —Soltó un fuerte suspiro antes de continuar—. Vanja me ha dicho que yo soy su padre.

La sargento arqueó las cejas y abrió bien grande la boca. Se lo quedó mirando mientras movía la cabeza, en un intento por asimilar el bombazo que acababa de lanzarle.

—¿Tu hija? ¿Esa joven es hija tuya?

Karl asintió. Luego, cuando el impacto de la noticia dio paso a la curiosidad, le contó sobre el fugaz pero intenso romance que había vivido con Isabell Borg; romance que, según la afirmación de Vanja, había dejado secuelas.

—Se parece un poco a ti, aunque eso no nos asegura que en verdad seas su padre —alegó ella con cautela.

No podían fiarse tan fácilmente de alguien que aparecía en el pueblo para interesarse por un homicidio y terminaba por confesar una supuesta filiación nada más y nada menos que con el inspector a cargo de la comisaría que investigaba el caso en cuestión. De inmediato, pensó en Greta.

—Lo sé; la noticia me tomó por sorpresa. En todos estos años, no volví a pensar en Isabell y, cuando vi a su hija en la iglesia, de algún modo, me la recordó.

—¿Se presentó en la iglesia?

—Sí, pero no se animó a buscarme.

—Vino hasta aquí por el homicidio de Lipponen y a decirte que es tu hija. ¿No te parece algo sospechoso? —planteó ella desde el rol de sargento de la policía.

Desconfiar de los hechos fortuitos o las repentinas apariciones oportunas estaba en su naturaleza.

—No pudimos hablar mucho, lo único que me dijo es que acababa de enterarse de que su padre no era el hombre que la había criado. Supongo que Isabell le contó la verdad cuando supo que Vanja venía a Mora. Ella sabía que yo era oriundo de aquí y que estaba por ingresar a la academia de policía. De seguro, mi nombre apareció en los medios en relación al cuerpo que no lográbamos identificar, y, al conocer la intención de su hija de venir a hablar conmigo sobre el caso, se habría visto obligada a decirle que soy su padre. —Se encogió de hombros—. Es lo que imagino, hasta que no vuelva a hablar con ella, no sé nada más. —Se puso de costado para poder mirarla directamente a los ojos—. Nina, quiero que seas completamente sincera conmigo,

¿qué piensas de todo esto?

Ella guardó silencio durante unos segundos antes de hablar.

—Karl, no voy a negar que me causó cierta desconfianza la aparición de tu supuesta hija. Déjame continuar —le pidió cuando vio que él planeaba interrumpirla—, debemos manejarnos con cautela, conocer toda la historia y comprobar si dice realmente la verdad. No puedes aceptar así como así lo que ella te diga o lo que asegura su madre. No has visto a esa mujer en casi cuarenta años, durante todo ese tiempo, nunca te avisó que tenías una hija con ella. Vayamos con calma, ¿quieres? Es lo que hacemos siempre con cada caso que cae en nuestras manos: recolectar evidencia, investigar a las personas involucradas...

—¿Pretendes que investigue a mi propia hija? —replicó, convencido de que Vanja no lo estaba engañando.

Era suya, le había bastado verla a los ojos para saber que llevaban la misma sangre.

—Lo único que quiero es que, primero, te asegures de que te dice la verdad, y solo hace falta un análisis de ADN para salir de dudas. Si Vanja no tiene nada que ocultar, se lo hará sin ningún problema. ¿Estamos de acuerdo?

Karl accedió sin chistar. Si lo que su esposa buscaba era una prueba de paternidad, se la daría. Aunque no lo reconociera delante de ella, una confirmación oficial que no dejara dudas sobre el lazo sanguíneo con la muchacha, le ayudaría a asimilar la idea de que Greta no era la única hija y de que Isabell le había arrebatado egoístamente la posibilidad de conocer a Vanja al no contarle de su existencia. Además, estaba seguro de que la pelirroja también exigiría alguna evidencia al enterarse de que, de repente, tenía una hermana.

—¿Cuándo se lo piensas decir a Greta? —preguntó Nina, que adivinó lo que él pensaba.

—No lo sé; tal vez, sería mejor esperar a que estén los resultados del ADN, aunque no me gustaría que terminara sabiéndolo por alguien más. Quiero ser yo quien se lo diga, me corresponde a mí hacerlo —manifestó preocupado.

—Cuanto antes hables con ella, mejor. —Se acomodó de nuevo encima de él, con la intención de retozar un rato en la cama antes de levantarse para preparar la cena—. Conoces de sobra la capacidad que tiene tu hija para averiguar las cosas que le interesan, y quedó bastante intrigada por la aparición de esa muchacha.

Karl la rodeó con los brazos. Nina tenía razón; no podía aplazar la charla con la pelirroja por mucho más tiempo. Imaginó mil maneras de decírselo y esperaba que cualquiera que eligiera no terminase por lastimar a su pequeña. Aprovecharía para hacerle una visita al día siguiente ¡y que fuese lo que Dios quisiera!

* * *

Vanja no tuvo más remedio que volver a la comisaría cuando recibió la llamada del teniente Stevic para avisarle que Amanda Lipponen acababa de llegar de Sandviken para identificar oficialmente el cuerpo del esposo. Había conseguido escabullirse más temprano, luego de cerciorarse de que el inspector Lindberg había recobrado el conocimiento y estaba siendo atendido por los paramédicos. La ventisca le impidió seguir recorriendo el pueblo, así que pasó el resto de la tarde en un *pub* de la calle Hamngatan llamado Vantage Point.

El ambiente era tranquilo, aunque, al ser foránea, se ganó la atención de todos los asistentes con rapidez. Un hombre de unos cuarenta años, enfundado en unos holgados pantalones de pana y con una gorra de Los Angeles Lakers desteñida, incluso se atrevió a acercarse a su mesa para invitarle un café. Ella rechazó la oferta con una amable sonrisa, pero con una mirada penetrante que hizo que el pobre se alejara con el rabo entre las patas. Lo que menos necesitaba en ese momento era involucrarse sentimentalmente con alguien. Y no porque fuese demasiado pretenciosa o despreciara a un hombre como el que acababa de tratar de entablar algo con ella porque era de pueblo. No, no eran esos los motivos por los cuales seguía sola después de terminar con Kalle Ardivisson, un empresario textil de Sandviken que la había soportado durante seis largos meses.

Con la enfermedad de su madre y la verdad sobre su origen, le quedaban pocas ganas de enamorarse. Tenía que reconocer que su error a la hora de entablar una relación era el de amar con demasiada intensidad. Tal vez, por eso Kalle la había dejado. Hizo un recuento de peripecias amorosas y le dolió descubrir que, de las cinco relaciones que había tenido a lo largo de su vida, cuatro habían terminado por decisión de la otra persona. ¿Tendría suerte alguna vez? ¿Dónde estaba ese hombre que sabía que la volvería loca y se convertiría en el príncipe azul que soñaba de pequeña? ¡Estaba harta de besar sapos! Descendió del auto bajo una intensa nevada. Miró hacia ambos lados y cruzó corriendo la calle. Al ingresar a la comisaría, la señora Lipponen, que esperaba sentada a que la llamasen de la morgue, se puso de pie al verla.

—Amanda, ¿cómo está?

Era una pregunta estúpida si consideraba que venía a reconocer el cadáver de su esposo. La notó más delgada; el grueso abrigo que llevaba le colgaba por todas partes. Se había recogido el cabello en un rodete tirante que la hacía lucir más vieja. Los últimos acontecimientos la habían reducido a un saco de piel y huesos, que, sin dudas, se mantenía en pie a fuerza de tranquilizantes.

—Angustiada por tener que pasar por este trance —respondió, a punto de quebrarse.

Vanja no supo qué hacer. A pesar de que había establecido un vínculo con ella mientras buscaba a Robert, estaba allí como investigadora del caso. Debía de haber alguien más para que la acompañase, sin embargo, no le sorprendió que hubiese viajado sola. Sabía que apenas tenía trato con el resto de la familia. Un hombre ataviado en un mono azul se les acercó.

—¿Quién de ustedes es la señora Lipponen? —preguntó.

—Soy yo —contestó Amanda mientras sacaba un pañuelo de seda del bolso.

—Doctor Grahn, no nos han presentado todavía, pero mi nombre es Vanja Lassgård y acabo de incorporarme a la investigación.

Frederic Grahn deslizó las gafas por el puente de la nariz y la miró de arriba abajo. ¡Conque esa rubia de enormes ojos azules y un hoyuelo en el mentón era la famosa detective privado que había llegado de Sandviken preguntando por el cuerpo que yacía en la camilla de su morgue! Extendió el brazo y le sonrió.

—Por fin nos conocemos, muchacha. Por los pasillos de la comisaría no se habla de otra cosa que de tu llegada.

Le apretó la mano con tanto ímpetu que ella creyó que nunca la soltaría.

—Lamento interrumpir tanta camaradería, pero quisiera terminar con esto lo antes posible, por favor —manifestó Amanda molesta por el comportamiento fuera de lugar del forense.

Ella estaba por enfrentarse a la terrible realidad de tener que ver el cadáver de su esposo, mientras él socializaba con la detective.

—Por supuesto, señora Lipponen. Venga por aquí.

Antes de dar un paso, la mujer miró a Vanja. No hubo necesidad de pedir nada, la acompañó y, cuando le tocó pararse frente a la mesa de acero inoxidable en la que reposaban los restos de Robert Lipponen, le puso una mano en el hombro en un gesto de apoyo que la viuda agradeció asintiendo con un leve movimiento de cabeza. La detective la condujo de regreso al pasillo y le ofreció un vaso de agua. Aprovechó para comunicarle que, a pesar de que la investigación para averiguar el paradero del esposo ya no tenía validez, porque se había cometido un homicidio, ella seguiría trabajando en el caso junto a la policía local.

El semblante de la viuda pasó de la más terrible de las angustias a una expresión de alivio cuando supo que no la abandonaría y, antes de partir de regreso a Sandviken, le hizo prometer que descubriría quién había asesinado a su esposo. La vio irse con los hombros caídos y el andar pausado. La muerte de Robert la había dejado devastada, y Vanja no pudo evitar sentir pena por ella. Tampoco dejaba de preguntarse

si no había hecho algo mal durante el tiempo que había durado la búsqueda. No era el primer caso en el cual fracasaba, pero, sin dudas, era uno de los más importantes en sus años como detective privado. Cuando la perdió de vista, se dirigió al centro de comandos en donde la esperaban Stevic y Bengtsson con novedades del caso.

—¿Le ha dicho algo más Amanda Lipponen?

—No, teniente, solamente me ha pedido que encuentre al hombre que asesinó a su esposo —respondió y fue hasta el expendedor de agua.

Mikael se lamentó en ese momento de no tener la oportunidad de interrogarla él mismo, pero al enterarse del estado de conmoción en el cual se había sumido la mujer después de ver el cuerpo de su esposo, terminó por desistir de esa intención. Siguió atentamente cada uno de los movimientos de Vanja a través del recinto. Cuando miró a Cerebritito, descubrió que él había apartado la vista de la pantalla para enfocarse en el trasero firme y bien formado de la detective, enfundado en unos pantalones de cargo color beige. Volvió a concentrarse en el trabajo cuando se dio cuenta de que lo habían atrapado mirando hacia donde no debía. A Stevic, esa actitud le causó gracia. No lo culpaba, era una mujer bonita y, aunque él solo tenía ojos para la pelirroja, no podía evitar sentir curiosidad por Vanja, quien parecía desenvolverse siempre con total seguridad.

—Han llegado los registros telefónicos de las llamadas que hizo y recibió Lipponen los días previos a su muerte —le comunicó.

La mujer asintió. Cuando ella estaba investigando la desaparición, había intentado por todos los medios conseguir la dichosa lista, pero en la compañía telefónica le habían dicho que sin una orden judicial no podían dársela. Esa era, sin dudas, una de las desventajas de trabajar en el sector privado; había intentado sacar provecho de sus contactos dentro de la policía, pero nadie quería meterse en líos. Pensó en ese momento en el comisario Hesse Konrad. Alguien le había comentado que él preguntaba mucho por ella últimamente y le intrigaba ese repentino interés en ella cuando siempre se habían llevado mal. Incluso, la misma persona que le había hablado del comisario le había sugerido que usara sus encantos para lograr con él lo que quisiera. ¿Seducir a un hombre como Konrad por una lista de llamadas telefónicas? ¡Ni loca!

—Bengtsson ha estado rastreando los números, pero no obtuvimos resultados todavía. —Le mostró una copia del informe que les había entregado la compañía de teléfonos—. No hay uno que se destaque y que nos haga sospechar que la víctima estuviese metido en algo raro o que lo alguien lo estuviese amenazando.

—Aunque yo no tuve acceso a las llamadas de Lipponen, investigué a fondo sus últimos movimientos y no había nada sospechoso. Su esposa, sus compañeros de

trabajo y los pocos amigos que tenía se sorprendieron cuando él desapareció.

—Su auto apareció el día 10 de noviembre al mediodía, abandonado con todas las pertenencias en el interior, y la cámara de seguridad más cercana, ubicada a unos cincuenta metros, no registró a Lipponen en ningún momento —informó Mikael mientras repasaba el informe policial que habían enviado desde Sandviken.

Vanja asintió.

—Los forenses encontraron huellas de otro vehículo muy cerca del suyo, pero lamentablemente llovía y fue imposible hacer un molde para identificar los neumáticos. Con respecto a la cámara, es evidente que él mismo o la persona que se lo llevó sabían por dónde moverse para evitar ser vistos. —Durante la ausencia de la detective, alguien había colgado un mapa de Sandviken en un extremo de la pizarra y marcado con una estrella roja el punto exacto en el cual había aparecido el vehículo de la víctima, un Saab 9000 color blanco. Ella puso su dedo índice apenas un par de centímetros a la derecha—. Exactamente aquí hay un punto ciego que los dejó fuera del alcance de la cámara y que lleva a una de las arterias principales de la ciudad en donde sí hay un sistema de vigilancia en cada esquina. No sabemos a qué auto se subió, sería cómo buscar una aguja en un pajar.

Stevic concordó con ella y agregó:

—No había señales de lucha en el callejón, lo que puede significar dos cosas: que Lipponen se citó en el lugar con alguien que conocía y se marchó de *motu proprio* o fue sorprendido y obligado a abandonar el automóvil. Me inclino por la primera opción, ya que, según tengo entendido, la tienda de artículos usados en la que se produjo el hecho no estaba dentro de la ruta que hacía para ir al trabajo. En teoría, la víctima ni siquiera debía pasar por allí. —Miró a Cerebritito—. ¿Has encontrado algo en las llamadas que recibió a su móvil?

—Estoy en eso, teniente, descarté algunos de los números que aparecen en la lista —respondió mientras trabajaba con el sistema de rastreo—. Uno de los compañeros del correo lo llamó desde su casa una hora antes de que desapareciera.

—Fue una de las primera personas con las que hablé —intervino Vanja—. Se llama Jank Einarsson y confirmó que lo llamó para avisarle que ese día no se sentía muy bien y que no iría al trabajo. Tiene coartada: la novia asegura que estaba en cama con treinta y nueve grados de fiebre. Además, apenas tenía relación con la víctima.

—Había mucha más actividad en su teléfono móvil que en el de su casa. En el último mes, entraron más de cincuenta llamadas. Volví a descartar las del entorno íntimo, las realizadas desde y hacia la oficina de correos y las de la empresa de telefonía a la cual estaba adherido —informó mientras el *software* que utilizaba para filtrar datos terminaba de hacer el trabajo—. Hay un número que se repite solo dos

veces, pero la fecha es bastante significativa. —Giró la pantalla para que lo vieran.

Efectivamente, Robert Lipponen había recibido una primera llamada de apenas cincuenta segundos el día anterior a su desaparición y otra, el mismo día temprano a la mañana. Descubrieron que ambos llamados habían sido hechos desde Mora. Con rapidez, Bengtsson ingresó el número en la base de datos local y el resultado, aunque no sorprendió a nadie, no dejaba de ser inquietante. La persona que había hablado con la víctima, lo había hecho desde la propiedad de los Lundkvist; sitio que, horas después, se convertiría en la escena del crimen.

El paso más lógico a seguir era volver a interrogar a Thor Helin. Si bien la primera vez que habían hablado con él, el muchacho se había desentendido enseguida de lo ocurrido en la casa y confesado que se acercaba hasta Rishagsvägen una vez cada tanto, no podían obviar el hecho de que el sospechoso había estado en el lugar en más de una oportunidad. ¿Había ingresado siempre forzando la ventana o alguien le había facilitado la llave? Stevic decidió mandar a buscarlo. Si Helin ocultaba algo, el ambiente opresivo de la sala de interrogatorios lo haría hablar.

CAPÍTULO 11

Greta saltó de la cama cuando escuchó que alguien golpeaba con insistencia. Medio dormida miró el reloj despertador: las ocho y diez de la mañana. ¿Quién tendría el valor de levantarse tan temprano y salir a la calle con la nevada que estaba cayendo? De repente, pensó en su padre. ¿Y si le había ocurrido algo? Se puso la bata de felpa y atravesó la habitación con el corazón agitado. Se volvió durante un segundo antes de salir. Mikael, de sueño siempre pesado, seguía durmiendo, ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Cuando abrió la puerta y se encontró con Karl, tan lozano y fuerte como de costumbre, soltó todo el aire que había estado conteniendo en los pulmones. Sintió tanto alivio al verlo que se olvidó de reprenderlo por haberla despertado. Aunque, en algún momento de la noche, había dejado de nevar, el frío se coló rápidamente en el ambiente. El inspector cerró la puerta y, con una sonrisa de oreja a oreja, puso delante de ella una bolsa de papel madera de la cual manaba un tentador aroma a bollos recién horneados. Reconoció el logo de Helmers, la confitería más antigua de Mora, establecida en 1925, que abría sus puertas al público a las ocho de la mañana para vender sus deliciosos productos bien frescos. Ingallil Tjärnberg, quien dirigía la pastelería al lado de su esposo Bo, conocía a la muchacha desde siempre. Ambos eran clientes asiduos de Némesis, y cada vez que alguno de ellos visitaba la librería, le llevaban dulces.

—Buen día, cariño. —Le dio un abrazo y, mientras lo hacía, oteaba hacia la sala en busca de alguna señal de Stevic. Sabía que pasaba más tiempo allí que en su propio apartamento y, aunque había aceptado que estuviera con su hija, todavía le daba cierto escozor en el cuerpo imaginárselo en su cama—. ¿Te desperté?

Greta se atusó el cabello con los dedos y se desperezó. Luego, se dirigió a la cocina para preparar el desayuno. Karl se deshizo del abrigo y la siguió.

—No te preocupes, papá, suelo levantarme a esta hora, pero hoy me quedé dormida —le explicó mientras ponía a calentar el agua—. Más bien, tú deberías decirme por qué has venido tan temprano, con este frío que cala los huesos, si apenas hace unas horas sufriste una descompensación.

El inspector reconoció que tenía razón en reprocharle la inoportuna visita. Habían hablado la noche anterior por teléfono, cuando la joven lo había llamado para saber cómo se sentía, y no le había dicho que planeaba pasar a verla. Temía arrepentirse luego, por eso, prefirió presentarse sin previo aviso para hablar con ella, antes de que bajara a la librería. No le incomodaba el hecho de que Stevic pudiera aparecer de un momento a otro, probablemente Greta preferiría recibir la contención del teniente cuando le soltara la verdad sobre una supuesta hermana.

—No estoy enfermo, ni convaleciente, hija —objetó y se sentó en el taburete—. Mi presión arterial ya se normalizó, lo sé porque Nina me la midió antes de salir de casa. Anoche me acosté temprano, dormí como un lirón, y la infusión de hierbas amarga de mi cuñada que fui obligado a tomar hasta la última gota, milagrosamente, no me provocó dolor de estómago —bromeó.

La pelirroja se rio.

—Me parece bien. —Sacó de la alacena una lata decorada y la colocó encima de la mesa—. Olvídate de tomar café, voy a prepararte un delicioso té de frutillas. Me imagino que no habrás vuelto a fumar, ¿verdad?

Él, como ya lo había hecho en otras oportunidades cuando surgía el tema, volvió a mentirle. Greta no sabía que, muy de vez en cuando, disfrutaba de un cigarrillo a modo de relax y prefería que siguiera ignorándolo. La observó mientras vertía el té en dos tazas de porcelana. Se sintió particularmente conmovido de que renunciara a su habitual café matutino para acompañarlo.

—¿Desayunamos en la sala? —preguntó y colocó en una bandeja los bollos de canela aún tibios.

No pudo resistirse y mordió uno. Puso los ojos en blanco cuando la masa prácticamente se le disolvió en la boca. Karl sonrió al ver cómo la crema le dibujaba unos simpáticos bigotes blancos. No supo exactamente por qué, pero se convenció de que ese era el momento indicado para hablar con ella. El inspector se acercó y con un pañuelo le limpió la mancha que se le extendía por encima del labio superior. La escena le recordó al cumpleaños número cuatro de Greta, cuando después de soplar las velas, terminó con la cara incrustada en el pastel.

—Cariño, tenemos que hablar —dijo en un tono serio, al tiempo que la asía de los hombros.

La joven se alarmó. De inmediato, pensó en la salud de él; tuvo la terrible

sospecha de que tanto Nina como él le ocultaban algo grave.

—¿Qué pasa, papá?

Karl miró hacia la sala.

—¿Está Stevic aquí?

Ella asintió.

—Lámalo, quiero que esté presente cuando hablemos. El miedo que sentía hasta ese momento no se comparaba en nada con el pánico que le entró al escuchar el extraño pedido que acababa de hacerle su padre.

—¿Por qué? Papá...

Le acarició la mejilla.

—No te asustes, cariño, no es nada grave —la tranquilizó.

Las palabras del inspector consiguieron apaciguar su angustia, pero no su innata curiosidad y, mientras se dirigía hacia la habitación para despertar al teniente, varias teorías sobre eso tan importante que quería decirle su padre, le cruzaron por la cabeza. Rodeó la cama y lo contempló durante unos cuantos segundos. Dormía tan plácidamente que le dio pena tener que despertarlo.

—Mikael...

Lo sacudió suavemente del brazo, pero fue inútil. Probó con una táctica que había funcionado antes; se inclinó sobre él y empezó a besarle el cuello. Stevic se movió debajo de ella y, cuando la sujetó de la cintura para meterla en la cama, logró escabullirse.

—¡No vale, pelirroja! —Replicó al tiempo que apartaba las sábanas para convencerla de que aceptara su invitación, pero de inmediato percibió que algo andaba mal—. ¿Qué sucede, Greta?

—Papá está aquí y quiere decirme algo. Me pidió que estuvieras conmigo cuando lo haga —explicó mientras le alcanzaba la ropa—. Vístete rápido; te esperamos en la sala.

Él se incorporó de sopetón al ver que ella se iba.

—¡Espera! ¿De qué se trata todo esto?

—Sé tan poco como tú, Mikael —respondió antes de dejarlo solo.

Mientras se ponía los pantalones, intentaba recordar si había alguna razón de peso para que su jefe se presentara a esa hora de la mañana en el apartamento de Greta. Lo primordial era no perder la calma; después de todo, tenía la seguridad de saber que estaba haciendo las cosas bien. El divorcio era casi un hecho y, apenas volviese a ser un hombre libre, le propondría a la pelirroja irse a vivir juntos. Con respecto al trabajo, no lo acobardaba estar al frente de un caso tan complicado como el homicidio de Robert Lipponen. Cuando se terminó de vestir, entró al cuarto de baño para lavarse

la cara y mojarse el pelo. Luego, se echó una buena cantidad de agua de colonia. Aunque era de esperarse que su aspecto no fuera el mejor un martes por la mañana temprano, al menos, se presentaría delante de su suegro y jefe oliendo bien.

En la sala, la joven y su padre se habían acomodado en el sofá de tres cuerpos. *Miss Marple*, subida encima de la mesita ratona, recibía encantada la atención de ambos. Carraspeó para anunciar su llegada. El inspector le sonrió.

—Buenos días, Stevic.

—Hola, Karl. ¿Cómo te sientes?

—Mejor, aunque Greta no me crea —comentó y miró de reojo a la muchacha.

Mikael se sentó en el apoyabrazos, detrás de ella.

—Es lógico que se preocupe por ti —dijo mientras le acariciaba el hombro.

Ella le devolvió el gesto al apoyar el codo sobre sus muslos. A Karl, esas demostraciones de cariño ya no lo incomodaban tanto. Se aflojó el nudo de la corbata y se aclaró la garganta. No encontraba las palabras adecuadas para empezar. Se arrepintió de no haber aceptado la oferta de Nina de acompañarlo.

—Hija, no sé cómo decirte esto. —Se frotó las manos, clara señal de que estaba nervioso. Guardó silencio unos segundos antes de continuar—. Se trata de Vanja Lassgård... La muchacha asegura que yo soy su padre.

Había imaginado cualquier reacción de su hija, salvo que se quedara callada y lo mirara como si no entendiese lo que ocurría. Fue el teniente el primero en abrir la boca.

—¿Tu hija?

—Sí. Su madre y yo nos conocimos un verano hace casi cuarenta años en Skanör; tuvimos un romance que apenas duró unos días. Cuando las vacaciones llegaron a su fin, ella, que se llama Isabell, regresó a Sandviken, y yo, a preparar las maletas para ingresar a la Escuela Superior de Policía en Estocolmo —explicó. La joven seguía sumida en el más absoluto de los silencios mientras lo taladraba con esos enormes ojos azules—. Nunca más supe de ella, hasta ayer por la tarde, cuando Vanja me dijo que acababa de enterarse de que el hombre que la había criado no era su padre. Yo estoy tan sorprendido como ustedes...

Como si hubiese sido impulsada por un resorte, la pelirroja se levantó rápidamente y empezó a caminar en círculos por la sala con los brazos cruzados, bajo la atenta mirada de ambos hombres. De repente, dejó de moverse. Giró sobre sus talones y negó con la cabeza.

—No es verdad, esa mujer te está engañando. Se presentó en el pueblo con algún oscuro propósito que no conocemos —afirmó.

—Hija, no tiene sentido lo que dices. ¿Para qué haría algo así?

—Lo ignoro, pero hay algo en ella que no me gusta. ¿Vino realmente por el homicidio de Lipponen o busca algo más?

—Greta, ven aquí.

Karl extendió el brazo para invitarla a que se sentara de nuevo junto a él. Ella, de mala gana, se acercó y se dejó caer en el sillón. No opuso resistencia cuando su padre le apretó la mano.

—Cariño, entiendo que desconfíes de la muchacha y de lo que dice. Nina me pidió que no me precipite, pero no puedo ignorar los hechos —explicó para hacerla entrar en razón—. Yo conocí a su madre, ambos éramos jóvenes, ella era apenas una adolescente y yo un muchacho que comenzaba a hacerse adulto. Fue algo efímero pero muy intenso; duró menos de dos semanas. La noche antes de que dejáramos Skanör, nos encontramos en la playa y pasó lo que pasó...

Greta negó con la cabeza. Aún estaba reacia a creer que esa mujer fuese su media hermana.

—Si esa noche quedó embarazada de ti, ¿por qué no te buscó para contártelo? Supongo que sabía dónde vivías.

—Por supuesto que lo sabía. Sin embargo, también estaba al tanto de que me marchaba a Estocolmo para seguir los pasos de mi padre y convertirme en policía. Supongo que, cuando descubrió que estaba esperando un hijo, prefirió ocultármelo para no interferir con mis planes. No puedo imaginarme lo que pasó por su cabeza en ese momento; seguramente estaría muy asustada. En esa época, ser madre soltera, y sobre todo a esa edad, era un estigma que marcaba no solo a la madre, sino también a toda la familia. Créeme que, si lo hubiera sabido en ese momento, habría cumplido con mi responsabilidad, pero la noticia me llegó casi cuarenta años tarde. Vanja lo supo hace unos días, está tan consternada como tú y como yo. Trata de ponerte en su lugar, Greta —le pidió—. No debe de ser fácil para ella aceptar que el hombre al que quiso toda la vida como su padre no lo es en realidad.

Mikael, que hasta el momento apenas había intervenido en la conversación, comprendió que toda aquella situación no era sencilla para el inspector tampoco. Enterarse de buenas a primera que tenía una hija, fruto de un romance veraniego con una jovencita a la que no volvió a ver nunca, le había puesto la vida patas arriba. Sin embargo, sabía que la más afectada por aquella abrumadora verdad, sería la pelirroja. La observó mientras escuchaba a Karl, trataba de mantenerse firme cuando, por dentro, de seguro se estaba desmoronando.

—Si te deja más tranquila —dijo el inspector mientras le acomodaba un mechón de pelo detrás de la oreja—, he decidido seguir el consejo de Nina y hacer una prueba de paternidad para confirmar si lo que Vanja dice es cierto. Por lo pronto, necesito

encontrarme con ella de nuevo. Nuestra conversación quedó trunca ayer, y tenemos muchas cosas de las que hablar.

Greta no dijo nada al respecto, aunque con el ceño fruncido le dio a entender que no le gustaba en lo más mínimo que volviera a verse con esa mujer. No después de que en su primer encuentro con ella, terminara por perder el conocimiento. Buscó al teniente con la mirada, pero, de inmediato, se dio cuenta de que él apoyaba la decisión del inspector. Se sintió en absoluta desventaja, así que se levantó del sillón, se subió a *Miss Marple* al hombro y, sin mediar palabra, se encerró en la cocina y los dejó a solas.

—¿Qué piensas, Stevic?

Mikael se quedó con la vista clavada en la puerta que acababa de cerrar Greta. Su actitud le pareció algo infantil; sin embargo, no podía culparla por reaccionar de esa manera. Aunque tenían sus desavenencias, y él había sido testigos de unas cuantas, la relación simbiótica de la joven con el inspector no le iba a permitir aceptar el hecho de que alguien más compartiera su cariño.

—Conoces a Greta mejor que yo, Karl, y sabes que le va a costar hacerse a la idea de que Vanja existe. Fue una sorpresa muy grande para ella enterarse, a esta altura de su vida, de que tiene una hermana. Debes darle tiempo —aconsejó—, aunque estoy de acuerdo con Nina: un análisis de ADN acabará con las dudas de todos.

El inspector frunció el entrecejo.

—¿Tú dudas de que esté diciendo la verdad?

—No dudo, ni dejo de hacerlo, pero debemos ser cautos. Como dijo tu hija, da mucho que pensar que Vanja haya aparecido justamente ahora cuando ocurrió lo de Lipponen. Lo quieras o no, esa muerte y la desaparición del niño que investigaste en los ochenta, están conectadas. Greta cree que el asesino buscaba enviar un mensaje al escenificar el crimen de esa manera tan peculiar —expuso, y se olvidó por un segundo el hecho de que se suponía que ella no tenía que saber del caso más de lo que sabía el resto de la gente. Como Karl no soltó ningún sermón, sino que parecía escucharlo con interés, resolvió continuar—. Lipponen asistió a Brandeby con Thomaz Roth y, ahora, es asesinado en el mismo lugar donde desapareció el niño. No es casual: Robert Lipponen tenía que morir allí y no en otro sitio.

Karl no podía estar más de acuerdo con él. Después de tanto tiempo, el fantasma del pequeño Thomaz volvía para reclamar justicia.

—Hay algo más que no sabes, Stevic. La habitación en la que encontraste el cuerpo de Lipponen es la misma en la que dormía Thomaz la noche en la que desapareció.

Mikael asintió. Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. Sin dudas, la

clave para resolver el asesinato de Robert Lipponen residía en descubrir qué había ocurrido con Thomaz Roth en el invierno de 1980.

—Averiguamos que, poco antes de morir, la víctima recibió dos llamadas desde la casa de los Lundkvist, creemos que habló con su asesino y pactó un encuentro con él. Íbamos a volver a interrogar a Thor Helin para ver qué nos puede decir al respecto, pero viajó a Söderhamn, y sus padres dicen que no vuelve al pueblo hasta mañana —le informó—. La huella de calzado, que encontramos debajo de la ventana que el asesino forzó para entrar a la casa, sigue sin ser identificada. Solo para descartarlo, la compararemos con la de Helin cuando lo interroguemos.

—Veo que están haciendo un buen trabajo sin mí.

—Nina y tú nos hacen mucha falta —admitió para hacerlo sentir mejor—. Sin embargo, se merecen tomarse un descanso. Además, manejamos la teoría de que alguien busca venganza por lo de Thomaz Roth. Tú fuiste el agente encargado de investigar su desaparición. Creo que lo más sensato es que permanezcas al margen. Por supuesto, te mantendremos informado de todos nuestros procedimientos y de los avances del caso. Ya hemos mandado a buscar del depósito los archivos de 1980 para retomar la investigación desde el momento en el que el niño desapareció del internado Brandeby.

—Me parece bien, Stevic. Confío en tu capacidad y sé qué harás un buen trabajo. —Se puso de pie y le dio unas palmaditas en el hombro para reforzar sus palabras—. El doctor cree que unos días de licencia no me vendrían nada mal. Enviaré a Nina a la comisaría para enterarse de cómo va todo, mientras yo me quedo en casa practicando para cuando me retire —bromeó.

Fue a buscar el abrigo y, al pasar por la cocina, reprimió el impulso de despedirse de Greta.

—Déjala, Karl. No va a querer verte.

Karl soltó un suspiro lastimero. Stevic tenía razón: no podía forzar las cosas. Su pequeña necesitaba tiempo para acostumbrarse a la nueva realidad. Le pidió que le diera un beso de su parte y se marchó porque Nina, seguramente, lo estaba esperando, ansiosa por saber cómo le había ido.

* * *

Ingrid no se sorprendió de ver a la pelirroja en la comisaría esa mañana, lo que sí le causó asombro fue que preguntara por Vanja Lassgård. Le dijo que estaba ocupando la

oficina de Nina mientras ella no estuviera y, tras dejar la bolsa con los bollos que había llevado en el mostrador, hacia allí se dirigió raudamente. Se plantó frente a la puerta unos segundos para prepararse. Respiró hondo y cuadró los hombros. En ese momento, se dio cuenta de que todavía llevaba los guantes puestos. Se los quitó y los metió en el bolso. Estaba a punto de anunciarse cuando la puerta se abrió de repente. Se quedaron en silencio y se estudiaron mutuamente hasta que la rubia decidió romper el hielo.

—Hola, Greta. ¿Cómo estás? Si buscas a Mikael, lo encontrarás en el centro de comandos, yo estoy yendo hacia allí también.

Greta iba a decir algo, pero la otra la dejó con la palabra en la boca para ir hasta la máquina expendedora por un paquete de caramelos. Regresó y le ofreció uno, pero la pelirroja lo rechazó. Estaba que echaba humo por las orejas. ¿Mikael? ¿Desde cuándo tenía tanta confianza con el teniente como para llamarlo por su nombre y no por su jerarquía? Era inaudito también que le hubiesen asignado la oficina de Nina cuando apenas hacía un par de días que se había incorporado a la investigación.

—En realidad, he venido a hablar contigo —explicó e ingresó al despacho sin pedir permiso.

Lo primero que notó fue que había cambiado de lugar el bonsái que su padre le había regalado a Nina. De inmediato, lo puso en su rincón habitual, encima del gabinete, junto a la ventana. Vanja notó cierta actitud beligerante en la pelirroja. ¿Sabría la verdad? Imaginó que no tardaría en descubrirlo.

—Tú dirás.

Los ojos azules de Greta se desviaron con rapidez hacia los pies de la rubia. Llevaba unos borceguíes gastados, de estilo militar, que al estar parada, le conferían algunos centímetros más de altura. Unos pantalones de cargo oscuros y un suéter ajustado con rombos bicolors completaban su atuendo. Tenía una delantera bien desarrollada, y la pelirroja no pudo evitar compararse con ella. Aunque había aprendido a conformarse con lo que la madre naturaleza le había dado, delante de aquella mujer, que aseguraba que era su hermana, sintió sus pechos más pequeños y sosos que nunca. En un acto instintivo, se cerró el abrigo y se cruzó de brazos.

—Papá vino a verme esta mañana para hablarme de ti —soltó. Levantó ligeramente la cabeza y la miró con un gesto desafiante—. Le has dicho que eres su hija.

—Le he dicho la verdad, Greta —replicó con seriedad Vanja; se negaba a ser intimidada por la desconfianza de la otra.

—¿A qué has venido realmente, Vanja?

—Estoy aquí para tratar de resolver el crimen de Robert Lipponen; le prometí a su

esposa que averiguaría quién lo asesinó...

—No hablo de la investigación —repuso la joven, interrumpiéndola.

Vanja se llevó el flequillo hacia atrás. Esa mañana, se había recogido el pelo en una cola de caballo en lo alto de la cabeza para estar más cómoda. Le gustaba tenerlo largo, aunque le llevase más tiempo arreglárselo. Cuando lo soltaba, y la abundante melena dorada caía sobre su espalda, se sentía más femenina que nunca. En esas ocasiones, que solían presentarse cada vez que estaba en época de conquista, dejaba de lado los pantalones de cargo y se atrevía a mostrar las piernas al lucir faldas cortas.

—Imaginé que no preguntabas precisamente por la investigación, Greta, solo estaba tratando de no entrar de lleno al asunto que nos compete —manifestó—. Lo primero que me gustaría aclararte es que mi intención al venir a Mora no fue fastidiar tu vida, ni la del inspector Lindberg. Mi propia vida dio un giro de ciento ochenta grados hace apenas unos días, cuando supe que mi padre no era ese hombre que murió en alta mar, y al cual amé con todo mi corazón. —Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en Simon Lassgård—. Yo no quería esta verdad, Greta. Era feliz con los recuerdos que tenía de mi padre. No es mi culpa, tampoco la tuya, que ahora nos encontremos en medio de esta situación. Mi intención no es reclamarle nada a nadie; solo quería conocer a Karl Lindberg, el hombre que me engendró, porque mi verdadero padre, el que me crio y me amó como si fuera suya, hace ya varios años que yace en algún lugar del Báltico.

El discurso de Vanja la dejó muda. Parecía sincera; sin embargo, no quería dejarse impresionar por unas cuantas palabras emotivas que le había soltado. Miró sus ojos, tan azules como los suyos. El cabello rubio ondulado era idéntico al que lucía Karl durante sus años de juventud, cuando todavía no peinaba canas. Aunque le doliera, aunque le costara asimilar la verdad, no podía negar el extraordinario parecido entre aquella mujer y su padre. Necesitaba sentarse. Se dejó caer en la silla y se cubrió el rostro con las manos. Tras unos segundos en los que ninguna de las dos dijo nada, alzó la cabeza y la miró. No podía verla como a una hermana, no hasta que estuviese completamente segura de que no mentía.

—Si eres hija de mi padre, solo hay una manera de probarlo —sentenció mientras se ponía de pie—. ¿Estás dispuesta a someterte a un examen de ADN?

—¿Crees que me habría presentado delante de él con semejante historia si no fuera realmente su hija? —Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica—. ¿Con qué propósito, Greta?

—No lo sé, pero pienso averiguarlo —aseguró antes de dirigirse hacia la puerta.

Abandonó el despacho de Nina con una extraña mezcla de sensaciones que le habían puesto los nervios a flor de piel. No enfiló hacia la salida, se dirigió hacia la

recepción para recoger los bollos de crema que había dejado con Ingrid. Todavía tenía otro asunto que finiquitar en la comisaría.

CAPÍTULO 12

Frederic Grahn se estaba lavando las manos en el lavabo cuando escuchó que alguien lo llamaba. Sonrió al reconocer la voz de Greta. Se secó con rapidez y atravesó la puerta de dos hojas que separaban las instalaciones de la morgue para salir a su encuentro. El escritorio de Alice, la secretaria, estaba vacío. Desde que había abandonado el bando de las solteras y se había mudado al apartamento de su flamante conquista, le tomaba más tiempo regresar del almuerzo.

—¡Vaya, es bueno saber que de vez en cuando te acuerdas de este viejo! — exclamó mientras se aproximaba a ella.

La pelirroja se dejó abrazar. Respiró hondo y frunció la nariz. El penetrante olor a formol que estaba no solo en el ambiente, sino también impregnado en el delantal del forense, le provocó náuseas.

—Yo nunca me olvido de ti, doc. —Le mostró la bolsa en donde traía los bollos de canela—. Tampoco de tus gustos.

—¡Qué bien me conoces, Greta!

—¿Tienes tiempo para que tomemos un café mientras los degustamos? — preguntó con la mejor sonrisa.

—Por supuesto, vamos a mi despacho. Creo que todavía hay café que sobró de esta mañana.

La joven lo siguió hasta el pequeño cubículo ubicado al fondo de la morgue que el doctor Grahn había acondicionado para que funcionara como una oficina y un cuarto de descanso al mismo tiempo. Hacía tiempo que no entraba en aquel lugar de muros empapelados con un diseño a rayas y piso de madera. Si no le fallaba la memoria, había estado allí poco antes de mudarse a Söderhamn para despedirse del doctor. Seguía casi igual, aunque ahora estaba más atiborrado de archivos y le habían

cambiado el viejo armatoste informático por una *laptop* de última generación que ocupaba menos espacio en el escritorio, también cargado de carpetas y papeles. Los ojos de Greta se posaron en una fotografía que colgaba junto a la ventana. Se acercó para verla mejor. En la imagen aparecían el forense y el inspector Lindberg, con unos cuantos años menos y más cabello en la cabeza. Reconoció el patio de su casa.

—¿Cuándo fue tomada esta fotografía?

El forense le alcanzó el café en una taza decorada con la insignia azul de los Falkenbergs FF, uno de los equipos de la Liga Sueca de Fútbol que, a pesar de ocupar los últimos puestos en la tabla de posiciones, era seguido por una gran cantidad de aficionados.

—Antes de que tú nacieras. —Se quitó las gafas, luego, mojó uno de los bollos en el café—. ¡Una delicia! —exclamó, al tiempo que se chupaba los dedos, gesto que provocó que Greta sonriera—. Tu madre tenía pocos meses de embarazo cuando nos tomó esa fotografía. Nos reunimos en casa de Karl para festejar su cumpleaños.

—¿Cuánto hace que papá y tú trabajan juntos?

—Creo que ya perdí la cuenta —dijo en son de broma—. Nuestro primer caso fue el robo en una tienda, en el verano del 78. Estuve con él cuando era agente y sigo ahora que es inspector. Son más de treinta años los que llevamos trabajando juntos. No solo somos colegas, también hemos forjado una gran amistad a base de largas jornadas de pesca y aguerridas partidas de ajedrez.

La pelirroja bebió el café mientras preparaba el terreno. No quería que él creyese que había ido a visitarlo con la única intención de sonsacarle información.

—Papá dice que eres un oponente digno de vencer, aunque a mí me ha confesado que te ha dejado ganar varias partidas de ajedrez.

Frederic soltó una carcajada.

—¡Dile al granuja de tu padre que no me subestime, que, ahora que está de licencia, podemos juntarnos a jugar cualquier día de estos a ver quién le gana a quién!

La muchacha le ofreció otro bollo de canela apenas terminó de devorarse el primero.

—Sé que le dará mucho gusto que lo visites; hazlo cuando quieras. Debe de aburrirse, ahora, al estar todo el día en casa.

—Bueno, yo no estaría tan seguro. No olvides que acaba de casarse, imagino que encontrará la mejor manera de pasarlo bien. Todavía hoy me sigo acordando de mi breve pero intensa luna de miel con Emma... —Le guiñó el ojo. La joven conocía bastante bien su historial amoroso: a sus casi setenta años, había estado casado en cuatro oportunidades. Tras una enviudes y dos divorcios, ahora era feliz al lado de Emma, una adorable danesa veinte años más joven que él, a la que había conocido

durante la Navidad de 2005 y que terminó por convertirse en su cuarta esposa—. Créeme, al tener a una mujer como Nina al lado, el viejo Karl sabrá cómo divertirse.

Greta se ruborizó. Cuando pensaba en la intimidad que compartían Nina y su padre, no podía imaginárselo como un amante fogoso. Necesitaba cambiar de tema rápidamente porque hablar de lo que el inspector y la sargento podían hacer en la cama le provocaba vergüenza. Además, ella estaba allí por una razón en particular y no se iría sin conseguir información sobre el caso que había investigado Karl en los ochenta.

—Doc, ¿no te enojas si te digo que mi visita a la morgue tiene una doble intención?

Frederic Grahn terminó de comerse el bollo, bebió la última gota de café que ya estaba casi frío y, luego, la miró con el ceño fruncido.

—¿Entonces no has venido a verme a mí? ¡Me rompes el corazón, pelirroja! —exclamó al tiempo que ponía cara de congoja.

—Vine por ti, y los bollos de canela son mi coartada —se defendió—, aunque también quería hablar contigo de un viejo caso en el cual de seguro trabajaste. Lo hablaría con papá, pero sabes que le disgusta cuando meto las narices donde no debo.

—¿Y piensas que unos deliciosos bollos van a compensar el sermón que, sin dudas, me echará tu padre cuando sepa que he cedido a tu chantaje? —Ella estaba a punto de protestar, pero él la detuvo—. Sí, jovencita, lo que usted está haciendo conmigo, dentro del fuero penal, se conoce como chantaje extorsivo.

—Eres el único que puede darme la información que necesito —insistió.

Frederic ya había caído en la tentación al devorarse dos bollos de canela, no sería nada sencillo resistirse al encanto de la muchacha a la que siempre había querido como a una hija. ¿Acaso era posible negarle alguna cosa cuando lo miraba con esos enormes y expresivos ojos azules, que la pelirroja sabía muy bien, le recordaban a los de su propia hija a la cual no veía desde hacía dos años?

—Está bien —accedió finalmente—. ¿Qué es lo que quieres saber?

Greta sonrió complacida.

—Se trata de la desaparición de Thomaz Roth.

El doctor Grahn soltó un suspiro al escuchar aquel nombre que llevaba tantos años enterrado en su memoria. El homicidio de Robert Lipponen, irremediablemente, lo había sacado a la superficie de nuevo. Aunque, sin dudas, el más afectado por no haber resuelto el caso había sido Karl, él también había revivido lo ocurrido en el invierno de 1980 cuando se presentó en la casa de veraneo de los Lundkvist para inspeccionar la escena del crimen donde había aparecido el cuerpo de Robert Lipponen. Dejó caer su cansada y delgada anatomía en la silla; luego, cruzó los brazos

encima del escritorio.

—Fue el primer caso importante en el que trabajó tu padre —dijo—. El inspector Fälemark le asignó la investigación, porque confiaba en su buen desempeño como agente a pesar de su juventud. Yo ya llevaba algunos años en la fuerza, cuando Thomaz desapareció del internado Brandeby; sin embargo, no fue un caso más. En esa época, en la cual no contábamos con los recursos forenses ni informáticos que disponemos ahora, cada pequeño avance en la investigación era un gran logro. De todos modos, el tiempo pasaba y todos nuestros esfuerzos eran inútiles: Thomaz no aparecía. —Se quitó las gafas y se restregó los ojos. El cansancio se evidenciaba en su rostro, también la desazón al recordar el pasado—. No importa cuánto hiciéramos, el niño terminó por convertirse en un número, en una estadística, en nuestro primer caso sin resolver.

—¿No tenían alguna pista firme sobre qué le pasó? —quiso saber Greta.

—Los indicios que recabamos no nos conducían a ninguna parte. Los padres de Thomaz se encargaron de acudir a los medios cuando no obtenían respuesta de nuestra parte; la prensa solo contribuyó a que un montón de aficionados se lanzaran a las calles del pueblo en busca del niño. Hubo cientos de reportes de que lo habían visto; seguimos cada una de las pistas que llegaban a la comisaría y que solo entorpecían la investigación. Uno de los niños del internado, que compartía la habitación de Thomaz, aseguraba que no había desaparecido, sino que había escapado durante la noche porque ya no soportaba estar recluido en ese lugar. Por supuesto, no le creímos. En realidad, nunca barajamos la hipótesis de que Thomaz Roth se hubiese ido por voluntad propia. Sus padres se negaban a creerlo, aunque en el internado aceptaron demasiado rápido la idea de que el niño simplemente hubiese huido.

—¿Cómo se llamaba el compañero de habitación de Thomaz? —preguntó Greta, intrigada por saber más del caso.

¿Y si era verdad que el niño se había ido por voluntad propia porque algo en el internado no le gustaba? De pronto, la puerta del despacho se abrió, y Stevic dejó la respuesta del doctor en suspenso.

—¿Por qué será que no me sorprende encontrarte aquí?

La pelirroja no se volvió. Buscó afanosamente con la mirada la complicidad del forense, quien, de inmediato, salió en su defensa.

—Stevic, no regañes a la niña que para ello ya está su padre —soltó—. Greta vino hasta aquí para visitarme en calidad de amigos y a traerme unos dulces. ¿Quieres probar uno?

Puso delante de él el paquete con los bollos de canela, pero el teniente hizo caso omiso al ofrecimiento.

—No trates de cubrirla, Grahn. —Pasó al lado de la joven, se sentó frente a ella en uno de los extremos del escritorio, y la pelirroja no tuvo otra opción más que levantar la vista para enfrentarlo—. Ambos sabemos lo que está tratando de hacer. —Le sonrió, aunque la expresión de su cara no era para nada amigable—. Ha venido a buscarte precisamente a ti porque sabe que sientes debilidad por ella. Basta que se cometa un crimen en el pueblo para que empiece a curiosear.

A la muchacha le molestaba que hablase de ella como si no estuviese presente. Se preparó para protestar, aunque comprendió que sería inútil. Acostumbrada a recibir las reprimendas del inspector por sus habituales e inoportunas intervenciones cada vez que intentaba investigar por su cuenta, sospechaba que, con Mikael al mando, nada cambiaba: ella seguía siendo la que se entrometía donde no debía.

—Quería que el doctor me contase sobre el caso de Thomaz Roth. Preferí no importunar a papá, por eso estoy aquí —se justificó—. Ambos hechos están relacionados, ya que ocurrieron en el mismo sitio, y, si la teoría de la venganza o búsqueda de justicia, como quieras llamarlo, es válida, temo por la seguridad de mi padre.

Mikael guardó silencio. Intercambió miradas con el forense, quien parecía tan sorprendido como él por lo que acababa de escuchar.

—No hay ninguna prueba fehaciente que indique que la persona que asesinó a Lipponen lo hizo para vengar la desaparición de Thomaz Roth, mucho menos que vaya ahora por Karl o cualquiera que hubiese estado involucrado en la investigación original —afirmó en un tono conciliatorio.

Su intención era apartarle esa idea alarmista de la cabeza, aunque él empezaba a convencerse de que, en efecto, la teoría de Greta no era tan descabellada como pretendía hacerle creer. El teléfono del doctor comenzó a sonar. Fue la excusa perfecta que necesitó Grahn para salir del despacho y dejarlos a solas.

—Mantente alejada de la investigación, Greta —pidió, al tiempo que la taladraba con los incisivos ojos claros—. No quiero sonar igual que tu padre ni que hagas oídos sordos a mis palabras como lo haces siempre con él. Tengo una gran responsabilidad sobre mis espaldas, y cualquier error me puede costar caro. Karl confía en mí, no solo para resolver el caso, sino para evitar que una vez más intervengas de algún modo en la investigación. ¿Puedo contar con tu apoyo o te olvidarás de todo esto que te dije apenas abandones la comisaría?

Sabía que, aunque le prometiera quedarse al margen, insistiría en seguir con sus averiguaciones. Estaba en su naturaleza ser curiosa, aun así, necesitaba escucharla decirle que sí, que, al menos, haría un esfuerzo por cumplir su palabra. La muchacha tardó unos cuantos segundos en responder, y, como había adivinado, no fue la

contestación que esperaba.

—No quiero entorpecer el trabajo de la policía, mucho menos hacer tambalear la fe que mi padre depositó en ti para resolver el caso —manifestó y se puso de pie. Luego, lo miró directamente a los ojos, se acercó y colocó una mano en el pecho del teniente, anhelaba un poco de comprensión de su parte—. Sabes que es más fuerte que yo, Mikael. Aunque intentase olvidarme del caso, no podría.

Él esbozó una sonrisa. No le gustaba el papel que le tocaba jugar con ella. Era siempre Karl el encargado de regañarla y advertirle que no se inmiscuyera en los asuntos de la policía. Dejó escapar un suspiro. ¿Cómo negarle algo cuando lo miraba de aquella manera? Si hubiese estado en el lugar de Grahn, habría soltado la lengua también. Se resignó a que, una vez más, cualquier esfuerzo por dejarla al margen sería inútil. Mientras más tratase de apartarla, más se empeñaría ella en indagar sobre el caso por su propia cuenta. Incluso se atrevía a jurar que a esa altura ya había entrado en escena el famoso cuaderno rojo, en el que Greta no solo se encargaba de apuntar los detalles que recolectaba sobre la investigación, sino que elaboraba sus propias teorías sobre el hecho en cuestión. No pudo evitar preguntarse si tendría ya una lista propia de sospechosos.

—En ocasiones anteriores, mis aportes fueron valiosos —le recordó.

—Sí, lo fueron —tuvo que reconocer—, pero también te expusiste a salir lastimada, y no quiero volver a pasar por una situación semejante nunca más.

La asió de la mano, la misma que lo había estado acariciando mientras él hablaba. Pensó en lo ocurrido durante el verano, cuando al intentar recuperar a la hija de Anne-Lise Metzgen, la pelirroja se había convertido en rehén de una mujer desquiciada que no habría dudado un instante en acabar con su vida. No iba a permitir que volviera a ponerse en peligro.

—¿Y si prometo que no cometeré ninguna tontería? —Se acercó y pegó su cuerpo al del teniente hasta que consiguió meterse en el hueco que dejaban sus muslos abiertos. Notó cómo él se tensaba—. Yo puedo hacer preguntas sin alarmar a nadie, la gente se sentiría más cómoda hablando conmigo que con ustedes. Mira la simpática señora Wozniak, por ejemplo, ella apenas me conoce y me contó lo que ocurrió en el internado sin que yo tuviera que tirarle de la lengua. Como verás, ni siquiera fue mi culpa haberme enterado de la desaparición de Thomaz Roth. ¿Qué podía hacer yo si esa pobre anciana empezó a hablarme de lo ocurrido en Brandeby? Solo la escuché, nada más. ¿Acaso no habrías hecho tú lo mismo?

El argumento que utilizó la joven para convencerlo, no era sencillo de refutar. La manera en que su cuerpo tocaba el suyo y lo empujaba con suavidad contra el borde del escritorio, tampoco le permitía pensar con claridad. Ella conocía las debilidades

del teniente y sabía qué armas usar para lograr sus objetivos. Totalmente resignado, le puso ambas manos en la cintura y sonrió complacido cuando la muchacha, en puntas de pie, empezó a besarlo. Fue Stevic quien, sorpresivamente, puso punto final al beso cuando escuchó que alguien carraspeaba detrás de ellos. Por encima del hombro de la joven, divisó a Vanja Lassgård apoyada en el quicio de la puerta.

—Lamento interrumpir, teniente —se disculpó, porque se sentía más incómoda que ellos por haber aparecido en semejante momento. Miró de reojo a Greta; el rubor en sus mejillas era tan intenso que combinaba con el color de su pelo—. Thor Helin ha vuelto al pueblo antes de lo previsto; supo que queríamos hablar con él y acaba de presentarse con un abogado.

Mikael la había escuchado, aunque tardó en responder. Toda su atención también había sido acaparada por la pelirroja, quien, con movimientos algo torpes, se alejaba hacia la puerta mientras intentaba acomodarse la boina de lana que, por culpa de su efusividad a la hora de besarla, se había deslizado hacia atrás por su cabeza. Previo a abandonar el despacho, giró sobre sus talones. Lo miró a él e ignoró por completo a la detective.

—Nos vemos más tarde.

—¡Greta! —la llamó Stevic antes de que desapareciera—. Recuerda lo que hablamos...

Ella asintió, esbozó una sonrisa complaciente y se perdió por la puerta que llevaba a la sala de operaciones de la morgue. Cuando él se topó con la mirada de la detective, trató de actuar con normalidad, pero no supo ni siquiera qué decirle después de la escena que acababa de presenciar. Fue ella quien quebró el silencio cuando se hizo demasiado abrumador.

—Me temo que no le caigo simpática.

El teniente parecía no entender de lo que le estaba hablando.

—Me refiero a Greta —explicó—. Vino a buscarme para decirme que no me cree, exige que me haga un ADN para probar que soy hija de su padre.

—¿Piensas acceder a su petición?

Imaginó que Vanja, tal vez, en su afán de congraciarse con la pelirroja, terminaría por hacer lo que ella quería. Sin embargo, lo que le dijo le confirmó exactamente lo contrario.

—No me habría importado someterme a un examen de ADN para comprobar que digo la verdad, pero, ahora, después de hablar con ella, estoy dudando seriamente en hacerlo. No me gusta que la gente desconfíe de mí, sobre todo cuando ni siquiera me conoce —manifestó.

Estaba molesta y no tenía ninguna intención de ocultarlo. Le había bastado cruzar

unas pocas palabras con Greta para darse cuenta de que crecer como hija única la había convertido en una muchacha caprichosa y celosa del cariño paterno. Stevic percibió cierta animosidad en esas palabras. Estaba a punto de abogar en favor de la pelirroja, pero el doctor Grahn volvió al despacho. A ellos, por otra parte, los esperaba Thor Helin para responder a sus preguntas.

CAPÍTULO 13

Hanna tamborileaba los dedos en el volante, mientras en la radio sonaba una canción de Maroon 5. Hacía ya varios minutos que había estacionado el auto frente a la casa de sus padres, pero no se animaba a bajarse. Iba dispuesta, o al menos eso creía, a hablar con ellos para contarles que, en pocos meses, se convertirían en abuelos. No dudaba de que su madre se pondría feliz con la noticia, aunque su mayor temor era no saber cómo reaccionaría su padre cuando se lo dijera. Desde un principio, no había visto con buenos ojos la relación con Lasse. Hylvid Windfel todavía tenía la convicción de que conseguiría casar a su única hija con un hombre que cumpliera con todas sus expectativas. Muchas veces, se cuestionaba si involucrarse con el primo de Greta no había sido otra manera más de rebelarse contra las pretensiones paternas.

Miró hacia la casa, las cortinas del despacho estaban corridas, y una tenue luz que se reflejaba en el cristal de la ventana indicaba que probablemente Hylvid, como solía hacer por las tardes, se había encerrado para trabajar sin ser interrumpido. La empresa constructora, en la cual era socio desde hacía ya un cuarto de siglo, enfrentaba algunos problemas financieros. Él le había comentado que, si bien habían logrado expandir el negocio hacia otras ciudades y, así, generaron nuevas fuentes de ingreso de capital y reconocimiento de parte de la industria, los problemas financieros persistían. Tenían que hacer malabares para no seguir perdiendo dinero. La solución parecía estar en fusionarse con una constructora de Estocolmo que recién empezaba, pero que contaba con un respaldo económico envidiable. Hylvid, quien siempre se había encargado de llevar personalmente los papeles de la empresa, estaba estudiando la oferta desde hacía algunas semanas para comprobar que todo estuviera en regla.

La fusión entre ambas firmas era un hecho inminente que lo tenía bastante

nervioso y, entonces, pensó que, tal vez, no era el mejor momento para hablarle de su embarazo. Estaba a punto de encender de nuevo el motor para regresar al estudio cuando vio que la puerta de la entrada principal se abría. Monika Windfel caminó presurosa hacia ella y golpeó la ventanilla del auto. La joven se estiró por encima del asiento del pasajero y le abrió. Sintió un escalofrío cuando el aire helado se coló en el interior del auto.

—Cariño, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no has entrado? —le preguntó la madre mientras se arrebujaba con el grueso abrigo de lana color caramelo que ella misma había tejido en el verano.

—Acabo de llegar, mamá. Estaba hablando por teléfono —mintió.

Se acomodó la bufanda alrededor del cuello, luego, tomó el bolso y se apeó del vehículo. La señora Windfel la alcanzó a mitad de camino para darle un abrazo.

—Hanna, ¿te encuentras bien, hija? —La miró de arriba abajo. En un gesto sobreprotector le puso la mano en la frente para constatar que no tuviese fiebre—. Te veo algo demacrada. Apuesto a que ni siquiera te alimentas como debes, cariño. ¿Me parece a mí o estás más delgada? —la cuestionó, al tiempo que le medía el talle.

—Estoy bien... —respondió con un dejo de fastidio en la voz.

—Acabo de sacar del horno tu pastel favorito, te voy a servir una rebanada generosa y te prepararé una taza de chocolate bien caliente. —Se prendió del brazo de la fotógrafa y la arrastró hasta la casa—. Creo que de alguna manera adiviné que vendrías hoy a visitarnos, cariño.

La muchacha sonrió.

—Tu oferta es más que tentadora, mamá.

Aunque muchas veces renegaba de las excesivas atenciones de Monika, de vez en cuando, era agradable saber que, aunque ya no era una niña, la seguía consintiendo. Mientras la señora Windfel calentaba la leche para el chocolate, ella aprovechó para ir a saludar a su padre. Dio tres golpes a la puerta y esperó a que la autorizara a pasar. Hylvid se levantó de la butaca de cuero, que durante las dos últimas horas se habían convertido casi en una extensión de su cuerpo, y se aproximó a su hija con una expresión de sorpresa en el rostro.

—¡Qué alegría verte, hija! —Le dio un rápido abrazo, luego, la besó en la frente y volvió a recluirse detrás del escritorio. Hanna se deshizo de la bufanda y de la chaqueta. Los dejó encima de la silla; luego, mientras Hylvid acomodaba unos papeles, aprovechó para observarlo. Lucía bastante cansado, con una barba de días que le oscurecía la piel. La preocupación se evidenciaba en las líneas de expresión de ese rostro. Se había peinado el cabello hacia atrás, aunque algunos mechones salpicados de hebras blancas le caían sobre la frente cuando se movía hacia delante. A

pesar de estar de entrecasa, llevaba la corbata de seda italiana que le había regalado para su cumpleaños debajo del suéter.

—Veo que estás muy ocupado, papá. ¿Aún hay problemas en la empresa? —preguntó para mostrar interés por primera vez en mucho tiempo.

Durante las últimas visitas de Hanna, la conversación, inexorablemente, giraba en torno a su soltería y a las ganas que tenían tanto él como su madre de verla felizmente casada; por eso, cualquier tema era preferible antes que volver a hablar de ella. Aún no sabía cómo le diría lo del embarazo; primero, prepararía el terreno para no espantarlo con la noticia. No dudaba de que la llegada de un nieto sería motivo de alegría para los Windfel; sin embargo, las circunstancias que rodeaban la concepción no eran las propicias, sobre todo para un hombre de valores tradicionales como su padre. ¿Qué pensaría de la negativa de Hanna a pasar por el altar? Hylvid, metodista hasta el tuétano, jamás permitiría que una hija suya tuviese un niño fuera del matrimonio. Soltó un suspiro que captó de inmediato la atención de él.

—La fusión con la constructora de Estocolmo es casi un hecho. Precisamente estoy estudiando la oferta para que todo esté en orden y procedamos a la firma este viernes —explicó.

—¿Irás hasta allá?

Él negó con la cabeza.

—Enviarán a un representante legal para terminar con el papelerío. Hablé con él por videoconferencia esta mañana y parece un sujeto agradable. Es joven, con un futuro prometedor. —Le sonrió—. Me gustaría que cuando llegase, le mostraras el pueblo. Según tengo entendido, planea quedarse todo el fin de semana.

Al principio, la joven pensó que había malinterpretado esas palabras, pero, a medida que él seguía hablando y le encomendaba que atendiera con amabilidad al tal Geir Matthiasen cuando apareciera en Mora, adivinó de inmediato cuál era la intención que escondía la perorata. Apenas lo había visto esa mañana y ya planeaba arrojárselo a sus brazos. Parecía que, después de la lamentable experiencia que había tenido con Evert Gordon, y de las incontables citas que él le organizaba muchas veces a sus espaldas y que terminaban en fracaso, insistía en buscarle pareja a pesar de que sabía que ella estaba con Lasse.

—No creo que pueda recibir a tu invitado como se merezca, papá —replicó sin alterarse—. Deberías buscar a alguien más para que se encargue de ser su guía turística durante su estadía en el pueblo.

El hombre se quitó las gafas, las dobló con cuidado y las dejó encima del escritorio. Luego, alzó la vista y taladró a la fotógrafa con unos incisivos ojos verdes.

—No es mucho lo que te pido, hija...

—Lo lamento, papá —dijo interrumpiendo su discurso—, pero últimamente no me he estado sintiendo bien, además, no quiero que Lasse se enoje.

—¿Y por qué tendría que enojarse?

—Porque, apenas le comente sobre tu petición, también se dará cuenta de cuál es realmente tu propósito, papá. Lasse y yo estamos pasando por un momento difícil, es más, ni siquiera sé si querrá volver a verme después de la que le dije ayer por la mañana...

Él se la quedó viendo con el ceño fruncido; esperaba que ella continuara hablando, por eso, lo inquietó el repentino silencio.

—¿Qué sucede? Te conozco demasiado bien, hija, y sé cuándo algo te preocupa.

Hanna no tuvo el valor de decírselo en ese momento. Justificó su falta de coraje con el argumento de que prefería soltar lo del embarazo cuando su madre estuviese presente. Ya era difícil hablar del tema como para encima tener que contárselos por separado. En ese momento, Monika irrumpió en el despacho cargando una bandeja y la salvó de tener que responder. De inmediato, el aroma dulzón del chocolate caliente le abrió el apetito. Esa vez, no se quejó de la porción exagerada del pastel de naranjas y miel que su madre había cortado para ella. Devoró un buen pedazo; la masa era tan esponjosa que se le deshizo en la boca. La muchacha ponderó la buena mano de Monika para la pastelería y bebió el chocolate para terminar de quitarse el frío del cuerpo.

—Nuestra hija me estaba contando que las cosas con ese muchacho no andan bien —manifestó Hylvid con la esperanza de que Hanna soltara eso que no se animaba, ahora que su madre estaba presente.

—¿Qué pasa con Lasse, cielo? —preguntó la mujer que miraba a su esposo con un gesto amonestador.

Era increíble que después de tantos meses, siguiera refiriéndose al novio de su hija como «ese muchacho». La joven se tomó su tiempo para responder. Terminó de comer el pastel y juntó las migas que se habían caído encima de sus piernas. Respiró hondo, contó hasta cinco y los miró. Primero, posó los ojos claros en el rostro preocupado de su madre, luego, observó a su padre durante un instante antes de hablar.

—Papá, mamá... hay algo que deben saber. —Agachó la cabeza y volvió a quedarse callada, mientras en su mente buscaba las palabras adecuadas para contarles lo del embarazo—. No sé cómo lo van a tomar; en especial tú, papá —dijo e intentó camuflar los nervios con una sonrisa. El hombre la exhortó a que acabase con la intriga de una buena vez. Tragó saliva y continuó—. Espero que la noticia que estoy a punto de darles, les cause alegría... Estoy embarazada.

La señora Windfel saltó de la silla y se arrojó encima de su hija para darle un efusivo abrazo. Lloraba a borbotones mientras balbuceaba que por fin iba a convertirse en abuela. La muchacha, que durante los últimos días estaba más sensible de lo habitual, terminó por contagiarse del llanto. Desde su sitio, impávido, el señor Windfel contemplaba la escena. Todavía no había asimilado del todo las palabras apenas pronunciadas por Hanna.

—¿Hylvid, no dices nada? —lo increpó Monika, que se separó apenas de la fotografía para poder permitirle respirar. La emoción había embargado de igual modo a madre e hija, por eso era incapaz de comprender la fría reacción de su esposo—. ¡Es la mejor noticia de todas! ¡Nuestro primer nieto viene en camino!

Su esposo apenas asintió con la cabeza. La idea de ser abuelo no le disgustaba, lo que le costaba más asimilar era el hecho de que su hija terminase casada con un muchacho sin aspiraciones como Lasse Hansson. Él pretendía un futuro mejor para su única hija.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Sí, papá. Tengo poco más de dos meses de embarazo. Tu nieto nacerá a mediados de junio —contestó mientras se enjugaba las lágrimas con el pañuelo que le había prestado Monika.

—Bien, debemos empezar con los preparativos de la boda cuanto antes —manifestó con una expresión adusta que no permitía discernir qué pensaba en realidad de toda aquella situación que cambiaría sus vidas para siempre—. Tu estado no tardará en evidenciarse y prefiero evitar las habladurías...

—Papá, yo no quiero casarme. Se lo he dicho a Lasse cuando me lo propuso, ese fue el motivo de nuestra pelea —explicó la joven.

Hylvid, entonces, por fin mostró la primera reacción. Se levantó de repente y comenzó a caminar en círculos por el despacho, cabizbajo, con ambos brazos pegados en la espalda. De vez en cuando, se volvía para observar a Hanna. Ella seguía abrazada a su madre, como si no alcanzara a comprender la magnitud de lo que acababa de decir. ¿Cómo que no quería casarse? ¿En qué demonios estaba pensando? Nunca antes le había provocado un disgusto tan grande, y eso que la muchacha le había hecho las mil y unas durante los rebeldes años de adolescencia, pero, que tuviera un hijo fuera del matrimonio, no era algo que estaba dispuesto a tolerar.

* * *

Greta estaba a punto de meter la llave en la puerta del apartamento cuando vio pasar el auto del señor Olander a muy baja velocidad. Bajó corriendo las escaleras y lo vio estacionarse frente a la propiedad que acababa de poner a la venta. «Es ahora o nunca», se dijo para darse ánimos, mientras avanzaba por la acera bajo la llovizna. Apresuró el paso cuando el hombre estaba a punto de ingresar al lugar.

—¡Señor Olander! ¡Espere! —gritó al tiempo que se sujetaba la boina para correr hacia él antes de que desapareciera por el portón de la cochera.

Ivar Olander, que ya rondaba los setenta años y cargaba con una sordera hereditaria, no la escuchó. Se dio vuelta sobresaltado cuando sintió que alguien le rozaba el brazo. Sonrió al descubrir de quien se trataba.

—Perdone si lo asusté, señor Olander, pero quería hablar con usted —dijo la joven y se resguardó de la lluvia bajo el alero.

El anciano la miró extrañado. No podía imaginarse de qué querría hablar la joven con él. Llevaba viviendo fuera del pueblo desde hacía muchos años y solo regresaba en contadas ocasiones para visitar a su hermana Lilja, pero, ahora que ella no estaba, lo más sensato era poner en venta la casa. En aquel lugar, Lilja había padecido los embates de una enfermedad cruel que la consumió poco a poco hasta morir. Sin dudas, la muerte había sido una bendición. Ya no tenía una razón para volver al pueblo, además, la casa le traía recuerdos demasiado dolorosos.

—Ven, muchacha, entremos que está helando.

Ella lo siguió a través de una inmensa cochera que olía a humedad y estaba atiborrada de cajas de cartón.

—Son las pertenencias de mi hermana —explicó mientras abría una puerta con cristales ahumados que daba a un patio interno—. Ville Erikssen prometió hacerse cargo de donar todo a la beneficencia, pero las cajas todavía siguen aquí —repuso con evidente molestia por la falta de compromiso del reverendo.

La pelirroja apenas prestaba atención a su conversación. Su mente, que casi nunca se quedaba quieta, ya estaba imaginando los arreglos que le haría al patio. Después de tantos años viviendo en apartamentos, le entusiasmaba la idea de volver a tener hierba debajo de sus pies. Incluso pensó que había espacio suficiente para construir una piscina.

Entraron en una especie de saloncito en donde sábanas blancas cubrían los muebles. En ese momento, Greta se dio cuenta de que, si la casa incluía el mobiliario, el precio sería mucho más elevado. El frío que hacía allí dentro era casi tan crudo como el que asolaba en las calles. Encogió los hombros, metió las manos en el bolsillo del abrigo y empezó a balancearse para darse calor.

—Espera que enciendo la calefacción —pidió Ivar y la dejó sola en el salón.

Le gustaba la casa... Le gustaba demasiado y temía no poder afrontar los gastos para quedarse con ella. No quería hacerse ilusiones en vano, incluso, era muy posible que el señor Olander ya hubiese encontrado un comprador. El hombre regresó apenas unos segundos más tarde, quitó una de las sábanas que cubría el sillón y la invitó a sentarse. La muchacha no se desprendió el abrigo, esperaba a que la temperatura subiera para hacerlo. Se ubicó en uno de los extremos del sofá y sonrió cuando el hombre se sentó a su lado.

—Te escucho, jovencita.

Greta se preguntó si la razón de que no la hubiese llamado por su nombre aún era que lo habría olvidado. Era probable que sí, después de todo, el anciano bajaba muy de vez en cuando al pueblo y, ahora que su hermana ya no estaba, de seguro, no regresaría más.

—Señor Olander, me enteré de que planea vender esta casa, y la verdad es que tengo mucho interés en comprarla —declaró al tiempo que gesticulaba con las manos. Estaba nerviosa y no valía la pena disimularlo. Aquella charla podía traer muchos cambios a su vida—. Mi idea es ampliar la librería, que ocupe también mi apartamento, y venir a vivir aquí.

Ivar sonrió, lo que hizo pensar a la joven que, tal vez, no había llegado tarde.

—Noto un gran entusiasmo en tu voz, Greta —manifestó y pronunció su nombre de pila por primera vez—. He hablado con tres posibles compradores, y ninguno de ellos tenía ese brillo en la mirada cuando hablaba de la casa.

La pelirroja asintió con la cabeza.

—Hacer crecer a Némesis es uno de mis sueños más grandes, señor Olander, y, cuando me enteré que la casa de Lilja estaba en venta, comprendí que era mi oportunidad de hacer ese sueño realidad. —La expresión de su rostro cambió de repente—. Espero poder contar con el capital suficiente para quedármela, pero si no es así, quería proponerle un trato.

El hombre frunció el entrecejo.

—¿Un trato?

—Sí, mi intención es rentar la casa hasta ahorrar el dinero suficiente para comprarla —explicó con la esperanza de que su idea le pareciera buena a él también—. ¿Qué le parece?

Él guardó silencio mientras sopesaba concienzudamente la oferta. Nada en la expresión adusta del rostro dejaba entrever lo que le pasaba por la cabeza en ese momento, y la muchacha empezó a impacientarse.

—Greta, como te mencioné, hay otras personas interesadas en la casa, dispuestas a pagar al contado por ella.

Las palabras del anciano derribaron de un plumazo sus ilusiones.

—No sé si rentarla sea lo más apropiado —comentó echando un vistazo a su alrededor—. La verdad es que quisiera deshacerme de ella definitivamente; estas paredes solo me recuerdan lo mucho que sufrió mi hermana mientras duró su enfermedad.

—Comprendo, señor Olander —afirmó Greta, resignada a perder la casa con la que venía soñando desde hacía semanas.

—El precio que pido es justo, aunque, si no está dentro de tus posibilidades, tal vez es posible llegar a otro acuerdo. —Le mencionó la cantidad que, si bien no le pareció exagerada, era un monto inalcanzable para ella. Incluso si pedía un préstamo al banco, necesitaría un buen aval para que le otorgaran esa cantidad de efectivo—. Podrías cubrir, al menos, la mitad del valor de la propiedad cuando terminemos la compra y el resto me lo vas pagando en cuotas mensuales. ¿Qué te parece mi contraoferta?

La joven hizo unos cuantos cálculos en su cabeza con rapidez, aunque la emoción le impedía pensar con claridad, sabía que afrontar la mitad de los gastos sería una gran ventaja para ella. La compra de la casa demandaría un gran esfuerzo, sobre todo porque implicaba desembolsar una fuerte cantidad todos los meses para terminar de pagarla y, si a eso le sumaba el dinero que tendría que gastar en la remodelación, las expectativas igualmente eran desalentadoras, sobre todo si decidía hacerse cargo de todo ella sola. Aun así, era una oportunidad única y no pensaba desaprovecharla.

—¿Me daría unos días para pensarlo?

—Prometí dar una respuesta a los interesados cuanto antes, pero puedo hacer una excepción contigo. Me gusta el entusiasmo que tienes por la casa y creo que a mi hermana le habría gustado que terminara en poder de alguien como tú.

Greta sonrió. Le habría encantado conocer a la mujer un poco más para poder decirle algo sobre ella, sin embargo, solo la recordaba vagamente de su época como vendedora de la librería de los Hallman porque, desde su regreso al pueblo, Lilja Olander apenas salía a la calle porque ya estaba muy enferma.

—Le agradezco mucho que haya hecho una excepción conmigo, señor Olander, por eso le doy mi palabra de que este mismo viernes le haré saber si me quedo con la casa o no.

Se puso de pie con la intención de marcharse, pero el anciano la invitó a recorrer el resto de la casa, y ella no pudo negarse.

CAPÍTULO 14

Thor Helin no podía controlar el movimiento involuntario de sus piernas mientras esperaba en la sala de interrogatorios. Le sudaban las manos y parecía que el tiempo dentro de aquellas cuatro paredes pasaba con más lentitud. A su lado, Markus Wollner, abogado de oficio recién graduado y examigo de juergas de Thor, fumaba con tranquilidad como si toda aquella situación le importase muy poco. La puerta se abrió y el teniente Stevic ingresó con una grabadora en la mano. Colocó el aparato en el centro de la mesa antes de ocupar su lugar.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó, dirigido al joven abogado.

—Markus Wollner.

Luego, miró a Helin mientras apretaba el botón de grabar.

—Es el teniente Mikael Stevic interrogando a Thor Helin en relación al homicidio de Robert Lipponen. —Miró su reloj—. Son las tres y diez de la tarde del 25 de noviembre. Se encuentra presente también su abogado, Markus Wollner.

—Mi cliente asegura que ya habló con ustedes en una oportunidad y no tiene nada más que agregar, teniente. No entiende por qué lo requieren de nuevo, su única relación con el hecho es que frecuentaba la casa en la cual se cometió, y eso no es ningún delito.

Stevic percibió de inmediato el tono prepotente del letrado no bien abrió la boca.

—Es cierto que ya hablamos con su cliente, doctor Wollner, sin embargo, también es verdad que le dijimos que si necesitábamos que amplíe su testimonio, lo volveríamos a convocar, ¿no es así, señor Helin?

El joven lo miró con desconfianza y, luego, asintió con la cabeza.

—Thor, durante tu anterior declaración dijiste que hacía un mes que no pasabas por la casa de los Lundkvist. ¿Cuándo fue exactamente la última vez que estuviste

allí?

Él empezó a moverse en la silla, como si quisiera levantarse y salir corriendo; gesto que no pasó desapercibido para el teniente, tampoco para el representante legal que con una palmada en el hombro intentó tranquilizarlo.

—No lo recuerdo —fue su escueta respuesta.

—Haz memoria, Thor —lo instó el teniente, seguro de que sabía mucho más de lo que decía.

El muchacho se mesó la melena oscura hacia atrás. Un abundante flequillo le caía sobre la frente y llegaba, incluso, a cubrirle los ojos. Resopló con fuerza, luego, se cruzó de brazos.

—¡Vamos, Thor! No es una pregunta complicada, no pasó mucho tiempo. Me parece extraño que no recuerdes con exactitud cuándo estuviste en la casa, si como dices, apenas pasó un mes.

Helin lo miró de costado, lo midió con esos asustadizos ojos verdes. De pronto, se inclinó hacia su abogado para hablarle al oído.

—Di la verdad, Thor. Estás declarando como testigo, si incurres en una mentira, pueden acusarte de falso testimonio —explicó Wollner sin importar que Stevic lo oyera.

—¿Y bien? —volvió a insistir el teniente ante la falta de respuesta del muchacho.

—No fui a la casa por última vez hace un mes como le dije —reconoció por fin—. Estuve allí el día 8 por la noche acompañado por una amiga.

Mikael ni siquiera se inmutó ante esas palabras. La gente del pueblo se había encargado de fomentar la mala fama del interrogado desde que había perdido el auto de su padre en una mesa de póker. Que utilizase la casa de los Lundkvist para llevar a sus amiguitas, era solo una ofensa más una su lista de acciones repudiables.

—Vas a tener que decirme el nombre de tu amiga.

—¿Es necesario?

Stevic asintió. El joven hizo una mueca de fastidio. Tardó en soltar la identidad de su última conquista y, cuando lo hizo, Mikael descubrió la causa de su reticencia a revelarle quién era ella. La chica en cuestión resultó ser la esposa de uno de los funcionarios del ayuntamiento, quien planeaba lanzar una candidatura a alcalde en las próximas elecciones.

—¡No quiero que la involucren en todo este asunto! —exigió Helin, que levantó ligeramente el tono de la voz—. Hemos estado en esa casa solo una vez, ni siquiera subimos a la planta alta... Tuvimos sexo en la mesa de la cocina —se jactó mientras miraba al detective directamente a los ojos.

—El encuentro furtivo con la señora Kreymer fue dos días antes de que la víctima

fuera vista por última vez. ¿Nunca notaste nada extraño en la casa? ¿Indicios de que alguien más había estado allí? —Obvió mencionar las llamadas que había recibido Lipponen desde el lugar antes de desaparecer sin dejar rastros.

Thor buscó de nuevo el consejo de su abogado, cuando Markus Wollner le dijo que contase todo lo que sabía, volvió a enfrentarse a la inquisidora mirada de Stevic.

—Cuando llegamos, lo primero que notamos es que no hacía frío dentro de la casa. Fui al sótano y descubrí que la calefacción estaba encendida. Yo estaba seguro de que había bajado el termostato la última vez que estuve allí, o al menos es lo que creía. Tal vez, la dejé encendida y lo olvidé, no lo sé.

Aquel revelador detalle apoyaba la teoría que venían barajando sobre la posibilidad de que el asesino de Lipponen hubiese pasado tiempo en la casa. Sabían que había realizado las dos llamadas telefónicas desde el lugar y que se había tomado todo el tiempo necesario para escenificar el crimen. En ese momento, surgió una duda igual de inquietante.

—Cuando estuviste ese día en la casa, ¿notaste que la cerradura de una de las ventanas que dan al salón estaba forzada? ¿Viste la maceta rota en el suelo?

—No vi nada de eso —respondió—. Nos fuimos a la mañana siguiente y todo estaba en orden. Siempre procuro dejar todo igual por si los Lundkvist aparecen de sorpresa.

El teniente asintió; luego, permaneció en silencio por un rato, le daba vueltas a la respuesta que acababa de darle el muchacho. Si el agresor, en efecto, ya había estado en la casa antes que él, era evidente que no había ingresado por la fuerza. Entonces, ¿qué significaban la ventana violentada y la maceta rota? ¿Una puesta en escena? ¿Acaso el asesino quería confundirlos? ¿Y si alguien más había estado allí? En ese momento, pensó en el llamado anónimo que lo había alertado sobre el crimen. ¿Y si la persona que ingresó a la casa era la misma que había hablado con él? Dejó escapar un suspiro. Otro misterio que se sumaba a la investigación y que sabía muy bien, no les permitiría avanzar hasta que no lo develaran. Antes de irse de la comisaría, Mikael le pidió a Helin una muestra de su calzado para compararla con la recolectada en la casa. El muchacho le dijo que no tenía nada que ocultar y le entregó las botas sin chistar. El resultado de la prueba, como había imaginado, demostró que la huella hallada debajo de la ventana no pertenecía a Thor Helin.

* * *

Greta dejó a Lasse a cargo de la librería y aprovechó que la ventisca había perdido intensidad para acercarse hasta la casa de Karl. Después de que le hubiese contado lo de Vanja, no habían vuelto a verse y necesitaban hablar. Él se había ido sin despedirse; tal vez, creyera que ella estaba enfadada. Quería aclararle que no era enojo lo que sentía, sino una gran conmoción que todavía no había logrado dominar. La desconfianza se mezclaba con las ganas de saber más de esa mujer que había aparecido en el pueblo y alegaba ser la hija del inspector Lindberg. Debía actuar con cautela y asegurarse de que Lassgård era en realidad quien decía ser.

Sin embargo, la curiosidad había vuelto a traicionarla. Tras buscar información sobre ella en internet, solo había encontrado algunos datos relacionados con su profesión. Una página web de la agencia que llevaba funcionando desde hacía varios años y nada más. Descubrió que tenía un perfil en Facebook, con las publicaciones vedadas al público general. En la foto de portada aparecía ella, sentada sobre una roca, escoltada por un majestuoso paisaje montañoso. En la foto de perfil, aparecía el logotipo de la agencia de detectives: un sombrero negro con orejeras al mejor estilo Sherlock Holmes sobre un fondo rojo. Al no estar entre sus contactos, no había podido ver mucho y había tenido que frenar el impulso de enviarle una solicitud de amistad. Después del encontronazo que habían protagonizado en la comisaría, dudaba de que Vanja la aceptase. Incluso había pensado en crear una cuenta bajo otro nombre, pero había desistido de inmediato.

Dobló por Broåkersvägen y siguió hasta Älvgatan. Mientras se acercaba, distinguió un Volkswagen blanco estacionado frente a la casa de su padre. Ella ubicó el Mini Cabrio detrás y apagó el motor. Se preguntó a quién pertenecería. Tal vez, era de alguien que había venido a felicitar a los recién casados. Tomó el bolso y descendió del auto. Aún caía una lluvia ligera, y el frío era insoportable. Instintivamente, miró hacia la casa de los Apelgren. Distinguió a Pernilla limpiando el cristal de una de las ventanas de la planta baja. La saludó con la mano, la anciana hizo lo mismo y agitó el paño que sostenía en su mano derecha. Greta no creyó, ni por un instante, que Pernilla estuviese realmente limpiando la ventana, lo más probable era que sintiera la misma curiosidad que ella por saber quién era el dueño del vehículo.

La curiosidad de Greta fue saciada de inmediato. La muchacha se quedó de una pieza cuando, al agacharse para espiar en el interior del vehículo, vio un objeto de goma que colgaba junto al espejo retrovisor. Era negro y rojo: el logotipo de la agencia de detectives de Vanja Lassgård. ¿Qué demonios estaba haciendo esa mujer en la casa de su padre? ¿Acaso no le había bastado lo que había ocurrido en la comisaría?

Como temía por la salud de Karl, apresuró el paso. Decidió entrar por la puerta de

la cochera para no delatar su llegada antes de tiempo. Encontró la cocina vacía, inundada con un intenso olor a café recién hecho. Con vehemencia, se quitó la bufanda, la chaqueta y dejó el bolso encima de la mesa. Se tomó unos segundos para respirar hondo antes de dirigirse a la sala. Se atusó la melena, que esa tarde llevaba suelta, y cuadró los hombros.

Lo primero que vio al abandonar la cocina, fue la espalda de la rubia cubierta por un suéter color rojo y su cabellera dorada atada en una cola de caballo en lo alto de la cabeza. Se había sentado en su lado del sofá favorito, junto a la mesita. El cojín que había tejido Sue Ellen se asomaba por un costado. Frente a ella, Karl ocupaba el sillón de un solo cuerpo, mientras que la sargento se había acomodado en el apoyabrazos.

Cuando se acercó vio que la detective sostenía una taza de café en las manos. Se volvió de repente al escuchar el repiqueteo de las botas de la pelirroja. El inspector y Nina no dijeron nada. En realidad, durante unos cuantos segundos, el salón estuvo sumido en un silencio sepulcral. Fue Greta la que terminó con aquella especie de trance en la que habían caído todos al notar su presencia.

—¿Llego en un mal momento? —preguntó, al tiempo que hacía un gran esfuerzo por demostrar que no le afectaba el hecho de que Vanja estuviese compartiendo un café con su padre.

Rápidamente, Karl se puso de pie, se aproximó a ella y la recibió con un efusivo abrazo.

—No, cariño, tú nunca importunas. ¡Bueno, casi nunca! —bromeó para suavizar la situación.

Greta apenas logró esbozar una sonrisa y no hizo nada cuando su padre prácticamente la arrastró hacia el sofá y la obligó a sentarse al lado de la detective.

—No esperaba verte aquí —comentó mientras taladraba a la rubia con la mirada.

Por el rabillo del ojo, vio cómo él regresaba al lado de Nina, y ella le tomaba la mano. La invitada regresó la taza de café a la bandeja y no se dejó amilanar por la actitud beligerante de la pelirroja.

—Creo que el inspector Lindberg y yo nos debíamos una conversación...

—Vanja tiene razón, cielo —intervino él e interrumpió el intercambio de palabras entre las dos jóvenes—. Después del episodio en la comisaría, era conveniente que volviéramos a vernos, por eso le pedí que viniera.

Greta no se lo esperaba. Había asumido que había sido ella quien se había aparecido en casa del inspector para hablar con él.

—¿Te ha dicho algo más que pruebe que en realidad es tu hija? —replicó, se inclinó hacia atrás y cruzó las piernas.

Él iba a responderle, pero la sargento lo detuvo.

—Vanja no ha tenido la oportunidad todavía de contarnos su historia, apenas había empezado cuando tú llegaste, Greta. —Miró a Karl, luego, volvió a posar sus ojos oscuros en la pelirroja—. Supongo que ahora podemos seguir escuchándola, ¿no te parece?

Los tres se quedaron esperando la respuesta.

—Que haga lo que quiera —contestó, por fin, y se encogió de hombros en un claro gesto de indiferencia que no se preocupó en simular.

A la rubia le molestaban sobremanera esos gestos pueriles. En ese momento, mientras observaba cómo su hermana jugueteaba con la manga de la camisa, se preguntó cómo habría sido la relación entre ellas si hubiesen crecido juntas. ¿Se habrían llevado bien o se habrían tirado de los pelos ante la primera rabieta? Nunca lo sabría...

—Greta, vuelvo a reiterar lo que te dije esta mañana...

—¿Se vieron esta mañana? —preguntó Karl sorprendido. Nina le puso una mano en el hombro al percibir su agitación.

—Sí, papá. Estuve en la comisaría esta mañana —contestó sin mirar a la rubia.

—Yo sostengo lo que dije —manifestó Vanja retomando el hilo de la conversación—. Cuando llegué a Mora, no buscaba molestar a nadie con mi presencia, solo quería conocer al hombre que me engendró. Fue mera casualidad que el caso que estaba investigando en Sandviken me trajera precisamente hasta aquí. Es más, creo que el hecho de que viniese al pueblo fue uno de los factores que desencadenó todo lo demás. —Carraspeó antes de continuar con su relato—. El día anterior, cuando todavía no había salido nada en las noticias sobre la aparición del cuerpo de Lipponen, mi madre me confesó que yo era producto de un romance de verano que había tenido con un hombre al que nunca más volvió a ver. En ese momento, no quiso revelarme su identidad, pero al saber que vendría a Mora para ver al inspector Lindberg, se alarmó y terminó de contarme el resto de la historia.

—Acabas de decir que tu viaje a Mora fue lo que provocó que tu madre rompiera el silencio después de tantos años, que no fue hasta que el nombre de mi padre salió en las noticias que ella se inquietó. Sin embargo, te habló de su romance antes de saber que vendrías aquí —la interrumpió la pelirroja—. ¿Cómo explicas eso?

Karl y Nina no dijeron nada, parecía que apoyaban la objeción. La detective, ante aquella aguda observación, volvió a comprobar la capacidad de Greta para leer entre líneas. ¿Cómo era posible que no hubiese seguido los pasos de su padre? Aunque le costase reconocerlo, empezaba a sentir admiración por ella.

—Porque fue algo más lo que hizo que ella sacara a la luz ese secreto que había guardado. —Hizo una pausa, no se sentía cómoda hablando con extraños de su madre,

pero ya no podía callarse nada—. La semana pasada, mi madre llegó a casa totalmente devastada. Venía de ver al doctor, le acababan de diagnosticar Alzheimer. Desde la trágica muerte de mi padre que no la veía tan mal, me dijo que decidió contármelo porque temía empezar a olvidarse de las cosas. No puedo asimilar todavía la noticia de su enfermedad. —Los tres notaron que se le habían humedecido los ojos—. Mi madre siempre ha sido mi único sostén; después de la muerte de mi padre, nos volvimos más unidas que nunca, por eso me negaba a entender que me hubiese engañado todos estos años y que dejase que creyera que Simon Lassgård era mi padre. —Miró a Greta, luego desvió la atención hacia Karl de nuevo—. Mi única intención al venir a verlo era contarle esa verdad que nos fue negada durante tanto tiempo. Creo que usted tenía derecho a saber que tenía otra hija.

Cuando terminó con el relato, el silencio volvió a reinar en el salón. La pelirroja no quería sentirse conmovida por su historia, aún guardaba cierto recelo hacia ella y se negaba a creer que era solo porque no concebía la idea de que tuviese que compartir el cariño de su padre no solo con Nina, sino también con una flamante hija, quien, además, corría con la ventaja de haber seguido la tradición familiar. No importaba el tiempo que pasara, sabía que el inspector Lindberg aún resentía que ella no hubiese continuado con la costumbre de los Lindberg de ser policías. ¡Y ahora le salía una hija detective! No sabía si echarse a reír o a llorar.

—Lamento muchísimo lo de tu madre, Vanja —dijo Karl con la voz cargada de emoción—. Estos días, he estado pensando en Isabell, recordé esas vacaciones que pasamos en Skanör. Era una muchachita muy dulce, de sonrisa diáfana; me cautivó de inmediato con su belleza tan inocente. Quiero que sepas que yo nunca quise aprovecharme de ella, vivimos cada momento que estuvimos juntos como si fuese el último. —Embargado por los recuerdos, interrumpió, de repente, su relato. Sintió que Nina le apretaba la mano para darle a entender que continuara—. Antes de su partida, nos encontramos una noche en la playa. Fue allí donde hicimos el amor. Isabell decía que era una manera de estar juntos para siempre a pesar de que, tal vez, nunca más nos volveríamos a ver. Ninguno de los dos imaginamos en ese momento que nuestra despedida iba a tener consecuencias. Si ella me lo hubiera dicho, me habría hecho cargo de ti, Vanja. Te lo juro.

—No tiene que jurarme nada, inspector. En estos pocos días que llevo en el pueblo, me he dado cuenta de la devoción que le profesa a su hija, sé que si hubiese sabido de mi existencia me habría cuidado de la misma manera. —Esbozó una sonrisa, aunque sus ojos claros seguían estando húmedos—. No me quejo, fui muy feliz al lado de mi padre, lo amé mucho, y el hecho de que ahora conozca la verdad sobre mi origen, no va a cambiar el amor que siento por Simon Lassgård.

—Vanja... —Karl estuvo a punto de llamarla «hija», pero se arrepintió rápidamente. Aún era demasiado pronto, y un paso que todavía no estaba listo para dar—. Quiero recuperar el tiempo perdido y que nos demos la oportunidad de conocernos.

—¿Ya no tiene dudas sobre el lazo de sangre que nos une? —replicó ella confundida.

Él negó con la cabeza. La rubia sonrió, luego miró a su hermana.

—¿Y qué hay de ti, Greta?

La pelirroja tragó saliva.

—Creo que papá se está dejando llevar por la emoción; él, como policía, sabe muy bien que hay que remitirse a las pruebas antes de aceptar un hecho —manifestó, puesto que se rehusaba a ceder en su posición—. Lo más sensato es que ambos se realicen una prueba de ADN para confirmar tu historia.

El inspector no se animó a refutarla; después de todo, era el mismo consejo que le había dado Nina y lo había aceptado sin chistar. Desvió la mirada de Greta y puso toda su atención en la invitada, trataba de adivinar qué pasaba por su cabeza después de oír lo que la pelirroja acababa de decirle. Vanja se quedó callada. De pronto, se puso de pie, abrió el bolso y, del interior, sacó un pañuelo. Lo que hizo a continuación dejó a los Lindberg con la boca abierta. Envolvió la taza en la que había bebido el café con el pañuelo y se la entregó a Karl.

—Supongo que podrán hallar bastante material genético para hacer un examen. — Se colgó el bolso al hombro y se alejó en dirección al vestíbulo—. Avísenme apenas sepan el resultado. —Tomó el abrigo del perchero y, antes de marcharse, se volvió hacia el salón. Miró a la pelirroja—. No todo en la vida se confirma con evidencias; muchas veces, la confianza es más que suficiente para probar que alguien dice la verdad.

Se dio media vuelta y desapareció por la puerta. Karl y Greta intercambiaron miradas, mientras, en silencio, Nina tomó la taza y la llevó a la cocina para guardarla en una bolsa de nailon. Al día siguiente, muy temprano, se la alcanzaría al doctor Grahn para que realizara el examen de ADN. A ella no le quedaban dudas de que la muchacha decía la verdad, estaba segura de que a su esposo tampoco. Era a la pelirroja a quien había que convencer.

CAPÍTULO 15

Stevic se sorprendió de encontrar el apartamento vacío. No había hablado con Greta desde el mediodía, cuando se había presentado en la comisaría para conversar con el forense, y, si no recordaba mal, habían quedado en verse esa noche. ¿Dónde se habría metido? Barrió la sala con la mirada. Nada, ni siquiera una nota para avisarle que llegaría tarde. Colgó la chaqueta mojada cerca de la chimenea y fue hasta la cocina, donde encontró la jaula de la lora vacía. Tenía el cuenco de las semillas lleno, así que no se preocupó por ella. De seguro, estaría haciendo de las suyas en la habitación, escondida entre las prendas de vestir de su dueña. No le gustaba no saber dónde estaba Greta, así que marcó su número mientras metía en el horno microondas el estofado que había quedado de la noche anterior.

—¿Dónde estás?

—Estoy en casa de papá, Mikael. Después de lo de esta mañana, quería verlo. ¡Perdón por no avisarte!

El teniente se recostó contra el borde de la mesada y sonrió. Podía imaginarse la expresión del rostro de la muchacha: compungido por la culpa de haberlo dejado abandonado esa noche. Decidió hacerla sufrir un poco más.

—Pensé que cenaríamos juntos, pelirroja —protestó y se hizo el ofendido.

—Lo siento, Mikael. —Luego, bajó la voz, de seguro, para que ni su padre, ni Nina alcanzaran a oírla—. Te prometo que estaré allí en un par de horas y, si cuidas bien a *Miss Marple* durante mi ausencia, recibirás un premio...

A él se le hizo agua la boca. Le hizo volver a prometer que estaría de regreso lo antes posible y colgó. Sacó una lata de Crocodile del refrigerador para acompañar la cena y se sirvió una buena porción de estofado. Cenaría en la sala, mientras miraba un poco de televisión. Necesitaba distenderse un poco, olvidarse del caso al menos por

un par de horas. Se acomodó a sus anchas en el sofá y descansó la espalda en el cojín más mullido.

Encendió el televisor y cambió de inmediato de canal cuando el conductor del noticiero empezó a hablar de un robo a mano armada que se había cometido esa mañana en la capital, a plena luz del día. Haciendo *zapping*, llegó hasta el Canal 6, donde estaban emitiendo un viejo capítulo de *Padre de Familia*. Ya lo había visto, y estaba empezado, pero no le importó. Nada mejor que un poco de humor negro para abstraerse de todo lo demás. Estaba desternillándose de la risa cuando vio a la lora asomarse por detrás del sillón. Dejó el plato casi vacío a un lado y extendió la mano hacia ella.

—¡Hey, bandida! ¿Qué haces ahí?

Miss Marple caminó por encima de la alfombra hasta acercarse a él. Picoteó suavemente la punta de su dedo índice y, para sorpresa de Mikael, se le trepó al brazo.

—¡Si se lo cuento a Greta no me lo va a creer! —exclamó mientras observaba cómo la lora continuaba subiendo hasta llegar a su hombro.

—¡Greta! ¡Greta! —empezó a chillar.

—Sí, Greta, esa pelirroja que nos tiene embobados, completamente a sus pies.

Intentó acariciarle la cabeza, pero no se animó. Con *Miss Marple*, todo era poquito a poco. Se inclinó de nuevo contra el sofá despacio, esperando, quizá, que saliera huyendo o le arrancara un pedazo de oreja de un picotazo. Pero el animal, al igual que hacía siempre con su dueña, se quedó quieta sobre su hombro mientras farfullaba despacito palabras que no alcanzó a entender.

Cuando el capítulo de *Padre de Familia* llegó a su fin y el locutor anunció que a continuación llegaban *Los Simpsons*, decidió apagar el televisor. La lora entonces saltó al borde del sillón y caminó hasta la mesita. Fue entonces que Stevic vio la lucecita roja en el contestador automático. Había un mensaje nuevo. Por un segundo, se debatió entre escucharlo o esperar que Greta volviera de la casa de su padre. Ganó la primera opción. Apretó el botón de *play* y oyó una voz masculina desconocida.

—Señorita Lindberg, le estoy hablando del banco. Usted concertó este mediodía una cita con el gerente en relación a un préstamo que piensa solicitar en nuestra institución. El señor Mård no va a poder recibirla mañana como habían acordado porque le ha surgido un imprevisto de última hora y no le será posible atenderla hasta la semana que viene. Por favor, comuníquese a la brevedad con nosotros para reprogramar la cita. Muchas gracias, que tenga un buen día.

Mikael se quedó pensativo. ¿Un préstamo? ¿Por qué había hablado con el banco en vez de consultárselo antes? ¿Para qué necesitaría Greta el dinero? Si recurría al banco era porque la cantidad era importante y no podía cubrirla. ¿Para qué demonios

lo tenía a él? Le molestaba saber que prefería endeudarse antes que pedirle ayuda. Con un rápido movimiento, regresó a su sitio cuando escuchó la llave en la puerta. Alcanzó a encender el televisor justo antes de que ella entrara al apartamento. Con disimulo, buscó a *Miss Marple*, pero la lora ya no estaba donde la había visto por última vez.

Se cruzó de brazos y fingió prestar atención a la publicidad mientras Greta se deshacía del abrigo y la bufanda para dejarlos en una silla junto a la chimenea. Acto seguido, rodeó el sofá y se arrojó a su lado. Sin mediar ninguna palabra, se le acurrucó contra el pecho y subió las piernas hasta pegarlas a las de él. En ese momento, la rabia que sentía por haberse enterado del préstamo de dinero a través de una llamada telefónica, y no por ella, se evaporó. La estrechó más contra su cuerpo y hundió el mentón en ese pelo humedecido por la lluvia.

—¿Qué tienes?

Greta no dijo nada.

—Pelirroja, me estás asustando...

Ella alzó la cabeza y lo miró. Mikael descubrió entonces que había estado llorando. Le rozó la mejilla.

—¿Qué pasó en casa de tu padre?

—Vanja estaba allí, y papá sí le cree cuando asegura que es su hija. Ella aceptó hacerse una prueba de ADN, aunque creo que lo hizo solo para taparme la boca a mí.

—Se mordió el labio inferior—. Mikael, dime, ¿soy tan egoísta que no puedo aceptar que esa mujer tal vez sea de verdad mi hermana?

—No, cariño, lo tuyo no es egoísmo, son celos y es normal que te sientas así. Creciste como hija única, siendo el centro de atención de tus padres. Simplemente, no eres capaz de asimilar el hecho de que alguien más comparta ahora el cariño de Karl. Recuerda cuánto te costó aceptar lo de Nina... supongo que ahora es también cuestión de tiempo —manifestó con la esperanza de que por fin entrase en razón.

Muchas veces, cuando se trataba de algo relacionado con su adorado padre, se volvía más terca de lo habitual. Greta asintió, como si sus palabras hubiesen causado el efecto deseado.

—No hablemos más de este asunto, al menos por hoy —pidió ella y se recostó de nuevo sobre el pecho de Stevic.

Con la mano empezó a acariciarle el estómago.

—Lo que tú digas —respondió él antes de empezar a besarle el cuello.

—¿Ha habido alguna novedad en el caso? —preguntó de repente, lo que provocó que el beso del teniente quedara en suspenso.

—¿De verdad quieres hablar de la investigación ahora?

—Necesito dejar de pensar en lo de Vanja, si no me voy a volver loca...

—Conozco otra manera más placentera de distraerte, Greta —susurró mientras le mordía suavemente el lóbulo del oído.

Ella se estremeció de deseo, aun así, no pensaba desistir de su propósito. Mikael parecía estar muy complaciente esa noche, sentía que era su oportunidad para sonsacarle información. Era temprano y podía obtener ambas cosas: detalles sobre el homicidio de Robert Lipponen y una noche de pasión a su lado. Se apartó y lo miró con una sonrisa en los labios.

—¿Quieres que te muestre lo que he anotado en el cuaderno rojo?

El teniente lanzó un soplo. La pelirroja volvía a salirse con la suya una vez más. Sin embargo, verla sonreír después del estado en el que había llegado, bien valía luego una reprimenda por parte del inspector Lindberg.

—Está bien, veamos qué has escrito en tu famoso cuaderno rojo —cedió por fin.

No había terminado de decir la frase, que la joven ya se había levantado del sillón para buscar el anotador. Apagó el televisor y la esperó. Volvió con la lora cargada en el hombro y el cuaderno en la mano.

—¿Dónde se había metido? Estuvo conmigo un rato, incluso aceptó treparse en mi brazo sin necesidad de sobornarla con una almendra.

Greta sonrió. Sabía que tarde o temprano, *Miss Marple* terminaría por sucumbir a los intentos por conquistarla de Stevic. Le dio unos golpecitos en el pico. ¿Es que acaso ninguna fémina, sea de la especie que fuera, se le resistía? En ese preciso instante, la imagen de Vanja Lassgård se le cruzó por la cabeza. Miró a Mikael, lo intimidó con sus enormes ojos azules que parecían echar chispas. ¡Si se le ocurría poner su atención en la rubia, iba a arder Troya! En los meses que llevaban juntos, nunca había visto amenazada su relación. Él la amaba y se lo demostraba en todo momento. Sus días de donjuán habían quedado en el pasado; sin embargo, la presencia de la detective, la inquietaba. Molesta consigo mismo por permitirse sentirse celosa por primera vez en mucho tiempo, dejó a la lora en el suelo. Luego, se sentó encima del regazo de Stevic y le entregó el cuaderno. Guardó silencio mientras él leía sus anotaciones.

—Veo que no solo te has ocupado de registrar tus impresiones sobre el homicidio de Lipponen —comentó mientras señalaba la página en donde había escrito sobre Vanja Lassgård.

Greta continuó callada. La falta de respuesta le dio a entender al teniente que era un tema que no pensaba discutir esa noche con él. Se concentró entonces en las conjeturas sobre el caso.

—¿Y este espacio en blanco a qué se debe? —preguntó, temía de antemano lo que

ella pudiera decirle.

—Quería averiguar más sobre la manera en la que fue dejado el cuerpo, planeaba preguntarle al doctor Grahn algún detalle sobre la autopsia, pero no pude hacerlo. Como escribí allí, creo que la escena fue preparada para enviar un mensaje. ¿A quién? No tengo ni la más remota idea, solo sé que la muerte de Lipponen y la desaparición de Thomaz Roth están conectadas.

—Sí, nosotros también lo creemos, Greta. Es más, tu padre me confesó que la habitación en donde encontré el cuerpo es la misma que hace más de treinta años ocupaba Thomaz... —Le pasó al brazo por la cintura para apretarla contra su cuerpo. La sintió tensa—. Tranquila, le he dicho a Karl que siga manteniéndose al margen del caso, por las dudas. No sabemos qué mensaje quiere enviar el sospechoso ni a quien, solo podemos investigar a todas las personas que estuvieron involucradas de una forma u otra con la desaparición del niño en febrero de 1980.

—¿Entiendes ahora por qué me resulta sospechosa la aparición de Vanja?

—Greta, es absurdo pensar que ella está involucrada en todo esto. Era apenas una niña cuando ocurrió el hecho, su único vínculo con el caso es que investigaba la desaparición de Robert Lipponen. Si no hubiésemos enviado esa circular a los medios, con la descripción de nuestra víctima sin identificar, tal vez ni siquiera estaría aquí. —Le acarició el mentón—. Deja de ver fantasmas donde no los hay...

—Mira aquí. —La joven señaló el signo de interrogación que había dibujado en la primera página. No se sentía cómoda hablando de la rubia, además, discutir con Mikael sobre el caso le resultaba más productivo—. La prensa no puede asegurar cómo la policía se enteró de que había un cuerpo en la casa de los Lundkvist. Es un detalle que tampoco has querido contarme, pensaba que quizá había sido Thor el que dio el aviso, pero, ahora que lo recuerdo, Pernilla me dijo que tú fuiste a buscarlo a su casa para obtener un permiso o algo así, por lo tanto, asumo que no fue él. ¿Cómo lo supieron?

Stevic respiró hondo. Sabía que leer el famoso cuaderno rojo traería consecuencias como aquellas. La muchacha empezaría a presionarlo con preguntas, y él, como si estuviese siendo sometido a un feroz interrogatorio, terminaría por saciarle la curiosidad por enésima vez. ¿Qué tenía la pelirroja que lograba siempre lo que quería?

—A través de una llamada anónima que recibí la misma tarde en la que descubrí el cuerpo —soltó por fin—. Parecía una broma de mal gusto, sin embargo, no pude ignorarla. Decidí ir solo y fue entonces que me topé con esa escena escalofriante en casa de los Lundkvist.

—¿Pudieron rastrear la llamada?

—Se hizo desde una cabina telefónica en las afueras del pueblo, no hay cámaras de vigilancia en los alrededores y es imposible dar con la persona que llamó.

Greta frunció el ceño.

—¿A qué hora recibiste la llamada?

—Poco antes de las cuatro de la tarde.

—¿Era una voz femenina o masculina?

—¿Por qué tanto interés?

—Dime, ¿era un hombre o una mujer?

—No te lo podría asegurar porque se preocuparon en distorsionarla, aunque, si pides mi opinión, creo que quien llamó era alguien muy joven. La cabina telefónica está a unos doscientos metros de la estación de trenes...

Se detuvo cuando se dio cuenta de que la joven ya no lo escuchaba. Estaba perdida en sus propios pensamientos, de seguro, elucubraba alguna de sus interesantes teorías. Sintió gran curiosidad por saber qué pasaba por su cabeza en ese instante, estaba por preguntárselo cuando ella se levantó de repente y caminó presurosa hasta la ventana.

Permaneció allí, con la cara pegada contra el cristal, mirando hacia la calle, sin decir absolutamente nada. Mikael, intrigado por ese comportamiento, abandonó el sillón y se acercó a ella. La calle estaba desierta. La luz de la farola, disminuida por una espesa niebla, iluminaba el lugar de manera fantasmagórica. Greta, entonces, señaló con el dedo índice hacia la acera de enfrente.

—¿Ves esa motocicleta?

Él asintió.

—Es de Emil, el nieto de la señora Schmidt —explicó—. La otra tarde casi lo embisto en las afueras del pueblo, yo acababa de pasar Moramast, y él circulaba por Rishagsvägen hacia la zona de las vías del ferrocarril. No pude verle la cara porque la llevaba tapada, iba muy deprisa, como si alguien lo persiguiera, pero no había nadie más en los alrededores. A pesar del susto, pude anotar el número de su matrícula. Más tarde, vi la misma moto fuera del hostel de la señora Schmidt y supe que se trataba de su nieto. —La muchacha recordó, entonces, la noche en la que Emil y su amigo pelirrojo habían huido despavoridos al ver llegar a Stevic en su auto. Había sido apenas unas horas después de que él encontrara el cuerpo.

—¿Crees que ese muchacho tenga algo que ver con la muerte de Lipponen? —se atrevió a preguntar el teniente después de escucharla con suma atención.

—No lo sé, pero te puedo asegurar que está detrás de la llamada anónima.

Y Mikael, también por enésima vez, supo que tenía que hacerle caso.

CAPÍTULO 16

AInge Schmidt casi se le cae la taza que sostenía cuando vio ingresar al teniente Stevic en su hostel ese día temprano por la mañana. Desde que Emil había ido a quedarse con ella, su mayor temor era que el muchacho se metiera en líos con la policía. El divorcio de sus padres había contribuido a endurecerle el carácter; siempre había sido un niño problemático que se rebelaba frente a todo tipo de autoridad. Pero, sin dudas, el constante ambiente cargado de tensión que se respiraba en ese hogar después de que su nuera le había metido los cuernos al marido había provocado incluso un gran cambio, no solo en su personalidad, sino también en su apariencia. No supo por qué, pero de inmediato asoció la llegada de Mikael con el comportamiento errático de Emil en los últimos días. Dejó la taza en su sitio y, con cuidado, la llenó de café. Se la ofreció al teniente con la mejor de las sonrisas.

—Gracias, señora Schmidt, pero acabo de desayunar —respondió mirando por el rabillo del ojo hacia el apartamento de Greta.

No le sorprendió verla junto a la ventana, miraba atentamente hacia el hostel. Mientras, se devoraba el último bollo de canela que él había dejado para ella. Le agradaba comprobar que había recuperado el apetito, sonrió al pensar que, de seguro, se debía a las calorías que habían gastado al hacer el amor la noche anterior, primero en el sillón de la sala y, luego, en la habitación, donde se habían amado hasta quedar exhaustos. Se llevó la mano a la cintura. Un dolor punzante empezaba a fastidiarlo.

—¿Qué puedo hacer por usted, teniente?

Stevic observó a su alrededor. Un par de huéspedes desayunaban sin prestarles atención. La moto de Emil Schmidt había desaparecido.

—En realidad, señora Schmidt, he venido para hablar con su nieto. —Vio que la mujer empalidecía de repente—. ¿Se siente bien?

Ella asintió; luego, lo invitó a que lo acompañara hasta la cocina para evitar que alguien los oyera. Una vez allí, sacó una cajita de metal redonda del bolsillo de su mandil y, tras llenar un vaso con agua del grifo, se tragó una píldora color azulado y bebió todo el líquido de un solo sorbo. Mikael se preguntó si tendría problemas cardíacos, ya que su tía Adele tomaba un medicamento similar.

—¿Qué ha hecho Emil ahora?

—No lo sé, por eso necesito hablar con él lo antes posible —respondió Stevic sin entrar demasiado en detalles.

Aún desconocía hasta donde estaba implicado el muchacho en el caso, pero si las sospechas de Greta resultaban acertadas, empezaría por preguntarle acerca de su paradero la tarde en la que había recibido la llamada anónima.

—Emil no está, salió temprano para ir a una entrevista de trabajo.

—¿No sabe cuándo volverá?

Inge Schmidt se encogió de hombros.

—Le dije que lo esperaba para almorzar, pero ya sabe cómo son los chicos de ahora, se mueven de un lado a otro sin consultar a nadie. Su madre lo envió conmigo porque cree que, en un lugar como este, se mantendrá lejos de los problemas, pero, si usted lo está buscando, veo que no es así. Dígame, por favor, ¿por qué le urge hablar con él?

Frente a ese angustiante pedido, no tuvo el valor para esconderle el motivo de la visita. De todos modos, terminaría por enterarse más temprano que tarde.

—Es posible que Emil haya presenciado algo relacionado con el homicidio de Robert Lipponen...

—¡Eso es imposible! —replicó la mujer, al tiempo que negaba con la cabeza—. ¡Mi Emil ni siquiera conoce a ese hombre, tampoco ha estado en casa de los Lundkvist!

—¿Cómo puede afirmarlo con tanta vehemencia? Usted misma acaba de decir que su nieto no la tiene al tanto de todos sus movimientos.

—Mire, teniente. Emil no es un santo —reconoció, un poco más calmada—. Sé que la manera en la que se viste y se comporta deja mucho que desear, pero de ahí a estar involucrado en un hecho tan espantoso, hay un abismo enorme.

—Señora Schmidt, comprendo que defienda a su nieto, pero tenemos razones para creer que él está detrás de la llamada anónima que recibimos en la comisaría que nos alertó de que había un cuerpo en la casa de verano de los Lundkvist. Yo mismo fui quien atendió el teléfono esa tarde. Solo quiero hablar con él para que me diga dónde estaba en ese momento. No hay nada en la investigación que lo señale como sospechoso, pero, si vio algo o a alguien, es mejor que lo diga cuanto antes. Si no

colabora con nosotros, puede ser acusado de obstrucción a la justicia o algo mucho peor.

Inge frunció el ceño.

—¿Acaso está tratando de decirme que la vida de mi nieto corre peligro?

—Si, en efecto, fue testigo de algún hecho relacionado con el homicidio, es probable que su vida esté en riesgo. ¿Entiende ahora por qué es necesario que hable con él lo antes posible?

La mujer no dijo nada, tan solo dejó caer pesadamente su delgado cuerpo en una silla y juntó las manos sobre la mesa. Respiró hondo al tiempo que bajaba la mirada. Stevic respetó el silencio; luego, cuando ella lo volvió a mirar, con los ojos humedecidos por el llanto, no pudo evitar sentir pena por ella. Se veía que a pesar de tanta rebeldía y quebraderos de cabeza, adoraba a su nieto.

—Le diré a Emil que vaya a verlo apenas regrese; si se niega, yo misma lo llevaré —afirmó.

—Perfecto, señora Schmidt. Preferiría que no le dijera el motivo por el cual queremos hablar con él para no asustarlo —le explicó—. Dígale que lo buscamos por un incidente que protagonizó con su motocicleta en el cual también estuvo involucrada Greta, no sospechará nada y será más fácil convencerlo de que se presente ante las autoridades.

—Así lo haré, teniente. Quédese tranquilo.

Con la certeza de que antes de que el día llegase a su fin, dilucidaría uno de los misterios de la investigación, Mikael dejó el hostel. La pelirroja ya no estaba junto a la ventana, la vio en la librería, ordenando el escaparate. Lo saludó con la mano, y él le devolvió el saludo con una sonrisa. El frío lo obligó a meterse con rapidez en el auto y abandonó la zona comercial en dirección a la comisaría.

* * *

Greta estaba segura de que no resultaría sencillo para Mikael conseguir hablar con Emil. Lo supo en el mismo instante en que miró hacia el hostel y descubrió que la motocicleta ya no estaba. El adolescente vivía esquivando a la policía y era probable que se hubiese marchado después de ver el Volvo del teniente estacionado debajo de su apartamento.

Tal vez, el joven Schmidt, se rehusara a responder a las preguntas del teniente, pero, si quien se acercaba a él era la prima de la chica con la que estaba saliendo a

escondidas, la situación cambiaba por completo. Sonrió cuando vio llegar a Lasse, como todos los miércoles, había pasado por la estación para recoger los pedidos que llegaban de Estocolmo. Le abrió la puerta y, de inmediato, notó que su ánimo seguía por el suelo.

—Voy a repasar la lista para verificar que están todos los libros que ordenamos — anunció y pasó por al lado de ella en dirección al depósito.

Greta lo asió del brazo.

—No hay prisa, puedes hacerlo después. —Lo instó a que dejara la caja en el piso y lo miró fijo a los ojos—. ¿Qué te sucede, primo? Hace un par de días que estás nervioso, pensaba hablar con Hanna, porque supongo que tu estado de ánimo tiene que ver con ella, pero estoy dispuesta a escucharte. Si necesitas desahogarte, aquí me tienes.

Él no supo qué hacer. Después de la discusión que había tenido con Hanna, se había encerrado en sí mismo, rumiaba su bronca por la decisión que ella había tomado sin siquiera consultarle. Necesitaba hablar con alguien porque sentía que iba a explotar de un momento a otro. Quizá Greta, al ser la mejor amiga de la fotógrafa, no era la opción más acertada, pero era un asunto demasiado delicado para tratarlo con sus padres o alguna de sus hermanas. Podía recurrir a los pocos amigos de confianza que tenía, pero dudaba seriamente de que pudieran ayudarlo a solucionar el problema. Sonrió. Su prima era todo eso en una sola persona; era familia y era amiga. ¿Quién mejor que ella para prestarle un oído? Aprovechó que no había llegado ningún cliente todavía y le contó lo que había sucedía entre la rubia y él. La pelirroja fingió sorpresa cuando le contó lo del embarazo, aunque él se dio cuenta enseguida de que ya estaba al tanto del hecho.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Hace unos días —confesó—. No era yo la que tenía que decírtelo, le aconsejé que hablara contigo, pero estaba tan asustada...

Lasse se inclinó sobre el mostrador y apoyó los codos en la superficie de madera. No estaba molesto con ella por esconderle lo del embarazo, después de todo, seguramente Hanna le había hecho prometer que no diría nada. Juraba, incluso, que si él no la hubiese encontrado en aquel estado calamitoso, no se lo habría contado hasta que se le empezase a notar el vientre.

—Yo quiero casarme, Greta, formar una familia con ella. A mí también me asusta un poco lo que vendrá, pero estoy seguro de lo que siento por ella y sé que seremos felices. Además, conociendo a su padre, jamás permitirá que su nieto nazca fuera del matrimonio —manifestó bastante seguro de lo que decía—. Creo que su resistencia a pasar por el altar tiene que ver más con desobedecer a Hylvid Windfel que al miedo

de renunciar a su libertad. ¿Tú qué piensas?

La muchacha también conocía las idas y venidas de la relación de Hanna con su padre. Cada acto de rebeldía que la rubia cometía, directa o indirectamente, iba dirigido hacia él. Si el señor Windfel le exigía que se casara para evitar que su primer nieto naciera fuera del sagrado sacramento del matrimonio, era muy posible que ella se negase a casarse solo para desobedecerlo.

—Puede ser, primo, aunque la idea de convertirse en madre la tiene aterrada de verdad. Según me dijo, no planeaban, todavía, dar un paso tan importante. —Vio que Lasse asentía con la cabeza—. El embarazo fue algo inesperado, creo que lo que menos necesita Hanna ahora es sentirse presionada para tomar una decisión tan importante. Dale tiempo, Lasse. Ella te quiere, y no dudo de que terminará aceptando tu propuesta de matrimonio. Creo que deberías ir a buscarla para arreglar las cosas con ella. ¡Además, ya no soporto ver esa cara larga que tienes! ¡Espantas a los clientes, primo! —bromeó mientras se acercaba para darle un abrazo.

—¿No me necesitas en la librería? —preguntó con entusiasmo.

Tenía más ganas de salir corriendo que de quedarse allí.

—No, ve tranquilo que yo me ocupo de todo. —Lo fue empujando hasta la salida—. ¡Dile a la testaruda de mi amiga que la quiero y que, si te hace sufrir de nuevo, se las tendrá que ver conmigo!

—¡Gracias, Greta! ¡Eres la mejor prima del mundo! —exclamó Lasse antes de estamparle un beso en la frente.

Iba a recordarle una vez más que era la única prima que tenía, pero él no le dio tiempo, ya que salió disparado hacia la calle, ansioso por reconciliarse con la mujer que amaba. No bien la joven giró sobre los talones para ocuparse de la remesa de libros que acababa de llegar, la puerta volvió a abrirse. Se sorprendió de ver a Imor, el empleado de la residencia de ancianos.

—Buenos días, Greta. ¿Cómo estás? —saludó mientras se quitaba los guantes de lana y se los metía en el bolsillo de su chaqueta de estilo militar.

—Estoy bien, ¿y tú? —No era habitual que fuese a la librería, ese hecho, sumado a la expresión tensa de su rostro, le hizo sospechar que algo andaba mal. De inmediato, pensó en la señora Wozniak—. ¿Le ha ocurrido algo a Harriet?

Él se rascó la cabeza. Luego, la miró con sus inquietantes ojos oscuros.

—En realidad, nadie sabe qué es lo que tiene, Greta. Ayer una de las enfermeras logró que bajara al salón para que compartiera un rato con los demás residentes. Parecía incluso animada, pero durante la tarde recibió una llamada de teléfono que la dejó muy inquieta. Pidió volver de inmediato a su habitación y anoche se negó a comer. Esta mañana, preguntó por ti, quería saber cuándo volverías a la residencia a

llevar los libros. Le dije que hasta el lunes no irías y se puso peor, por eso estoy aquí. ¿Sería posible que fueses a verla? Creo que tu visita le haría mucho bien.

La muchacha miró hacia el exterior. La llovizna que había estado cayendo durante toda la noche había dado paso a una ligera ventisca que, según los pronosticadores del clima, se haría más intensa con el correr de las horas. Finalmente, había decidido no suspender la reunión del Club de Lectura, aunque era probable que con la nueva tormenta que se avecinaba, la mayoría de las chicas ni siquiera se animase a salir de sus casas, por eso no sabía si podría ir de visita a la residencia. Fue la preocupación de Imor la que la terminó por convencer.

—Puedo pasar por la residencia un rato, Imor —sugirió Greta—. Iré temprano, a la hora de la siesta, porque después tengo la reunión del Club de Lectura.

—Dicen que va a nevar mucho durante los próximos días —comentó La Mole mientras miraba por encima del hombro cómo los copos de nieve se tornaban cada vez más gruesos, luego, se volvió de nuevo hacia la joven—. Le diré entonces a la señora Wozniak que la visitarás esta tarde. Se va a poner muy contenta, y puede que hasta consigamos convencerla de que almuerce en el comedor.

—Dile que, si se porta bien, además de un buen libro de misterio, le llevaré bizcochos de chocolate y nueces para degustar mientras tomamos el té.

La carcajada estridente que soltó el empleado del geriátrico reverberó en las paredes de la librería. Miró a la pelirroja directamente a los ojos. Intimidaba por su gran porte y las gruesas cejas oscuras que lo hacían ver siempre como si estuviera enojado; sin embargo, esos ojos color café derrochaban bondad y simpatía. Le dio las gracias por aceptar visitar a Harriet Wozniak y abandonó Némesis cuando entró el primer cliente de la mañana.

* * *

Stevic, Vanja Lassgård y Peter Bengtsson estaban reunidos en el centro de comandos desde temprano. El teniente ya los había puesto al tanto de las sospechas sobre Emil Schmidt. Les contó del incidente entre el muchacho y Greta, la misma tarde en la que habían recibido la llamada anónima, y de la posibilidad de que hubiese presenciado algo relacionado con el homicidio. Las horas trascurrían; Emil no se presentaba. A esa altura, el adolescente rebelde y lo que pudo haber visto eran lo único que tenían para avanzar. Después de que hubiesen descartado definitivamente a Thor Helin de la investigación, ante la falta de otra pista firme que los condujera a resolver el caso,

decidieron concentrarse en la desaparición de Thomaz Roth. El hecho, ocurrido en el invierno de 1980, parecía ser el punto de inicio de toda aquella siniestra trama que, en vez de esclarecerse, se complicaba más y más con cada nuevo indicio.

La detective había limpiado la pizarra y se había tomado la molestia de registrar los nombres de todos aquellos que aparecían en los expedientes de la investigación que había comandado Karl Lindberg. La lista no era extensa, pero había pasado demasiado tiempo y era probable que tuviesen que empezar de cero. Habían siete nombres escritos uno abajo del otro con sus respectivas fotos a un costado: todos eran niños. El primero, resaltado con un círculo, era el de la víctima, Thomaz Roth. Un nombre llamó de inmediato la atención del teniente y del agente Bengtsson.

—Conocemos a uno de los niños —anunció Mikael antes de que Vanja empezara a hablar—. Se trata de Ville Erikssen, ahora es el reverendo de la iglesia que está en la zona comercial, a una cuadra de Némesis. Su esposa Britta, que en realidad se llamaba Stina Reveneue, fue acusada de doble asesinato y condenada a treinta años de prisión.

Vanja recordaba haber leído sobre los crímenes de Annete Nyborg y Camilla Lindman en la prensa. Ahora que los traía a su memoria, se dio cuenta de que los periódicos mencionaban a una muchacha que había ayudado a resolver el caso. Era Greta.

—Estos seis niños estaban en el internado la noche en la que desapareció Thomaz —indicó. En la mano izquierda, sostenía una de las carpetas que habían rescatado del archivo. Iba leyendo la información que había recopilado la policía de cada uno de ellos a medida que los señalaba con el dedo—. Además de Ville Erikssen, tenemos a Bisse Nordin, Donald Barklund, Milo Ljumbark, Claes Friberg y, por último, Kasper Høgh.

—Kasper era el compañero de habitación de Thomaz y aseguró que el niño se fue por su propia voluntad —dijo Cerebritto, quien, inclinado sobre la silla, contemplaba con cierto embeleso a la detective.

Stevic se preguntó si la miraría de la misma forma si la agente Thulin estuviese presente.

—Así es, Peter. Según los expedientes del caso, nunca se barajó seriamente la hipótesis de que Thomaz hubiese abandonado el internado de *motu proprio*.

Stevic se rascó la cabeza. Por un segundo, se distrajo al ver a través de la ventana cómo caía la nieve.

—Era absurdo creer que el niño se hubiese aventurado a escapar del internado en medio de la noche —adujo Mikael y para reafirmar sus palabras agregó—: El informe meteorológico que realizó la policía señalaba que la noche del 9 de febrero había una

sensación térmica de cinco grados bajo cero. Hacía apenas unas horas que sus padres lo habían devuelto al internado tras pasar el fin de semana con ellos. Si planeaba fugarse, ¿por qué no lo hizo cuando estaba en su casa? Brandeby estaba a unas cuantas millas del pueblo, Thomaz habría muerto congelado antes de lograr llegar a algún lado.

—Tal vez, había alguien esperándolo —sugirió Vanja.

—Los peritos levantaron huellas de neumáticos en los alrededores, todas pertenecían al plantel del internado y a los vehículos policiales, aunque eso no descarta que haya sido alguien del lugar —puntualizó Stevic.

Los otros asintieron.

—Pasemos entonces al personal de Brandeby. Tenemos a Ulf Billengren, el director; Maria Nûjen, su asistente; Harriet Wozniak, la cocinera, y Gregor Spira, quien, además de ser el jardinero, se encargaba del mantenimiento del lugar.

Junto a sus nombres, también había colocado sus fotografías. La pizarra era un mapa minuciosamente elaborado con nombres, imágenes y fechas. Al principio, era difícil de comprender, pero a medida que Vanja explicaba quién era quién en aquel rompecabezas, todo empezaba a ser más sencillo.

—Si nos apegamos a la teoría de que el asesinato de Lipponen está vinculado con la desaparición de Thomaz Roth, podríamos ir descartando de momento a Harriet Wozniak —repuso el teniente—. La mujer debe de tener casi ochenta años ahora y vive en la residencia del pueblo. Greta la conoce y no tiene a nadie, por lo tanto, es la sospechosa menos viable.

Siguiendo en esa línea, Bengtsson sugirió:

—Sabemos que el asesino de Robert Lipponen es un hombre, ya que se requiere de mucha fuerza poder colgar a alguien de la manera en la que lo hizo, por lo tanto Maria Nûjen también quedaría afuera de la lista de sospechosos, al menos, claro está, que actuase con un cómplice, pero nada en la escena indica que hubiese una segunda persona involucrada.

—Eso nos deja con Ulf Billengren y Gregor Spira —señaló Stevic y se acercó a la pizarra. Observó atentamente la foto del jardinero de Brandeby. Era joven y de aspecto hosco, tendría apenas unos años más que los niños del internado—. Este sujeto fue uno de los primeros sospechosos de la desaparición de Thomaz, ya que al parecer tenía una relación muy estrecha con el niño. Sin embargo, no se pudo probar que estuviera involucrado en el hecho.

—Según las notas del inspector Lindberg, el director del internado no estaba en el pueblo el fin de semana en cuestión. Había viajado a Estocolmo con su esposa y regresó apenas supo lo de Thomaz —explicó Peter antes de volver a prestar atención a

la pantalla.

Mikael asintió.

—Lo que significa que podemos descartarlo como sospechoso de su desaparición, pero no del crimen de Lipponen, aunque no veo qué motivo podría tener para asesinar a uno de los niños del internado después de tantos años; por el momento, también dejémoslo de lado.

Tomó su fotografía, también las de Harriet Wozniak y Maria Nûjen y las colocó en el otro extremo de la pizarra. Vanja hizo lo mismo con las fotografías de los Roth. Aunque las estadísticas indicaban que muchas veces los propios padres estaban involucrados en la desaparición de sus hijos, nunca había habido nada que hiciera creer a la policía que Viktoria o Gerik Roth le hubiesen hecho daño a Thomaz. Además, el hecho de que el niño hubiese desaparecido del internado, los dejaba fuera de toda sospecha.

—Ahora es el turno de los niños, yo me inclino a pensar que, tal vez, alguno de ellos puede ser nuestro hombre. No sabemos qué pasó la noche del 9 de febrero de 1980 con Thomaz Roth. Su compañero de cuarto aseguraba que se escapó, pero fue el único que dio esa versión a la policía; los demás no vieron, ni escucharon nada. ¿Qué fue de la vida de Kasper Høgh después de abandonar Brandeby?

—No hay información de qué sucedió con los compañeros de Thomaz una vez que dejaron el internado. La investigación se abandonó oficialmente cinco meses después del hecho, no sé si el inspector Lindberg habrá seguido el caso por su cuenta, pero la última anotación está fechada en agosto del ochenta.

—Bien, entonces nos toca a nosotros averiguar qué sucedió con esos niños. Quiero saber dónde están y qué fue de ellos durante todos estos años. Empecemos con Kasper Høgh —indicó Stevic mientras regresaba a ocupar su puesto.

Vanja se quedó observando la fotografía de Thomaz Roth durante unos cuantos segundos, luego, giró sobre sus talones y dijo:

—Thomaz puede estar vivo en algún lado, creo que hasta que no sepamos qué ocurrió con él, debemos considerarlo como una persona de interés en la investigación.

Tanto el teniente como el agente Bengtsson estuvieron de acuerdo con ella.

CAPÍTULO 17

A pesar de la lluvia que estaba cayendo, cerca de las tres de la tarde, Greta se aventuró a subirse al Mini Cabrio y conducir hasta la residencia de ancianos donde Harriet Wozniak seguramente la estaría esperando para tomar juntas el té. Le llevaba un ejemplar de *El misterio del tren azul*, una de las primeras novelas escritas por Agatha Christie, que había sacado de su biblioteca personal, además de media docena de pastelillos de chocolate que, sabía, eran la perdición de la anciana. Había llamado por teléfono a Lasse para avisarle que, si no llegaba a tiempo, estuviese a las cuatro en Némesis para abrir. No pudo comunicarse con él, imaginó que estaría en plena reconciliación amorosa con Hanna y decidió no insistir.

Había dejado a *Miss Marple* en la jaula, con el cuenco lleno de semillas, una ración extra de frutas y la arandela de madera favorita de la lora para que se entretuviera durante su ausencia. Avanzó por Säbbenbogatan con mucho cuidado. Aunque había poco tránsito, ya que apenas se había cruzado con cuatro vehículos desde que había salido de la zona comercial, las calles estaban resbaladizas. Dos empleados del ayuntamiento, enfundados en monos color naranja fluorescente, quitaban la nieve con máquinas sopladoras.

Estacionó a unos cuantos metros de la residencia, en el primer hueco que encontró, detrás de una camioneta todo terreno. Se abrochó el cuello de la chaqueta hasta arriba y se caló la boina de modo que le cubriese casi toda la cabeza. Esa tarde había prescindido de la bufanda porque no creía que la temperatura fuese a descender tan rápidamente. Soltó un suspiro. ¡Qué bien le habrían venido las orejeras con diseño *animal print* que le había regalado su tío Pontus en su último cumpleaños!

Descendió del Mini Cabrio con pereza, el viento soplabla con tanta intensidad, que la dejó parada en seco junto a la puerta. Tomó la bandeja de pastelillos junto con la

novela de Agatha Christie y, como pudo, los cubrió con el bolso para evitar que se mojaran. Con la mano que le quedaba libre, activó la alarma del auto. Se había puesto unas botas de cuero con borde de piel, un número más grande que el suyo para poder usar dos pares de calcetines. Mikael siempre le decía que tenía los pies fríos, aunque, cuando ella los metía entre sus muslos, en busca de calor, dejaba de quejarse.

El estridente ruido de unas sirenas la obligó a girar. Una ambulancia pasó por su lado a tanta velocidad que tuvo que sujetarse la boina para que no se le volara. Avanzó más de prisa cuando se dio cuenta de que ingresaba a la residencia por uno de los laterales que daba al patio. Alcanzó a ver que una de las enfermeras corría hacia el vehículo antes de que el enorme portón de hierro de cerrase. Subió las escalinatas y encontró el vestíbulo vacío. Ni siquiera la recepcionista estaba en su puesto. Atravesó el pasillo en dirección al comedor. Allí, un grupo de ancianos, acompañados por algunos de los empleados, permanecían sentados en las butacas, en absoluto silencio, quizá conmocionados por el alarmante sonido de las sirenas. No vio a Harriet Wozniak por ninguna parte. Estaba a punto de preguntar por ella cuando alguien le tocó el hombro. Greta se sobresaltó, y su bolso, la novela de Agatha Christie y el paquete con los pastelillos de chocolate fueron a parar al suelo.

—Lo siento, pajarito, no quise asustarte.

La pelirroja se apresuró a recoger todas sus cosas. Dane Knutsen, uno de los residentes del lugar, la escudriñaba a través de unas gafas de montura gruesa y cristales con mucho aumento como si fuera la primera vez que la veía. El anciano, que debía rondar los noventa años, conocía su nombre y sabía quién era ella, pero siempre la llamaba con aquel apelativo cariñoso que, según había contado, usaba durante los años de juventud para enamorar al sexo opuesto.

—No se preocupe, señor Knutsen. —Le sonrió—. ¿Sabe qué es lo que ha pasado?

Miró por encima del hombro en busca de alguna señal de Imor, pero el cuidador tampoco aparecía.

—La pobrecilla de Harriet... Su corazón ya no resistió más.

La muchacha se llevó la mano al pecho.

—¿Harriet Wozniak?

—Sí, pajarito. Una de las enfermeras la encontró muerta en su cama cuando fue a llevarle su medicina. Harriet había bajado a almorzar con nosotros, estaba más animada que ayer. —Movi6 la cabeza en un gesto de resignaci6n—. Debe de ser la mejoría que viene antes del triste final... ¡Pobre pajarito, su familia ya ni siquiera se acordaba de ella! Me tranquiliza que, al menos, tuviese una visita antes de dejar este mundo.

—¿Vino alguien a verla?

El anciano asintió, se acercó a ella y antes de responder oteó a su alrededor para cerciorarse de que nadie lo pudiese escuchar.

—Yo sé que alguien vino a visitarla, aunque ellos no me quieran creer.

—¿Por qué no, señor Knutsen?

—Porque cuando le mencioné a la enfermera que, al pasar por su habitación esta tarde, la oí hablar con un hombre, me dijo que no podía ser, que la única visita que había recibido Harriet hoy era la del reverendo Erikssen, pero él se había retirado antes del almuerzo. Insistió en que podía tratarse de Imor, pero yo conozco su voz y no era él.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Sí, pajarito. Puedo estar viejo, encorvado por la maldita artritis y un poco ciego, pero oigo a la perfección y sé que alguien más visitó a Harriet en su habitación —aseguró.

Greta no tenía por qué dudar de la palabra del anciano. Sabía que la señora Wozniak no recibía visitas muy a menudo; la hermana estaba recluida en un convento y hacía años que no se veían. El hijo se acordaba de ella solo en ocasiones especiales. El único que iba verla era el reverendo Erikssen.

—¿Y cuándo fue que escuchó voces en la habitación de Harriet?

—Poco antes de que la encontrarán, a eso de las dos. Yo había subido para echarme a dormir un rato la siesta y al pasar frente a su puerta, los oí.

La joven divisó a Imor en el pasillo. Recostaba su enorme humanidad contra la pared y con la mano se cubría el rostro. La muerte de la señora Wozniak de seguro lo había afectado. Ella misma estaba impactada por la noticia. Dejó las cosas encima de una de las mesas y le pidió al señor Knutsen que repartiera los pastelillos entre los demás. El anciano no se movió de su sitio y, cuando ella pretendió alejarse para ir a hablar con Imor, la detuvo del brazo.

—¿Tú si me crees, verdad, pajarito? Ella asintió.

—Le creo, señor Knutsen. Quédese tranquilo que voy a descubrir quién estuvo con Harriet antes de morir.

Parecía que la promesa que acababa de hacerle, le había devuelto el alma al cuerpo. Dane Knutsen esbozó una sonrisa a modo de agradecimiento y se alejó con los pastelillos de chocolate hacia el salón. Greta se acercó a Imor. Estaba pálido y le brillaban los ojos.

—¿Te has enterado?

—Sí, uno de los ancianos me lo acaba de decir. —La muchacha tuvo que moverse para cederle el paso a una de las enfermeras que atravesó el pasillo como un vendaval. Probablemente venía de la habitación de la difunta—. ¿Qué pasó?

—El médico que la revisó dijo que posiblemente haya sido un infarto, aunque me niego a creerlo, Greta. A pesar de la apoplejía que la había confinado a estar en silla de ruedas, Harriet era una mujer sana. Le habían hecho un chequeo general hace dos meses y su corazón estaba mejor que el mío.

La pelirroja se preguntó si tanta tristeza acumulada a través de los años no había terminado por afectar la salud de la anciana. La guerra había dejado huellas profundas en su alma, y nunca había superado la pérdida de sus padres, ni el abandono de su hijo. Sin embargo, había algo que la inquietaba. No podía quitarse de la cabeza las palabras de Dane Knutsen.

—Imor, ¿ha venido alguien a ver Harriet hoy?

—El reverendo Erikssen estuvo un rato con ella, creo que él la convenció de que almorzara con los demás.

—¿Y después del almuerzo no la visitó nadie?

—Que yo sepa, no. La vi por última vez cerca de la una, cuando se retiró a su habitación. Dijo que se quedaría leyendo y que esperaba que la tormenta no impidiese que vinieses a verla. La noté más ansiosa de lo habitual y pidió que te hicieran subir apenas llegases. ¿Por qué la pregunta?

—Porque el señor Knutsen asegura que cuando pasó frente a la habitación de Harriet la oyó hablar con alguien.

—Sería el reverendo —repuso Imor.

—No, me acabas de decir que él estuvo por la mañana, y el señor Knutsen escuchó voces después del almuerzo, cuando se disponía a dormir la siesta. Era una voz masculina.

—Yo me ausenté una hora para ir al banco, cuando volví, pasé por su habitación, pero no escuché nada. No deberías hacer caso a lo que te diga el viejo, se la pasa desvariando.

—¿Y si preguntamos a los demás empleados? Si efectivamente Harriet recibió la visita de otro hombre aparte del reverendo Erikssen, alguien tuvo que haberlo visto. ¿Podrías hacerlo tú por mí?

El pedido de la muchacha quedó sin respuesta. La aparición de los paramédicos que cargaban en una camilla el cuerpo sin vida de la señora Wozniak los dejó mudos. No supo exactamente por qué, pero Greta tuvo la necesidad de verla antes de que se la llevaran. Los dos hombres, enfundados en batas de color azul, detuvieron el andar. Se acercó y respiró hondo. Con manos temblorosas, levantó la sábana que cubría a la anciana. Lo primero que notó fue que no llevaba el cabello como solía hacerlo, atado con un rodete en lo alto de la cabeza. Lo llevaba suelto, adornado en el lado izquierdo con una delicada horquilla en forma de mariposa. Tenía una expresión serena en el

rostro, como si estuviese durmiendo. Tuvo la sensación de que despertaría de un momento a otro, pero sabía que ya nunca más abriría los ojos.

Se inclinó y le depositó un beso en la frente, el frío de la muerte todavía no la había tocado. Derramó una lágrima, que secó de un manotazo antes de que alguien se diera cuenta. Se encontró, de repente, pensando en la tarde en la que le habían dicho que su abuela se había ido al cielo. Ella tenía cuatro años y no entendía de lo que le hablaban. Recordaba que, en el funeral, su padre la había alzado en brazos para que arrojara una flor encima del féretro. Después de ese día, vivió preguntando por su abuela, quería saber cuándo regresaría del viaje al cielo. Conforme pasaba el tiempo, supo que nunca más la volvería a ver.

Greta pidió ir a la habitación de Harriet para juntar sus pertenencias. Como los familiares directos todavía no se habían presentado y todos en la residencia sabían que la anciana le había tomado un cariño especial gracias a sus visitas de los lunes, se lo permitieron. Se detuvo unos segundos frente a la puerta antes de abrirla. Una vez dentro, recorrió la habitación con la mirada. La cama estaba intacta y, sobre la silla de ruedas donde Harriet descansaba, su manta favorita. Estaba todo como siempre, en perfecto orden, con las pantuflas sobre la alfombra y los frascos de perfume ordenados de menor a mayor al fondo del tocador. Nada indicaba que una mujer acababa de morir allí dentro.

Cuando rodeó la cama, vio el periódico tirado en el suelo. Supuso que se le había caído a Harriet al descompensarse. Cuando se agachó para levantarlo, alcanzó a ver por el rabillo del ojo un objeto que brillaba debajo de la cama. Echó a un lado el cobertor para poder ver mejor. Parecía un prendedor, aunque no entendía cómo había ido a parar hasta allí, si Harriet guardaba celosamente sus joyas en un cofre, dentro del armario. Se inclinó un poco más y estiró el brazo hasta alcanzar la pieza. Cuando la miró de cerca, descubrió que no era un prendedor, sino un broche para el pelo, como el que llevaba Harriet al momento de su muerte. Arrodillada sobre la alfombra, lo contempló con cierta fascinación.

El diseño era exquisito: Una mariposa, con las alas rojas y el cuerpo bañado en oro, se posaba en una pieza un poco más grande de color ocre que representaba una flor. No recordaba haberlo visto antes. La primera vez que Harriet la había invitado a subir a su habitación, le había mostrado con orgullo todas sus joyas y estaba segura de que ese broche no formaba parte de la colección. ¿De dónde había salido? Sin pensarlo dos veces se lo metió en el bolso.

Tomó el diario para colocarlo encima de la mesita de noche y, entonces, notó algo extraño en uno de los crucigramas que habían quedado a medio hacer. En una de las columnas horizontales, Harriet había escrito un nombre: Kasper Høgh. Recortó la

hoja y la doblo en dos. Al igual que el broche en forma de mariposa, terminó en el interior de su bolso. Busco a Imor, que le informó que nadie había visto al misterioso hombre que, según Dane Knutsen, había estado con Harriet poco antes de morir. Él le restó importancia a los dichos del viejo; Greta, sin embargo, abandonó la residencia con la fuerte convicción de que el señor Knutsen decía la verdad.

* * *

Las horas pasaban, lo que hacía más que evidente que Emil Schmidt no iba a presentarse de forma voluntaria en la comisaría para ponerse a las órdenes de la policía. Al principio, Stevic culpó a la tormenta de nieve por la falta de noticias, pero, luego de llamar a su abuela y de que la mujer le respondiera con evasivas sobre su paradero, comprendió que el muchacho se estaba escondiendo. No podían aventurarse a salir a buscarlo, ya estaba anocheciendo y la visibilidad se había reducido notablemente debido a la ventisca. Se decidió que, si seguía sin aparecer, a la mañana siguiente enviaría un par de patrullas para tratar de localizarlo.

Se reclinó en la silla y subió las piernas encima del escritorio. La tensión acumulada en los músculos provocó una mueca de dolor en su rostro cuando se movió. Después de estar encerrado toda la tarde en el centro de comandos junto a Vanja Lassgård y Peter Bengtsson, su despacho era el único lugar en toda la comisaría en el que podía despatarrarse a gusto. Tenía el estómago lleno de café y galletitas dulces del expendedor del pasillo. Se le hacía agua la boca cuando trataba de adivinar qué delicia prepararía Greta esa noche para cenar. Miró el reloj por enésima vez, faltaban cinco minutos para las ocho. La pelirroja se estaría preparando para cerrar la librería. Imaginó que en un día tan desapacible, la clientela habría sido escasa. Volvió a pensar también en la llamada que había recibido del banco. La noche anterior había preferido no preguntarle nada, pero no podía dejar pasar más tiempo sin saber por qué pensaba solicitar un préstamo. Levantó el tubo del teléfono y marcó el número. Se inquietó cuando la joven no respondió. Estaba a punto de claudicar, cuando escuchó un clic al otro lado de la línea.

—Greta, ¿te encuentras bien? Pensé que no ibas a atender —preguntó después de que ella balbuceara apenas un «hola». La oyó exhalar con fuerza y la inquietud se convirtió rápidamente en preocupación—. ¿Qué pasa? ¿Es tu padre?

—No, no es papá. Se trata de Harriet Wozniak... Ha muerto esta tarde.

—Lo siento mucho, pelirroja. —Ahora entendía su angustia. Sabía el aprecio que

le había tomado a la mujer desde que la visitaba todos los lunes para llevarle sus libros—. ¿Quién te avisó?

—Nadie, yo acababa de estacionar mi auto frente a la residencia cuando llegó la ambulancia —explicó—. No pudieron hacer nada por ella; cuando llegaron, Harriet ya estaba muerta.

—¿Qué hacías allí? —Sospechaba la razón de su presencia en la residencia de ancianos, pero quería oírla de sus propios labios. Después de haber leído en el cuaderno rojo que buscaría información sobre lo ocurrido en Brandeby en el invierno de 1980, una de las opciones más lógicas era recurrir a una de las personas que había estado allí durante la desaparición de Thomaz Roth—. ¿Otra vez anduviste metiendo las narices donde no debías? Ni siquiera una tormenta de nieve ha logrado detenerte.

No había reproche en esas palabras, ya se había resignado a que era prácticamente imposible evitar que la muchacha hiciera de las suyas cuando había un misterio que resolver; lo que le molestaba era esa constante manía que tenía de hacer las cosas a escondidas.

—Imor vino a verme esta mañana a la librería para pedirme que fuese a visitar a Harriet porque no se sentía bien. Me dijo que se había quedado muy angustiada después de recibir una llamada y menos de veinticuatro horas más tarde, está muerta. No puede ser casualidad...

—¿Qué estás tratando de decir? —interrumpió Mikael antes de que ella saliera con alguna de sus tantas teorías, que siempre resultaban interesantes de oír, pero difíciles de probar.

—Los paramédicos dijeron que pudo morir del corazón, sin embargo, Imor me dijo que hacía dos meses se había hecho un examen, y Harriet gozaba de una salud de hierro.

—Era una mujer mayor, Greta. ¿Cuántos años tenía? ¿Ochenta, noventa?

—Ochenta y pocos —respondió—. Y, aunque estaba en silla de ruedas, lucía mejor que otras mujeres de esa edad. Además, hay un hecho misterioso que rodea a su muerte.

El teniente se recostó en la silla y volvió a subir las piernas encima del escritorio. Ni siquiera se molestó en lanzarle ningún sermón porque cualquier intento de mantenerla apartada de la investigación sería absolutamente inútil. Aunque renegara de las constantes intromisiones de la pelirroja, la experiencia le decía que debía escucharla. Las enigmáticas palabras de la joven habían conseguido despertarle la curiosidad. Además, no podía pasar por alto que la señora Wozniak formaba parte del círculo de personas que estaba presente en el internado cuando Thomaz Roth desapareció sin dejar rastros.

—¿De qué hablas?

—Harriet recibió esta mañana la visita del reverendo Erikssen. No es un hecho inusual, ya que, de seguro, se acerca a la residencia a menudo...

—Había otro motivo para que Erikssen fuese a verla, Greta. Se conocían, él fue uno de los niños que estaba internado en Brandeby cuando Thomaz desapareció —le reveló.

La pelirroja permaneció en silencio durante unos segundos, clara señal de que lo que acababa de decirle la había dejado estupefacta.

—¿Ville Erikssen?

—Sí, su nombre aparece en los archivos del caso que investigaba tu padre. Nosotros estamos recolectando información de los niños que estaban esa noche en el internado.

—¿Creen que uno de ellos es el asesino?

—Es pronto todavía para llegar a esa conclusión, aunque si el móvil del crimen es vengar la desaparición de Thomaz, todo aquel que estaba relacionado con él en aquel entonces, inmediatamente, pasa a formar parte de nuestra lista de sospechosos.

—Sí, pero la verdad es que hasta el día de hoy no se sabe qué fue de él —repuso Greta.

Mikael asintió. No necesitaba tenerla frente a él para imaginar la expresión de su rostro en ese momento mientras exponía otra más de sus teorías: ceño fruncido y labios ligeramente curvados hacia arriba. Gestos que la hacían lucir adorable y que la salvaban en muchas ocasiones de recibir una reprimenda.

—Tienes razón, hasta que no descubramos qué sucedió con Thomaz, será difícil avanzar en la investigación. Pero volvamos a lo de Harriet Wozniak, ¿qué es eso tan misterioso que te dejó intrigada?

—Uno de los ancianos me dijo que, poco antes de que encontraran el cuerpo de Harriet, pasó delante de su habitación y la escuchó hablando con un hombre. En la residencia aseguran que no había nadie con ella, que la única visita que había recibido esa mañana era la del reverendo, quien se retiró antes del mediodía. Imor indagó entre las enfermeras y los demás empleados, pero nadie vio nada.

—Tal vez el anciano que te lo dijo se equivocó —manifestó Stevic sin darle demasiada importancia al hecho.

—No, yo creo que de verdad había un hombre con ella en su habitación y que Harriet no murió por una falla cardíaca. Encontré un broche con forma de mariposa en su habitación, estaba tirado debajo de la cama; el otro lo tenía puesto en el pelo. Nunca antes los había visto; es más, me atrevo a decir que no eran suyos y que el asesino los plantó en la escena del crimen por alguna razón.

El teniente se incorporó con rapidez en la silla.

—¿Has dicho con forma de mariposa?

—Sí, ¿por qué?

—Posiblemente sea una casualidad; sin embargo, en este trabajo no solemos creer en los hechos fortuitos. Thomaz Roth era aficionado a las mariposas, su colección también desapareció la noche en la que fue visto por última vez.

—¡Mikael, no hay nada de fortuito en este caso! Estoy completamente segura de que Harriet Wozniak murió a manos de la misma persona que asesinó a Robert Lipponen. ¡Utilizó los broches como un mensaje, igual que en la escena en casa de los Lundkvist! ¿Lipponen apareció envuelto en una bolsa y colgado de una viga, verdad?

—Así es —respondió Stevic, al tiempo que trataba de seguir su mismo razonamiento.

En ese momento, en medio de las suposiciones de Greta, olvidó regañarla por haberse metido en la habitación de la anciana para hurgar entre sus cosas.

—El asesino preparó el cuerpo de Lipponen para que se asemeje a una crisálida, que no es más que una mariposa en el proceso de metamorfosis antes de abandonar el capullo.

Más la escuchaba y más se convencía de que su hipótesis no estaba del todo errada.

—Pudo tener dos razones para cometer los crímenes...

—¡Espera! Hasta el momento solo tenemos una víctima, no podemos incluir a la señora Wozniak, al menos, no todavía.

La muchacha hizo caso omiso a su comentario.

—Pudo tener dos razones para cometer los crímenes —reiteró—. Vengarse por la desaparición de Thomaz Roth o evitar que se sepa qué fue lo que pasó con él hace tantos años, cualquiera sea el caso, su objetivo es eliminar a todos los que estuvieron involucrados con el episodio del internado.

Mikael no fue capaz de refutar su hipótesis porque, cada vez, estaba más convencido de que Thomaz Roth era el nexo que conectaba los dos casos. Aunque había muchos baches en la investigación todavía, tener el móvil del crimen era una gran ventaja.

—Vanja sugirió que no descartemos a Thomaz como sospechoso; después de todo, puede estar vivo en cualquier parte —comentó como quien no quiere la cosa.

Ante el repentino silencio, se dio cuenta de que, quizás, a Greta no le interesaba conocer que pensaba su posible media hermana acerca del crimen. La joven lo dejó con las ganas de saber su opinión acerca de la hipótesis de la detective, en cambio, insistió con la posibilidad de que Harriet Wozniak había sido víctima de un homicidio.

Él se rehusaba a pedir una orden para realizar una autopsia al cuerpo de la anciana basado en meras suposiciones. Sin un argumento sólido, no lograría convencer al juez Fjæstad de concedérsela. Pero, cuando Greta le contó que Harriet Wozniak, quien era aficionada a los crucigramas, había completado los casilleros con el nombre de uno de los niños del internado en el periódico, supo que había encontrado el modo de conseguir que el juez le otorgara la orden sin chistar.

CAPÍTULO 18

Sus ojos recorrieron con avidez las páginas del periódico local, buscaba entre los obituarios aquel nombre que le interesaba. Lo encontró enseguida. Una esquila discreta en pequeñas letras góticas anunciaba a los habitantes de Mora que la señora Wozniak los había abandonado para siempre. La leyó con calma, como si tuviese todo el tiempo del mundo.

«Que Dios reciba en su seno el alma de Harriet Wozniak, que nos dejó sorpresivamente ayer por la tarde. Sus amigos ruegan una oración en su memoria».

Respiró hondo. Aún le afectaba lo sucedido. La muerte de Harriet era un daño colateral. No había sido planeada, como las demás. Había tenido que actuar casi por impulso para evitar que la adorable anciana revelara el secreto que guardaba celosamente. No tenía nada en su contra, ni siquiera la odiaba. Tal vez por eso, mientras la contemplaba exhalando su último aliento, había experimentado algo muy parecido a la compasión. Y él no podía permitirse sentir piedad hacia las víctimas. La anciana nunca lo había tratado mal, incluso había sido amable con él.

Por eso tampoco había disfrutado con esa muerte. Tal vez, por esa razón, había elegido un método de ejecución menos doloroso. Por más que lo intentara, no podía olvidar la expresión de resignación que había visto reflejada en esa mirada mientras la veía morir. El ruido de un portazo lo trajo de regreso a la realidad. Apartó el periódico, se atusó el cabello y puso en su rostro una sonrisa amable cuando se dio cuenta de que ya no estaba solo. El lobo volvía a ponerse la piel de cordero.

* * *

Lo primero que hizo Stevic al llegar a la comisaría fue pedirle a Ingrid que lo comunicara con el juez Fjæstad. Aunque el argumento que pensaba esgrimir para convencerlo de que autorizara la autopsia al cadáver de Harriet Wozniak no era categórico, existían fuertes indicios para pensar que la anciana había sido víctima de un crimen. Después de la conversación telefónica que había mantenido con Greta la tarde anterior, las dudas sobre lo ocurrido lo habían empujado a ponerse en contacto con el médico que atendía a la difunta en la residencia. El doctor Säterhagen se había mostrado bastante sorprendido por la repentina muerte de la anciana y le había asegurado que su única dolencia era una severa artritis, consecuencia de llevar años postrada en una silla de ruedas. Cuando indagó sobre un posible problema coronario, el médico ratificó lo que ya le había dicho Greta: el corazón de la señora Wozniak estaba sano. ¿Cómo era posible, entonces, que el paramédico que la había declarado muerta, registrara en su acta de defunción que la anciana había fallecido por una crisis cardíaca? La respuesta a tal interrogante se la daría la autopsia.

No se dirigió directamente al centro de comandos, sino que se acercó al laboratorio. Le entregó a uno de los peritos una bolsa de evidencias que contenía el broche en forma de mariposa que la pelirroja había recogido de la habitación de Harriet Wozniak. La noche anterior la había regañado por su imprudencia, si, en efecto, la anciana había muerto asesinada, ella había alterado la escena del crimen con su proceder. El beso apasionado que le había dado contra la puerta de la cocina y la mirada de cachorrito abandonado habían bastado para que se le pasara el enojo. No dio demasiado detalles al perito sobre el broche, hasta que el juez no diera su autorización para la autopsia, la muerte de la anciana era un asunto que no les competía. Por supuesto, eso era dentro del ámbito oficial, porque mientras esperaban la orden de Fjæstad, tratarían el hecho como un posible homicidio. Cuando ingresó al centro de comandos, se sorprendió gratamente de ver a Nina ocupando su silla de siempre. La sargento le sonrió por encima de la taza de café y volvió a prestar atención a Bengtsson que leía algo en la pantalla. Vanja Lassgård lo recibió con una sonrisa.

—Tengo novedades —anunció, al tiempo que se quitaba la chaqueta de *jean* y se dejaba caer en uno de los extremos de la mesa—. Hubo otra muerte en el pueblo, y es posible que esté relacionada con la de Lipponen.

Todos se quedaron atónitos ante semejante revelación.

—¿De qué hablas? ¿Cómo que otra muerte? —preguntó la sargento Wallström mientras se cruzaba de brazos.

—Harriet Wozniak, era la cocinera del internado cuando Thomaz desapareció. Estaba ingresada en una residencia desde hacía varios años, murió ayer por la tarde en

circunstancias algo dudosas —explicó. Se rascó el mentón. Tenía que contarles también cómo se había enterado de la muerte de la anciana, por lo tanto, no podía obviar el nombre de la pelirroja aunque quisiera—. Lo supe por Greta. Fue a visitar a Harriet y se encontró con la noticia de que había muerto.

—Que Greta se haya entrometido en la investigación es un hecho que ya no me asombra, pero ¿por qué dices que su muerte fue dudosa?

—Por varias razones. —Les habló de la charla que había tenido con el médico de la anciana, de la misteriosa visita que había recibido poco antes de su muerte y también de lo que había encontrado Greta en la habitación: el broche en forma de mariposa y el crucigrama con el nombre de uno de los niños de Brandeby.

—¿Por qué Harriet Wozniak escribió el nombre de Kasper Høgh en el crucigrama? —Preguntó Vanja después de escucharlo—. Evidentemente, estaba tratando de decirnos algo. Es posible que Høgh haya sido el hombre que estuvo con ella ayer por la tarde. ¿Qué sabemos de él?

—Kasper Høgh no pudo estar en la residencia ayer por la tarde, detective —intervino el agente Bengtsson sin apartar la vista de la pantalla—. Acabo de ingresar su nombre en la base de datos nacional. Høgh lleva muerto desde el pasado mes de septiembre —agregó, luego, leyó en voz alta el resto del informe.

Stevic comprobó que tanto Vanja como Nina se habían quedado tan desconcertadas como él al enterarse de que Kasper Høgh, el niño que había asegurado que Thomaz Roth se había escapado del internado, se había suicidado: se había arrojado desde el techo de un edificio en la ciudad de Mockfjärd.

—Otra muerte relacionada con Brandeby... —manifestó el teniente sin poder salir del asombro.

—Høgh se suicidó, no hay razones para afirmar que haya sido víctima de un crimen. —Nina miró a Cerebritito—. ¿Qué dice el informe policial?

—El caso se caratuló como suicidio y se cerró rápidamente.

La sargento asintió.

—¿Qué hay de los otros niños? Uno de ellos puede ser nuestro hombre...

—O convertirse en la próxima víctima —secundó Stevic, que adivinó su pensamiento.

—Descartando a Høgh y a Lipponen, ambos muertos, nos quedan todavía cinco: Bisse Nordin, Donald Barklund, Milo Ljumbark, Claes Friberg y Ville Erikssen. —Manifestó Vanja Lassgård. No mencionó el nombre de Thomaz Roth a pesar de que ella misma había sugerido incluirlo entre las personas de interés en el caso.

—Ville Erikssen estuvo ayer por la mañana en la residencia de ancianos. Habló con Harriet Wozniak y, según los empleados del lugar, se retiró antes del mediodía —

contó Mikael y fue hacia la pizarra—. No podemos avanzar con las indagaciones hasta que no tengamos el resultado de la autopsia, y, para eso, necesitamos una orden. —Como si lo hubiera escuchado, la recepcionista se asomó por la puerta en ese momento para avisarle que tenía al juez Fjæstad en línea—. Gracias, Ingrid, contestaré desde aquí.

Tras exponerle los motivos que lo habían llevado a solicitar su permiso para realizar un examen post mórtem al cuerpo de la anciana, el juez accedió a firmar una orden. Cuando colgó, Nina lo escudriñó con sus ojos oscuros.

—¿Tan seguro estás de que la anciana fue víctima de un crimen?

Stevic asintió.

—Greta está convencida de que Harriet fue asesinada, y tú, mejor que nadie, sabes que la pelirroja casi nunca se equivoca.

La sargento no iba a cuestionar la intuición de la muchacha. Sus intervenciones en los casos que habían investigado desde que había llegado a Mora avalaban una extraordinaria capacidad para resolver enigmas. Karl podía despotricar cuanto quisiera por esa molesta manía de entrometerse donde no debía, pero la joven siempre conseguía salirse con la suya. De alguna manera que nadie llegaba a entender, terminaba siempre por enterarse de todos los pormenores. Sonrió para sus adentros. Greta parecía un personaje salido de alguna de las novelas de misterio que vendía en Némesis y que devoraba en sus ratos libres. Pensó en ella como en una versión actualizada de *Miss Marple*. La voz grave de Stevic la sacó de las cavilaciones.

—Mientras esperamos la orden del juez para investigar lo que sucedió con Wozniak, sigamos con lo que ya tenemos. El director del internado no estuvo presente durante la desaparición de Thomaz. ¿Tiene coartada para el crimen de Lipponen?

—Tampoco estaba en el pueblo, teniente. Llamé a su trabajo temprano, ya no pertenece al rubro educativo, sino que dirige una cadena de restaurantes. Hablé con él y dice que voló a Dinamarca el 7 de noviembre para asistir al cumpleaños de su hermana. Conseguí los informes de la compañía aérea, y, en efecto, se encontraba fuera del país. Volvió el lunes por la noche. ¿Sabe quién atendió el teléfono cuando lo llamé? —Stevic negó con la cabeza. No tenía tiempo para perder en adivinanzas—. Maria Nûjen. Siguen trabajando juntos después de todos estos años, y no solo eso, ahora es su esposa.

El dato aunque curioso no parecía revestir importancia. Mikael tachó el nombre de Billengren de la lista de sospechosos.

—Centrémonos en los niños que estuvieron en Brandeby la noche de la desaparición de Thomaz.

—Podemos descartar a uno más de ellos, teniente —dijo el agente Bengtsson—.

Según los registros de Inmigración, Donald Barklund se mudó a los Estados Unidos hace cuatro años. Desde entonces solo ha ingresado a Suecia en dos ocasiones, en diciembre de 2010 y en junio del año pasado.

—Bien, eso nos deja con cuatro posibles sospechosos. —Stevic se dirigió a la sargento—. Nina, tú encárgate de investigar al reverendo Erikssen. —Volvió a mirar la pizarra para leer los nombres de quienes habían sido compañeros de Thomaz Roth en el internado. Estudió esos rostros, le costaba imaginarse que alguno de ellos pudiese ser el asesino que buscaban. Le fastidiaba no saber qué había ocurrido la noche del 9 de febrero de 1980. Estaba convencido de que, el día que lo descubriesen, tendrían gran parte del misterio resuelto. Metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y se volvió hacia sus compañeros—. Peter, tú haz lo mismo con Bisse Nordin; Vanja a ti te toca Claes Friberg. Yo me quedaré con Milo Ljumbark.

Sin perder tiempo, se abocaron a cumplir cada cual con su tarea.

* * *

Desde que se sentó en el sector de lectura de la librería, Greta ya había mirado el reloj en más de cuatro ocasiones. Recostó la cabeza en el sillón Chesterfield y respiró hondo. Lasse le sonrió desde el mostrador. Aprovechaba el escaso movimiento en la librería para trabajar en el inventario. Había vuelto del estudio fotográfico un poco más tranquilo y, aunque no había querido entrar en detalles, logró que le contase que Hanna había hablado finalmente con sus padres. Si Hylvid Windfel ya sabía del embarazo, era muy posible que a esa altura Hanna se encontrase entre la espada y la pared, tratando de decidir qué hacer con su vida. Volvió a mirar el reloj. Algunas de las integrantes del Club de Lectura le habían avisado que, si la tormenta no pasaba, no irían a la reunión de esa tarde. Las demás llevaban diez minutos de retraso. Pensó, entonces, en llamar por teléfono a su amiga. Lo haría desde el apartamento para evitar que Lasse la oyera. Pero su plan se vino abajo, cuando escuchó la campanilla de la puerta, y Pernilla Apelgren, su sobrina Telma y Agnetta Bramsen entraron en Némesis.

—¿No ha venido nadie más? —preguntó Pernilla y barrió el lugar con la mirada.

Saludó a Lasse con un ligero movimiento de cabeza. Parada a su lado, Telma parecía ensimismada mientras ayudaba a su tía a quitarse el abrigo. Por otra parte, Agnetta no le quitaba los ojos de encima a su primo, quien, ante el escrutinio al que estaba siendo sometido, optó por encerrarse en el depósito.

—No, Pernilla —respondió la joven con una sonrisa—. No podemos culparlas, no ha dejado de nevar en toda la tarde. Cuatro de las chicas avisaron que no se animaban a conducir debido a la tormenta; las demás se habrán retrasado o llamarán en cualquier momento para decirme que desistieron de venir. Pero no importa, nosotras aprovecharemos para repasar lo que hemos leído hasta el momento. —Las escoltó hasta el sector de lectura y esperó a que se acomodaran en los respectivos lugares. Pernilla, como siempre, se sentó en la única butaca que le permitía estar atenta a todos los movimientos del recinto. Ella volvió a ocupar el sillón Chesterfield, ya con su ejemplar de *El ojo de Eva* en la mano—. De los personajes que ya conocemos, ¿cuál les ha gustado más?

—¡El inspector Sejer! —contestaron casi al unísono las tres.

Greta sonrió. También era su favorito. Konrad Sejer, un policía de mediana edad, viudo, que adoraba a su nieto adoptado en Somalia, que pasaba el tiempo con su perro *Kollberg* y que le gustaba lanzarse en paracaídas, era un personaje de esos que se quedan en la memoria de cualquier lector del género durante mucho tiempo. Cada vez que la autora describía esos ojos claros, Greta pensaba irremediabilmente en su padre. No solo se parecían en el aspecto físico, el inspector Karl Lindberg, al igual que Sejer, no se fiaba completamente de la intuición, sino que creía en el valor de las evidencias. Ambos eran duros con los sospechosos, insistentes, sinceros hasta la brutalidad, pero compasivos cuando intuían la debilidad humana. Sin dudas, si Karin Fossum hubiese conocido al inspector Lindberg antes de crear al maravilloso Konrad Sejer, se habría inspirado en él.

—Muy bien, veo que las ha conquistado. ¿Qué piensan de Eva Magnus? ¿No creen que es un personaje que va cobrando protagonismo a medida que vamos avanzando en la lectura? —preguntó la muchacha mientras se cruzaba de piernas.

Sus ojos se desviaron hacia la puerta cuando vio que alguien pasaba frente a la librería, pero siguió de largo.

—A mí no me simpatiza Eva —repuso la señora Bramsen—. Hay personajes secundarios más interesantes. Su padre o su exmarido, por ejemplo.

—Totalmente —concordó Telma—. Eva es una mujer llena de miedos e inseguridades. Es incapaz de actuar ante las adversidades, necesita del empujón y apoyo de alguien más para salir adelante, creo que eso le quita cierto atractivo al personaje.

Greta asintió. Si bien llevaban leyendo recién cinco capítulos, le asombraba gratamente que se involucraran con tanta intensidad con la trama. ¡Si hasta parecía que odiaban a la pobre de Eva Magnus!

—¿Les gusta el estilo de la autora?

Las tres asintieron.

—A mí también logra atraparme con sus historias. —No les comentó que ya era la tercera vez que leía *El ojo de Eva*—. Si quieren seguir disfrutando con sus obras, les recomiendo *Segundos negros*. Es una de las novelas de la saga que está protagonizada por el comisario Konrad Sejer y su asistente Jakob Skarre, supongo que es un muy buen motivo para leerla —agregó, ahora que sabía que el policía encargado de resolver los crímenes era la debilidad de las mujeres del club.

Continuaron analizando lo que faltaba del último capítulo que habían leído sin avanzar demasiado para no ponerse en ventaja con las demás integrantes que no habían podido asistir. Luego, degustaron del delicioso refrigerio que había preparado Greta y que consistía en chocolate caliente acompañado de unas deliciosas *rosenmunnar* con mermelada de frambuesa que su tía Ebba le había mandado a través de Lasse, esa mañana, especialmente para las chicas del Club de Lectura.

Después de que Telma comentase que esperaba que la tormenta no arruinase sus minivacaciones de ese fin de semana, momento que, aseguró que aprovecharía para ponerse al día con la lectura, la charla entre las cuatro mujeres rápidamente dejó de girar alrededor de los libros, ya que no había nadie en Mora que no estuviese conmocionado por lo ocurrido en casa de los Lundkvist. En realidad, los últimos días, dos temas ocupaban la atención de todos: el clima y el homicidio de Robert Lipponen.

—Yo lo conocí antes de que su familia se fuera del pueblo —comentó Pernilla después de beber un poco de su chocolate—. Los Lipponen vivían a pocas calles de los padres de Oscar. Robert era un niño algo retraído, siempre que lo veía estaba con un libro en la mano. Después de la desaparición de su compañero en el internado... —Miró a su amiga Agnetta—. ¿Cómo se llamaba?

—Thomaz Roth —respondió la esposa del pescadero.

—Sí, ese era su nombre. Se me había olvidado —dijo algo pensativa; inmediatamente retomó el hilo de la conversación—. Bueno, el asunto es que el comportamiento de Robert empeoró. Sus padres tuvieron que sacarlo de Brandeby porque el niño sufría terribles pesadillas. Unos meses después de la desaparición de Thomaz, se fueron del pueblo.

—Los Høgh también se mudaron enseguida —intervino Agnetta—. Ninguno de ellos volvió al pueblo; era como si estuvieran huyendo de algo.

La pelirroja las escuchaba con suma atención, sin interrumpirlas.

—Sí, luego está lo del incendio. Ocurrió un par de meses después de lo de Thomaz —continuó Pernilla—. Nadie sabe qué pasó con exactitud, aunque yo me atrevo a decir que fue provocado por alguno de los niños que quedó en el internado. Después de ese episodio, los padres fueron retirando a sus hijos hasta que Brandeby

quedó sin alumnado y se vio obligado a cerrar.

—¿Por qué cree que el incendio fue premeditado? —preguntó la muchacha.

La mujer le dio un mordisco a su segunda *rosenmunnar* antes de responderle.

—Porque alguien me lo contó. En confidencia, por supuesto —se apresuró a aclarar—. Fue Harriet Wozniak, la cocinera del internado. Ambas participábamos en el coro de la iglesia. Tenía una voz angelical y encantaba a todos con su acento extranjero. —Movi6 la cabeza, en un gesto de consternación—. Poco antes de salir de casa me enteré que falleció. ¡Pobrecita, yo pensaba ir a visitarla la semana que viene!

No fue sorpresa que Pernilla ya estuviese al tanto de la muerte de Harriet, aunque la joven se preguntó cómo era posible que ya lo supiese cuando hacía apenas un par de horas que la anciana había fallecido. Dudó seriamente de que fuese verdad lo de su visita, estaba segura de que lo decía solamente para quedar bien con las demás. La señora Apelgren, al igual que la familia de la difunta, se había olvidado de Harriet desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué más le dijo del incendio? —insistió en saber Greta.

—Veo que el asunto te interesa —replicó la mujer y la miró fijamente por encima de sus gafas.

—Cuéntanos, tía —terció Telma instándola a proseguir con su relato.

—No hay mucho que contar lamentablemente, querida. Harriet solo me dijo que la desaparición de Thomaz y el incendio estaban relacionados. Creo que ella sabía algo más, pero se lo guardó. Luego, cuando Brandeby cerró sus puertas, ya no volvió a hablar del asunto; es más, cuando alguien mencionaba el internado y lo que había ocurrido allí, se ponía muy nerviosa. —Respiró hondo—. Supongo que, si Harriet descubrió lo que pasó con ese niño, ya nunca lo sabremos.

La pelirroja asintió. Ahora más que nunca estaba convencida de que la anciana había sido víctima de un crimen.

—¿Qué pueden decirme de los Høgh? —preguntó, quería aprovechar lo que aquellas mujeres pudiesen recordar de esa época.

—¿Por qué quieres saber de ellos? —inquirió Pernilla.

La joven no podía contarles que, antes de morir, Harriet había escrito ese nombre. Mucho menos, que estaba convencida de que el mensaje iba dirigido a ella.

—Por simple curiosidad —respondió.

—Como dijo Agnetta, los Høgh también abandonaron el pueblo. Tenían un bebé recién nacido cuando decidieron mudarse a Mockfjärd. Su hijo mayor, que, si mal no recuerdo, se llama Kasper, estaba internado en Brandeby. —La mujer bebió más chocolate para humedecerse la boca antes de seguir—. El niño debió de ser uno de los más afectados por lo de Thomaz, era su compañero de habitación y aseguraba que no

había desaparecido, sino que se había escapado. ¡Por supuesto, nadie en el pueblo lo creyó! ¿Cómo iba a escaparse un niño de ocho años, en medio de la noche, con el frío que hacía en pleno mes de febrero? Tu padre investigó el caso, supongo que tampoco se tragó la versión de Kasper —comentó, a la espera de la reacción de Greta.

—No he querido hablar del caso con papá —respondió la pelirroja sin entrar en detalles—, aunque coincido completamente con usted, Pernilla. La versión que dio el niño Høgh es bastante inverosímil. Sin embargo, sostuvo su mentira frente a las autoridades del colegio, a los padres de Thomaz y a la policía. ¿Por qué? ¿Qué ocultaba en realidad?

—Ese niño debía de saber qué le sucedió a Thomaz esa noche —alegó la anciana, que empezaba a sacar sus propias conclusiones.

Tanto Agnetta como Telma las escuchaban desde hacía rato sin interrumpirlas. Greta asintió. Kasper Høgh podía ser la clave para develar ambos casos: la desaparición de Thomaz tres décadas atrás y el horrendo crimen que se había cometido en la propiedad de los Lundkvist hacía apenas unos días. Era con su nombre que la señora Wozniak había completado una columna del último crucigrama que había intentado resolver. ¿Y si era Kasper el hombre que la había ido a visitar esa tarde? Harriet podría haberles dejado la identidad de su asesino antes de convertirse en su segunda víctima. Miró a Pernilla. A pesar del paso de los años, parecía acordarse del hecho que había conmocionado al pueblo en el invierno de 1980. No podía dejar pasar la oportunidad de seguir preguntándole lo que sabía.

—Supongo que más allá de lo que manejaba la policía, todos tenían su propia teoría de lo que pasó con Thomaz, ¿no es verdad? —Le sonrió.

No era necesario forzar la conversación, tanto la señora Apelgren como la señora Bramsen estaban encantadas de soltar todo lo que sabían o creían saber sobre el hecho. Así, supo que era un secreto a voces que el director de Brandeby, un tal Ulf Billengren y su asistente, una joven de nombre Maria, tenían una relación que iba más allá de lo laboral. Pernilla se apresuró a aclararle que ella misma los había visto en el auto de Billengren haciéndose arrumacos en un callejón a pocas calles de su casa. La muchacha no creía que un tórrido romance entre el director del internado y su empleada estuviese relacionado con lo ocurrido, pero era un detalle más que anotar en el cuaderno rojo. También le mencionaron al jardinero, que resultó ser Gregor Spira, el mismo que se había encargado de los arreglos florales para la boda de su padre. Descubrió que, tanto para la policía como para los habitantes de Mora, Spira había sido el principal sospechoso de la desaparición de Thomaz.

—Era un muchachito muy extraño —explicó Agnetta—. No tenía amigos de su edad y estaba todo el día con los niños. Thomaz y él pasaban mucho tiempo juntos,

por eso todos pensábamos que le había hecho algo...

—Pero la policía nunca pudo probar nada —intervino la otra mujer, y, luego, miró a Greta directamente a los ojos—. Sin embargo, no significa que fuese inocente, ¿verdad, querida?

La joven se encogió de hombros. Si esperaba que soltara algo en contra de la investigación que había conducido Karl durante sus primeros años como agente de policía, estaba muy equivocada. Se sintió aliviada cuando al mirar su reloj vio que ya era la hora de dar por terminada la reunión. Las despidió con un abrazo y les recordó que leyeran dos capítulos más de *El ojo de Eva* para el próximo encuentro. No bien pusieron un pie fuera de la librería, tanto Pernilla como Agnetta empezaron a quejarse del clima. La nieve caía con más intensidad y las obligó a meterse rápidamente en el auto de Telma. Greta, haciendo un gran esfuerzo por no reírse con la escena, las observaba a través del escaparate.

Lasse se asomó por la puerta del depósito para preguntarle si necesitaba algo, ella le dijo que continuara con lo suyo y se acercó al mostrador. Aprovecharía que Némesis había quedado vacía para hacer sus propias indagaciones. Tras acomodarse en el taburete, abrió la página de Google y escribió el nombre de Kasper Høgh. El buscador arrojó una gran cantidad de resultados, al parecer era un nombre más habitual de lo que creía, así que ingresó también la ciudad a la que se había mudado para reducir las posibilidades. Después de agregar «Mockfjärd» a la búsqueda, fue más sencillo dar con el indicado.

Se sorprendió al descubrir que Kasper Høgh estaba muerto. Una nota que había salido publicada en la edición *online* del periódico local, decía que se había suicidado al arrojar desde lo alto de un edificio. Encontró una página web que su propia familia había creado no solo para honrar su memoria, sino también para buscar justicia. Había un comunicado de su hermano alegando que Kasper no se había suicidado, sino que había sido víctima de un crimen. Había un número de teléfono a pie de página. En ese momento, decidió que haría algo mejor que llamar a la familia de Kasper Høgh. Si la tormenta volvía a dar una tregua, se acercaría hasta Mockfjärd al día siguiente.

CAPÍTULO 19

Esa noche, en la comisaría, todos tenían ganas de marcharse, pero se habían reunido a última hora en el centro de comandos para intercambiar opiniones sobre lo que habían podido investigar a lo largo de la tarde. Vanja, quien había aparecido después de las seis, se había puesto enseguida con su tarea de indagar sobre Claes Friberg. No había noticias de Emil Schmidt todavía, lo que hacía suponer que el adolescente había decidido huir en vez de presentarse ante la policía. Stevic lo sentía por su abuela, pero a primera hora de la mañana, libraría una orden de búsqueda y captura en contra del muchacho.

Gracias a la intervención de juez Fjæstad, el cuerpo de Harriet Wozniak se encontraba en ese momento en la morgue. A pesar de la reticencia del doctor Grahn de realizar la autopsia tan tarde, aceptó empezar con el examen post mórtem para obtener resultados lo antes posible. El teniente, con el rostro marcado por el cansancio, se acercó a la pizarra. Luego, se volvió hacia los demás y miró a la sargento Wallström.

—Nina, empecemos por lo tuyo. Te tocó indagar al reverendo Erikssen y, como ya lo hemos investigado en una ocasión anterior, repasemos lo que sabemos de él.

La mujer se acomodó el cabello, que llevaba suelto y se cruzó de piernas.

—Ville Erikssen nació en el pueblo y pasó parte de su infancia en Brandeby. Tiene un doctorado en Teología y siempre ha impartido misa en la misma iglesia. Su esposa está purgando una condena por doble homicidio y, según las malas lenguas del pueblo, porque es un detalle que no podemos ignorar aunque quisiéramos —alegó—, ha empezado a frecuentar a Telma Apelgren. Tiene su propio espacio televisivo en el canal local y es conocido por su asistencia hacia los más necesitados. Visita hospitales, centros de acogida, cárceles y organiza diversos eventos para recaudar

dinero.

—Sabemos que estuvo en la residencia de ancianos el mismo día que murió Harriet Wozniak, si se confirma que murió asesinada, será el primero de la lista de sospechosos con el cual hablaremos —adujo Mikael y golpeó la mesa con uno de los extremos de su bolígrafo. A continuación, le pidió al agente Bengtsson que los informara sobre lo había conseguido averiguar.

El gesto de desazón que hizo Cerebritto en ese momento les indicó que lo que él tenía para decirles no los llevaría a ningún lado. A Bisse Nordin, quien seguía viviendo en el pueblo junto a su esposa, se le había diagnosticado cáncer hepático hacía más de un año, y tenía una coartada irrefutable para el crimen de Robert Lipponen: estaba ingresado en el hospital después de sufrir una recaída en su enfermedad. Tras comprobar que tampoco había nada en su pasado que lo relacionara con la víctima, además del hecho de que habían sido compañeros de estudio en Brandeby durante dos años, fue eliminado de la lista de sospechosos. Sin embargo, si se atenían a la línea investigativa de la venganza, no podían obviar el hecho de que Bisse Nordin podía convertirse en la próxima víctima del asesino. Luego, fue el turno de Vanja Lassgård. Estaba recostada en una de las sillas con papeles en la mano.

—Claes Friberg también se ha quedado en Mora. Está casado desde hace más de una década y tiene dos hijas. Es dueño de un bar en la calle Spanskvägen que se llama Kul & Drycker. Estuve allí un rato y, según lo que pude hablar con algunos de sus clientes, Friberg es un respetado padre de familia, muy querido en la comunidad. Averigüé que sigue en contacto con el jardinero del internado. Alguien me dijo que incluso lo visita a menudo en la casucha que tiene Spira en las afueras del pueblo. Parece estar limpio, aunque creo que es alguien que no podemos borrar de nuestra lista de sospechosos.

Todos coincidieron con ella. Stevic expuso lo poco que había conseguido averiguar sobre el último de los niños que quedaba, Milo Ljumbark.

—Ljumbark reside en el pueblo todavía, aunque estuvo viviendo unos años en Estocolmo durante su juventud. Enseña Literatura en la Mora Folkhögskola —informó en alusión a la Escuela Superior Popular de Mora—. Está divorciado y no tiene hijos. Fue fichado en una ocasión durante una protesta en la vía pública junto a un grupo de ecologistas en la capital, tenía diecinueve años y no hay registros de que haya sido arrestado de nuevo. Ahora debemos interrogarlo para conocer sus movimientos el día en el que Robert Lipponen desapareció. Haremos lo mismo con el reverendo Erikssen, Claes Friberg y traeremos, también, al tal Spira. —Se levantó de la silla y arrojó la carpeta encima de la mesa—. Pero eso será a partir de mañana, todos estamos agotados y necesitamos descansar.

En ese preciso momento, la puerta del centro de comandos se abrió y Frederic Grahn ingresó en el lugar a toda prisa, con una sonrisa de oreja a oreja que despertó rápidamente la curiosidad de los demás.

—¡Stevic, puedes darle un beso a la pelirroja de mi parte esta noche cuando la veas! —exclamó.

—¿Qué sucede? —preguntó Nina que había adivinado el motivo de tanta euforia.

—Greta tenía razón: Harriet Wozniak no murió de un infarto, aunque era normal que el médico que firmó el acta de defunción hubiese confundido la causa de muerte con una falla cardíaca. Encontré una marca de pinchazo en el cuello lo que me lleva a pensar que usaron alguna sustancia que le afectó el corazón. Les pedí a los del laboratorio que se apresuraran con las pruebas que pedí que hicieran a las vísceras de Lipponen, el lunes tendremos los resultados. Aunque es demasiado pronto todavía, me atrevo a afirmar que usaron la misma sustancia para inmovilizarlo.

El teniente y Nina intercambiaron miradas. Él le hizo un gesto de «te lo dije» y la sargento asintió al tiempo que dejaba asomar una sonrisa. Vanja ni siquiera se sorprendió. Le había bastado cruzar dos palabras con Greta para darse cuenta de que poseía un olfato que hasta el policía más avezado envidiaría.

—Tenemos, entonces, dos crímenes relacionados con el exinternado Brandeby —repuso Mikael y observó las fotografías de la pizarra.

Se acercó y apartó la de la anciana para colocarla junto a la de Robert Lipponen.

—Podrían ser tres —comentó Nina, lo que atrajo la atención de todos—. Hasta donde sabemos, Kasper Høgh murió en un aparente suicidio, aunque si nos ceñimos a la teoría de que el asesino está eliminando a los que han podido tener que ver con la desaparición de Thomaz Roth, no podemos descartar que haya sido víctima de un homicidio. Sugiero que investiguemos también su muerte para quitarnos la duda.

—La sargento Wallström tiene razón, pero, como dije, continuaremos mañana a primera hora. —Miró al forense—. ¿Cuándo crees que podrás tener los resultados del examen toxicológico de la anciana?

—¡Hasta el lunes, imposible, Stevic! —respondió Frederic Grahn a los gritos mientras abandonaba el centro de comandos para regresar a la morgue.

El teniente conocía de sobra los tiempos de la ciencia forense; aun así, le molestaba la espera. Cuanto antes supieran qué sustancia habían utilizado para acabar con la vida de Harriet Wozniak, más posibilidades tenían de hallar al asesino. Sobre todo, si también la había usado para reducir a Robert Lipponen. Fue hasta la ventana para otear el panorama. La intensidad de la ventisca había mermado, aunque se había acumulado una espesa capa de nieve en las aceras y en los techos de los edificios vecinos. Cuando miró hacia el estacionamiento, descubrió el capó del Volvo cubierto

también de nieve. Esperaba que al motor no se le antojase fallar precisamente esa noche, cuando tenía tantas ganas de llegar al apartamento de Greta. Ya no podía posponer más la charla sobre el préstamo que había solicitado al banco. Ella seguía sin mencionárselo, así que no tenía otra salida más que ser él quien hablase del asunto. Al girar sobre sus talones, vio que solo quedaba Cerebritito en el centro de comandos. Continuaba tecleando en el sistema informático tan fresco como cuando había llegado esa mañana. Lo exhortó a dejar el trabajo para el día siguiente y abandonaron juntos la comisaría. Peter sugirió pasar por el Vantage Point para tomarse unas cervezas y, aunque tenía prisa por ver a Greta, Mikael aceptó la invitación.

* * *

Greta se sorprendió cuando, al abrir la puerta, se encontró con Hanna. La rubia le dio un abrazo, se quitó el abrigo y dejó caer su cuerpo en el sofá de la sala.

—Estaba a punto de llamarte —comentó mientras se ataba el nudo de la bata.

—¿Interrumpo algo? —preguntó y oteó hacia la habitación.

—No, Mikael no ha llegado todavía y me parece raro. Tal vez, se le hizo tarde en la comisaría y prefirió irse a su apartamento. —Se sentó junto a ella, con las piernas levantadas—. ¿No te has cruzado con Lasse? Se ha ido de la librería hace apenas unos minutos...

—No, en realidad esperé a que él se fuera para venir a hablar contigo —confesó mientras se apartaba el flequillo de la cara—. Esta tarde apareció en el estudio para que nos reconciliáramos.

—Él me dijo que habías hablado con tus padres. ¿Cómo se lo tomaron?

La rubia resopló con fuerza; luego, movió la cabeza.

—Fue una situación bastante tensa. Sabes que la relación con papá nunca fue fácil, ¿no te imaginas lo que me costó contarle lo del embarazo!

La pelirroja asintió.

—Papá quiere que me case, aunque nunca haya aprobado mi relación con Lasse; prefiere tragarse su orgullo antes que permitir que me convierta en madre soltera.

—¿Qué piensa Monika?

—Ella es la que siempre media entre nosotros, se pone muchas veces de mi parte, pero, ahora, le ha dado la razón a él. Insiste en que tengo que casarme, y tu primo está encantado con la idea. Si fuera por él, la boda se realizaría mañana mismo.

—Él te adora, Hanna, no puedes dudar de que lo que siente por ti es verdadero...

—Yo no dudo de sus sentimientos, Greta, tampoco de los míos. Lo quiero, pero casarnos porque viene un hijo en camino no me parece lo más sensato. Mi padre no entiende mi postura y me dijo que no va a tolerar que desista del matrimonio. —Soltó un suspiro lastimero, luego, la miró con un gesto suplicante—. ¿Qué voy a hacer?

La muchacha no tenía una respuesta para esa inquietud, aunque sabía que, si hubiese estado en sus zapatos, habría actuado del mismo modo: se habría rebelado contra la imposición de un padre autoritario. Pero no era ella la que estaba embarazada y tenía miedo de convertirse en madre. Pensó en su primo. Él la adoraba y estaba más que dispuesto a abandonar la soltería para convertirla en su esposa. ¿Por qué le costaba tanto a Hanna comprenderlo?

—No tienes muchas opciones, Hanna. O aceptas casarte con Lasse o le dices que no y te enfrentas a la ira de tu padre.

Aunque le costase asumirlo, la rubia sabía que Greta tenía razón. Ya no se trataba solamente de ella y su eterna rebeldía hacia Hylvid. Se miró el vientre. Ahora, debía pensar en ese hijo que crecía dentro suyo, en brindarle lo mejor, porque, a pesar del miedo que le provocaba convertirse en madre sin estar realmente preparada para afrontar semejante realidad, deseaba con toda el alma que naciera para poder acunarlo entre sus brazos. Tenía curiosidad por saber a quién se parecería, si heredaría su color de cabello o el de Lasse.

—¿Qué piensas? —le preguntó Greta y la sacó de su ensimismamiento.

La fotógrafa se encogió de hombros y sonrió. La pelirroja notó el brillo en su mirada. Estaba emocionada. Le rozó la mano en un gesto de apoyo, la respuesta de la rubia fue apretársela con fuerza.

—No puedo imaginarme entrando a la iglesia del brazo de mi padre, aunque quiero hacer lo mejor para todos, ¡no concibo la idea de abandonar mi libertad, Greta! —Hizo una pausa para respirar hondo—. Tomé una decisión y lo único que espero es no ser lapidada por ello... No voy a casarme, al menos, por ahora. Si, más adelante, me pica el bicho de la curiosidad, me replantearé la posibilidad de pasar por el altar. ¿Crees que Lasse se molestará mucho?

La otra negó con la cabeza.

—Mi primo lo único que quiere es cuidarte, Hanna. Estoy segura de que no cuestionará la decisión que tomes, mientras elijas quedarte a su lado. Creo que pensó que el matrimonio era la mejor salida, lo que más convenía, lo que tu padre esperaba, pero él te ama y sé que está dispuesto a lo que sea para ser feliz a tu lado.

Las palabras de Greta lograron espantarle el miedo. Las lágrimas que pugnaban por salir dieron paso a una radiante sonrisa. Ya no dudaba de que había tomado la

decisión correcta.

—Ahora solo nos falta un lugar donde mudarnos; ya no contamos con el apartamento de la hermana de su amigo porque se lo rentó a otra persona —contó al tiempo que trataba de no perder el entusiasmo que acababa de recuperar.

—Surgirá alguna otra opción, ya verás.

Después de beber una taza de chocolate caliente y de conversar hasta por los codos con su mejor amiga, Hanna se marchó. No regresó al estudio ni fue a su apartamento. Resolvió pasar por la casa de Lasse para darle una sorpresa.

* * *

Esa noche, el Vantage Point estaba menos concurrido de lo habitual. Apenas unas pocas mesas ocupadas y cuatro clientes apostados en la barra. Mikael Stevic y Peter Bengtsson disfrutaban de unas cervezas en un rincón, al fondo del local. Una vieja canción de Los Ramones alegraba el ambiente. Estaban comentando los avances de la investigación, intercambiaban opiniones sobre quién tenía más chance de ser el asesino, cuando el teniente notó que Cerebritito se quedaba mirando fijamente hacia la puerta. Al volverse descubrió el motivo de su repentina distracción. Vanja Lassgård ingresaba en ese momento al pub. Todas las miradas masculinas se posaron en la rubia. Incluso Ola, el barman y dueño del lugar, le echó un vistazo mientras ella avanzaba con su habitual andar seguro hacia la barra.

—Deberíamos invitarla a que nos acompañe, ¿no cree, teniente? —sugirió Peter.

—Bengtsson, deja el teniente para la comisaría, aquí puedes llamarme Stevic o simplemente Mikael —pidió.

Luego, oteó con disimulo hacia donde estaba Vanja para ver si ella ya se había dado cuenta de la presencia de ambos en el lugar. Estaba inclinada con los codos apoyados en la barra y balanceaba una pierna hacia atrás. Llevaba unos vaqueros ajustados y, encima, una chaqueta de piel. Aún seguía sin poder creer que Greta y ella fuesen hermanas. Pero la genética no se podía discutir, y las dos, en sus diferentes estilos, eran mujeres hermosas. Incluso estaba seguro de que si no estuviese perdidamente enamorado de la pelirroja, no habría dudado un segundo en seducir a Vanja. Ser un donjuán también formaba parte de sus genes, pero la etapa de conquistador empedernido había quedado en el pasado. Miró a Peter, quien la contemplaba embelesado por encima del vaso de cerveza. Era evidente que al joven agente la detective Lassgård le gustaba. Tal vez, la ausencia de Miriam y la soledad se

habían complotado para que pusiera sus ojos en la supuesta hija del inspector Lindberg. No hubo necesidad de llamar la atención de la mujer. Ella los vio y se acercó con una botella de *aquavit* en la mano.

—¿Puedo? —preguntó y se paró junto a una silla vacía.

—Por supuesto —respondió Stevic con una sonrisa—. No sabía que conocías este lugar.

—Es la segunda vez que vengo. Me agrada el ambiente, y esta noche no tenía ganas de irme a dormir temprano. —Sus ojos claros se posaron en el agente Bengtsson. Notó de inmediato cómo el muchacho se sonrojaba. Le causó ternura esa reacción y, aunque calculó que tendría unos diez años menos que ella, reconoció que tenía cierto encanto. A ella le iban más los rubios. Miró de soslayo al teniente. Era atractivo y dueño de un magnetismo imposible de resistir; sin embargo, sabía cuándo un hombre estaba prohibido. Mikael entraba en la categoría de «mirar y no tocar»—. ¿Ustedes vienen siempre?

—Siempre que el tiempo libre nos lo permita —contestó Peter, que abrió por primera vez la boca desde que la detective se había unido a ellos.

Vanja le prestó atención de nuevo, lo que provocó que Cerebritito volviera a sonrojarse. Bebió de la botella de *aquavit* y se pasó la lengua por los labios húmedos. Mikael tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reírse de la cara que acababa de poner el muchacho ante aquel gesto osado de la detective. El teléfono móvil lo salvó de ponerse en evidencia. Se apartó un poco para poder responder con más comodidad, pero ni el agente Bengtsson, ni la detective Lassgård se dieron por enterados. Ellos continuaban hablando, se sonreían mutuamente, intercambiaban miradas cómplices y se olvidaron, incluso, de que no estaban solos.

—Hola, pelirroja —saludó el teniente en un tono seductor después de escuchar el *ringtone* de *Help*.

Ella no le respondió enseguida, y se preparó para recibir una reprimenda por no haberle avisado que no iría a su apartamento directamente desde la comisaría.

—Hola, Mikael —dijo por fin—. ¿Dónde estás?

—En el Vantage Point. Vine con el agente Bengtsson para beber una cerveza y distraerme un poco después de estar metido todo el día en la comisaría —explicó y obvió el hecho de que Vanja los acompañaba.

El olfato detectivesco de Greta se activó de inmediato. Lo supo cuando estuvo a punto de decir algo, y ella lo interrumpió para formularle la próxima pregunta:

—¿Están solos o Nina los ha acompañado?

Él sospechó que no era por la esposa de su padre por quién preguntaba realmente. Sopesó durante unos segundos si contarle que se habían encontrado con Vanja en el

pub. Tiempo suficiente para que la joven descubriera, por sí sola, que la rubia estaba con ellos. En ese preciso y fatídico instante, Cerebritito salió con alguno de sus comentarios graciosos y provocó la carcajada de la rubia. No pudo hacer nada para evitar que Greta la oyera.

—Veo que no están solos —soltó en un tono irónico.

—No, Vanja apareció un rato después de que nosotros llegáramos. Fue idea de Peter invitarla a nuestra mesa —se apresuró a aclararle—. Yo ya me estaba yendo...

Se hizo silencio al otro lado de la línea.

—Parece que se están divirtiendo mucho, sería una pena que tuviese que irse precisamente ahora, teniente.

Solo lo trataba de «teniente» en dos ocasiones: cuando intentaba seducirlo o cuando estaba muy enfadada.

—Greta...

—No te molestes en venir esta noche a mi apartamento: estoy cansada y me voy a meter temprano en la cama. ¡Que duermas bien! ¡Ah, y mándale mis saludos al agente Bengtsson!

Colgó sin siquiera darle la oportunidad de defenderse. Él, con un movimiento brusco, dejó el teléfono encima de la mesa. Vanja y Peter seguían en lo suyo. Ya no estaba de humor para soportar a nadie, así que pagó lo que había consumido y antes de marcharse para rumiar la bronca en la soledad de su apartamento, los invitó a una ronda de cerveza para que ellos sí pudieran disfrutar lo que quedaba de aquella noche. La detective se quedó observando la puerta hasta que Stevic desapareció. Lo había escuchado mencionar el nombre de Greta y también había sido testigo de cómo su ánimo había cambiado después de hablar con ella.

—Parece que han discutido —comentó entrando en tema con disimulo.

Le sonrió a Peter mientras se inclinaba hacia atrás para permitir que la camarera dejase sobre la mesa la bandeja con la segunda ronda de cerveza. El agente Bengtsson bebió un sorbo de Crocodile y le devolvió la sonrisa.

—¡Greta es un sol, pero cuando se enoja, mejor no estar cerca!

—¿Es celosa? —preguntó.

Tenía la impresión de que ella era la razón por la cual su media hermana había regañado al teniente. Bengtsson se encogió de hombros.

—No lo sé, aunque supongo que no debe ser fácil para ella estar al lado de un hombre como Stevic.

—¿Por qué lo dices?

—Porque, hasta hace muy poco, no había mujer que se resistiera a los galanteos del teniente. Durante mucho tiempo, en los pasillos de la comisaría, solo se hablaba

de sus conquistas amorosas. Incluso la agente Thulin estuvo interesada en él —contó.

Ahora que sabía que Miriam había perdido las esperanzas de tener algo con Stevic y que le aseguraba que la pasaba bien con él no le provocaba escozor hablar del asunto.

—¿La agente Thulin?

—Sí, ahora se encuentra en Estocolmo preparándose para presentar el examen para sargento... —Iba a decirle que llevaban juntos desde hacía algunos meses, pero, quién sabe por qué razón, no lo hizo. ¿Acaso esperaba terminar aquella noche con compañía femenina? Se bebió el resto de la cerveza y decidió guardar silencio con la esperanza quizá de que Vanja diese el primer paso. Podía ser imaginación suya; sin embargo, la actitud que había mostrado la rubia hacia él desde que se había acercado a la mesa para seducirlo abiertamente sin importarle la presencia del teniente, no dejaba lugar a la duda. Se armó de valor y lanzó su estrategia—: Stevic acaba de dejarme a pie y no está como para ir caminando hasta mi apartamento.

—¿Vives lejos?

—A unas diez calles de aquí, a la vuelta de la pista de Vasaloppet. ¿Sabes lo que es, verdad?

—Claro, es una carrera de esquí de fondo entre Sälen y Mora. Se realiza todos los años en conmemoración de la detención del rey Gustavo I, que intentó huir y fue perseguido por las tropas danesas. Lo alcanzaron en esquí en esa zona. Suceso que desencadenó la independencia de Suecia.

Esperó a ver la reacción de Peter ante su conocimiento de la historia local.

—¡Vaya, me has sorprendido! Sabes más de Vasaloppet que cualquiera de los habitantes del pueblo —elogió.

—La verdad es que anoche estaba aburrída y empecé a leer el folleto turístico que estaba en mi habitación —confesó mientras aguantaba la risa.

Él soltó una carcajada. Luego, de repente, ambos se quedaron callados. Esta vez fue Vanja la que echó a rodar su plan.

—Puedo alcanzarte hasta tu apartamento si quieres —propuso y lo miró directamente a los ojos.

El agente Bengtsson tardó lo que un suspiro en aceptar la oferta de la detective. Cuando abandonaron el Vantage Point, caía una ligera pero molesta lluvia con algunos copos de nieve. Corrieron hasta el Volkswagen Scirocco y se metieron con rapidez en el interior. Lo primero que hizo Vanja fue abrir el conducto de la calefacción. Luego, en vez de encender el motor, apoyó ambas manos en el volante y se quedó con la mirada fija en algún punto imaginario al otro lado del cristal. Una pareja cruzó la calle, escapaba de la llovizna a paso acelerado. Iban tomados de la

mano y tras refugiarse debajo del toldo de una tienda, empezaron a besarse. Cerebrito también los observaba.

—¿Qué estás pensando? —se atrevió a preguntarle cuando el silencio dentro del vehículo se hizo demasiado incómodo. Ella apartó la vista de la parejita que se hacía arrumacos y le clavó la mirada.

—En que esta noche no quiero aburrirme en mi habitación, tampoco quiero terminar leyendo lo que me falta del folleto turístico o pasar el tiempo viendo la televisión. —Sin previo aviso, colocó su mano en el muslo del agente Bengtsson—. ¿Tienes alguna propuesta más divertida para mí?

Él tragó saliva cuando ella intensificó la caricia y rozó, con la punta de los dedos, la zona de su entrepierna.

—Vanja...

—¿Qué pasa, Peter?

Ella pronunció su nombre con tanta sensualidad que fue incapaz de decir algo.

—¿Vamos a tu apartamento, a mi hotel o prefieres hacerlo aquí mismo?

No le sorprendió que fuese tan directa. Era dueña de una personalidad arrolladora y se imaginaba que, a la hora del sexo, era de las mujeres a las que le gustaba tomar la iniciativa.

—¿Dónde quieres hacerlo tú?

Dio un respingo cuando la mano de la detective se apoyó sobre su inminente erección. Ella se mordió el labio y ejerció un poco más de presión contra el miembro.

—Me encantaría trasgredir las reglas del decoro y hacerlo ahora, aquí mismo, con el riesgo de ser atrapados *in fraganti* —confesó al tiempo que sonreía con picardía—. Pero me temo que mi pobre espalda lo resentiría mañana. Ya no soy una jovencita...

—¿Cuántos años tienes?

—¡No se le pregunta jamás la edad a una mujer, Peter! —replicó con fingido estupor—. Cumplí treinta y siete en abril, ¿qué hay de ti? Porque me siento una asaltacunas al tratar de meterte en mi cama.

—Diez menos que tú, aunque cumplo veintiocho en enero —respondió como si la diferencia de edad entre ellos les importara.

—¿Hay alguien en tu vida, Bengtsson? Él asintió.

—¿La agente Thulin, verdad?

Volvió a asentir con la cabeza.

—Yo hace tiempo que estoy sola, por lo tanto, no tengo que dar explicaciones a nadie sobre lo que hago. Si lo que va a pasar entre nosotros te va a traer complicaciones con ella... podemos olvidarlo —dijo sin dejar de acariciarle la entrepierna.

—No hay nada que desee más que estar contigo esta noche, Vanja —aseguró con la voz estrangulada por la excitación. Ella asintió. Soltó el bulto de sus pantalones y metió la llave en el encendido.

Cuando el Volkswagen Scirocco se desvió por Vasagatan en dirección hacia el hotel First Bed, ambos supieron que ya no había posibilidad de echarse atrás.

CAPÍTULO 20

Greta hizo caso omiso al parloteo de *Miss Marple* y se llenó una taza de café. No había pegado un ojo en toda la noche y ahora apenas podía sostenerse en pie. Se mesó el cabello con fuerza, como si con aquel simple movimiento pudiese descargar toda la rabia que sentía. A pesar de que le había dejado bien en claro a Mikael que no quería verlo, se había quedado levantada en el salón hasta tarde mirando la puerta como una tonta a la espera de su llegada. Para colmo, había encontrado un mensaje del banco en la contestadora en donde le avisaban que la reunión para la solicitud del préstamo debía posponerse. ¡Y ese mismo viernes tenía que darle una respuesta al señor Olander!

Desayunó solamente con el café. El insomnio y las malas noticias le habían quitado el apetito. Fue hasta el salón y se asomó por la ventana. La lora la seguía de cerca para tratar de captar su atención. Ese día, por primera vez desde que se había desatado la tormenta, había amanecido sin nevisca, ni niebla. El cielo continuaba plomizo, pero era buena señal que el viento tampoco soplara con la intensidad de los últimos días. Vio que la moto de Emil no estaba.

Una patrulla atravesaba Millåkersgatan en ese momento; luego, se estacionó frente al hostel de la señora Schmidt. Del vehículo descendió Bengtsson acompañado por otro de los agentes de la comisaría. Se quedó esperando un rato junto a la ventana mientras terminaba de beber el café. Unos cuantos minutos después, ambos policías salieron del hostel con cara de alguien que no había conseguido lo que buscaba. Regresaron a la patrulla, pero no se marcharon, permanecieron montando guardia en el lugar, de seguro esperaban que Emil apareciera de un momento a otro. Greta saludó a Peter con la mano cuando él notó su presencia. Cuando giró sobre los talones, se tropezó con *Miss Marple* que le estaba mordiendo la parte de atrás de las pantuflas. Se

agachó para que se trepara a su mano y, luego, la subió encima del hombro. Fue con ella hasta la cocina, dejó la taza y buscó una almendra para la lora. Se la merecía después de que ella la había ignorado desde que había puesto un pie fuera de la cama.

Pensó en Emil mientras le rascaba la cabeza al ave. Si sabía que la policía lo estaba buscando, no iba a aparecer. No creía que tuviese que ver con el homicidio de Robert Lipponen, aunque, si, en efecto, era él quien había llamado de manera anónima a la comisaría para avisar que había un cuerpo en casa de los Lundkvist, tenía que dar algunas explicaciones. Planeaba viajar a Mockfjärd esa tarde para hablar con algún familiar de Kasper Høgh, pero primero tenía algo muy importante que hacer. Si alguien conocía el paradero del muchacho era su prima Julia. Con la excusa de que había llegado el libro que le había encargado, se acercaría hasta la casa de sus tíos para llevárselo y preguntarle sin rodeos por el joven con quien, sin dudas, se estaba viendo a escondidas para evitar los regaños de Pontus.

Con la lora todavía encima del hombro, fue hasta su habitación para darse un baño. Cuando estaba bajo el agua escuchó sonar su teléfono móvil. Ignoró la melodía de *Torn* y entonó el estribillo de *Mamma Mia* mientras se enjabonaba el cuerpo. No tenía ganas de hablar con Stevic. Después de devanarse los sesos durante casi toda la noche e imaginarlo en compañía de Vanja Lassgård, pensaba hacerlo sufrir. Estaba furiosa y era por su culpa. No se trataba solamente de celos, Mikael la había traicionado. ¿Cómo podía sentarse a tomar unos tragos con la mujer que había venido al pueblo a desbaratar su vida y la de su padre? Le iba a costar mucho perdonarlo. Esperó a que el *ringtone* de *Torn* dejase de sonar para abandonar la ducha. Terminó de arreglarse, le sacudió el plumaje a *Miss Marple* a modo de despedida y bajó a la librería justo a tiempo para atender al primer cliente de la mañana.

Lasse llegó unos minutos después y, con el rostro radiante de felicidad, se excusó por la tardanza. Greta aprovechó que se sentía culpable para pedirle que se encargara de todo mientras ella iba hasta su casa para llevarle el ejemplar de *La paciencia de la araña* a Julia. El muchacho le dijo que él podía alcanzárselo más tarde, pero, cuando ella se negó, se dio cuenta de que estaba tramando alguna cosa. El agente Bengtsson le sonrió desde la patrulla al verla salir de la librería. Ella le devolvió el saludo y se metió con rapidez en el Mini Cabrio antes de cometer la torpeza de acercarse para preguntarle sobre lo que había ocurrido la noche anterior en el Vantage Point.

Le llevó un cuarto de hora llegar al coqueto barrio en el cual vivían los Hansson. Vio la furgoneta que había comprado su tía Ebba para realizar la distribución de pasteles en el pueblo y en la zona. La habían conseguido en un concesionario de segunda mano y en uno de los costados, en letras rojas, su tío Pontus había pintado: «Pastelería Artesanal de Ebba». Un poco más abajo, una leyenda prometía: «Delicias

a buen precio». Esperó que pasara un auto para poder estacionarse detrás de la furgoneta. Cambió de planes cuando vio que Julia salía de la casa por la puerta de la cocina. Permaneció donde estaba, a unos cincuenta metros para evitar que la viera. Era difícil pasar desapercibida con el Mini Cabrio, pero, para su buena suerte, la muchacha salió caminando a toda prisa en la dirección opuesta. Vio que llevaba una maleta pequeña y, antes de que se perdiera por la esquina de Tingsnäsvägen, supo con exactitud hacia donde se dirigía. Encendió el motor y decidió seguirla.

Si Emil Schmidt buscaba ocultarse de la policía, la cabaña que tenían sus tíos a pocos metros del lago Siljan era el sitio perfecto, sobre todo porque estaba segura de que nadie en la familia sabía que se estaban viendo. Pensó en su tío Pontus y el disgusto que le causaría saber que su niña mimada se había enredado con un muchacho de reputación dudosa. Detuvo el auto a una distancia prudencial, detrás de una enorme camioneta negra, y esperó a que Julia ingresase en la propiedad para descender. No quería que la descubrieran, al menos, no hasta que se asegurara de que el nieto de la señora Schmidt no saliera huyendo apenas la viese. Tomó la bolsa de Némesis en donde llevaba la novela de Camilleri, se atusó el pelo y salió. Se acercó a la propiedad de madera y trató de sortear las ventanas para evitar ser vista. Aquel lugar le traía muy gratos recuerdos de cuando era niña y ambas familias se reunían en el verano para pasar tiempo juntos. Había sido en aquella cabaña en la cual habían transcurrido muchos de los momentos más felices de su infancia; el último cumpleaños junto a su madre, lo había festejado allí. También solía refugiarse en el ático cuando, en sus años de adolescencia, reñía con Karl.

Se dirigió hasta la parte trasera porque sabía exactamente dónde escondía su tío la llave de repuesto. Para amortiguar el repiqueteo del tacón de sus botas caminó en punta de pies a medida que se aproximaba. Se agachó junto a una banqueta pintada de blanco y abrió el compartimento que tenía en la parte inferior que estaba disimulado por un listón de madera. Sacó la llave y abrió la puerta que daba a la cocina. Estaba vacía. Le extrañó encontrar el lugar sumido en el más absoluto de los silencios. Siguió por el pasillo que conducía al salón y entonces los vio. Emil estaba recostado en el sofá, encima de él, su prima lo besaba con pasión. El pequeño televisor portátil estaba encendido, pero sin volumen. Lamentaba tener que interrumpirlos, pero no le quedaba otra opción. Se acercó lo más que pudo. Ellos ni siquiera notaron su presencia. Cuando carraspeó, saltaron asustados hacia arriba como si acabasen de ser impulsados por un resorte.

—Greta... ¿Qué haces aquí?

En el rostro acalorado de Julia ahora solo había confusión. Se apartó de Emil al descubrir en su mirada un atisbo de reproche. ¡No podía culparla por la inesperada

aparición de la pelirroja!

—¿Qué significa esto, Julia? —preguntó el muchacho al tiempo que se incorporaba y se acomodaba la camisa dentro del pantalón.

—No te enojas con ella —pidió Greta—. La seguí sin que se diera cuenta.

Él frunció el ceño. Todavía no entendía qué estaba haciendo la prima de su chica allí.

—¿Por qué la has seguido?

Greta dejó la bolsa con el libro encima del sofá, se desabrochó el abrigo y ocupó el sillón de un solo cuerpo que estaba junto a la chimenea. Todo lo hizo bajo la atenta mirada de los jóvenes.

—Sé que la policía te está buscando, Emil. Quieren hablar contigo sobre el homicidio de Robert Lipponen.

Acercó las manos al fuego para calentárselas y esperó la reacción. Él se puso de pie de repente. Dio unas cuantas vueltas alrededor del sofá y volvió a sentarse. La muchachita abandonó la mesita ratona y se acomodó junto a él.

—Greta, Emil no tiene nada que ver con la muerte de ese hombre —aseguró Julia, que abogaba por la inocencia del chico al que amaba y que veía a escondidas desde hacía algunas semanas.

—Lo sé, prima. La policía tampoco cree que estés involucrado en el crimen —explicó para tranquilizarlos—. Pero sospechan que fuiste tú quien los llamó para alertarlos de que había un cadáver en la propiedad de los Lundkvist.

Los jóvenes se quedaron callados.

—¿Por qué piensan que fui yo quien llamó?

—Me temo que el incidente que tuvimos esa misma tarde entre el Mini Cabrio y tu motocicleta fue lo que les hizo sospechar de ti.

—¿Tú estás metida en esto, no? —quiso saber Julia—. Fue a través de ti que llegaron a Emil...

Greta asintió.

—Ellos rastrearon la llamada hasta una cabina telefónica aledaña a las vías del ferrocarril. Cuando yo le comenté al teniente Stevic que te había visto a esa hora saliendo del sendero que conduce a los bosques de Rishagsvägen, quisieron hablar contigo. Mikael estuvo ayer por la mañana en el hostel de tu abuela. Deberías presentarte en la comisaría y contar lo que sabes, si no lo haces por ti, hazlo por ella. Debe de estar muy angustiada por todo lo que está pasando.

El muchacho negó con la cabeza.

—No metas a mi abuela en todo esto, lo que menos quiero es causarle problemas. —Hizo una pausa y apretó la mano de su novia—. Ella sabe que estoy aquí y que

Julia procura que no me falte nada —terminó por confesar.

—Hay una patrulla estacionada frente al hostel y no se moverá de allí hasta que aparezcas —informó la pelirroja para que estuviese al tanto de su situación—. ¿Cómo crees que se siente ella sabiendo que la policía te está buscando? Si no hiciste nada malo, no tienes de qué preocuparte...

—No puedo ir a la policía.

—¿Por qué no?

—Porque entró en esa casa para robar —intervino Julia sin importarle, en ese momento de tensión, las consecuencias de sus palabras.

Miró a Emil con desesperación en busca de comprensión. Empezaba a creer que Greta tenía razón; que, tarde o temprano, la policía lo encontraría y todo se iría a la mierda. Greta no esperaba esa revelación. Si bien Emil tenía reputación de ser un chico difícil, nunca hubiese imaginado que habría llegado a tanto. Pero, en ese momento, el robo pasaba a un segundo plano. Lo que a ella le interesaba saber era si había visto algo que condujese a la resolución el crimen.

—Emil, estoy segura de que cuando declares todo lo que sabes, la policía le prestará poca atención al hecho de que encontraste el cuerpo de Robert Lipponen porque te metiste a robar —aseveró para terminar de convencerlo, aunque lo veía tan asustado que dudaba de que pudiese conseguir su propósito—. Dime, ¿qué pasó en casa de los Lundkvist?

El joven dejó escapar un suspiro. Su novia lo instó a que hablara con la pelirroja primero; tal vez, al hacerlo, le resultaría luego más sencillo enfrentarse a la policía.

—Todo empezó por una apuesta que hice con un amigo. Él juraba que yo jamás me atrevería a trasgredir la ley, que era un cobarde que vivía bajo el amparo de mi abuela. Entonces, decidí demostrarle que no le tenía miedo a la policía. Me subí a mi motocicleta y, cuando pasé por el bosque, vi la casa de los Lundkvist.

La mayor lo observó mientras él, con los dedos, se peinaba el copete que tenía encima de la cabeza con nerviosismo. Fue Julia quien, una vez más, lo alentó a continuar con su relato.

—Sabía por mi abuela que el lugar estaba vacío, que el encargado de mantenerla en condiciones mientras los dueños vivían en Estocolmo era un inútil que apenas pasaba por allí. Era la oportunidad que buscaba. Escondí la motocicleta para que nadie la viese y forcé una de las ventanas para entrar. Recorrí la planta baja en busca de algo de valor para llevarme. Cuando me acerqué a la escalera, sentí un olor espantoso. Me recordó a esa vez que fui a visitar a mi otra abuela al campo y encontramos un becerro muerto. —Greta notó que le temblaban las manos—. Es un olor que se te mete en la nariz y tardas días en que desaparezca... Entonces, supe que

alguien había muerto en esa casa. Subí a la planta alta y llegué hasta la última habitación del pasillo. La puerta estaba abierta. —Los pies de Emil empezaron a golpear el suelo. Julia entonces le colocó la mano en la rodilla y se quedó quieto—. Habían colgado al pobre hombre del techo, estaba envuelto en una bolsa. En el cuerpo descompuesto, se retorcían los gusanos. Sentí que me desmayaba de la impresión. Como pude, bajé corriendo las escaleras. Me detuve en el salón para recuperar el aliento y llamé a Julia para decirle lo que acababa de encontrar; ella me aconsejó que fuese a la policía de inmediato, pero estaba tan asustado que no supe qué hacer. Ya no me importaba llevarme algo de la casa, ni la estúpida apuesta que había hecho con mi amigo; lo único que deseaba era salir de allí cuanto antes. Pero, en ese momento, algo llamó mi atención. Escuché ruidos que provenían del exterior. Me asomé a una de las ventanas que daban al bosque y, entonces, vi a alguien cavando un pozo. Pensé que se trataba del asesino, que estaba deshaciéndose de alguna prueba. Temí que descubriera que me había metido en la casa, que había visto el cuerpo... Hui despavorido por el mismo sitio por el que había entrado. Al hacerlo, tiré una de las macetas. Pensé que el asesino me había oído, así que corrí tan rápido hasta donde estaba la motocicleta que todavía, al día de hoy, me duelen las piernas. Salí disparado hacia las vías del ferrocarril para avisar a la policía; tal vez, llegasen a tiempo para atrapar al que lo había hecho. Me crucé contigo en el camino, pero no podía permitir que me vieras, por eso no me detuve. Lo siento, Greta.

—No te preocupes, fue solo el susto.

—¿Cómo supiste que era Emil si no le viste la cara? —intervino Julia.

—Anoté el número de la placa y, luego, vi la motocicleta estacionada fuera del hostel de la señora Schmidt —explicó.

La adolescente conocía de sobra el interés de Greta cada vez que había un misterio que resolver, también sabía de su poder de observación, por eso no se sorprendió de que hubiese sido ella precisamente quien alertase a la policía sobre Emil.

—Tu deber es presentarte en la comisaría y contarle al teniente Stevic todo lo que me acabas de decir —lo exhortó la pelirroja—. No alcanzaste a robar nada, por lo tanto ni siquiera van a detenerte y, si alguien se atreve, se las tendrá que ver conmigo —agregó, medio en serio y medio en broma.

—Mi prima tiene razón. Hay que terminar con todo esto de una vez, no puedes seguir escondiéndote. —Le dio un beso en la boca, luego, se apartó y, mientras le acomodaba el cuello de la camisa, dijo—: Iremos juntos, Emil, y no me importa si mis padres se enteran de lo nuestro; yo también quiero dejar de esconderme.

El muchacho asintió. No tenía posibilidad de elección. Sabía que su única salida era hablar con la policía. Por lo tanto, decidió seguir el consejo de Greta y dejó que

ambas lo acompañasen a la comisaría.

* * *

Mientras conducía, la sargento Wallström trataba de dilucidar qué era lo que había provocado que, esa mañana, su compañero llegase al trabajo con la cara larga. Unas ojeras oscuras indicaban que no había pasado una buena noche, por lo tanto, dedujo que el motivo de su preocupación tenía nombre y apellido.

—Vamos, suéltalo, ¿qué hizo Greta esta vez? —preguntó cuando se detuvo frente a un semáforo.

Mikael se cruzó de brazos en un gesto de fastidio. No había dicho ni una sola palabra desde que habían abandonado la comisaría para dirigirse a la Mora Folkhögskola a hablar con Milo Ljumbark.

—La pelirroja está furiosa conmigo y, aunque lo que pasó justifica que no me haya dejado dormir con ella anoche, creo que se enojó por la razón equivocada.

El semáforo se puso en verde, y Nina reanudó la marcha. La explicación que acababa de darle Stevic no había aclarado para nada el panorama. Seguía sin saber qué había ocurrido entre ambos. No fue hasta que le contó el resto de la historia que logró salir de la confusión.

—La aparición de Vanja supuso un trastorno no solo en la vida de Karl, sino también en la de Greta —opinó sobre aquel asunto que los tenía a todos en vilo—. Ella se niega a aceptar que esa muchacha pueda ser hija del inspector...

—Yo entiendo que se sienta consternada por el hecho de que le haya aparecido una hermana a estas alturas, pero no es mi culpa, Nina. Tampoco lo es que nos hayamos encontrado con Vanja anoche en el pub. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Ignorarla y fingir que no la había visto? Cerebritito fue el primero en notar su llegada y el de la idea de invitarla a que se nos uniera. ¡Pero si apenas habré intercambiado unas cuantas palabras con ella! Estaba muy ocupada seduciendo a Peter. Después de la llamada, me fui; ellos, en cambio, se quedaron, y solo un ciego no se daría cuenta de que pasaron la noche juntos.

La mujer asintió. Lo supo cuando había visto llegar al agente Bengtsson con la misma ropa del día anterior. Parecía que la tal Vanja era la clase de mujer que no se detenía cuando un hombre le gustaba, en ese momento, se le cruzó por la cabeza la posibilidad de que, tal vez, los celos de Greta no eran infundados. Miró de reojo a su compañero. Nadie ponía en duda que adoraba a la pelirroja, pero nadie tampoco podía

negar su pasado de conquistador nato. Ella había sido testigo de sus tantos amoríos desde que había llegado al pueblo, aunque tenía ojos solo para Greta, le costaba reconocer que no era capaz de poner las manos en el fuego por él. Tal vez, se las quemara, después de todo, Vanja Lassgård era una mujer hermosa, segura de sí misma y, como habían comprobado esa misma mañana, decidida a ir por lo que quería. Cuando giró hacia Tingsnäsvägen, detuvo el vehículo. Faltaban al menos un par de calles para llegar a la escuela, sin embargo, algo había llamado poderosamente su atención.

—Stevic, no te sulfures, pero... ¿ese no es el auto de Greta?

A pocos metros de la intersección con Strandgatan, detrás de un enorme utilitario negro, se asomaba la trompa del Mini Cabrio. El teniente estaba a punto de decir algo cuando la vio. No estaba sola. Iba acompañada de su prima Julia y de Emil Schmidt.

* * *

A la pelirroja casi le da un síncope cuando vio a Mikael ir hacia ellos con el paso diligente y una expresión de perro rabioso en el rostro. El teniente se plantó justo delante de ella e ignoró a los jóvenes que lo miraban con cierto recelo. Greta no se amilanó, a pesar de que él, en una clara actitud beligerante, tenía los brazos en jarra y las piernas bien separadas. La intimidó con la mirada; las aletas de la nariz se abrían y cerraban con fuerza mientras respiraba. Parecía un toro a punto de embestir a todo aquel que se le pusiera enfrente.

—¿Me puedes explicar qué significa esto? —cuestionó.

Estaba enfadado, desconcertado por haberla sorprendido con alguien que tenía pedido de captura. La paciencia, hacía rato que la había perdido. Era imposible conservarla cuando ella se empeñaba en hacer exactamente lo opuesto a lo que le decían. Greta se tomó su tiempo para responderle.

—Estábamos yendo a la comisaría —explicó con el mismo tono de voz combativo con el que el teniente se dirigió a ella. Luego, miró al novio de su prima y agregó—: Puede que Emil haya visto al asesino.

Los ojos del teniente se posaron entonces en el muchacho de aspecto salvaje, pero mirada asustadiza.

—¿Lo que dice Greta es verdad?

El joven Schmidt no dijo nada. Julia, quien se había aferrado a su brazo, le dio un empujoncito para que hablase.

—Vi a alguien en el bosque que estaba cavando un pozo. Solo puedo asegurarle que era un hombre, nunca llegué a verle la cara. Me fui antes de que se diera vuelta y me descubriese espiándolo.

Después de escuchar al muchacho, Stevic dejó de lado su enojo. Los escoltó a él y a su novia hasta el auto en donde lo esperaba Nina y regresó junto a Greta.

—No voy a preguntarte cómo lo has encontrado. Supongo que no es casualidad que estuviese con tu prima. —La apuntó con el dedo, gesto al que ella respondió frunciendo el ceño y cruzándose de brazos—. Pero tú y yo tenemos que hablar. Ahora debo ocuparme de tomarle declaración a Emil, pero esta misma tarde voy a pasar por tu apartamento. Espero verte allí y no toparme contigo en otro lado —advirtió.

La pelirroja soltó un resoplo. Cuando intentó marcharse, él la asió de la muñeca para impedirselo.

—Me prometiste que no te involucrarías, Greta —le recordó.

—Te prometí intentarlo, Mikael, pero, aunque hubiese querido, no podía mantenerme al margen. Sospechaba que mi prima se estaba viendo a escondidas con Emil, ustedes lo buscaban sin éxito...

—¡Tarde o temprano hubiésemos dado con él! —exclamó el teniente sin soltarla—. En un pueblo como Mora, es difícil permanecer escondido durante mucho tiempo.

—Como sea, Emil tenía miedo de hablar con ustedes. Entre Julia y yo logramos convencerlo de que les dijese lo que sabía.

—¿Así que ahora, además, tengo que agradecerte que haya un testigo en el caso, pelirroja?

El enojo y los reproches quedaron sepultados con rapidez debajo de una de sus tantas sonrisas encantadoras y que eran capaces de seducir incluso a una estatua. Greta tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer impávida ante su intento de acercamiento. Todavía estaba demasiado enfadada con él como para olvidarse de lo que había sucedido la noche anterior. Logró zafarse de su agarre y se alejó hacia el sitio en donde había dejado estacionado el Mini Cabrio. Escuchó que la seguía.

—¡Greta, espera, por favor!

Su súplica provocó que ella soltara la puerta.

—No podemos seguir así, me hace mal, pelirroja...

Ella se volvió y lo miró. Sintió unas ganas enormes de arrojarse a sus brazos, pero se contuvo. Era la primera pelea seria desde que estaban juntos y tampoco le agradaba toda aquella situación. Las pocas discusiones que habían tenido en esos meses, siempre terminaban en apasionadas reconciliaciones. ¿Volverían a perderse uno en los brazos del otro después de que aclarasen las cosas? Lo deseaba con todas las fuerzas de su corazón. Se subió al auto, bajó la ventanilla y esbozó una tibia sonrisa.

—Te espero esta tarde, Mikael.

Él asintió, luego, como lo había hecho en tantas otras ocasiones, se quedó observando el Mini Cabrio hasta verlo desaparecer.

CAPÍTULO 21

Después de la declaración del joven Schmidt, el teniente Stevic ordenó una inspección en los bosques aledaños a la propiedad de los Lundkvist. Él mismo comandó el operativo que contó, además, con la presencia del propio Emil, que fue llevado al lugar para que indicase el punto exacto donde había visto al sospechoso cavar en la tierra. Tal como le había asegurado Greta, la colaboración había evitado que se presentaran cargos en su contra por intento de robo y allanamiento de morada. Julia había ido hasta el hostel para avisarle a Inge Schmidt que su nieto estaba bien y que pronto regresaría junto a ella.

Una vez que marcaron en donde debían excavar, los dos hombres del laboratorio de criminalística se dispusieron a hacer su trabajo. La tierra estaba mojada, lo que dificultaba las primeras maniobras. A una prudente distancia, Mikael observaba la escena con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Junto a él, estaban la sargento Wallström y la detective Lassgård. Vanja hizo un comentario sobre la distancia que había del bosque a la casa. El insoportable frío que estaban padeciendo, parados allí, a la intemperie, se hizo evidente cuando el vapor que le salió de la boca se condensó en el aire. Un grupo de agentes peinaba los alrededores en busca de alguna pista. El sonido de un auto que se acercaba hizo que los tres policías volvieran las cabezas hacia el sendero de grava que conducía a la carretera.

—¿Qué está haciendo aquí? —El que preguntó fue Stevic. Nina negó con la cabeza.

—No lo sé, pero me va a escuchar. —Se apartó de los otros para salir al encuentro de su esposo.

—Ahórrate el sermón. —Fue lo primero que dijo el inspector Lindberg apenas la tuvo enfrente—. Ya tuve suficiente con el que me soltó Ingrid por haberme aparecido

en la comisaría.

—Asumo que fue ella entonces quien te puso al tanto de las novedades.

Karl asintió; luego, se acercó a los demás. Le sonrió a Vanja y miró al teniente.

—¿Alguna novedad?

—No, empezaron hace apenas unos minutos.

—¿Qué hay del chico? —preguntó y dirigió la atención a Emil Schmidt, quien había decidido seguir el consejo de la sargento y aguardaba en el interior de una de las patrullas.

—Lamentablemente, no pudo verle el rostro a la persona que estaba cavando y que, creemos, es nuestro asesino. Su relato no presenta incongruencias: fue él quien forzó una de las ventanas e ingresó a la casa. Comparamos la huella de la pisada que se halló en la galería y concuerda con la suya.

—¿No hay señal de otro ingreso forzado?

—No, Karl —respondió Nina—. Cuando Stevic y yo regresamos al día siguiente de hallar el cuerpo, revisamos la propiedad de arriba abajo. Helin aseguró que todas las puertas y ventanas estaban cerradas, lo que significa que el sospechoso tenía sus propias llaves.

El teniente asintió.

—Ya hemos descartado definitivamente a los Lundkvist, también a Thor Helin, que eran los únicos que podían tener la llave del lugar...

—De la casa —lo interrumpió Vanja—. Pero no sabemos quién conservaba las llaves del internado.

Cada nuevo indicio que surgía en la investigación aumentaba la posibilidad de que las muertes de Robert Lipponen y Harriet Wozniak hubieran sido cometidas porque ambos tenían relación con la desaparición de Thomaz Roth. En ese momento, uno de los peritos levantó la mano para indicarles que se acercasen. Los cuatro miraron hacia abajo. En un hueco poco profundo, del que brotaba agua enlodada, sobresalía un pedazo de tela color roja que Karl reconoció como la del pijama que usaba Thomaz la noche de su desaparición. Debajo, se asomó un hueso. Se hizo un silencio generalizado. A medida que el forense seguía escarbando, la pieza ósea fue tomando forma. Se trataba de parte de un esqueleto humano. Cuando dijeron que pertenecía a un niño entre ocho y diez años que llevaba muerto por lo menos tres décadas, el paradero de Thomaz Roth dejó de ser finalmente un misterio.

Una muestra de ADN confirmaría que el esqueleto pertenecía al niño desaparecido en el invierno de 1980, aunque nadie dudaba de que se trataba de él. Por supuesto, el más afectado por el macabro hallazgo fue el inspector Lindberg. Seguía sin creer que aquello estuviera sucediendo mientras observaba cómo los forenses

retiraban los huesos de la tumba poco profunda en la que alguien lo habían enterrado. Él había buscado a Thomaz por todas partes, seguido pistas que no conducían a ningún lado, barajado diferentes hipótesis sobre su desaparición, y el niño siempre había estado más cerca de lo que cualquiera pudiese imaginar. El hallazgo del cuerpo cerraba una herida que, a pesar del paso del tiempo, todavía seguía abierta; en sus padres, en sus amigos, en los policías involucrados en la investigación. Sin embargo, a partir de ese momento comenzaba una etapa completamente diferente: ya sabían dónde estaba el niño y el final que había tenido. Ahora, debían descubrir cómo y por qué había terminado en aquel bosque.

Los restos óseos fueron guardados con cuidado dentro de una bolsa para cadáveres. El inspector Lindberg ordenó que los del laboratorio, además de obtener una muestra de ADN, realizaran una comparación de las piezas dentales para poder identificar los restos lo antes posible. Pensó en los Roth. Hacía años que no los veía, aunque sabía que seguían viviendo en la misma casa. De vez en cuando solía pasar por su calle, con la intención de detenerse para preguntarles cómo estaban, pero nunca lo hacía. Ahora, tendría que presentarse ante ellos para comunicarle la peor de las noticias, porque, aunque ya nadie tenía esperanzas de que Thomaz apareciera con vida después de más de treinta años, el dolor sería tan intenso como el del primer día.

No se encontró nada más en la tumba y, de inmediato, surgió el primer interrogante: ¿dónde estaba la colección de mariposas que había desaparecido junto al niño? ¿Sería eso lo que desenterraba al asesino después de acabar con la vida de Robert Lipponen? Si la encontraban, encontrarían al culpable. Nina no logró convencer a Karl de que regresara a la casa cuando él insistió en quedarse en la comisaría a esperar los resultados de la prueba de ADN que le harían a los huesos. Vanja se ofreció a acompañarlo porque Stevic y la sargento tenían pendiente todavía la visita a la Mora Folkhögskola para hablar con Milo Ljumbark. Lentamente, la propiedad de los Lundkvist se fue quedando vacía. Un par de agentes fueron designados para montar guardia en el lugar. El inspector observó la escena a través del espejo retrovisor mientras se alejaba. Sabía que no sería sencillo borrar de su retina la imagen del agujero en la tierra y la de los huesos del pequeño Thomaz que se asomaban entre el lodo y la tela rota de su pijama.

* * *

Greta volvió a la librería, aunque su cabeza estaba a unas cuantas calles de allí, más

precisamente en la comisaría, donde se había llevado a cabo el interrogatorio a Emil Schmidt. Sospechaba que, apenas él les dijese lo que había visto en el lugar del crimen, irían a inspeccionarlo. Mientras atendía a un matrimonio fanático de las novelas de Håkan Nesser trataba de estar atenta a lo que sucedía en el hostel. Había visto llegar a su prima, quien todavía no se había ido, y, hacía apenas unos minutos, una patrulla policial había llevado de regreso a Emil Schmidt. Se preguntaba qué habría sucedido después de la declaración. Supuso que lo más lógico era volver a registrar la propiedad de los Lundkvist para descubrir por qué habían estado excavando en el bosque. Cuando se quedó a solas, decidió entrar una vez más en la página web homenaje que la familia de Kasper Høgh había creado en su memoria. Había querido ir ese día a visitarlos, pero las cosas se habían complicado, por lo que decidió llamar al número que figuraba en la sección de contacto. Se olvidó de la débil promesa que le había hecho a Mikael de no entrometerse en la investigación, oteó hacia la puerta para asegurarse de que no venía nadie y levantó el tubo del teléfono. Lasse acababa de salir para realizar una entrega a domicilio, así que tenía el campo libre para llamar sin ser interrumpida. No logró comunicarse enseguida. Tuvo que insistir en tres ocasiones más para que, por fin, alguien le respondiera. Escuchó una voz masculina al otro lado de la línea.

—Buenos días.

La muchacha se sentó en el taburete para estar más cómoda.

—Buenos días, mi nombre es Greta Lindberg y estoy llamando desde Mora. Me he topado por casualidad con la página web que su familia ha creado para homenajear a Kasper...

—¿Lindberg? Me resulta familiar su apellido. ¿Usted conoció a mi hermano?

La joven no supo qué decir, pero, cuando notó el cambio en el tono de voz al preguntarle sobre posible relación con Kasper, decidió cambiar de estrategia. Trató de pensar con rapidez una respuesta.

—¿Es usted el hermano de Kasper?

—Así es, mi nombre es Christoff Høgh.

—Encantada, señor Høgh. Yo no tuve el placer de conocer a su hermano, pero mi esposo estuvo con él en Brandeby y, apenas hace un par de días, se enteró de su muerte. —Se sorprendió de la capacidad que tenía para mentir con tanta facilidad—. No podía creerlo, lo recordaba con mucho cariño, a pesar de que habían perdido el contacto cuando se mudaron a Mockfjärd.

—A todos nos impactó lo ocurrido, en especial a mi madre, quien todavía no se recupera de haber perdido a su hijo mayor.

La pelirroja observó alguna de las fotografías que aparecían en la página web en

donde se veía a Kasper en distintas etapas de la vida, casi siempre acompañado por su madre y otro niño más pequeño que, supuso, sería el mismo Christoff.

—Imagino lo doloroso que debe ser perder a un hijo en tan terribles circunstancias, señor Høgh.

—Lámeme Christoff, Greta —pidió—, por el matiz de su voz supongo que es usted una mujer joven.

—Tengo apenas unos pocos años menos que mi esposo —mintió.

—Aún no me ha dicho cómo se llama.

Otro embrollo del cual le resultaría más complicado salir. No sabía los nombres de todos los niños que habían estado internados en Brandeby con su hermano. Pensó en los que sí conocía, pero uno estaba muerto y el otro era el reverendo Erikssen. No podía usarlo a él porque, de seguro, después del arresto de su esposa el año anterior, su nombre habría salido muchas veces en la prensa. Así que, para mantener a flote su mentira, decidió echar mano al primero que se le vino a la mente.

—Mi esposo se llama Leo Nilssen —respondió por fin.

Se le ocurrió el nombre de su excompañero de escuela y uno de los mejores mecánicos del pueblo cuando vio el Mini Cabrio estacionado frente a la puerta de Némesis. Durante una temporada, cuando ambos eran adolescentes, Leo estaba loco por ella, incluso se habían dado algunos besos, por lo tanto sabía que no le molestaría «convertirse» en su esposo, aunque fuera por un rato.

—No recuerdo a ningún Leo —replicó Høgh con cierta desconfianza.

—Estuvo poco tiempo en Brandeby, dejó el internado antes de que sucediera lo de Thomaz Roth —aseveró tratando de sonar convincente.

No podía echar por tierra la posibilidad de averiguar más sobre su hermano.

—La desaparición de Thomaz marcó profundamente a Kasper; nunca volvió a ser el mismo después de esa noche. Ya no jugaba conmigo, tampoco quería que estuviera con él.

—¿Cree que sabía lo que ocurrió con ese niño?

—Nunca me lo dijo, aunque después, con el paso de los años, comprendí que algo terrible había sucedido con él, algo que Kasper no conseguía olvidar. Estaba atormentado; aun así, sé que no saltó de ese edificio por voluntad propia.

La conversación estaba yendo por el camino esperado; sin embargo, Greta no quería pecar de ansiosa y echar a perder el plan.

—En la página de homenaje, ustedes claman por justicia, alegan que la muerte de su hermano no fue un suicidio, ¿qué cree que fue lo que pasó realmente con él?

—No lo sé, pero Kasper se había refugiado en la fe. Unos meses antes de que muriera había empezado a frecuentar la iglesia, todos lo notábamos más tranquilo,

incluso tenía planes de mudarse a una ciudad más grande para cumplir con el sueño de abrir una tienda de artículos deportivos. Le gustaba mucho esquiar, y era muy bueno. Estaba entusiasmado, lleno de proyectos nuevos, por eso mi familia y yo nos negamos a aceptar en la teoría del suicidio.

—¿Qué dijo la policía al respecto?

—Ellos cerraron el caso con rapidez; nunca tuvieron dudas de que mi hermano había saltado del edificio. A pesar de que yo insistía en que siguieran investigando su muerte, no me hicieron caso. Ni siquiera me tomaron en cuenta cuando les dije lo del tatuaje...

—¿Qué tatuaje?

—En la morgue, descubrimos que Kasper tenía una mariposa tatuada en el tobillo. Era reciente, todavía se veía la piel enrojecida. Es imposible que mi hermano se hubiese hecho un tatuaje porque le tenía pavor a las agujas.

«¡Bingo!», pensó Greta después de escuchar lo que acababa de decirle. Ya no tenía dudas de que Kasper había sido víctima del mismo asesino. ¿Habría sido el primero en morir o la lista era más extensa? ¿Por qué Harriet le había dejado un mensaje con su nombre? ¿Qué quería decirle? Tal vez, la anciana había descubierto que Kasper Høgh también había sido asesinado. Era probable incluso que la persona que la había matado, se lo hubiese confesado poco antes de acabar con ella.

—Christoff, no sé si lo sabe, pero aquí en Mora han ocurrido dos crímenes que están relacionados con la desaparición de Thomaz Roth. El cuerpo de Robert Lipponen, uno de los compañeros de su hermano, apareció colgado precisamente en el lugar donde hace más de treinta años funcionaba el internado. Hace un par de días, murió Harriet Wozniak, que trabajó allí como cocinera. Se sospecha que también fue asesinada.

—Greta, ¿me está diciendo que la muerte de mi hermano tiene que ver con lo que ocurrió en Brandeby cuando era niño?

—Después de hablar con usted, estoy completamente convencida —aseguró.

Høgh guardó silencio durante unos cuantos segundos.

Por un instante, la pelirroja creyó que le había colgado.

—Christoff, ¿sigue ahí?

—Sí... Lo que usted me ha dicho me ha dejado consternado. Siempre pensé que mi hermano había sido víctima de un crimen, pero, cuando lo decía en voz alta, todos me miraban como si estuviese loco.

—La policía local incluso ha reabierto el caso por la desaparición de Thomaz Roth porque es posible que las muertes sean parte de una venganza por lo que pasó con él. Debería hablar con ellos y ponerlos al tanto de sus sospechas. —No podía

revelarle lo de la mariposa, era un dato que ni siquiera se había filtrado en los medios de prensa. Además, Mikael la mataría si lo hacía—. Tal vez, consiga por fin que la muerte de su hermano se investigue como un homicidio.

—No lo sé, mi relación con la policía no ha sido cordial durante los últimos meses —contestó en tono vacilante.

—Piénselo —lo conminó antes de despedirse de él porque había entrado un cliente en la librería.

Mientras buscaba un ejemplar de la última novela de Stuart Neville, un prometedor autor irlandés de *thrillers*, decidió que ella no iba a quedarse callada: Mikael tenía que saber que otro de los niños del internado había muerto a manos del mismo asesino.

* * *

Stevic y Wallström llegaron a la Mora Folkhögskola a media mañana, cuando el extenso pasillo que dividía el edificio principal en dos áreas empezaba a atiborrarse de jóvenes que salían al recreo. La única institución de enseñanza terciaria de Mora y con más de un siglo de existencia, estaba situada en las inmediaciones del Lago Siljan, rodeada de bosques y un paisaje de colinas que proveía al alumnado de diversas actividades al aire libre durante buena parte del año lectivo. El campus era amplio y albergaba cuarenta y cinco estudiantes.

La mujer que los recibió y que se anunció como la asistente del director de la escuela, era una morena, con el cabello bien corto y rizos alborotados que le caían sobre la frente y se movían de una manera graciosa cuando caminaba. Usaba un ajustado vestido de lanilla y botas de caña alta que le estilizaban la figura y le confería varios centímetros de altura. Los ojos curiosos del teniente se posaban de vez en cuando en la curva prominente de esas caderas mientras avanzaban hacia el único salón vacío que tenían esa mañana para que pudiesen hablar sin interrupciones con el profesor Ljumbark. Nina le propinó un codazo en el costado cuando lo atrapó mirando el culo de la mujer. Él contuvo la risa. No era una escena nueva para ninguno de los dos, y tenía que reconocer que extrañaba los regaños de su compañera.

Cuando ingresaron al aula de Química, había un fuerte olor a amoníaco. Él se rascó la nariz y tomó la delantera. Atravesó un angosto pasillo rodeado por mesas, tubos de ensayo y microscopios. La sargento lo seguía de cerca. Al fondo de la habitación, detrás de un escritorio de madera, un hombre con gafas gruesas y el

cabello peinado hacia atrás los miraba con expectación.

—Buenos días, me dijo Lotta que querían hablar conmigo. —Sus ojos, que lucían más grandes de lo normal detrás del aumento de las gafas escudriñaron primero a Mikael; luego, pusieron toda la atención en Nina. Esbozó una ligera sonrisa—. Lamento tener que recibirlos aquí, pero era el único salón disponible. ¿Qué puedo hacer por ustedes? ¿Desean tomar algo? Le puedo decir a Lotta que nos traiga un café...

—No es necesario, señor Ljumbark. —Como un acto de rutina, sacó su placa y se la mostró—. Soy el teniente Stevic, y ella es mi compañera, la sargento Wallström. Hemos venido a hablar con usted sobre un hecho ocurrido en el invierno de 1980 en Brandeby.

Aunque su labio inferior se movió ligeramente hacia abajo en un gesto casi imperceptible, tanto Mikael como Nina notaron la reacción al mencionado internado. Los invitó a sentarse y se reclinó en la butaca. Ella ocupó el puesto delante de Milo, Stevic en cambio, prefirió continuar de pie.

—Supongo que se trata de la desaparición de Thomaz Roth. —Esperó que alguno de los dos se lo confirmara. Fue la sargento la que asintió con la cabeza—. Ha pasado mucho tiempo, demasiado diría yo. ¿Por qué quieren hablar conmigo de aquello? Apenas tenía siete años y no recuerdo mucho.

—Tenemos razones para creer que se han cometido al menos dos homicidios en los últimos días que guardan relación con lo ocurrido en Brandeby hace más de tres décadas.

La explicación de Stevic provocó una reacción completamente distinta en el profesor de Literatura. Se quitó las gafas para masajearse los ojos y, luego, se aflojó el nudo de la corbata. Parecía que incluso respiraba con dificultad.

—Eso es imposible. Nunca se supo lo que ocurrió con Thomaz...

—No vamos a discutir los detalles de la investigación con usted, señor Ljumbark —repuso Nina—. Sin embargo, sí podemos decirle que las víctimas estuvieron presentes en el internado cuando Thomaz Roth desapareció.

—Escuché lo de Robert en la televisión, ¿quién más ha sido asesinado?

—Harriet Wozniak —respondió el teniente.

El hombre se mostró consternado con la noticia.

—¿La adorable Harriet fue asesinada? —preguntó al tiempo que movía la cabeza, como si se negara a aceptar la terrible verdad—. Vi su nombre en el periódico, supuse que había muerto como consecuencia de la apoplejía que sufrió hace unos años... Ella era tan buena con nosotros, nos dejaba escondernos en la cocina y no decía nada cuando nos robábamos las galletas de chocolate que horneaba todos los viernes para

la merienda. Nos encantaba oírla hablar, con ese acento tan extraño que causaba risa.

—¿Ha estado en contacto con ella durante el último tiempo?

El profesor negó con la cabeza.

—No, teniente. La realidad es que no volví a verla después de que abandoné el internado.

—¿Cómo supo entonces lo de su apoplejía?

—Mora es un lugar en donde uno se termina enterando de todo; lo supe por una vecina. Pensé en ir a visitarla a la residencia algún día, pero nunca fui capaz de hacerlo. —Se encogió de hombros—. Imagino que lo que pasó con Thomaz marcó nuestra existencia. A pesar de que la mayoría de los que estábamos en Brandeby esa noche seguimos viviendo en el pueblo, apenas nos saludamos cuando nos cruzamos por la calle.

—¿Qué recuerda de esa noche? —Fue la sargento quien formuló la pregunta.

—Casi nada. Nos acostamos temprano porque estábamos cansados después de pasar todo el fin de semana en casa de nuestros padres.

—¿Llegó antes o después de Thomaz?

Frunció el entrecejo y trató de hacer memoria.

—Después —respondió algo dubitativo—. Me acuerdo que me mostró un libro sobre mariposas que le había obsequiado su madrina, una solterona que lo visitaba desde Estocolmo y venía cargada siempre de dulces y juguetes que terminábamos por disfrutar todos nosotros. Ella fue la que apareció un día con la colección de mariposas. Thomaz nunca se separaba de esa caja de madera, por eso desapareció junto con él.

—¿Usted también creyó en la versión que dio Kasper Høgh sobre la desaparición voluntaria del niño?

Milo miró a la sargento.

—No, ni por un segundo me tragué semejante disparate. Thomaz era introvertido, prefería pasar el rato con sus mariposas muertas o con los libros que le había regalado su madrina y que, por supuesto, hablaban de mariposas. Tenía una especie de obsesión con esos bichos.

—¿Qué pudo haber pasado entonces?

—No lo sé. Su habitación estaba muy lejos de la mía, al otro extremo del pasillo. Si salió por su propia voluntad u obligado por alguien, yo no podría haber escuchado nada.

—¿Con quién dormía usted?

—Con Claes Friberg, teniente. Nos llevábamos apenas un año y congeniamos enseguida.

—¿Recuerda cómo fue la mañana siguiente?

El hombre asintió.

—Se armó un gran revuelo cuando descubrieron que Thomaz no estaba por ninguna parte. A nosotros nos reunieron en el comedor y nos dejaron allí, al cuidado de Harriet hasta que la policía terminase de inspeccionar el internado. Hablamos con ellos, pero salvo el testimonio de Kasper, que aseguraba que Thomaz había escapado, ninguno pudo aportar nada relevante para la investigación.

—¿Ninguno de los otros niños vio o escuchó algo?

—Nada. Era como si a Thomaz se lo hubiese tragado la tierra.

—Háblenos de Gregor Spira —lo exhortó Nina mientras ponía los codos en el apoyabrazos—. ¿Es verdad que, a pesar de la diferencia de edad, él y Thomaz eran amigos?

—Nosotros le teníamos miedo; el único que se acercaba a él era Thomaz, le dejaba su colección de mariposas y pasaban tiempo juntos —aseguró—, casi nunca hablaba y había algo en su mirada que daba escalofríos. Incluso, ahora, cuando pienso en él, se me pone la carne de gallina. Lo he encontrado en el pueblo en algunas oportunidades, pero nos ignoramos mutuamente. Sé que trabaja de jardinero y que sigue viviendo en la misma casucha de siempre. La gente lo señalaba con el dedo cuando ocurrió; creo que no resistió la presión de que sospecharan que él había tenido algo que ver y por eso renunció unas semanas después. Para nosotros fue un alivio no tener que volver a tenerlo cerca.

Stevic, cansado de estar de pie, se sentó sobre una de las mesas. Escudriñó al profesor de Literatura de arriba abajo. Tenía todo el aspecto de un *nerd*, hasta se vestía como uno. ¿Acaso no había nadie que le dijese lo ridícula que le quedaba la camisa a cuadros que llevaba debajo de la chaqueta? Recordó que en los informes decía que estaba divorciado, por lo que presumió que tampoco tenía una mujer al lado que le aconsejara sobre moda masculina o, al menos, le hiciera notar que estaba atentando contra el buen gusto al vestirse de esa manera. Por supuesto, el abundante pelo oscuro que llevaba embadurnado con gel y las gafas de aumento no lo ayudaban en nada a mejorar la apariencia.

—¿Podría decirnos dónde estaba usted la mañana del 10 de noviembre?

Milo Ljumbark se rascó la cabeza y hundió los dedos en el pelo engrasado por el gel. Tardó unos segundos en responder.

—No estoy muy seguro, ese día no doy clases y aprovecho para hacer algunas diligencias en el pueblo o quedarme en casa a leer. —Sacó una pequeña libreta de cuero color negra y, tras pasar rápidamente varias hojas, se detuvo—. Después del mediodía estuve en el ayuntamiento hasta las tres. —Les mostró lo que había escrito—. Mi memoria es pésima, por eso llevo un registro de los trámites que tengo que

hacer para no olvidarme.

—¿Y qué hizo por la mañana? —inquirió el teniente sin siquiera prestar atención a lo que estaba escrito en la dichosa libreta.

Dio vueltas un par de páginas mientras negaba con la cabeza.

—No hay nada anotado ese día a la mañana, por lo tanto, es muy posible que estuviese en casa leyendo o preparando alguna clase. —Les sonrió—. Vivo solo y no hay nadie que pueda corroborarlo, tendrán que creer en mi palabra, detectives.

Nina y Mikael intercambiaron miradas. Ella, con un gesto de resignación; él, con uno de fastidio. Aunque no tenía coartada sólida para la mañana en la que había desaparecido Lipponen, les bastaría con mirar las cámaras de vigilancia del ayuntamiento para comprobar que Ljumbark estaba allí ese mismo día por la tarde, momento en el que Emil Schmidt había visto al sospechoso excavando en la tumba de Thomaz Roth.

—¿Y qué hizo usted el 19 de noviembre a la tarde?

El hombre miró a Stevic. Esa vez, no necesitó mirar en su libreta para responder.

—Estaba aquí, en la escuela, precisamente es el día de la semana que me quedo toda la jornada porque trabajo doble turno.

—¿Sigue estando en contacto con sus compañeros del internado?

La sargento sentía que estaban perdiendo el tiempo con aquel hombre, aunque, tal vez, supiera algo que los pudiera ayudar a avanzar en la investigación.

—Los veo de vez en cuando, sobre todo a Claes. Me gusta pasar por su bar para beber unas copas y recordar viejos tiempos. A Ville me lo encuentro en la calle porque, aunque él insiste, no ha conseguido convencerme de que vaya a su iglesia. Igual cuando estábamos en Brandeby, no nos llevábamos muy bien. Él ha cambiado mucho desde entonces, ya no es el bravucón que solía ser.

—¿El reverendo era un niño difícil? El profesor asintió.

—Era el mayor, el que decidía qué hacer y cuándo. Le gustaba sentirse poderoso y humillar a los más débiles... —Se detuvo de repente, como si se hubiese dado cuenta de que estaba diciendo algo indebido.

—Continúe —instó ella—. ¿Qué más recuerda de esa época?

—Kasper era el que lo secundaba en todo, bastaba que Ville le pidiese algo para que él saliera corriendo a hacerlo. Creo que lo obedecía por miedo... porque sabía de lo que era capaz. —Se inclinó encima del escritorio y cruzó los brazos. El tono de su voz había cambiado—. Una vez, Ville se apropió de la colección de mariposas de Thomaz y la escondió. No le importó que llorase o que fuese a contárselo al director, tardó en devolvérsela una semana. Cuando lo hizo, el pobre de Thomaz descubrió que le había arrancado las alas a todas las mariposas. Su tía le regaló una nueva para que

dejase de sentirse mal.

—¿Ville Erikssen recibió una amonestación por lo que hizo?

Milo negó con la cabeza.

—Kasper se echó toda la culpa; entonces, el director llamó a sus padres para que viniesen a buscarlo. Fue suspendido por tres días. —Soltó un suspiro—. Cuando volvió al internado, nada cambió, él y Ville seguían haciendo de las suyas. Creo que Billengren se cansó de aquella situación y, simplemente, comenzó a ignorarlos.

Un timbre retumbó en toda la escuela, y Ljumbark se disculpó con ellos porque debía dar una clase. Antes de despedirse les dijo que para cualquier cosa que necesitasen, estaba a su disposición.

—Interesante, ¿no crees? —comentó Stevic, ya en el interior del auto.

—Sí, parece que nuestro querido reverendo Erikssen le hacía la vida imposible a sus compañeros en el internado —agregó ella y metió las llaves en el encendido.

Se tomó un instante para pensar en Karl, de seguro estaría en la comisaría esperándolos. Ahora que había hallado por fin a Thomaz Roth, sabía que nada ni nadie iba a impedir que se involucrara en la investigación.

—Sabemos que Roth era un niño tímido; vivía encerrado en su propio mundo en el cual las mariposas eran lo más importante. Se convirtió con rapidez en el blanco de todas las burlas y las maldades de Erikssen. El director, probablemente cansado de tener que lidiar con la situación, dejó de prestarles atención. —Una teoría inquietante se iba gestando en su cabeza—. Aunque todavía no tenemos la confirmación de que los restos humanos que encontramos en el bosque pertenezcan a Thomaz, sabemos que es él... Karl reconoció el pedazo de tela de su pijama apenas lo vio. ¿Y, si en uno de esos tantos hostigamientos a las cuales era sometido por parte de Erikssen y Høgh, las cosas se les fueron de las manos?

Nina aminoró la marcha y lo miró.

—¿Crees que esos niños mataron a Thomaz y, luego, enterraron su cuerpo en el bosque?

Mikael asintió.

—No es una hipótesis descabellada —manifestó el teniente en defensa de su idea—. Thomaz vivía constantemente acosado por dos niños más grandes y, una noche, de repente, desaparece. El único de sus compañeros que aseguraba que lo vio irse por sus propios medios era uno de los que lo hostigaba. Creo que, una vez más, estaba solapando a su amigo.

—Tal vez tengas razón. Aunque en esa época nadie conocía lo que era el *bullying*, el acoso en las escuelas es un mal que existe desde hace años. Supongo que si era un hecho recurrente en Brandeby, la gente que estaba allí se acordará. Me atrevo a

afirmar que Ljumbark sufrió también a manos del reverendo; le costó mucho contarlo. Hablaba de Thomaz, pero él era el más pequeño, supongo que habrá pasado por su propio calvario.

—Solo hay una manera de sacarnos la duda —afirmó Stevic cuando estaban llegando a la comisaría.

No hizo falta que agregara nada más. El interrogatorio al reverendo Ville Erikssen no podía esperar.

CAPÍTULO 22

Después de acompañar a Karl hasta la comisaría, Vanja resolvió ir a la casa de Claes Friberg para hablar con él. La esposa, una mujer menuda, de sonrisa fácil, que no dejaba de limarse las uñas, le dijo que Claes se encontraba en el bar. Llegó al Kul & Drycker cerca del mediodía. Aunque no había surgido nada irregular mientras lo estaba investigando, ya que, a la vista de todos, era un respetado padre de familia que asistía a misa los domingos y por las noches regenteaba un bar, Claes, al igual que Ville Erikssen y Milo Ljumbark y Gregor Spira, era uno de los principales sospechosos por las muertes de Robert Lipponen y Harriet Wozniak. Cuando entró al lugar, estaba desierto. Una joven que limpiaba las mesas se acercó para preguntarle qué quería.

—Necesito hablar con el dueño —informó y oteó por encima de su hombro hacia el fondo del local.

—Claes está en la oficina, aunque no sé si podrá recibirte, cielo —respondió la empleada, que la miró de arriba abajo.

Cuando los ojos castaños de la mujer se detuvieron a la altura de sus pechos, Vanja se sintió terriblemente incómoda. Era la segunda vez que estaba en aquel lugar y volvía a prestarle más atención de lo debido.

—Dígale que, si no habla conmigo ahora, tendrá que acompañarme a la comisaría. La empleada enarcó las cejas.

—¿Eres policía, cielo? No lo pareces; además, conozco a casi todos los uniformados del pueblo...

—Soy detective privado —cortó—. Estoy colaborando con la policía local —agregó sin entrar en demasiados detalles. Vanja vio alejarse a la mujer en dirección a una de las puertas del fondo. Se asomó sin entrar, estiró el cuerpo hacia adelante, lo

que provocó que la falda del uniforme se le levantara mucho más de lo que permitía el decoro. Apartó la vista de inmediato. ¿Era impresión suya o estaba tratando de seducirla? No era la primera vez en su vida que alguien del mismo sexo intentaba abordarla. Recordó unas vacaciones en Italia cuando tenía dieciocho años. Ella y Elisabeth, su mejor amiga de la infancia, habían decidido recorrer el sur de la península haciendo autostop. En un pueblo calabrés, donde estaban trabajando como camareras para ahorrar dinero antes de continuar con la travesía, habían conocido a Francesca. La muchacha, apenas un par de años mayor que ellas, las había llevado a conocer el lugar. Vanja pronto descubrió que la italiana, de cuerpo exuberante, melena renegrada y piel tostada por el sol del Mediterráneo, pretendía de ella mucho más que unas horas de paseo por los alrededores. Una noche calurosa, en la que los tragos iban y venían, Francesca la había besado. El beso la había tomado por sorpresa y no supo cómo reaccionar; no mostró rechazo hacia ella, ni le recriminó nada por el atrevimiento. Al día siguiente, sintió vergüenza por lo que había ocurrido, armó la maleta y convenció a su amiga de irse. La actitud de la empleada del bar de Claes le había hecho recordar ese incidente que llevaba enterrado en su memoria casi veinte años. Nunca había tenido dudas acerca de su identidad sexual: le gustaban los hombres y disfrutaba ir a la cama con ellos. Cuando se animó a contárselo a Elisabeth, semanas después de abandonar Italia, sintió un gran desahogo. Su amiga tenía razón: el inesperado beso con Francesca no había sido nada más que un experimento sexual por el cual atravesaba todo el mundo en algún momento de la vida.

Aunque había pasado de relación en relación, unas más intensas que otras, los hombres le encantaban. Se resistía a comprometerse seriamente con ellos, pero eso no significaba que tuviese dudas sobre sus gustos. Pensó en Peter Bengtsson. Habían gozado de una noche de sexo y, a la mañana siguiente, al mirarse a la cara, no hubo necesidad de explicaciones. La habían pasado bien y punto. No volverían a hablar de lo ocurrido; él seguiría a la espera de su novia policía, y ella buscaría placer en otro hombre. Era un ciclo al cual ya se había acostumbrado. Después de haber fracasado en varias relaciones, poder estar con alguien sin pensar en el futuro era lo único que la tranquilizaba.

La empleada volvió. Con una voz chillona la sacó de sus cavilaciones. Le dijo que el dueño había accedido a recibirla y, sin esperar un minuto más, Vanja se dirigió hacia la oficina. Pudo sentir los lascivos ojos de la mujer clavados en su trasero hasta que cerró la puerta. Aunque había visto algunas fotografías de Claes Friberg mientras lo investigaba, el hombre que ahora la observaba atentamente desde el escritorio lucía muy distinto. Una incipiente calvicie y varias libras de más, que parecían haberse acumulado en la papada, lo hacían verse mayor cuando debía tener apenas unos seis o

siete años más que ella.

—Me dijo Stelle que quería verme, detective. —El hombre la miró con desconfianza. Sus empleados le habían comentado que alguien había ido el día anterior y había hecho muchas preguntas sobre él. ¿Acaso la policía le estaba pisando los talones? Tenía que andar con cuidado y, sobre todo, pensar muy bien lo que iba a decir—. Supongo que está aquí por la muerte de Robert Lipponen.

—Supone usted bien, señor Friberg. Sabemos que estuvo internado en Brandeby y que fue compañero suyo, también de Thomaz Roth, el niño que desapareció en febrero de 1980.

Claes frunció el entrecejo.

—¿Qué tiene que ver lo de Thomaz con la muerte de Robert?

—Ambos hechos están relacionados, señor Friberg. Tanto es así que el cuerpo de Lipponen apareció precisamente en la habitación que perteneció a Thomaz —manifestó, convencida de que el dato que acaba de revelar no entorpecería la investigación.

—Entiendo... —Se quedó pensativo, con la mirada dispersa. Luego volvió a prestarle atención—. Nunca se supo qué ocurrió con él; hasta el día de hoy, su desaparición es un misterio.

Vanja tuvo la sensación de que quería decirle algo, por eso, lo instó a continuar.

—Fue un gran impacto para nosotros cuando pasó. Pensábamos que alguien se lo había llevado y que esa misma persona vendría cualquier noche a raptarnos. El señor Billengren nos decía que nada malo nos iba a suceder, que Thomaz volvería sano y salvo, pero nunca regresó.

—¿Qué es lo que recuerda de esa noche?

—Poco y nada. Yo no me sentía bien, había vuelto de la casa de mis padres con dolor de estómago y Harriet... —Se detuvo—. Lamenté mucho enterarme de su muerte. Era una mujer encantadora que nos cuidaba a todos como si fuéramos hijos de ella. Bueno, como le estaba diciendo, yo estaba enfermo, y ella me cocinó una sopa de pollo. No cené con los demás en el comedor; Harriet se quedó conmigo en mi habitación, incluso me leyó un cuento hasta que me dormí. A la mañana siguiente, cuando desperté por el revuelo que se había armado al descubrir que Thomaz ya no estaba, vi que seguía a mi lado.

—¿Notó algo sospechoso esa mañana? ¿Alguien actuó diferente?

—Como le dije, todos estábamos conmocionados porque no sabíamos lo que había pasado con Thomaz. La policía nos hacía preguntas, pero el único que dijo algo fue Kasper.

—El niño que aseguró que lo había visto irse.

El hombre asintió.

—Era algo difícil de creer, sin embargo; Thomaz siempre había sido bastante retraído y a nadie le habría sorprendido que se fuese del internado para huir de quién sabe qué.

—¿No tenía problemas con nadie? Me dice que era un niño retraído, pero sabemos que trabó amistad con Gregor Spira. ¿Qué puede decirme de él?

—Gregor tenía su carácter: podía enfadarse por cualquier tontería, pero era inofensivo y le tenía verdadero afecto a Thomaz. Lo visito de vez en cuando, y siempre me habla de él. Nunca olvidó lo que pasó, sobre todo porque se convirtió con rapidez en el principal sospechoso de la desaparición de Thomaz.

La detective asintió. Nada de lo que le había dicho era nuevo para ella.

—Señor Friberg, necesito saber cuáles fueron sus movimientos la mañana del 10 de noviembre, momento en el cual Robert Lipponen fue visto por última vez.

Claes se rascó la cabeza, que relucía como una bola de billar debajo de la lámpara que colgaba del techo.

—Fui a Orsa con mi esposa para comprar el regalo de cumpleaños de las gemelas. Cumplieron siete esa semana, estuvimos en el centro comercial. Guardé los recibos en caso de que los necesite —respondió sin inmutarse, con la tranquilidad que le brindaba tener una coartada irrefutable para el día en cuestión—. Volvimos cerca del mediodía y almorzamos todos juntos en casa.

Vanja asintió. Aunque aún tenían que comprobar si le estaba diciendo la verdad, presentía que Claes Friberg era otro nombre más que debían tachar de la lista de sospechosos. Le preguntó por Harriet Wozniak y, tras escuchar la afirmación de que el hombre no la veía desde hacía muchos años, se marchó de regreso a la comisaría.

* * *

Las horas pasaban, y Greta no sabía qué hacer. Seguramente el señor Olander estaría esperando su llamada para confirmarle si decidía quedarse o no con la casa. Llevaba dando vueltas al asunto desde que había cerrado la librería. Ni siquiera había merendado y apenas le hacía caso a *Miss Marple*, a pesar de que la lora la seguía por todas partes. Tras consultar el saldo de la caja de ahorros había comprobado que no le alcanzaba para afrontar la mitad de la suma de dinero que pedía el anciano por la propiedad. ¡Y no podía hablar con el gerente del maldito banco hasta la otra semana!

Miró el teléfono. ¿Y si hablaba con su padre? Sabía que él no se negaría a

prestarle el dinero que le faltaba. Se dejó caer en el sofá; vacilaba entre marcar su número o esperar que ocurriese un milagro. Se mesó el cabello con fuerza. No podía recurrir a él de nuevo. Ya la había ayudado con la compra de la librería; además, quería lograr su objetivo sin tener que depender del dinero de Karl. Desistió con rapidez de llamarlo.

Resignada a perder la casa con la que había soñado las últimas semanas, se echó sobre los cojines, en posición fetal y cerró los ojos. No supo cuánto tiempo estuvo dormida, pero, cuando despertó, vio a Mikael a su lado. Él le sonrió y, en ese momento, sintió que cualquier problema parecía insignificante. Reprimió el acuciante deseo de arrojarse a sus brazos. Aunque ya no estaba tan enojada, no había olvidado que había pasado la noche anterior en un *pub* con la mujer que aseguraba ser hija de Karl.

—Te ves tan hermosa cuando duermes —comentó y apoyó la mano en la pierna de Greta cubierta por unos pantalones deportivos.

La joven se incorporó y colocó uno de los cojines más grandes sobre el regazo para usarlo de barrera y evitar que el teniente intentase besarla. Él no se movió de su sitio, seguía taladrándola con esos intensos ojos azules.

—Perdón por no venir a la tarde como habíamos acordado —se disculpó con la voz melosa.

Ella no dijo nada, desvió la mirada hacia *Miss Marple*, quien montada encima del alféizar de la ventana, bailaba como si estuviese luciéndose frente a cualquiera que pudiese verla desde la calle. Stevic soltó un suspiro. No planeaba hablar con ella sobre los avances de la investigación; sin embargo, sabía que en ese momento era, tal vez, lo único que conseguiría que, al menos, lo mirase mientras le hablaba.

—Han surgido novedades importantes en el caso —deslizó—. El doctor Grahn me dijo que te felicitara, que, una vez más, tuviste razón.

Las palabras tuvieron el efecto deseado. La pelirroja se volvió hacia él y le prestó atención por fin. Sonrió cuando percibió esa chispa que le iluminaba la mirada cada vez que algo le interesaba.

—¿De qué hablas?

—La autopsia demostró que la señora Wozniak no murió por causas naturales. Grahn encontró indicios de que le habían inyectado alguna sustancia que le paralizó los músculos hasta matarla. El lunes tendrá los resultados definitivos para saber qué usaron para asesinarla.

—¿Han podido constatar si alguien la visitó por la tarde?

—Todavía no. Cerebrito revisó las cámaras de vigilancia, y no se ve a ningún hombre entrar a la residencia a la hora en la que se supone que Harriet recibió una

visita. Hablamos con los empleados del lugar, pero todos aseguran que la única persona que vio a la señora Wozniak ese día es el reverendo Erikssen.

—El señor Knutsen estaba muy seguro de haber oído a alguien hablar con ella poco antes de que la encontraran —manifestó Greta todavía intrigada por ese misterioso hombre que nadie había visto—. ¿No existe la posibilidad de que se hubiese colado en la residencia y nadie lo hubiese notado?

—El movimiento en el lugar es constante, y nadie recuerda haber visto a un hombre extraño durante esa tarde. Las cámaras tampoco lo captaron...

—¡Pero no es posible, él estaba allí, consiguió llegar hasta la habitación de Harriet! ¿Cómo demonios pudo escabullirse sin ser visto?

Mikael la contempló. Le gustaba cuando se apasionaba de aquella manera cada vez que trataba de resolver un misterio. ¡Qué buen equipo habrían hecho si ella hubiese seguido la carrera policial!

—Existe otra posibilidad...

La joven arrojó el cojín al suelo y subió las piernas encima del sofá. Él aprovechó esa ventaja para acercarse un poco más.

—¿Cuál?

Lo que le estaba a punto de decir era una hipótesis que todavía no había discutido con los demás, pero, después de hablar con Milo Ljumbark sobre el reverendo, empezaba a creer en la posibilidad de que, quizá, fuese el autor de los crímenes que acababan de cometerse en Mora y de la muerte del pequeño Thomaz ocurrida hacía más de tres décadas atrás.

—Ville Erikssen estuvo con ella esa mañana, aproximadamente unas dos horas antes de que se produjera la muerte. Tal vez, lo que le inyectó tenía un efecto tardío. Harriet pudo almorzar con los demás, regresar a su habitación, ponerse a leer y escribir el nombre de Kasper Høgh en el periódico antes de descompensarse.

—¿Y la voz que escuchó el señor Knutsen?

—No podemos fiarnos de él, Greta. Una de las enfermeras le dijo a Bengtsson que el anciano es un gran fabulador y que siempre busca llamar la atención.

Ella negó con la cabeza. Se resistía todavía a la idea de que el reverendo tuviese algo que ver con la muerte de la anciana.

—¿Qué hay de los broches de mariposa? ¿Alguien vio si Ville Erikssen se los regaló?

—Estuvieron solos en la habitación un buen rato, es imposible saberlo, a menos que se lo preguntemos a él —manifestó—. Hay otros indicios que nos llevan a sospechar de Erikssen, por eso envié a buscarlo para un interrogatorio formal, pero no está en el pueblo. Viajó esta misma mañana a Estocolmo para asistir a una

conferencia; no regresa hasta el lunes.

Le habló sobre lo que les había contado Milo Ljumbark acerca del comportamiento hostil del reverendo durante sus años en el internado y de cómo Thomaz se había convertido en la víctima predilecta de sus maldades. La muchacha se mordió el labio. Si Stevic le estaba contando todo aquello con la intención de congraciarse con ella, se plantearía seriamente la posibilidad de enojarse más a menudo con él o, al menos, hacerlo cuando hubiese un crimen que resolver. Pensó, entonces, en la conversación con Christoff Høgh. Tal vez, era el momento de contárselo sin que fuese reprendida por ello.

—Hay algo que debes saber...

Ahora el que tenía curiosidad era él.

—¿Qué pasa, pelirroja? ¿O debo preguntar «qué has hecho esta vez»?

Él le sonrió. Se moría de ganas de darle un beso desde que había puesto un pie en el apartamento, pero iría despacio para no estropear las cosas.

—Estuve hablando con Christoff Høgh.

—¿Høgh?

Greta asintió.

—Es el hermano menor de Kasper. Él y su familia han abierto una página web de homenaje para buscar justicia por su muerte —contó—. Christoff no cree que Kasper se haya suicidado, tanto él como su madre están convencidos de que fue asesinado. La policía de Mockfjärd cerró el caso demasiado rápido y nunca hizo caso a los reclamos de la familia.

—Hemos leído los informes sobre esa muerte; no hay nada raro —acotó Mikael.

—Después de lo que me dijo, te puedo asegurar que la muerte de Høgh está relacionada con las que ocurrieron aquí en el pueblo.

Él frunció el ceño. Estaba a punto de preguntarle qué quería decir cuando ella le soltó una bomba.

—Kasper Høgh tenía el tatuaje de una mariposa en el tobillo. Christoff asegura que es imposible que se lo hubiera hecho porque le tenía fobia a las agujas. Cuando tuvo que reconocer su cuerpo en la morgue, se dio cuenta de que era reciente. Le contó todo esto a la policía de Mockfjärd, pero no le hicieron caso. —Hizo una pausa, lo que provocó que la curiosidad del teniente aumentara—. Creo que Kasper Høgh es la primera víctima de nuestro asesino.

Stevic volvió a sonreír. Esa vez, la sonrisa que se le dibujó en el rostro era de satisfacción. Si, en efecto, como aseguraba Greta, la muerte de Kasper Høgh era la que había dado inicio a las demás, su teoría no estaba muy desencaminada. Høgh había sido el cómplice de Ville Erikssen durante sus años en Brandeby, el que lo

secundaba en todas sus perversidades. Tal vez Kasper había resuelto contar lo que ocurrió con Thomaz, y el reverendo se había visto obligado a callarlo para siempre.

—Vamos a tener que hablar con la policía que investigó el supuesto suicidio de Kasper para reabrir el caso —anunció Mikael—. También necesitaremos el testimonio del hermano.

—No creo que quiera hablar con ustedes. No tiene buena opinión de nadie que use uniforme —manifestó la joven.

—Si lo que él y su familia buscan es esclarecer la muerte de Kasper, estarán de acuerdo en colaborar con nosotros.

—Supongo que sí —respondió ella poco convencida.

El teniente, que conocía el interés de la muchacha por la investigación, pensó en contarle también sobre el hallazgo de los huesos en el bosque que rodeaba la propiedad de los Lundkvist; sin embargo, tenía otros asuntos más urgentes que tratar con ella. Ya le había dado suficiente información como para que sacase sus propias teorías y las anotase en su cuaderno rojo.

—Greta, dejemos de lado la investigación por un momento y vamos a hablar de lo que pasó anoche. —Colocó su brazo derecho por encima del sillón. Ella se quedó mirando cómo movía los dedos a tan solo un par de centímetros de su hombro—. En realidad, quiero que hablemos de lo que no ocurrió —aclaró con especial énfasis en la palabra «no».

—Mikael...

—No, déjame explicártelo para sacarte de una vez por todas de la cabeza cualquier idea equivocada que te hayas hecho del encuentro casual que tuvimos ayer Peter y yo con la detective Lassgård.

—¿Detective Lassgård? Creí que después de compartir unos tragos la llamarías por su nombre —replicó y se puso a la defensiva de nuevo.

Mikael se armó de paciencia. Sabía que no iba a ser sencillo hacerla entrar en razón.

—Habré compartido con ella la mesa apenas unos diez minutos y, durante todo ese tiempo, Cerebritito se encargó de acaparar toda su atención. Después de tu llamada, me fui... Me di cuenta de que estaba de más y creo que ninguno de los dos resintió mi ausencia.

Al principio, Greta demostró cierta desconfianza. Luego, cuando comprobó que no la estaba engañando al involucrar al pobre de Peter para salir bien parado de toda aquella situación, se quedó boquiabierta. ¿Vanja enredada con el agente Bengtsson? ¡Pero si le debía llevar unos diez años por lo menos!

—¿Me estás diciendo que ellos...?

Mikael asintió.

—Cerebritito llegó a la comisaría esta mañana con la misma ropa de ayer y una sonrisa de oreja a oreja que le cruzaba la cara. —Empezó a negar con la cabeza y fingió sentirse ofendido—. Y tú me estabas condenando sin tener ninguna evidencia, dudabas de mi fidelidad, me obligaste a dormir solo en mi apartamento.

Ella no quería soltar la risa con tanta facilidad, pero era muy cómico ver a un hombre como el teniente, muchas veces reacio a mostrarse débil, sobre todo delante de una mujer, con aquella expresión de cachorrito abandonado mientras le hablaba.

—No sabes lo mal que me sentí anoche después de que hablamos —comentó todavía afectada por los celos—. Pensé... pensé lo peor, Mikael. Llevamos ya un tiempo juntos, y nunca me has dado un motivo para desconfiar de ti, por eso creo que lo que en verdad me molestó fue saber que estabas precisamente con Vanja. No te rías, pero me sentí traicionada. Ella vino al pueblo a robarme el cariño de papá; no quiero que también me quite tu atención. Es una mujer hermosa, muy segura de sí misma, trabaja a tu lado a diario y, como si fuera poco, tiene mejor cuerpo que yo.

Se cruzó de brazos y se hundió en el sillón.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —Él puso fin a la poca distancia que los separaba y le acarició la mejilla—. Lo reconozco, Vanja es una mujer interesante, capaz de atraer a cualquier hombre, pero jamás la vi de esa manera, mucho menos cuando supe que podía ser tu hermana. ¿De dónde sacas que tiene mejor cuerpo que tú?

Deslizó la mano por el cuello de Greta, le presionó con ligereza la nuca y acabó, por fin, con la resistencia de la pelirroja. Ella respiró hondo y cerró los ojos, se dejó llevar por el placer que le brindaba el roce con esa piel.

—Lo tiene —insistió, al tiempo que tomaba la mano de Stevic para guiarla hasta su pecho—. Sus tetas son más grandes que las mías y es mucho más alta...

Él intensificó la caricia y midió, con la palma de la mano, el tamaño de ese seno.

—Nunca me gustaron las pechugonas —confesó—. A pesar de tu escasa estatura, de tus pechos pequeños, de esas pocas libras de más que te empeñas en bajar y que creo que te dan cierto encanto, eres la mujer perfecta para mí, pelirroja. No te cambiaría por nadie, ni siquiera cuando metes tu adorable naricita en donde no debes. ¿Qué tengo que hacer para convencerte?

Le apretó el pezón que se marcaba a través de la tela de su blusa, y ella dio un respingo. La joven no necesitaba nada más para darse cuenta de que Mikael era completamente sincero con ella. Desde la llegada de Vanja al pueblo, veía fantasmas donde no los había. ¿Cómo había podido dudar de él si, desde que estaban juntos, se desvivía por hacerla feliz? Ella se aproximó y lo sorprendió al sentarse a horcajadas

encima de él. Colocó las manos en sus hombros antes de inclinarse hacia adelante. El beso apasionado que le dio sirvió para subsanar los malos ratos que le había hecho pasar. Cuando Greta se apartó y lo miró, con esos ojos cristalinos en los que él adoraba perderse, comprendió que era capaz de perdonarle cualquier cosa que ella le hiciera. Percibió también una chispa de deseo y, cuando ella empezó a desabrocharse los botones de la blusa, perdió la voluntad por completo. Hicieron el amor en el sofá, dejaron, con cada caricia y cada beso, todas las dudas de lado.

El dolor de espalda, que venía soportando Stevic los últimos días, pareció desaparecer por arte de magia. Incluso, fue capaz de llevarla en brazos hasta la habitación sin quejarse. Se acostó junto a ella, y permanecieron en silencio durante un rato, solo se escuchaba el sonido de su propia respiración. Cuando la muchacha empezó a suspirar hondo, el teniente supo que había algo que la inquietaba. Jugueteeó con su cabello, se lo llevó todo hacia un lado, luego, colocó el brazo detrás de la cabeza y clavó la mirada en el techo. Tenía la fuerte sensación de que Greta quería decirle algo, pero no se animaba. Relacionó esa repentina preocupación con la llamada que había recibido del banco.

—¿Vas a contármelo por fin?

Ella no dijo nada, solo continuó suspirando.

—Pelirroja, sabes que si tienes problemas económicos puedes hablar conmigo.

Greta lo miró desconcertada.

—¿Has estado hablando con Hanna? ¿O fue mi primo el que abrió la boca?

Tendría que haber imaginado que al contarle a la fotógrafa del interés que tenía en comprar la casa que estaba al lado de Némesis, Lasse terminaría por enterarse. Y la discreción no era precisamente la mejor virtud de su primo.

—No lo supe por ellos.

—¿Entonces?

—Había un mensaje del banco en el contestador la otra noche. Lo escuché porque pensé que podría ser importante. ¿Para qué necesitas un préstamo?

La joven le contó de su sueño de ampliar la librería y adquirir la propiedad que el señor Olander había puesto a la venta. Le dijo, también, que había perdido la oportunidad de quedarse con la casa porque el dinero que tenía ahorrado no le alcanzaba y el plazo para darle una respuesta vencía ese mismo viernes. Mikael observó la hora en el reloj.

—Son apenas las nueve, el día todavía no terminó —la animó.

—No hay manera de cubrir la mitad del dinero que exige el señor Olander para desprenderse de la casa. Hay otros compradores que le ofrecieron pagar al contado. Si me esperó hasta hoy, fue solo para hacerme un favor —alegó, resignada a perderse

aquella oportunidad que, sabía, sería muy difícil que volviese a presentarse.

—Tal vez sí haya una manera de juntar ese dinero. Ella frunció el entrecejo.

—No pienso pedírselo a papá.

—Dejemos a Karl fuera de todo esto. Tengo una propuesta para hacerte y espero que la aceptes.

—¿De qué se trata?

—El divorcio saldrá dentro de unas semanas, Pia me ha dicho que recuperaré mi soltería antes de que empiece el año nuevo. Ella tiene su vida hecha en Falun y, aunque compramos el apartamento a medias, accedió a que me lo quedara. La única condición que puso es que, si lo pongo a la venta o lo rento, le dé su parte. Obviamente, no hay nada que objetar al respecto. —Estudió la reacción de Greta. Lo escuchaba con interés mientras parecía tratar de adivinar a dónde quería llegar con aquella charla—. Pensé en tu primo y en Hanna, llevan tiempo planeando ir a vivir juntos. Podría venderles el apartamento a ellos y mudarme contigo... —Como ella no dijo nada, continuó—. Estoy seguro de que la mitad de ese dinero alcanzaría para cubrir la cantidad inicial que te piden por la casa; además, tengo algunos ahorros en el banco que ayudarían, luego, a completar el pago. ¿Qué te parece la idea?

Greta seguía sin decir nada, aunque ya no era angustia lo que se reflejaba en su mirada. La oferta de Stevic la había conmovido; si bien no habían hablado nunca en serio sobre la convivencia, no hubo necesidad de pensar nada: era un paso que estaba más que dispuesta a dar con él. Tenía ganas de llorar, pero logró contener las lágrimas.

—¿Lo dices de verdad o es una venganza por mi horrible comportamiento de anoche?

Mikael sonrió.

—¡Claro que es de verdad! Primero, tenemos que hablar con Hanna y tu primo para ver si les interesa quedarse con mi apartamento.

—Creo que en ese sentido no va a haber ningún obstáculo. —Le contó del embarazo y de la urgencia que tenía Lasse por conseguir un sitio donde mudarse—. La muchacha que iba a rentarles la vivienda decidió dárselo a alguien más, así que supongo que estarán encantados de quedarse con el tuyo. Estoy segura de que el dinero no será un problema; llevan ahorrando desde hace tiempo, además, siempre pueden contar con el tío Pontus o con el padre de Hanna.

—¿Trato hecho, pelirroja? —Mikael extendió la mano hacia ella.

—Trato hecho, teniente —respondió antes de arrojarle de nuevo a sus brazos para llenarlo de besos.

Minutos después, Greta llamó por teléfono al señor Olander para decirle que se quedaba con la casa.

CAPÍTULO 23

El sábado por la mañana, cuando Mikael entró a la cocina, encontró a Greta devorando una tostada con queso crema y mermelada mientras se ponía al día con las noticias. Navegaba en la edición *online* del *Falu Kuriren*. Él acababa de salir de la ducha y, cuando regresó a la habitación, la muchacha había desaparecido. Estaba algo despeinada y todavía llevaba el pijama puesto. Se acercó por detrás y la sorprendió con un mordisco en el cuello. Cuando posó los ojos en la pantalla del ordenador, descubrió que el hallazgo de restos óseos en la propiedad de los Lundkvist ya era la principal noticia del día.

—¿Por qué no me dijiste nada anoche? —le reprochó, sin apartar la vista del artículo en cuestión.

El titular era lo bastante sensacionalista como para alarmar a cualquiera. «La mansión del terror: tras el horrible hallazgo del cadáver de Robert Lipponen, la policía ha descubierto una tumba con restos humanos dentro de los límites de la propiedad».

El teniente se preguntó cómo demonios se había filtrado la información a la prensa. Había dejado dos agentes en el lugar montando guardia para evitar que cualquier curioso se acercase y alterase la escena. Era muy posible que alguno de ellos hubiese soltado la lengua con quien no debía; así, la noticia se expandió por el pueblo y llegó a oídos de los medios.

—¿Se trata de Thomaz, verdad?

Stevic se sirvió una taza de café y se sentó junto a ella.

—Aún no lo hemos identificado oficialmente, pero tu padre reconoció de inmediato los jirones de tela que envolvían uno de los huesos: eran del pijama que llevaba Thomaz la noche en la que desapareció.

Greta abrió la boca en forma de «o».

—¿Papá estuvo allí cuando lo encontraron?

Él asintió.

—Se presentó en el lugar apenas se enteró de que los forenses habían encontrado algo en el sitio en el que Emil Schmidt aseguró haber visto al sospechoso cavar.

—¿Cómo se lo tomó?

—Creí que, después de tantos años de no saber qué había ocurrido con el niño, el hallazgo de su cuerpo le traería cierto alivio...

—Sin embargo no fue así —interrumpió—. Conociendo a papá, sé que debe de sentirse muy mal. La desaparición de Thomaz fue su primer caso importante, el más significativo en su carrera como policía. Hizo hasta lo imposible para devolvérselo a sus padres, pero no pudo encontrarlo, y el niño estaba más cerca de lo que cualquiera podía imaginar. —Se puso de pie y cerró el ordenador—. Tengo que ir a su casa. Papá seguramente me necesita.

Mikael dejó la taza de café encima de la mesa y la sujetó de la muñeca.

—Greta, a esta hora, Karl ya debe estar en la comisaría. Ahora que sabemos que Thomaz murió, no va a haber poder sobrehumano que logre convencerlo de que no se una a la investigación. —Le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja y le sonrió—. Ve a darte un baño, yo mismo te llevaré a verlo. Le dio un beso en los labios antes de abandonar la cocina. Mientras la esperaba, él terminó de desayunar y leyó el resto de las noticias para comprobar que la prensa no hubiese develado más detalles importantes del caso. Buscó alguna mención referente a la muerte de Harriet Wozniak, pero, más allá de la sentida esquela que habían publicado los Tardelli en nombre de la residencia de ancianos, no encontró nada. Luego, lavó la taza, la secó y la colocó en su sitio. Después, guardó el resto de las cosas para que, cuando la joven volviera, encontrase la cocina ordenada. Cuando aún estaba casado con Pia, ni siquiera se preocupaba en limpiar lo que ensuciaba porque ella, quien siempre había sido bastante obsesiva por el orden, se encargaba de hacerlo. Esa conducta lo había malacostumbrado y, mientras vivía solo, la vajilla sucia solía amontonarse. Pero eso había cambiado desde que Greta había llegado a su vida, y, ahora, frente a la realidad de probar la convivencia, tenía que demostrarle que, cuando se lo proponía, podía ser un hombre ordenado.

Tras cerciorarse de que todo estaba en su sitio, fue al salón. No se había cruzado con *Miss Marple* todavía. Supuso que estaría en la habitación, reclamando la atención de la dueña. Vio que el cuenco donde comía estaba casi vacío, así que fue a buscar la bolsa de semillas para llenárselo. Esperaba que la lora por fin lo aceptara. Había hecho de todo para ganarse su confianza, pero cuando parecía que lo había logrado, *Miss Marple* siempre se salía con alguna de las suyas. Tal vez, después de que se

mudase al apartamento, la relación amor-odio que sostenía con ella mejorase. Fue hasta la ventana para ver qué les depararía el tiempo esa mañana. El cielo estaba todavía cubierto por unas cuantas nubes grises que se movían con rapidez. La tormenta de nieve parecía haber remitido o, al menos, les estaba dando un respiro. Desde allí podía ver la cúpula de la iglesia. Estaba ansioso por hablar con el reverendo Erikssen, pero no volvía a Mora hasta el lunes. En ese instante, pensó que era mejor así, prefería interrogarlo luego de conocer los resultados que aún faltaban del examen post mórtem al cuerpo de Harriet Wozniak para contar con cierta ventaja.

Lo primero que haría al llegar a la comisaría, sería comunicarse con Mockfjärd para pedirle a la policía local todos los informes que tenían sobre la muerte dudosa de Kasper Høgh. Le inquietaba no saber por qué la anciana había escrito precisamente ese nombre antes de morir. Kasper no podía ser el asesino porque llevaba muerto dos meses. La investigación había dado un vuelco significativo después de hallar los restos de Thomaz Roth. Aunque desconocían todavía la causa de la muerte, el hecho de que hubieran enterrado el cuerpo en el bosque indicaba que se había cometido un crimen en Brandeby. El delito había prescrito hace tiempo y, si descubrían al responsable, no podrían enjuiciarlo. Sin embargo, cuando la trama secreta que rodeaba a la supuesta desaparición de Thomaz Roth saliera finalmente a la luz, sabía que lograrían hallar al asesino.

Alguien llamó a la puerta y le interrumpió los pensamientos. Observó el reloj: faltaban quince minutos para abrir Némesis, así que supuso que se trataba del primo de Greta. Aprovecharía para hablar con él sobre la venta de su apartamento. Lo recibió con una sonrisa y le invitó un café que Lasse decidió tomar en la cocina. Tras felicitarlo por la inminente paternidad, fue directo al grano. Le contó que ahora, que estaba a punto de concretar el divorcio, quería deshacerse del apartamento en el que había vivido con Pia. El joven lo escuchó con sumo interés, y Mikael pudo percibir cómo su rostro se iluminaba cuando le propuso que se quedara con él.

—Greta me dijo que tanto Hanna como tú tienen dinero ahorrado. Sé que, tal vez, es un gasto que no habían planificado, ya que también me contó que pensaban rentar un lugar para irse a vivir juntos. Si te interesa mi propuesta, podemos llegar a un acuerdo que nos convenga a ambos. ¿Qué dices?

Lasse terminó de beber el café y, luego, se rascó la cabeza.

—La verdad, tu oferta es tentadora. El apartamento me gusta —contestó al recordar el par de ocasiones en que los cuatro se habían reunido allí para cenar. Él había ponderado la decoración y los ambientes amplios—. Además, está muy bien ubicado. Tendría que consultarlo con Hanna antes de darte una respuesta.

—Perfecto, yo me pondré hoy mismo en contacto con la agencia inmobiliaria para

que envíen a alguien a tasar la propiedad. No es que tenga prisa —aclaró—, pero quiero cumplir el sueño de la pelirroja de ampliar la librería, y, para ello, necesitamos comprar la casa de al lado. Aunque el dueño ya nos dio su palabra de que nos esperaría, prefiero concretar la transacción cuanto antes. Me conformo con que me pagues la mitad ahora, yo tengo algo de dinero ahorrado, y con eso podremos afrontar el gasto de la casa y las primeras remodelaciones.

—Entonces, ¿te vas a mudar con mi prima?

Mikael asintió.

—Me paso más tiempo aquí que en mi apartamento; creo que es lo más lógico. Solo estaba esperando que saliera la sentencia de divorcio para proponérselo a Greta.

El joven miró por encima del hombro cuando vio a la pelirroja asomarse por la puerta que daba al pasillo.

—Hola, prima.

—Hola, Lasse. ¿Cómo estás?

—Aquí, comprobando una vez más que el teniente Stevic está loco de amor por ti —respondió y le guiñó el ojo.

Ella sonrió, se acercó a Mikael y se le prendió a la cintura.

—La locura es mutua, primo. ¿Te contó lo del apartamento?

—Precisamente estábamos hablando de ello.

Stevic no decía nada, solo se dedicaba a sentir el cuerpo de la muchacha pegado al suyo. La observó de reojo. Le gustaba el atuendo que había elegido para acompañarlo a la comisaría. El suéter de cuello alto en tonalidades verdes acentuaba el color de su cabello. Celebró que hubiese decidido ponerse una falda. Ella, que prefería siempre usar pantalones para estar más cómoda, esa mañana había optado por una falda de *jean*, que le llegaba por encima de las rodillas. Debajo, lucía unos abrigados leotardos negros. Unas botas de cuero con tacón le conferían, al menos, unos diez centímetros más de altura. Después de lo que le había confesado la noche anterior sobre cómo se sentía con respecto al aspecto físico de Vanja, tuvo la sensación de que se había vestido para pavonearse delante de ella.

—Lasse está entusiasmado, solo hay que esperar a ver qué piensa Hanna —comentó Mikael, que abrió la boca por primera vez desde que Greta había reaparecido en la cocina.

—Estoy segura de que le parecerá una idea estupenda; siempre me ha dicho que le gusta mucho tu apartamento. Tiene una vista excelente y, además, cuenta con la ventaja de que no está tan alejado de aquí.

Si hubiese sido por Lasse, habría dicho que sí sin pensarlo demasiado. Sabía que con el dinero que llevaban ahorrando entre los dos era factible cubrir al menos la

mitad de la compra. Esperaba convencer a Hanna de que aceptase; necesitaban un lugar donde mudarse cuanto antes, y la opción que les ofrecía Stevic era inmejorable. Ya que él había capitulado en el deseo de convertirla en su esposa para que el niño naciera dentro de una familia constituida lo menos que podía hacer ella era acceder a comprar un lugar para poder irse a vivir juntos. La pelirroja le pidió al joven que se hiciera cargo de todo en la librería mientras le hacía una visita relámpago a Karl y, tras despedirse de *Miss Marple*, Mikael y ella partieron rumbo a la comisaría.

* * *

Nadie se sorprendió cuando Veronika y Gerik Roth se presentaron a primera hora en la comisaría y exigieron hablar con el inspector Lindberg. Karl esperaba que aparecieran de un momento a otro. La maldita prensa se había metido y publicó información sobre los restos hallados en la propiedad de los Brandeby. Ahora, después de tantos años, volvería a estar frente a los padres de Thomaz. ¿Cómo haría para mirarlos a los ojos y comunicarles oficialmente que era su hijo el que había sido enterrado en aquel lugar? Frederic Grahn había logrado una identificación positiva, gracias a las pocas piezas dentales que habían encontrado y que concordaban con las del menor desaparecido en la década del ochenta. También, había podido establecer la causa de la muerte: traumatismo craneoencefálico severo provocado por algún objeto punzante. Karl estaba solo en el despacho a la espera de ese momento que hubiese deseado que no llegase nunca. Nina había insistido en estar presente durante la entrevista, pero él prefirió hacerlo por su cuenta. Ingrid acompañó a los Roth y, tras ofrecerles un café, que ambos rechazaron, cerró la puerta del despacho con lentitud.

Habían envejecido demasiado. Trató de hacer memoria de cuándo los había visto por última vez. Si no recordaba mal, había sido en la iglesia, durante una celebración navideña, un par de años antes de que Greta se mudase a Söderhamn. Era increíble que en ese tiempo, en un pueblo pequeño como Mora, no se hubiesen vuelto a cruzar. Sabía que Veronika apenas salía de la casa y que Gerik pasaba buena parte del día en el trabajo. Alguien le había contado que, desde la desaparición de Thomaz, ya no tenían vida social, que solo asistían a misa y que, cada 9 de febrero, fecha en la que habían visto a su hijo por última vez, se acercaban hasta el portón de la casa de los Lundkvist para dejar una flor. Por más macabro que le pareciera, aquel gesto cobraba un sentido completamente diferente ahora que sabían que el niño estaba muerto.

—Lamento que tengamos que volver a vernos en tan terribles circunstancias —

dijo el inspector enfocando la mirada en el padre del niño—. Iba a pasar por su casa esta misma tarde para hablar con ustedes de manera oficial.

—¿Es mi niño, verdad? —exigió saber Veronika Roth con la voz estrangulada por la angustia.

Karl, entonces, se animó a mirarla a los ojos. Había tanto dolor en ellos, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder continuar.

—Hemos conseguido identificar los restos que hallamos ayer por la tarde en el bosque que rodea la propiedad de los Lundkvist. —Hizo una pausa porque, de repente, sintió que le faltaba el aire—. En efecto, se trata de su hijo.

Gerik Roth sujetó a su esposa por los hombros cuando intentó ponerse de pie. Empezó a llorar a borbotones y temblaba como una hoja. Karl le ofreció un vaso de agua. Veronika, con un violento manotazo, terminó por tirarlo al suelo. Él se quedó con la mirada clavada en la alfombra y vio cómo empezaba a absorber el líquido lentamente, mientras escuchaba el llanto desgarrador de la mujer que, durante más de treinta años, había sufrido la ausencia de su único hijo.

—Cariño, tranquilízate, por favor —le rogó mientras intentaba contenerla—. Sabíamos que, tarde o temprano, este día llegaría. Debemos resignarnos a que, al menos, ya lo tenemos con nosotros. Después de vivir con la duda de lo que pudo haber pasado durante tanto tiempo, finalmente Thomaz volvió a casa.

Aunque no había derramado todavía ni una sola lágrima, era evidente que el señor Roth estaba tan afectado como ella.

—Lo siento mucho, de verdad —manifestó Karl y volvió a ocupar su silla. Se aflojó el nudo de la corbata—. Sé que nada se compara al dolor por la pérdida de un hijo. Yo soy padre y, si estuviera en el lugar de ustedes, estaría destrozado.

Gerik apartó la mirada de su esposa para mirarlo.

—Solo hay una cosa en este mundo que nos traería un poco de consuelo, inspector —anunció al tiempo que trataba de aparentar una fortaleza que, de seguro, no tenía—. Encuentre al que le hizo eso a mi niño. Ese maldito tiene que pagar por habernos arrebatado a Thomaz.

Karl tenía que ser completamente sincero con ellos. Se los debía. No haberles devuelto a su hijo sano y salvo como les había prometido era una deuda pendiente que tenía con ellos.

—Señor Roth, Veronika, el homicidio de Thomaz prescribió hace años, por más que descubramos ahora quién fue la persona que lo lastimó, la ley no podría hacer nada para condenarlo. —Levantó la mano para que lo dejara seguir hablando—. Sin embargo, creemos que su muerte está relacionada con otros dos homicidios que acaban de cometerse en el pueblo; por eso he decidido reabrir el caso de Thomaz. Yo

les hice la promesa de descubrir qué le había sucedido y pienso cumplir con mi palabra.

—¿Se sabe cómo murió?

—Sufrió un fuerte golpe en la cabeza. Según el forense, perdió muy rápido la conciencia, lo que evitó que sufriera. —Esto último, lo había dicho solo para evitarles otro mal trago—. Pueden quedarse tranquilos, yo mismo los mantendré al tanto de todas las novedades que vayan surgiendo en la investigación. Veronika Roth se apartó de su esposo, se enjugó las lágrimas con un pañuelo y enderezó su delgado cuerpo hacia delante antes de formular una pregunta.

—¿Cuándo podremos enterrar a nuestro hijo?

—El forense aún no ha terminado de procesar los restos, aunque me aseguraré de que sea lo antes posible —le dedicó una sonrisa comprensiva, gesto al que ella respondió con una mirada distante.

El inspector se puso de pie de inmediato cuando la mujer abandonó la silla.

—Gracias por recibirnos, inspector. —Gerik Roth extendió el brazo y estrechó la mano de Karl con fuerza—. Quedamos a la espera de noticias, entonces.

—Pueden ir tranquilos, apenas el doctor Grahn libere el cuerpo de su hijo, les avisaré para que empiecen a organizar el funeral.

El señor Roth asintió. La mujer apenas parecía prestarle atención. Karl la escuchó llorar de nuevo mientras dejaban el despacho. Cuando se quedó a solas, soltó todo el aire que había estado conteniendo en los pulmones y cerró los ojos. Acababa de experimentar uno de los momentos más difíciles desde que se había puesto el uniforme de policía por primera vez. Se dejó caer en la silla y abrió el cajón del escritorio para cerciorarse de que las píldoras que le había recetado el doctor Akelsen para la tensión arterial estaban allí. Se sirvió un poco de agua y se tomó una. Estaba masajeándose la sien cuando alguien llamó a su puerta. Imaginó que sería Nina, que iba a comprobar que todo estuviese bien. Pero se sorprendió al ver a Vanja. La invitó a pasar y la contempló mientras se sentaba en la misma silla que apenas unos segundos antes había ocupado la madre de Thomaz Roth.

—¿Cómo ha ido?

Él movió la cabeza.

—Pensaba que el paso de los años haría todo más sencillo, que me iría acostumbrando a enfrentar situaciones tan estresantes, pero acabo de darme cuenta de que no es así. Nunca es fácil decirle a alguien que su hijo ha muerto.

Vanja compartía lo que él había dicho. No podía imaginarse lo que se sentiría estar en sus zapatos en ese preciso momento. A ella, en los años que llevaba como detective privado, lo más duro que le había tocado hacer había sido confirmar una infidelidad.

En su trabajo había de todo: desde hombres que engañaban a las esposas con mujeres jovencísimas, hasta maridos que decidían probar algo distinto y tenían aventuras con otros hombres. Recordó una ocasión en la que había descubierto un triángulo amoroso bastante peculiar: la clienta, una mujer acaudalada y de una belleza inusual, la había contratado para que siguiera a su hermano porque sospechaba que estaba dilapidando la fortuna familiar en carreras de caballos. Lo que había descubierto nada tenía que ver con la afición del muchacho a las apuestas. La cara de la mujer se había quedado de piedra cuando ella le había presentado las pruebas de que su hermano y su esposo tenían un romance. Eran casos que, al final del día, lograban arrancarle una sonrisa, tal vez, por eso había desistido demasiado pronto de enrolarse en la Escuela Superior de Policía, para evitar quedarse con lo malo.

—Creo que los padres de Thomaz agradecen que haya sido usted quien les haya dado la noticia.

El inspector logró esbozar una sonrisa. Apenas conocía a la muchacha; sin embargo, sentía una especie de conexión con ella que no podía explicar. Lo atribuyó a eso que la gente llamaba «el llamado de la sangre» y lamentó que ella hubiese tardado tanto tiempo en llegar a su vida. ¡Tenían tantas cosas que recuperar! Lamentablemente, muchas de ellas se habían perdido para siempre, pero, ahora, que ya no le quedaban dudas de que era su hija, haría hasta lo imposible para construir con ella una relación de afecto y de confianza.

—Vanja, ¿te gustaría almorzar en casa este domingo?

Él fue el más sorprendido por lo que acababa de soltar, pero le había salido del alma. No tenía que ponerse a analizar el por qué de la repentina invitación. Quería compartir tiempo con ella, y era una ocasión perfecta para hacerlo.

—Me encantaría, aunque no sé qué va a pensar Greta, inspector.

—Deja que yo me encargue de los berrinches de mi hija; por lo pronto, ya no me llames «inspector», suena demasiado distante, y lo que más deseo en este momento es acercarme a ti. —Se levantó y rodeó el escritorio. Sin previo aviso, le tomó la mano —. Quiero conocerte y que me conozcas, ya perdimos mucho tiempo ignorando mutuamente que existíamos. Eres mi hija, y no necesito de un examen para saberlo. Lo del ADN fue solamente para complacer a Greta —explicó sin soltarla.

Vanja no supo qué decir. Era agradable sentir el calor de esa mano rodeando la suya. Extrañaba no tener el cariño de un padre. Había perdido a Simon siendo muy pequeña y, ahora, con la repentina aparición de Karl, sentía que la vida le estaba dando una segunda oportunidad.

—Me gustaría que Greta no desconfiara tanto de mí. Reconozco que la antipatía era mutua, sobre todo, cuando recién nos conocimos. La veía como a una niña

mimada y caprichosa, acostumbrada a hacer su santa voluntad —confesó—. Sin embargo, me di cuenta de que, en realidad, está asustada. Tiene miedo de que le robe su atención y su cariño. No lo sé, tal vez, yo en su lugar me hubiese comportado del mismo modo.

—Así es mi pequeña, pero es imposible no quererla. Te aseguro que, con el tiempo, se volverán inseparables.

La rubia tenía serias dudas al respecto, aunque prefirió guardárselas para ella.

—Acepto almorzar en su casa, sin embargo iré con una condición... Bueno, con dos, en realidad.

Él la escuchó y estuvo de acuerdo en todo lo que ella le dijo. Es más: el plan le pareció estupendo.

CAPÍTULO 24

A penas pusieron un pie dentro de la comisaría, Greta y Mikael vieron a Karl que cruzaba el pasillo acompañado por Vanja Lassgård. El teniente percibió la reacción de su pareja, aunque optó por no hacer ningún comentario. Saludaron a Ingrid y siguieron el mismo trayecto hacia el centro de comandos. Cuando Stevic vaciló en dejar entrar a Greta, ella se le adelantó y abrió la puerta antes de que se lo impidiera. Saludó con una sonrisa y se acercó a Karl para darle un abrazo. Mientras lo hacía, espiaba de reojo la pizarra en donde habían registrado las nuevas pistas que habían surgido en la investigación. Le sorprendió ver el nombre de Milo Ljumbark. Era cliente suyo en la librería y, por la lista en la que aparecía, también había sido uno de los niños que habían estado en Brandeby durante la desaparición de Thomaz Roth.

—Greta quería venir a verte porque se enteró por la prensa lo del hallazgo de restos óseos en la propiedad de los Lundkvist —se atajó el teniente previendo alguna amonestación.

Ahora que los dos casos se unían en uno solo, el inspector Lindberg volvía a estar al frente de la investigación. Más allá de sentirse desplazado, le complacía verlo de regreso al ruedo.

Karl pasó de mirar a Stevic con cierto fastidio a contemplar a Greta con una expresión resignada.

—Cariño, no era necesario que vinieses. Yo estoy bien, lo peor ya pasó.

Le contó brevemente sobre la conversación que había sostenido con los padres de Thomaz Roth y sobre la promesa que les había hecho esa vez: hallar al culpable de la muerte de su hijo.

—¿Crees que Harriet sabía lo que ocurrió con Thomaz? —preguntó la joven a Mikael.

Mientras esperaba la respuesta, miró a Vanja por un segundo, luego, al agente Bengtsson. Después de lo que le había contado, seguía sin poder imaginárselos juntos. ¡Eran tan diferentes! Pensó en la pobre de Miriam, quien, a cientos de kilómetros, ignoraba lo que hacía su novio durante su ausencia.

—Cuando Thomaz desapareció, Harriet Wozniak, así como el resto de las personas que trabajaban en Brandeby, fue debidamente interrogada e investigada —intervino Karl—. Recuerdo que ella era la cocinera del lugar y estaba muy afectada por lo sucedido. Contó que esa noche se quedó en el internado porque uno de los niños no se sentía bien, pero su declaración no aportó ningún dato importante.

—El niño que se sentía enfermo era Claes Friberg —acotó Vanja.

—Tal vez no se dio cuenta en ese momento, papá, sino mucho después —repuso Greta—. Cuando habló conmigo sobre lo que había sucedido con Thomaz, me dijo algo que ahora cobra otro sentido: «los muros de esa casa guardan terribles secretos». Ella descubrió lo que había pasado en Brandeby con Thomaz, y la mataron para que no hablara. Lo que no llego a entender todavía es por qué escribió el nombre de Kasper Høgh en el periódico precisamente antes de que yo la fuera a visitar si él murió hace dos meses.

—Es posible que Harriet se hubiese enterado de que Høgh también había sido víctima del mismo asesino y te dejó ese mensaje para que investigáramos su muerte —alegó Stevic que seguía el razonamiento de Greta para saber a dónde los conducía—. La policía de Mockfjärd prometió enviarnos todos los archivos del caso. —Miró a Cerebritito—. Peter, para no perder tiempo, consigue la lista de llamadas del teléfono de Høgh para saber si él también recibió una llamada desde aquí antes de morir.

—Teniente, a propósito de llamadas telefónicas, estuve analizando las entrantes a la residencia después de que Greta dijese que la anciana había recibido una veinticuatro horas previas a su muerte. Alguien habló con ella durante apenas cuarenta segundos...

—Fueron solo cuarenta segundos, pero la dejaron muy inquieta —interrumpió la pelirroja, por lo que se ganó un gesto de reproche de parte del inspector.

—Al igual que la llamada que le hicieron a Robert Lipponen, fue hecha desde la casa de los Lundkvist.

Todos se quedaron mudos ante aquel detalle revelador. El asesino se estaba burlando de ellos: se arriesgó a volver a la escena del crimen para continuar con ese macabro juego.

—Lo que dices confirma mi teoría de que nuestro sospechoso tiene la posibilidad de moverse por la casa sin ningún problema —manifestó Stevic—. La única explicación posible es que, de alguna manera, ha obtenido la llave para entrar cuando

le plazca.

—Y además tiene que ser alguien que conoce muy bien el lugar —agregó Greta en coincidencia con él—. Supongo que ya lo deben saber, pero, pocos meses después de la desaparición de Thomaz, hubo un incendio en Brandeby.

Todos asintieron.

—Según lo que me dijo Pernilla Apelgren, quien en esa época asistía al coro de la iglesia junto con Harriet, ella sospechaba de que había sido provocado, aunque nunca le mencionó ningún nombre.

—Con los antecedentes que tenemos de Ville Erikssen y Kasper Høgh no sería descabellado suponer que ellos estuvieron detrás del incendio —argumentó Nina—. El fuego empezó en el sótano, en un pequeño cuarto que usaban para almacenar trastos viejos.

Mikael asintió.

—Todos los caminos nos conducen al reverendo; sin embargo, no podemos probar ninguna de nuestras teorías, al menos no hasta que consigamos hablar con él.

La pelirroja tenía que concordar con el hecho de que el reverendo Erikssen podía estar ocultando algo, le había bastado hablar con él unos segundos sobre lo ocurrido con Robert Lipponen para percibirlo. Sin embargo, no creía que fuese el asesino. Ella empezaba a creer que Ville Erikssen conocía la identidad del homicida y que, tal vez, por miedo o por respetar algún precepto religioso, no se atrevía a delatarlo.

El inspector le hizo señas para que se acercara. Ella pasó por delante de Vanja sin siquiera mirarla.

—Cariño, te agradezco que hayas venido hasta aquí para verme, pero creo que es mejor que vuelvas a la librería. —La asió de los hombros, la atrajo hacia él y le dio un beso en la frente. No quería que sus palabras sonaran a reproche. Ahora que él se ponía al frente de la investigación no iba a permitir ninguna de las intromisiones de Greta. La fue llevando hacia la salida sin que ella pudiese hacer algo para evitarlo—. ¿Te gustaría almorzar en casa el domingo? —preguntó en el pasillo, cuando se quedaron a solas.

—¡Me encantaría! —respondió con una sonrisa y se olvidó de que Karl la quería fuera del centro de comandos para que no siguiese enterándose de los avances de la investigación.

—Que el teniente venga contigo. ¡Ah, trae también a *Miss Marple*, extraño sus parloteos!

—Está bien, la llevaré para que pase el día contigo.

Greta pensó, en ese momento, que sería durante ese almuerzo que le contaría a su padre acerca de la decisión que habían tomado Mikael y ella de vivir juntos.

* * *

El domingo temprano, Mikael recibió una llamada telefónica de Lasse para avisarle que, si la oferta seguía en pie, Hanna y él le comprarían el apartamento. Apenas unos minutos después, Greta recibió un mensaje de texto de la fotógrafa en el cual le decía lo mismo.

—Mañana a primera hora me pondré en contacto con la misma agencia inmobiliaria que nos vendió el apartamento a Pia y a mí cuando nos mudamos a Mora —comentó mientras, tendido en la cama, observaba cómo la pelirroja revolvía el armario en busca de algo que ponerse.

La muchacha apenas le hizo caso. Nunca entendería esa absurda manía que tenían las mujeres a la hora de elegir su vestuario. Él se había puesto lo primero que había encontrado en su propio rincón del armario. Ella, en cambio, seguía con la bata puesta y se debatía entre llevar un vestido de punto verde musgo que, según ella, le afinaba la cintura o un suéter de cuello alto con piedritas incrustadas en el canesú acompañado de unos cómodos *jeans* azules que había comprado hacía poco y todavía no había estrenado. Puso todo encima de la cama y le pidió su opinión.

—¿Tú qué te pondrías? —Se llevó la mano a la barbilla en una actitud reflexiva. Contempló la ropa como si la estuviera analizando; luego, lo miró a él con impaciencia. El teniente le sonrió.

—Creo que el vestido de punto me quedaría corto —bromeó.

—¡Mikael, es en serio!

—¿Por qué tanta ansiedad? Solo es un almuerzo en casa de tu padre —replicó él y se levantó de la cama para acercarse a ella.

—Porque es el primer almuerzo en familia desde que él y Nina se casaron, además... hoy quiero contarle a papá que te vas a mudar definitivamente al apartamento.

Stevic la asió de la cintura y la rodeó con los brazos.

—¿Cómo crees que lo tomará?

—No sé; el otro día le dije que faltaba muy poco para que firmaras los papeles de divorcio, y se puso muy contento, pero, conociéndolo, es capaz de oponerse a que vivamos juntos hasta que no le pongamos la sentencia de divorcio delante de la cara.

Él tuvo que darle la razón, Karl le había advertido desde el principio que debía hacer las cosas bien con su hija y, aunque estaba a punto de convertirse de nuevo en un hombre libre, todavía tenía que asistir a una última reunión con los abogados y Pia antes de estampar la firma en el papel.

—Sé que todavía no hemos concretado la venta, aunque Lasse ya me dio su palabra de que se quedarán con el apartamento, ¿te parece muy precipitado si empiezo a mudarme esta misma semana? Lo más lógico sería esperar hasta que la casa de al lado sea nuestra pero...

Se detuvo cuando Greta se volvió y lo miró directamente a los ojos.

—Por supuesto que no —se apresuró a responder. Era incapaz de ocultar el entusiasmo que le provocaba la idea de convivir oficialmente con él bajo el mismo techo—. Puedo pedirle las llaves prestadas al señor Olander para ir trayendo todos tus bártulos; sería una pérdida de tiempo amontonar todo aquí para luego trasladarlo a la casa.

—Piensas en todo, pelirroja —dijo Mikael mientras se apretaba contra ella. Colocó ambas manos en su vientre y comenzó a masajearlo—. ¿Es tarde o tenemos tiempo?

—¿Tiempo para qué, teniente? —preguntó Greta mientras dejaba que él le desatara el nudo de la bata.

La respuesta llegó en forma de un beso apasionado en el cuello. Cuando su intención fue dejarla desnuda, lo detuvo de repente.

—Mikael, no podemos... —rogó sin contar con que era su propio cuerpo el que la estaba traicionando.

—¿Por qué? —le susurró al oído antes de que la bata fuese a parar al suelo.

Ella miró el reloj que colgaba de la pared. Hacía ya más de una hora que se había levantado y todavía no decidía qué ponerse.

—Porque quiero llegar a casa de papá temprano para ayudar a Nina con el almuerzo —respondió al tiempo que se recostaba sobre el pecho masculino—. No hemos desayunado aún, y tengo que preparar a *Miss Marple*.

De mala gana, él la soltó.

—¿Sonaría muy egoísta de mi parte si sugiero que se quede con ellos esta noche? Me prometiste un fin de semana a solas en Sandhamn, aunque veo difícil que podamos viajar ahora. Creo que una noche contigo, sin las molestas interrupciones de la lora, es un premio que me merezco por la infinita paciencia que te he tenido todos estos días.

—Supongo que a papá no le importará cuidarla esta noche.

Volvió a darle la espalda y se inclinó desnuda sobre la cama para optar finalmente por el vestido de lanilla color verde musgo que le estilizaba la silueta. Caminó hacia el espejo, consciente del gemido ahogado que soltó Stevic, mientras ella se movía por la habitación como Dios la trajo al mundo. Se probó el vestido por encima para asegurarse de que estaba tomando la decisión correcta. Buscó la mirada de él a través

del espejo.

—¿Qué dices?

Mikael se acercó para contemplarla mejor.

—¡Despampanante! —exclamó antes de darle un pellizco en el trasero—. Mejor me voy a preparar el desayuno; si sigo aquí, no respondo por lo que pueda sucederte.

Ella celebró la propuesta. Había amanecido con un apetito voraz y dejaría que Mikael se esmerara en la cocina. Cuando estaba todavía arreglándose, le llegó el intenso aroma del café recién hecho. Se peinó en un santiamén, se recogió el pelo en lo alto de la cabeza con una cola de caballo y revisó el bolso antes de abandonar la habitación.

* * *

En un evidente gesto de fastidio, Vanja arrojó la revista que estaba hojeando encima de la mesita. Se había levantado temprano y tras un breve desayuno en el restaurante del hotel había regresado a la habitación para hacer tiempo. Miró su reloj por enésima vez y se preguntó cuál sería la mejor hora para aparecerse en la casa del inspector Lindberg. No lo habían acordado previamente, tan solo la había invitado a almorzar y, ahora, dudaba entre llegar temprano para dar una mano en la cocina o aparecer justo sobre la hora para no incomodar a nadie.

Se levantó y fue hasta la ventana. La temperatura seguía descendiendo, pero, al menos, ya no nevaba; según los del servicio meteorológico, lo peor ya había pasado. Se mesó el cabello hacia atrás. Aprovechando que ya no soplaba el viento, decidió soltárselo. Para vestir había elegido unos pantalones vaqueros y se había puesto un chaleco de lana negro encima de la camisa. En los pies, llevaba sus imprescindibles borceguíes que además de ser cómodos, la protegían del frío. Giró sobre los talones cuando escuchó el *ringtone* del móvil. Barrió la habitación con la mirada mientras trataba de recordar dónde demonios lo había dejado. Lo encontró debajo de la chaqueta, a los pies de la cama. Sabía que era su madre y, aunque no planeaba hablar con ella esa mañana para evitar ponerse más nerviosa por el primer almuerzo que compartiría con Karl, no tuvo corazón para ignorarla.

—Hola, mamá —saludó y se dejó caer de nuevo en el sillón.

—Buenos días, cielo. ¿Cómo estás?

Desde que había llegado a Mora, Vanja la había llamado en tres ocasiones; en ninguna de ellas, Isabell le había preguntado sobre Karl Lindberg.

—Muy bien, ¿y tú?

—No pude dormir anoche, Vanja —dijo sin poder simular la angustia que la embargaba por tener lejos a su única hija—. Esta mañana, lo primero que hice fue marcar tu número... Necesitaba oír tu voz.

A la joven se le hizo un nudo en la garganta.

—Mamá, estoy en medio de la investigación y no puedo abandonar el pueblo ahora, pero, si me extrañas tanto, puedo tomarme al menos una tarde para ir a visitarte. El clima ha cambiado y dicen que va a mejorar los próximos días.

—¿Por qué no vienes hoy? Aquí está soleado y pensé que podríamos ir a recorrer la galería de arte. Han abierto una nueva exposición con obras de Ida von Schulzenheim —propuso e hizo alusión a la artista favorita de la detective.

En su habitación, justo sobre la cama, Vanja tenía una réplica de *Niño con dos galgos*, cuadro que la artista, nacida en Estocolmo, había pintado en 1890 y que había sido un regalo de su tía Bengta. La joven no planeaba mentirle. Isabell tenía que saber que ese día iba a compartir el almuerzo con Karl.

—Mamá, hoy es imposible. Recibí una invitación para ir a almorzar y no sé a qué hora podré desocuparme.

No se animó a entrar en detalles enseguida, aunque sabía que su madre no tardaría en acribillarla a preguntas.

—¿Quién te invitó, cariño? ¿Has conocido a alguien en Mora?

Por un segundo, se le cruzó la loca idea de soltar el nombre de Peter, pero se mordió la lengua antes decir algo.

—Mamá, he venido al pueblo para investigar la muerte de Robert Lipponen, no para involucrarme con algún hombre. No estaba mintiendo, después de todo, el revólver con el agente Bengtsson, había sido solo eso: un revólver que seguramente pronto pasaría a formar parte de su lista de «encuentros amorosos con cero compromiso».

—Hablando de hombres, el otro día me encontré por casualidad con el comisario Konrad. Me preguntó por ti, si sabía cuándo regresabas de Mora. Creo que le gustas, cariño.

—¡Mamá, no empieces!

—¿Qué tiene de malo? Es atractivo, simpático, está soltero y, además, tiene un puesto de jerarquía dentro de la policía local que le proporciona un buen pasar económico. No te faltaría nada al lado suyo, hija.

—¡Y es pedante, malhumorado y no le gusta en lo más mínimo cada vez que intervengo en alguna de sus investigaciones! —replicó.

¿Cómo era posible que su madre pensara que entre un hombre como Hesse

Konrad y ella pudiese haber algo? De todas las cualidades que había mencionado su madre, solo dos eran verdaderas. El comisario sí estaba soltero, y había una explicación razonable: ninguna mujer con dos dedos de frente aceptaría enredarse con alguien como él. También podía alardear de haber obtenido el grado de comisario a pesar de ser joven, reconocimiento que, de seguro, había obtenido gracias a las influencias de un tío que era comandante de policía. ¿Pero atractivo y simpático? Sin dudas, Isabell estaba tratando de metérselo por los ojos a como diera lugar.

—¿Con quién vas a almorzar entonces? —insistió en saber y se resignó, por el momento, a que el comisario no estaba dentro de la lista de intereses de su hija.

Se hizo un silencio demasiado abrumador.

—Vanja, ¿por qué no me contestas?

—Mamá, almorzaré con Karl Lindberg en su casa. Él me invitó y no pude decirle que no. —Hizo una pausa para darle tiempo a Isabell de asumir lo que estaba oyendo—. El poco tiempo que llevo tratándolo me ha servido para darme cuenta de que es un buen hombre. Quiere conocerme, y yo quiero lo mismo. No te lo conté, pero tengo una hermana. Se llama Greta, es pelirroja y tiene unos pocos años menos que yo. No nos caímos muy bien, aunque intuyo que podríamos llegar a entendernos. —Cuando pasó demasiado tiempo sin que ella dijese nada, preguntó—. ¿Sigues ahí?

—Sí, Vanja, sigo aquí.

—Por favor, no te sientas mal por todo esto, mamá. Necesito que comprendas mi postura —pidió—. Después de tantos años, acabo de enterarme que mi padre no es el hombre que amé toda mi vida, el que extraño cada noche cuando me voy a dormir. Mi intención no es angustiarte; tampoco, dejarte de lado mientras aprendo a sobrellevar esta verdad que me golpeó cuando menos lo esperaba. Lo único que deseo es pasar tiempo con Karl y su familia. Es mi padre, recién ahora lo estoy asimilando; él quiere que forme parte de su vida y yo lo quiero en la mía. ¿Es tan complicado de entender?

—No, cariño, no lo es. Cuando supe que irías a Mora, adiviné que un día me dirías todo esto que me dices ahora. Creía que me costaría más aceptar el hecho de que ahora no eres solo mía, de que tendré que compartirte con un padre y una hermana.

Se detuvo para respirar hondo. Estaba a punto de llorar; aun así, logró evitar que su interlocutora se diera cuenta. Se consoló pensando que era bueno que hubiese encontrado a Karl, también era bueno que tuviese una hermana. Cuando el Alzheimer le robara hasta la identidad a Isabell, Vanja podría refugiarse de tanto dolor al lado de ellos.

—Te amo mucho, mamá —soltó de repente, presa de la emoción.

Isabell ya no pudo contener las lágrimas, tampoco quiso.

—Yo también te amo, cariño, y nunca dudes de que lo único que deseo en esta

vida es que seas feliz. Ve a almorzar a casa de Karl, pasa tiempo con él y con su hija. No te preocupes por mí, Vanja, yo voy a estar bien. Eso sí, esta noche me llamas y me cuentas cómo te ha ido. No me iré a dormir hasta que hablemos —advirtió en son de broma mientras intentaba sonreír.

—Está bien, prometo llamarte apenas llegue al hotel.

Después de despedirse de ella, la detective se quedó un rato más tirada en el sofá y contempló el techo de la habitación mientras pensaba en lo que estaba a punto de ocurrir. No le preocupaba Karl, tampoco Nina. Lo que le inquietaba era la reacción de Greta cuando la viese dispuesta a compartir un almuerzo en familia. La primera vez, la pelirroja se había esmerado en dejarle bien en claro que no le agradaba en lo más mínimo su presencia allí; por eso, le había pedido a Karl que la invitase. Era su hermana y, tarde o temprano, Greta tendría que aceptarlo. Abandonó la comodidad del sillón, se puso la chaqueta de abrigo y tomó el bolso.

—De camino a casa de mi padre, compraré una botella de vino —balbuceó mientras se metía en el ascensor.

Ni siquiera se sorprendió cuando cayó en la cuenta de que no había dicho «Karl», sino «mi padre». Lo repitió varias veces más hasta comprobar que ya no se sentía incómoda reemplazando el distante «inspector Lindberg» por un término más cariñoso.

CAPÍTULO 25

Cuando el Mini Cabrio viró en Älvgatan, y Greta vio el Volkswagen Scirocco de Vanja, aminoró la marcha.

—¡No puede ser! —exclamó al tiempo que apretaba el volante con fuerza.

Reticente a continuar, se detuvo a un costado de la calle, a unos cien metros de distancia.

—Greta...

Ella lo miró. De sus ojos azules saltaban chispas.

—¿Tú lo sabías? —lo increpó.

—¡No, por supuesto que no! —respondió Mikael, que se puso con rapidez a la defensiva.

No estaba dispuesto a tener otra discusión con ella por culpa de Vanja Lassgård. En medio de la rabia, Greta soltó una carcajada irónica.

—¡Papá me ha tendido una trampa! —Soltó el volante y se volteó hacia él—. ¿Por qué me hace esto, Mikael? ¡No lo entiendo!

El teniente la asió de las manos. Empezó a acariciarlas cuando notó que temblaban.

—Greta, lo quieras o no, a partir de ahora, Vanja va a formar parte de la vida de tu padre. —Stevic no estaba al tanto de que la detective hubiese sido invitada al almuerzo, aunque sí era culpable de haberle ocultado que el inspector ya tenía los resultados del examen de ADN. La tarde anterior, el doctor Grahn se los había entregado delante de él en el centro de comandos—. No puedes evitarla, tampoco ponerte de esa manera cada vez que te encuentras con ella. Si Karl planeó este almuerzo para juntarlas, deberías, al menos, darte la oportunidad de tratarla. Hasta ahora, no has querido hacerlo, y tú, mejor que nadie, sabe que no es fiable dejarse

llevar por la apariencia de una persona o quedarse con una primera impresión, que puede resultar errónea. Cuando me conociste, ¿qué pensaste de mí?

Ella no le respondió. Seguía rumiando su rabia en silencio mientras lo escuchaba.

—Sabías que tenía fama de mujeriego, que engañaba a mi mujer y que, a pesar de ser responsable en mi profesión, de seguro pensabas que como esposo dejaba mucho que desear, ¿no es así?

Greta asintió.

—Por eso te resistías a aceptar que sentías algo por mí y me evitabas. —No se sentía cómodo hablando de sus días como conquistador nato y esposo infiel—. Pero terminaste por enamorarte de mí y descubriste que, a pesar de todo lo que se decía, había algo bueno en mí.

—No es lo mismo —replicó al tiempo que negaba con la cabeza.

—Tal vez no, pero te demuestra que tienes que conocer bien a la persona antes de juzgarla. Yo dejé de seducir a cuanta mujer se me cruzaba en el camino y, contigo, me planteé, por primera vez en la vida, la posibilidad de serle fiel a una sola. Eso fue lo único en lo que cambié, Greta, en todo lo demás, sigo siendo el mismo que conociste hace un año.

No tenía manera de refutar esas palabras. Aunque le costase reconocerlo, Mikael tenía razón. En los labios se le asomó una tibia sonrisa.

—Sus argumentos son muy difíciles de rebatir, teniente. Haré el intento, al menos, de no mirar a Vanja con mala cara, pero no me pidas nada más —advirtió—. Lo que en verdad me molesta no es que papá la haya invitado a almorzar, sino que no me hubiese avisado antes.

—Probablemente quería darte una sorpresa o, tal vez, sabía que, si te lo decía, no ibas a venir. En todo caso, Greta, no te la agarres con Karl.

—¡Greta! ¡Greta! ¡Greta!

El estridente parloteo de *Miss Marple* retumbó en el interior del Mini Cabrio, ensordeciéndolos. La joven encendió el motor y reanudó la marcha. Mikael fue el encargado de trasladar la jaula. La lora no se quedaba quieta, parecía haberse dado cuenta de dónde estaban y empezó a batir las alas como una posesa para que la liberaran. No esperó la opinión de la dueña, le abrió la puerta y, cuando le puso la mano, *Miss Marple* se le trepó por el brazo hasta afirmarse en el hueco del hombro. La pelirroja sonrió complacida por la inesperada respuesta del animal hacia Stevic. Sacó la botella de vino que había comprado la tarde anterior y los alcanzó.

—Veo que ya la has conquistado —comentó mientras le daba unos golpecitos a la lora en el pico.

—Tiene su temperamento, así como hoy se sube a mi hombro, mañana puede

intentar arrancarme el dedo de un picotazo —bromeó—. Debe ser cierto eso que dicen...

Greta frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—¡A que las mascotas terminan por parecerse a sus dueños! —Tras decirlo, se apartó de ella para evitar que diera un codazo, pero la muchacha estaba ocupada, agitaba la mano y le sonreía a la señora Apelgren quien, a su vez, los saludaba desde el jardín de su casa.

—La pobre de Pernilla debe estar caminando por las paredes, tratando de adivinar quién es esa mujer rubia y bonita que ya ha visitado a papá en dos oportunidades —comentó mientras subía las escaleras del porche.

—Me sorprende que, a esta altura, no lo sepa todavía —respondió Mikael, que se volvió por última vez para devolverle la sonrisa a la anciana antes de ingresar en la casa.

Greta dejó el abrigo y la boina en el perchero, después se ocupó de *Miss Marple* para que el teniente hiciera lo mismo con la chaqueta. Estaban por abandonar el vestíbulo, cuando Nina les salió al encuentro. Saludó a la joven con un beso en la mejilla y a su compañero con un abrazo. Recibió la botella de vino y los escoltó hasta el salón. La pelirroja se detuvo en seco cuando vio que su padre le mostraba el álbum de fotografías familiar a Vanja. Estaban sentados en el sofá de dos cuerpos, muy cerca uno del otro. La rubia sonreía mientras Karl le relataba una anécdota de cuando Greta tenía cuatro años y se había empeñado en que le comprasen un caballo después de haber estado en Nusnas, en la feria local, donde se exhibían una gran variedad de piezas de madera de los famosos Dala Horse. Por supuesto, había tenido que conformarse con un caballito de madera rojo, que ahora adornaba uno de los estantes de la biblioteca del apartamento. En esa fotografía en particular, había salido con los ojos hinchados de tanto llorar y las mejillas coloradas. Si hubiese sido por ella, jamás habría dejado que su madre la guardara en el álbum familiar. Cuando Karl la vio, se puso con rapidez de pie y se acercó. Vanja se movió en su sitio, pero permaneció sentada.

—Hola, cariño.

La besó en ambas mejillas y no se opuso cuando *Miss Marple* saltó del hombro de la joven al suyo. Miró de soslayo a Mikael y, en un gesto de complicidad, le dio las gracias por haber convencido a su hija de que no se marchara después de descubrir que su media hermana los acompañaría a almorzar. Fue Vanja la primera en romper el hielo.

—Hola, Greta. ¿Cómo estás?

Por unos segundos, la pelirroja no dijo nada; sin embargo, cuando se topó con la mirada paterna, se le hizo un nudo en la garganta. Él no se merecía otro desplante. Respiró hondo y trató de poner la mejor de las sonrisas.

—Bien, ¿y tú?

Parecía que ambas habían estudiado el mismo libreto, pero, al menos, era una buena manera de empezar a entablar una relación. Nina regresó de la cocina, y Greta de inmediato se ofreció a darle una mano con el almuerzo. No esperaba que la detective también se les uniera. El inspector consintió a *Miss Marple* con una almendra y regresó al sillón. Mikael estaba hojeando el álbum de fotografías del que Greta era, sin dudas, la protagonista absoluta en casi todas las fotos. Había imágenes de ella desde que era bebé hasta una de las más recientes, que había sido tomada durante su último cumpleaños, en la que también aparecía él. Sonrió cuando encontró una copia de la fotografía que Karl tenía en el despacho. Fue inevitable no evocar la mañana en la que había conocido a la muchacha y le había comentado lo molesta que estaba porque el inspector exponía orgulloso encima del escritorio esa foto en la que, según ella, había salido bastante desfavorecida. Iba a comentárselo a Karl, pero se dio cuenta de que su atención no estaba allí. Jugeteaba con la lora, pero, mientras lo hacía, desviaba la mirada hacia la puerta de la cocina. Miró la hora, faltaban diez minutos para las once. Ese domingo el IFK Göteborg jugaba contra el Malmö FF por la liga. Ambos equipos eran los dos únicos en la Allsvenskan que compartían casi la misma cantidad de títulos obtenidos, hecho que, sin duda, había aumentado la rivalidad tanto dentro como fuera del campo. Pidió permiso a Karl para encender la televisión y trató de concentrarse en el partido, pero, al igual que su suegro, se moría de ganas de saber qué estaba ocurriendo entre las tres mujeres en la cocina.

* * *

Nina había querido lucirse con el almuerzo y había decidido preparar lo que mejor le salía: *kroppkakor* rellenas con cerdo y cebolla. Mientras Greta pelaba las patatas, Vanja cortaba en pequeños trozos la carne de cerdo. Ambas estaban sentadas en la mesa, frente a frente, concentradas en las tareas culinarias o, al menos, es lo que parecía. La sargento bajó el fuego de la hornalla sobre la que estaba hirviendo el agua y, con un recipiente lleno de arándanos para preparar una salsa, se ubicó al lado de la pelirroja.

—¿Has visto a Pernilla cuando llegaste? —preguntó, dispuesta a conseguir que

ambas muchachas entablaran una conversación.

—Sí, estaba quitando la nieve en el jardín con una pala tan pequeña que daba risa, de seguro quería husmear quién los visitaba sin despertar sospechas —respondió mientras se pasaba la mano por la frente para apartarse el flequillo.

El comentario hizo que la detective sonriera. La anfitriona sintió que de a poco el hielo se iba rompiendo.

—Se ha pasado casi toda la mañana mirando hacia aquí —agregó y se aprovechó de la afición de la anciana por el chisme para crear una atmósfera más distendida entre las muchachas—. Les juro que en un momento creí que cruzaría la calle y, sin más, preguntaría quién nos estaba visitando.

—¿Es tan chismosa como dicen? —preguntó Vanja, que intervino por primera vez en la conversación.

Nina iba a responderle, pero, cuando se dio cuenta de que Greta pretendía hacer lo mismo, se abstuvo de abrir la boca.

—¿Conoces a Jane Marple?

—Claro, es protagonista recurrente en las novelas de Agatha Christie. Has bautizado a tu lora «Miss Marple», por lo que deduzco que es uno de tus personajes favoritos.

—Sí, lo es, y Pernilla Apelgren se parece bastante a ella, no solo en el aspecto físico. Nuestra adorable vecina es tan curiosa como Jane Marple y siempre termina por enterarse de todo lo que sucede en el pueblo.

—Greta siente pasión por Agatha Christie, Vanja. Ha leído todas sus novelas y hasta sabe de memoria muchos fragmentos.

—Yo solía leerla mientras vivía en Estocolmo —comentó la rubia entrecerrando los ojos por causa del picor que le provocaba las cebollas.

—¿Viviste en la capital? —preguntó la pelirroja con interés.

—Sí, me mudé allí para ingresar en la academia de detectives. Estuve cuatro años y medio, hasta que me gradué. Luego, volví a Sandviken para abrir mi propia agencia.

De repente, y sin proponérselo, la joven Lindberg tuvo curiosidad por saber más de ella. Indagó sobre sus días en Estocolmo y sobre sus gustos literarios. Cuando la rubia le contó que en su casa tenía una enorme biblioteca que ocupaba una de las paredes del salón de punta a punta, se sintió identificada de inmediato con ella. Compartían, además, la pasión por el mismo género y el autor favorito de la detective era Henning Mankell, a quien había tenido la suerte de conocer durante una firma de libros en Estocolmo. Cuando le dijo que, incluso, se había sacado una foto con él, Greta se mordió los labios de la envidia.

Nina las escuchaba sin intervenir, sorprendida por la rapidez con la que las

hermanas habían entablado una conversación sin necesidad de que ella les diera pie. Sabía que tendrían un punto en común que lograría que Vanja se soltara y que Greta ya no la mirara como un perro rabioso dispuesto a todo con tal de defender su hueso. Entre las tres terminaron de preparar las *kroppkakor*. Fue Greta la que tuvo el honor de ser la primera en probarlas. Tomó un tenedor y pinchó una de las patatas que se deshizo rápidamente en el plato. Se llevó una pequeña porción a la boca, cerró los ojos en un claro gesto de beneplácito, luego, le pasó el tenedor a Vanja para que ella también probara aquella delicia.

—¿No crees que le falta un poco de sazón?

Se volvió hacia la repisa que colgaba al lado del refrigerador en donde se guardaban los frascos con las especias y tomó el que contenía el tomillo. Miró a Nina, luego, a Greta, en busca del consentimiento de ambas y espolvoreó las *kroppkakor* con la hierba seca. Cuando las probó, ambas la felicitaron por el toque distinto que acababa de darle al almuerzo. La pelirroja no fue capaz de contradecirla, las bolas de patatas rellenas tenían ahora un sabor mucho más intenso. Karl, ansioso por saber lo que estaba ocurriendo, irrumpió en ese momento en la cocina. Se asombró gratamente cuando vio que Greta y Vanja estaban trabajando a la par y preparaban todo para servir el almuerzo en el comedor. Se acercó a Nina, en busca de una explicación para aquel cambio repentino en la actitud de sus hijas.

—Simplemente empezaron a hablar de libros y no han parado desde entonces —le murmuró al oído para que las muchachas no la escucharan.

Greta les sonrió mientras colocaba varias piezas de pan en un recipiente de mimbre. Vanja, por su parte, se estaba encargando de la salsa de arándanos. Cuando llegó el momento de elegir el vino para acompañar el almuerzo, se desató el primer conflicto, ya que ambas habían llevado una botella. Para sorpresa de todos, fue Greta la que propuso abrir el merlot de la detective y dejar el suyo para otra ocasión.

La comida transcurrió en un clima distendido. Mikael hacía rato que había apagado la televisión. Karl ocupaba la cabecera mientras que Nina se había ubicado en el otro extremo. La pelirroja y el teniente se habían sentado a la derecha del anfitrión y la rubia, a la izquierda. Por supuesto, durante el almuerzo, el inspector prohibió terminantemente hablar de la investigación. No porque estuviese Greta presente, sino porque no quería pensar en el trabajo; al menos, no hasta el lunes a la mañana.

Nina les contó sobre el viaje a Malmö y de la atrevida camarera del hotel, que cada vez que se cruzaba con ellos, le guiñaba el ojo a Karl. Él hizo un comentario gracioso sobre la situación y todos se echaron a reír. En un momento dado, Stevic buscó la mano de Greta por debajo de la mesa y se la apretó. Aquella era la señal que

ambos habían acordado para anunciarle a Karl que habían decidido vivir juntos. La joven bebió un poco más de vino y se secó los labios con la servilleta. Luego, miró a su padre. Estaba relajado, con la sonrisa permanentemente instalada en el rostro.

—Papá... Tenemos algo que contar. —Sonrió al teniente. Sus manos seguían entrelazadas, pero, ahora, por encima de la mesa—. Mikael y yo vamos a comprar la casa de Lilja Olander. Su hermano acaba de ponerla a la venta, y es la oportunidad que estaba esperando para ampliar Némesis.

Una expresión de desconcierto borró de un plumazo la sonrisa del inspector. Esos ojos azules se posaron en Greta durante unos segundos en los que no dijo absolutamente nada; después, taladró a Stevic con la mirada, a la espera de que él tomara la palabra. Sin dejarse intimidar por esa actitud, el teniente se aclaró la garganta antes de hablar.

—Karl, te prometí que haría las cosas bien y no pienso fallarte —explicó—. Los abogados que llevan adelante los trámites del divorcio me aseguraron que la sentencia saldría para fin de año. Prácticamente, soy un hombre libre, y por eso me atreví a proponerle a Greta que nos fuéramos a vivir juntos. Ella necesitaba dinero para concretar la compra de la casa y poder cumplir el sueño de ampliar la librería, así que no había que pensarlo demasiado. Le venderé mi apartamento a Lasse, y, con esa cantidad más lo que tengo ahorrado en el banco, podremos afrontar la mayor parte de los gastos.

El inspector volvió a mirar a su hija.

—Greta, ¿por qué no recurriste a mí? Sabes que podría haberte prestado el dinero...

—Papá, ya me ayudaste demasiado cuando me diste el monto que me faltaba para comprar la librería. No hubiese sido justo depender de nuevo de tu dinero, mucho menos ahora que ya no estás solo. —Le sonrió a Nina, quien parecía estar mucho más contenta que Karl por las buenas nuevas—. La propuesta de Mikael era imposible de rechazar. Nos mudaremos a la casa nueva y remodelaré por completo el apartamento porque mi idea es poner un rincón de lectura juvenil y tener un espacio propio para las reuniones del Club de Lectura.

—Es un proyecto muy interesante —comentó la sargento al tiempo que le hacía una seña imperceptible a su esposo.

Con cierta solemnidad, luego de servirles un poco más del merlot, Karl se puso de pie y propuso un brindis. Todos de pie también, alrededor de la mesa, alzaron las copas.

—¡Por la felicidad de Greta y de Mikael! —Cuando le tocó chocar la copa con la del teniente, le lanzó una advertencia—. Si faltas a tu palabra y terminas por lastimar

a mi niña, ya sabes muy bien lo que te espera, Stevic...

En un gesto instintivo, Mikael desvió la mirada hacia la entrepuerta. Tragó saliva. Sabía que a Karl no le temblaría el pulso a la hora de cumplir lo que le había prometido en el despacho el día que había decidido contarle que estaba saliendo con su hija. Ni Greta ni Vanja entendieron exactamente qué quería decir Karl con aquellas enigmáticas palabras. Nina, en cambio, podía llegar a imaginárselo, ya que bastaba ver la expresión en el rostro de su compañero para darse cuenta de que la amenaza había sido importante. Cuando la tensión del momento pasó, y el inspector escuchaba atento los planes de Greta para Némesis, Nina resolvió que era la ocasión perfecta para hacer otro anuncio. Fue hasta el pequeño secreter que estaba junto a la ventana y sacó un sobre de papel manila de uno de los cajones. Ella lo miró algo desconcertada y buscó alguna etiqueta que le indicara de qué se trataba.

—Ábrelo, Greta —la exhortó Karl antes de beberse la última gota de vino para darse valor.

—¿Por qué tanto misterio? —quiso saber, aunque nadie le respondió.

Mikael le sonrió y comprendió entonces que él, al igual que los demás, estaba al tanto de lo que sucedía. Miró a la detective, parecía más confundida que ella. Finalmente, se acercó a Nina y abrió el sobre. En su interior había un solo documento. Saltó hasta la parte de abajo, donde reconoció la firma del doctor Frederic Grahn. Había una lista interminable e inentendible de números y letras, sin embargo, cuando leyó los otros dos nombres que aparecían en la esquina superior derecha, supo inmediatamente de qué se trataba. Era el resultado de la prueba de paternidad que aseguraba en un 99,98 por ciento que Karl Lindberg era el padre de biológico de Vanja Lassgård.

De pronto, sintió que las piernas ya no le respondían. Necesitaba sentarse antes de perder el equilibrio. Se dejó caer con pesadez en la silla. Volvió a releer el documento. Ya no había dudas, Vanja era hija de su padre. La miró. Ella seguía ignorando lo que ocurría.

—Decías la verdad... —balbuceó mientras le entregaba en mano el resultado del examen de paternidad.

La rubia lo leyó. Se mostró menos sorprendida que Greta, incluso parecía mucho más tranquila. El papel que tenía frente a sus ojos solo era una mera formalidad, ahora la ciencia demostraba por fin que nunca había mentado. Karl Lindberg era su padre, y Greta, su media hermana.

—¿Lo lamentas? —La pregunta de Vanja iba dirigida a ella.

La pelirroja respiró hondo, tuvo deseos de echarse a llorar cuando percibió cómo su padre apretaba la mano de Nina con fuerza mientras la miraba. Quería abrazarlo,

decirle que estaba dispuesta a aceptar aquella situación si eso lo hacía feliz. Hizo un gran esfuerzo y enfrentó a su hermana.

—No, Vanja, no lo lamento. —Le sonrió a Karl, luego, la volvió a mirar a los ojos—. Aprendí que la vida nunca deja de sorprendernos. Tu aparición, sin dudas, fue algo que no esperaba. Solo te pido un poco de tiempo; no será sencillo acostumbrarme a la idea de que tengo una hermana mayor, pero ese detalle no debería preocuparte —aseguró—. Cuando papá y Nina empezaron a salir, tampoco lo podía asimilar... Ahora no podría imaginar a uno sin el otro.

La reacción de Greta, sin dudas, los dejó boquiabiertos. Se hizo un silencio generalizado durante el cual nadie se atrevió a decir nada. La emoción aún flotaba en el aire cuando *Miss Marple* irrumpió en el comedor, y su particular versión de *Mamma Mia*, provocó la risa de todos.

CAPÍTULO 26

El lunes por la mañana cuando Mikael entró al despacho, vio un sobre sellado encima de su escritorio. Habían adjuntado una nota que decía: «No lo vas a creer, Stevic». Cuando lo abrió, sonrió satisfecho. Era el resultado del examen toxicológico que se le había hecho a las vísceras de Harriet Wozniak; también le había adjuntado el de Robert Lipponen. A medida que iba leyendo, la sonrisa en su rostro se fue ensanchando.

—¡Bingo!

Con los papeles en la mano, se dirigió al centro de comandos en donde lo esperaban los demás.

—Tenemos que traer al reverendo ya mismo —ordenó al tiempo que azotaba la puerta con violencia—. La sustancia que se halló en el cuerpo de Harriet Wozniak es la que utilizó su esposa el año pasado para asesinar a Annete Nyborg. Y eso no es todo... Robert Lipponen también fue narcotizado del mismo modo.

—Adenosina... —balbuceó la sargento Wallström mientras procesaba en la mente la bomba que acababa de lanzarles el teniente.

—Sí, Nina. No puede ser casualidad: él visitó a la anciana apenas un par de horas antes de que se produjera el fatal desenlace.

—¿Pero cómo explicas lo de las llamadas? ¿Por qué hacerlas desde la propiedad de los Lundkvist y no desde su casa? —retrucó Vanja poco convencida.

—Tal vez llamar desde el lugar donde se desató la tragedia hace más de treinta años es parte de su venganza. Sé que todavía hay varios huecos en mi teoría, y descubrir cómo el asesino obtuvo la llave para entrar a la casa es uno de ellos, pero es una duda que pienso aclarar cuando hable con él. —Miró a Cerebritito—. ¿Has conseguido los registros telefónicos de Kasper Høgh?

—No, teniente, aunque prometieron enviármelos hoy mismo.

Stevic asintió, luego miró al inspector Lindberg. No había dicho ni una sola palabra desde que había entrado al centro de comandos.

—¿Qué piensas, Karl?

—Erikssen parece el sospechoso más viable, sobre todo después de saber cuál era su conducta durante la época en la que estuvo en Brandeby. Como dices, hay algunos detalles que no cierran; sin embargo, es el primer indicio firme que tenemos. No podemos ignorar el hecho de que Harriet Wozniak fue asesinada con adenosina y que usó la misma droga para someter a Lipponen.

—Voy a mandar ya mismo a buscarlo; si no volvió todavía de Estocolmo, ordenaré montar guardia frente a la iglesia para estar atentos a su llegada.

Ingrid llamó a la puerta y le acercó una carpeta al inspector. Le dedicó una sonrisa a Mikael y volvió a salir.

—¿Qué sucede? —preguntó el teniente ante el cambio de expresión en el rostro de su suegro.

—El doctor Grahn acaba de mandarme esto. —Sacó un papel de la carpeta y se lo entregó—. Supongo que ha sido cosa tuya porque, aunque acabo de incorporarme a la investigación, no recuerdo que el laboratorio estuviese peritando un broche en forma de mariposa.

Stevic no dijo nada, leyó el papel antes de responder.

—No dije nada porque era evidencia que no se obtuvo de manera legal, por lo tanto no tendría validez luego en la corte —explicó y, antes de que Karl lo interrumpiera, agregó—: Greta estaba presente en la residencia de ancianos cuando los paramédicos sacaban el cuerpo de Harriet. Se metió en la habitación y no solo encontró el nombre de Kasper Høgh escrito en uno de los crucigramas que la anciana solía completar —confesó—, también halló un broche con forma de mariposa debajo de la cama de Harriet y era similar al que llevaba al momento de su muerte. Esa misma noche me lo entregó a mí y le pedí al doctor Grahn que lo analizara en busca de huellas. No encontró ninguna, lo que confirma las sospechas de Greta: el asesino le puso los broches en el pelo antes o después de matarla, de seguro cuando los paramédicos intentaron reanimarla, uno de ellos fue a parar debajo de la cama.

—Más allá del modo en que se obtuvo la evidencia, deberías habérselo informado —le recriminó Karl.

El teniente asintió. Otra reprimenda más que recibía por cubrir a Greta. Sin embargo, no se arrepentía de lo que había hecho. Si bien no podrían usar el broche durante el proceso judicial, al menos, les había servido para confirmar que los crímenes estaban estrechamente relacionados con lo que le había ocurrido a Thomaz y

que, además, las mariposas, eran la firma del asesino. Si los registros telefónicos de Kasper Høgh indicaban que había recibido una llamada desde Brandeby antes de morir, también tendrían su *modus operandi*. Les explicó lo de las mariposas y de inmediato surgió un interrogante. Karl sabía que la noche en la que había desaparecido Thomaz, la colección de mariposas había desaparecido con él. Sin embargo, no se la halló junto a los restos. ¿Era posible que el asesino la hubiese conservado durante todos esos años?

* * *

Greta estaba distraída. Lo ocurrido en casa de su padre había provocado que tampoco lograra conciliar el sueño la noche anterior. Había consumido doble ración de cafeína y azúcar para despejarse, pero, por más que lo intentara, no dejaba de pensar en Vanja. Apartó la vista de la pantalla del ordenador y se restregó los ojos. Era imposible concentrarse en el trabajo. Le pediría a Lasse que se encargara del balance más tarde porque ella, simplemente, no tenía cabeza esa mañana para tantos números. Uno de sus clientes habituales, un profesor de literatura llegó a la librería y se entretuvo un rato con él mientras debatían sobre quién era la autora de novela negra más importante de Suecia en la última década. Cuando se marchó, con su ejemplar de *Silencio sepulcral*, del autor islandés Arnaldur Indriðason, Greta resolvió reordenar el escaparate.

Acomodó en uno de los exhibidores la última novela de Sophie Hanna, *Los crímenes del monograma*, que tenía como protagonista al inefable Hércules Poirot. Los albaceas del legado de Agatha Christie habían aprobado que la autora crease una nueva historia para el personaje más querido por la Dama del Crimen. Ella había leído el libro apenas había llegado y terminó devorándoselo en una noche. Después de haber leído todas las novelas de su amada Agatha sobre Poirot, la pluma de Sophie Hanna la había sorprendido gratamente.

Saludó a uno de sus vecinos con la mano. Algo al otro lado de la calle captó su atención. Al aguzar la vista, distinguió la trompa de una patrulla estacionada frente a la iglesia del reverendo Erikssen.

Mikael le había comentado que ese día lo llevarían a la comisaría para interrogarlo. Permaneció un rato más en el escaparate, ordenando y reubicando las novedades solo para hacer tiempo. No tuvo que esperar demasiado. Apenas unos minutos más tarde, vio que la patrulla se ponía en movimiento. En el asiento de atrás,

con el rostro pegado en la ventanilla, iba Ville Erikssen.

Estaba por regresar al mostrador cuando vio a una mujer abandonar la iglesia por la puerta lateral. Caminaba muy de prisa, con la cabeza gacha como si quisiera pasar desapercibida. A pesar de la enorme boina que le caía hacia un lado, cubriéndole parte del rostro, supo de inmediato de quién se trataba.

Al parecer, los rumores acerca de una posible relación amorosa entre el reverendo Erikssen y la sobrina de Pernilla Apelgren no eran infundados.

En ese momento, algo que le había comentado Telma durante la última reunión del Club de Lectura le vino a la mente. Ella había anunciado, casi con bombos y platillos, que ese fin de semana planeaba tomarse un descanso porque, desde que había vuelto a ocupar su puesto en el hospital, ahora como secretaria del doctor Haugaard, no había tenido vacaciones. Era demasiada casualidad que, precisamente, el mismo fin de semana, el reverendo se ausentara del pueblo para viajar a Estocolmo. Esperaba de corazón que Ville Erikssen no estuviese involucrado en los crímenes, porque una mujer frágil como Telma no podría soportar otro golpe tan terrible, no después de que había intentado quitarse la vida cuando el hombre que amaba fue asesinado.

* * *

La entrada de Ville Erikssen a la comisaría causó cierto revuelo. Ingrid le dio la bienvenida con una sonrisa y, de inmediato, le ofreció un café, que él rechazó con amabilidad antes de preguntarle por el teniente Stevic. El mismo agente que lo había llevado en la patrulla lo escoltó hasta la sala de interrogatorios. Era la primera vez que pisaba aquella habitación que no debía medir más de tres metros cuadrados. Ni siquiera durante el proceso que había llevado a la detención de su esposa lo habían citado para hablar en un sitio tan frío e impersonal. Debido a lo imprevisto de la situación había pensado en llamar a un abogado, pero sabía que era un comportamiento que lo haría verse culpable y prefirió a último momento prescindir del consejo de un letrado.

Apartó la silla y tomó asiento. En un extremo de la mesa había una pequeña grabadora digital, una libreta y un bolígrafo. En el otro, una jarra con agua y dos vasos. Contempló el enorme espejo que estaba frente a él y trató de adivinar quién estaría del otro lado estudiando cada uno de sus movimientos. Respiró hondo para tratar de serenarse. En un gesto que siempre lo delataba, empezó a mesarse el cabello.

Dejó de hacerlo cuando oyó que la puerta se abría. Mikael entró a la sala de interrogatorios con una carpeta en la mano. Se acercó y, sin mediar palabra, se sentó delante de él. Encendió la grabadora. Después, lo miró directamente a los ojos.

—Es el teniente Mikael Stevic interrogando a Ville Erikssen en relación a las muertes de Robert Lipponen, Harriet Wozniak y Kasper Høgh. —Notó cómo el rostro del reverendo empalidecía de repente—. Son las nueve y doce minutos del lunes 10 de diciembre. ¿Desea que un abogado esté presente durante el interrogatorio?

Erikssen negó con la cabeza.

—Debe decirlo en voz alta para que lo registre la grabadora —informó.

—No, renuncio a mi derecho de tener un abogado que me patrocine. —Juntó las manos encima del escritorio, pero las volvió a colocar debajo cuando se dio cuenta de que estaba temblando—. ¿Por qué ha mencionado a Harriet y a Kasper? ¿Acaso ellos...?

—Robert Lipponen no es nuestra única víctima, reverendo —aclaró—. Hemos descubierto que Harriet Wozniak murió por causa de una dosis letal de adenosina.

Ville Erikssen se echó hacia atrás en la silla. Con una mano temblorosa intentó aflojarse el nudo de la corbata.

—¿Adenosina?

Stevic asintió.

—¿Por eso estoy aquí?

—Por eso y por algunos indicios más que nos llevan a creer que usted puede estar involucrado en los crímenes.

El reverendo atinó a ponerse de pie, pero el teniente se lo impidió.

—Será mejor que vuelva a sentarse —aconsejó.

—No es posible que crea que yo tuve que ver con las muertes de Robert o de Harriet. —Frunció el ceño—. ¿Ha dicho que Kasper también fue asesinado?

—Su muerte fue caratulada como suicidio, aunque hay evidencias de que pudo ser víctima del mismo asesino.

—Yo no he hecho nada, teniente —dijo, un poco más tranquilo—. Es cierto que estuve con Harriet el mismo día que murió, pero, cuando abandoné la residencia, ella aún estaba viva. Con respeto a Robert, no lo veía desde que dejamos el internado y se fue del pueblo. Lo mismo con Kasper; lo encontré, por casualidad, una vez, hace dos años, durante una celebración navideña en la que ambos coincidimos.

—Sabemos que durante su estadía en Brandeby, Kasper y usted eran inseparables.

—Es verdad, era mi mejor amigo, pero, una vez que dejamos el internado, no seguimos en contacto.

—¿Por qué? ¿Qué fue lo que ocurrió en ese lugar como para que ya no volvieran a

verse? La mayoría permaneció en Mora, solo Kasper Høgh y Robert Lipponen se mudaron.

—Sigo frecuentando a los demás, aunque muy de vez en cuando. A pesar de la diferencia de edad y de que, en aquella época, no nos llevábamos bien, con quien tengo más trato es con Gregor Spira. Fue él el encargado de proporcionar las flores que decoraron la iglesia durante la boda del inspector Lindberg.

—Hemos hablado con Milo Ljumbark y Claes Friberg. Ambos coinciden en que usted les hacía la vida imposible, que, con la complicidad de Kasper, atosigaba a los niños más débiles, entre ellos, Thomaz Roth.

El reverendo agachó la cabeza y exhaló con fuerza. Guardó silencio unos segundos antes de volver a enfrentarlo.

—Confieso que durante esa época fui un niño muy difícil, que creció sin el cariño de una madre. Cuando mi padre decidió internarme en Brandeby no pude soportar el abandono. —Sonrió con amargura e ironía—. Se deshizo de mí, simplemente porque nunca logró perdonarme por la muerte de mi madre. El auto en el que viajábamos fue arrollado por un tren: ella se había distraído al evitar que yo sacara la cabeza por la ventanilla. Fue un descuido que le costó la vida. Yo me salvé, apenas recibí unos cuantos rasguños, mientras que mi madre murió unas horas después en el hospital. Cuando llegué a Brandeby, atormentado por la culpa y el dolor, empecé a desquitarme con quien no podía defenderse.

—¿Qué pasó con Thomaz? —preguntó el teniente e interrumpió el relato.

Erikssen se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió desviando la mirada.

Stevic no le creyó, por eso continuó presionándolo.

—Thomaz era uno de los niños más pequeños del internado, el blanco perfecto para descargar su ira. ¿Fue eso lo que ocurrió la noche del 9 de febrero de 1980? ¿Quiso divertirse a costa de él y se le fue la mano?

Ville empezó a negar con la cabeza.

—Thomaz está muerto. Los restos óseos que encontramos en el bosque que está ubicado detrás de la casa de los Lundkvist eran suyos. Thomaz nunca escapó de Brandeby como pretendió hacer creer Kasper Høgh. Alguien lo mató y decidió ocultar el cuerpo para evitar que se descubriera la verdad —evitó mencionar la fractura de cráneo que, según la autopsia, le había provocado la muerte.

—No puede ser...

—La noticia salió en todos los periódicos de la región, aunque no revelamos la identidad, todos en el pueblo intuían que se trataba de él.

—Yo no lo sabía —replicó—. Volví recién esta mañana de Estocolmo y no tuve

oportunidad de leer los periódicos.

Stevic seguía creyendo que le estaba mintiendo. Le ofreció un vaso de agua y aprovechó la pausa para escudriñar cada uno de sus gestos. Erikssen era un hombre de temperamento fuerte, al que no le temblaba la voz cuando, por las noches, en el espacio televisivo del canal local donde difundía la palabra de Dios, exhortaba a los fieles a cumplir con los preceptos de la Iglesia y a mantenerse alejados del pecado. Ese mismo hombre, ahora allí sentado, estaba terriblemente asustado, trataba de responder a sus preguntas sin ponerse en evidencia. Si seguía negando su participación en la muerte de Thomaz, no había manera de probarlo, salvo que terminara confesando o apareciera un testigo de lo que había ocurrido hacía más de tres décadas con Roth. Dudaba de que cualquiera de las dos posibilidades fuese factible. Cuando el reverendo bebió toda el agua, decidió retomar el interrogatorio desde otra perspectiva.

—¿Podría decirme dónde estaba la mañana del 10 de noviembre?

—Seguramente preparando el sermón para la misa de la tarde.

—¿Hay alguien que pueda corroborar su coartada? —¿Coartada?

—Sí, reverendo. Necesito conocer cada uno de sus movimientos esa mañana; si usted me dice que estuvo en la iglesia, también necesito conseguir un testigo que lo confirme.

—Signe trabajó ese día, es la encargada de la limpieza —aclaró—. Creo que llegó a las once, aunque no estoy muy seguro. Ella podrá decirle que estuve en mi despacho casi toda la mañana.

—Si su empleada llegó a las once, no será de gran ayuda —repuso el teniente—. Robert Lipponen desapareció antes.

—Le repito que estuve trabajando.

—¿Qué hay de la casa de los Lundkvist? ¿Ha vuelto a estar allí?

—No, nunca volví a ese lugar; me trae muy malos recuerdos.

A Stevic no le quedaba más remedio que quedarse con lo que el reverendo le decía.

—¿Estuvo alguna vez en Mockfjärd?

—No, nunca —afirmó.

—Hábleme de la mañana en que visitó a Harriet Wozniak. ¿Lo hacía a menudo?

—Sí, a ella y a los demás ancianos. Trataba de pasar un rato con ellos siempre que podía. También frecuento hospitales, centros de detención, orfanatos. Son visitas que como representante de la Iglesia Sueca disfruto mucho.

—¿De qué habló con ella?

Erikssen encogió los hombros.

—De nada en particular, aunque sí la noté algo distraída mientras jugábamos nuestra partida semanal de bridge. Me impresionó enterarme de su muerte, estaba perfectamente bien cuando la dejé en su habitación.

—¿Subió con ella a la habitación?

—Sí, estaba cansada como para mover su silla y me ofrecí a llevarla. Además, Imor, quien se encargaba habitualmente del traslado de los ancianos, había salido.

Stevic sacó una fotografía de la carpeta que había llevado consigo y la colocó en el centro de la mesa.

—¿Reconoce este broche?

Ville Erikssen buscó sus gafas en el bolsillo de su chaqueta y se las puso. Se acercó para ver mejor.

—No. ¿Debería? —preguntó con naturalidad.

—Harriet Wozniak tenía un broche similar a este cuando murió. Greta afirma que cuando la anciana le enseñó su colección de joyas, esta pieza en particular no estaba.

El reverendo se mostró sorprendido.

—¿Greta?

—Sí, ella llegó a la residencia antes de que los paramédicos se llevaran el cuerpo de Harriet. Encontró el broche debajo de la cama, por eso es importante saber si Harriet lo tenía de antes o fue el asesino quien lo dejó cuando estuvo en la habitación —explicó sin profundizar en más detalles.

—Esa mañana Harriet no llevaba ningún broche, teniente.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—¿Hizo o le dijo algo fuera de lo normal? Sabemos que el día previo a su muerte recibió una llamada que la dejó bastante inquieta.

—No recuerdo nada atípico, solo lo que ya le mencioné: que estaba algo distante y miraba continuamente hacia la puerta principal...

—Como si estuviese esperando a alguien —acotó el teniente.

Erikssen asintió. Stevic se daba cuenta de que, a medida que avanzaba con el interrogatorio, el reverendo se sentía más confiado. Se le estaban agotando las preguntas y Ville parecía tener una respuesta para cada una de ellas. Aunque hasta el momento era el principal sospechoso, no tenía más remedio que dejarlo ir. Apagó la grabadora y le dijo que se quedara a disposición de la policía por si necesitaban volver a hablar con él.

Metió la fotografía en la carpeta y salió inmediatamente detrás del reverendo. Lo vio sonreírle a Ingrid y saludar con amabilidad a un par de agentes con los que se cruzó en el pasillo. Debía que reconocer que Erikssen tenía un gran carisma; bastaba

verlo por las noches, en su sermón televisivo para darse cuenta que sabía ganarse el afecto de la gente con muy poco. Se topó con Karl y con Nina que habían seguido atentamente el interrogatorio desde la sala adjunta.

—¿Qué piensan?

El inspector, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, negó con la cabeza.

—No sé. El único indicio fuerte que tenemos en su contra es la adenosina, pero, si no podemos probar dónde la consiguió y cómo, seguimos estando en el mismo casillero. Y necesitamos avanzar, Stevic.

—¿Y si pedimos una orden para registrar su casa? —sugirió la sargento—. Tal vez, aún conserva algún frasco de cuando su esposa la utilizó para asesinar a Annete Nyborg.

—No hay nada más que lo sindique como sospechoso, aunque podemos relacionar dos de las muertes con la adenosina y es un argumento más que contundente. Supongo que el juez Fjæstad no pondrá ninguna objeción para otorgarnos la dichosa orden de registro —alegó Mikael.

—Yo mismo me pondré en contacto con él para pedírsela —manifestó Karl y observó por encima del hombro de la sargento cómo Cerebritito se acercaba a ellos raudamente con un papel en la mano.

—Inspector, llegó el informe de las llamadas telefónicas de Kasper Høgh que enviaron desde Mockfjärd. —Le entregó el documento en el que un número aparecía resaltado en amarillo—. Al igual que Robert Lipponen y Harriet Wozniak, él también recibió una llamada desde la casa de los Lundkvist apenas cinco horas antes de arrojarle de la azotea de ese edificio.

—Eso fue hace dos meses —comentó el teniente, quien no se sorprendió en lo más mínimo.

El dato que acababa de darles el agente Bengtsson confirmaba que el asesino llevaba más tiempo en el exinternado de lo que ellos imaginaban. Era precisamente en ese punto donde las sospechas que apuntaban a Ville Erikssen empezaban a tambalear. ¿Por qué ocultarse en casa de los Lundkvist para llamar a las víctimas? Era un detalle que no terminaba de encajar en el rompecabezas que estaba armando, un cabo suelto que aún no podía resolver. Miró el reloj con insistencia. En menos de media hora, lo esperaba el tasador de la agencia inmobiliaria para ver el apartamento. El inspector se dio cuenta de que estaba inquieto y, sin hacerle ninguna pregunta, le concedió permiso para tomarse el resto de la mañana libre.

—¿A dónde va con tanta prisa? —preguntó a Nina cuando se quedaron a solas.

—Tiene una cita con los de la inmobiliaria —respondió ella con una sonrisa—,

por eso ha estado tan ansioso desde que llegó.

Karl no dijo nada, simplemente asintió. Aunque la noticia de que el teniente se iba a mudar con Greta lo había tomado por sorpresa, era algo que esperaba que ocurriese tarde o temprano. Dejó escapar un suspiro. Mientras la muchacha fuese feliz, era capaz de soportar cualquier cosa, incluso que Stevic compartiera el techo con ella cuando ante la ley todavía era un hombre casado. Él le había asegurado que estaría divorciado antes de fin de año y confiaba en lo que le había dicho. Asió a su esposa de la cintura y le robó un beso mientras se dirigían al centro de comandos. A ninguno de los dos le importó que varios agentes que estaban en el pasillo se volvieran sobre los talones para observarlos.

CAPÍTULO 27

Ese mismo lunes por la noche, tras negociar con la agencia inmobiliaria, se concretó la venta del apartamento de Mikael. Lasse efectuaría un primer pago del cincuenta por ciento de inmediato y la otra mitad, que correspondía a Pia, la saldaría en un plazo máximo de noventa días, trato que convenía a ambas partes, ya que Mikael había hablado con su ex para explicarle las condiciones de la venta y ella había estado completamente de acuerdo. Greta, por su parte, había hablado con el señor Olander para comunicarle que, a más tardar esa semana, le haría entrega de la mitad del dinero que pedía por la casa de su hermana, noticia que sin dudas, alegró tanto al anciano como a ella. Con su labia, había logrado convencerlo de que les permitiera empezar con la mudanza cuanto antes.

Para festejar, Stevic había organizado una cena en el apartamento. Una reunión entre amigos era la mejor manera de despedirse de aquel lugar que había sido su hogar durante más de tres años. Mientras Mikael y Lasse debatían en la sala sobre el flojo rendimiento de la selección sueca en los últimos tres partidos clasificatorios para la Eurocopa, las mujeres estaban en la cocina. Habían ordenado un par de pizzas, ya que ninguna de las dos se había dejado convencer de preparar la cena. Lasse había llevado las cervezas, y Hanna fue la encargada del postre: una deliciosa tarta de queso con compota de frutos rojos que había sido su antojo del día.

—¿Se ha hecho a la idea ya tu padre de que no vas a casarte?

La rubia frunció los labios.

—A regañadientes —respondió—. Insiste en que al menos nos casemos frente al juez de paz, pero no pienso claudicar. Lasse lo ha aceptado y es lo único que me importa. Papá tendrá que conformarse con mi decisión.

—Ya verás que, cuando nazca su nieto, va a dejar de lado cualquier diferencia —

aseguró Greta al tiempo que observaba de reojo el vientre de su amiga.

Hanna, que adivinó la intención de la otra, se puso de pie y se levantó el suéter.

—No se nota mucho todavía. —Se puso de costado y una leve hinchazón era la única señal de que allí dentro crecía una criatura—. Sabes, no sé por qué, pero creo que va a ser una niña.

—¿Qué opina Lasse al respecto? —preguntó y se guardó las ganas de acariciarle la pancita. En ese momento, recordó que, cuando vivía en Söderhamn, una de sus compañeras en la escuela donde enseñaba, había quedado embarazada de mellizos. El enorme vientre de la mujer llamaba la atención de todos, y ella lo había tocado en más de una ocasión para sentir cómo se movía. Había sido durante esa época cuando se había planteado, por primera vez, la posibilidad de convertirse en madre, incluso, se lo había mencionado a Stephan. Por fortuna, había sido solo un deseo pasajero, porque haber tenido un hijo con él habría sido el error más grande de su vida.

—¿En qué piensas? —preguntó Hanna, que volvió a sentarse. Como la pelirroja no dijo nada, agregó—: ¿Es idea mía o has empezado a mirar con demasiado interés mi pancita? Greta, no me digas que...

—¡No! ¡Claro que no! —se apresuró a responder—. Llevo cuidándome desde que empecé a salir con Mikael.

—¿Pero han hablado del asunto al menos?

—Tampoco. Después de lo que sucedió con Pia, creo que es un tema algo delicado para él. Además, recién vamos a mudarnos juntos, no hay necesidad de precipitarse o quemar etapas antes de tiempo.

—Pero tú si tienes ganas de tener un hijo de él —afirmó la rubia que conocía demasiado bien a su amiga como para percibir el brillo que le había iluminado la mirada cuando ella le había mostrado el vientre apenas abultado.

La pelirroja se encogió de hombros y trató de cerrar aquel tema que la incomodaba con una respuesta que la dejase satisfecha.

—Supongo que es un deseo que cualquier mujer enamorada tiene; sin embargo, en este momento de mi vida, tengo otras cosas importantes de las que ocuparme como, por ejemplo, la mudanza y la remodelación de Némesis.

Antes de que Hanna arremetiese de nuevo con el tema del embarazo, salió de la cocina en dirección a la sala. La rubia la siguió y se acomodó al lado de Lasse. Ella, en cambio, buscó a *Miss Marple* para meterla dentro de su jaula.

—¿Dónde está esa bandida? —preguntó mientras barría con la mirada la habitación.

Stevic se acercó a ella y la sorprendió al atraparla por la cintura.

—La vi hace un momento, iba hacia el pasillo. —Le dio un beso en el cuello—.

Déjala, de seguro se ha metido en el armario para curiosear un poco o, tal vez, esté escondida debajo de la cama, picoteando mis zapatos.

Ella sonrió. En ese mismo instante, durante apenas unos segundos, y con Mikael pegado a su cuerpo, volvió a pensar en la posibilidad de tener un hijo suyo. Pero, entonces, el repartidor de pizzas llamó a la puerta, y se olvidó de aquel asunto una vez más. Comieron, bebieron y se rieron. Fue una noche inolvidable, no solo por el agradable momento compartido juntos, sino también porque Hanna había tenido que correr al cuarto de baño en dos ocasiones para vomitar. Cerca de la medianoche, Lasse y ella se marcharon. El teniente ayudó a Greta a recoger todo, luego, la tomó de la mano y la llevó hasta la habitación.

—¿Qué pasó con el reverendo esta mañana? —preguntó con toda la naturalidad del mundo mientras Mikael le desabrochaba los botones de la camisa.

Él ni siquiera se molestó en lanzarle un sermón y se dispuso a saciarle la curiosidad mientras continuaba desnudándola.

—Yo mismo lo interrogué. Se sorprendió cuando le dije que Kasper Høgh estaba muerto y pretendió hacerme creer que no sabía lo del hallazgo de los huesos en el bosque. —Arrojó la camisa de la muchacha sobre la cama, luego, le quitó el sujetador. Los pechos quedaron expuestos; él los disfrutó primero con la mirada antes de acariciarlos. Eran pequeños y calzaban perfectamente en sus manos. Jugueteó con los pezones hasta arrancarle un gemido—. Erikssen sabe mucho más de lo que dice y hasta el momento es nuestro principal sospechoso.

La pelirroja gimió y arqueó el cuerpo hacia adelante.

—Esta mañana después de que se subiera a la patrulla, vi a Telma Apelgren abandonar el despacho del reverendo. —Se mordió el labio cuando él le apretó uno de los pezones—. Creo que, por fin, se confirman las sospechas de todo el pueblo, o al menos de las lenguas más afiladas que aseguraban que entre ella y el reverendo pasa algo.

Mikael asintió, aunque en realidad no le había prestado demasiada atención a lo que Greta acababa de decir. Él también había oído los rumores de un supuesto romance entre Erikssen y la sobrina de Pernilla, pero, en ese momento, tenía algo más interesante en mente. Empezó por bajarle el cierre de los *jeans* y, luego, le deslizó la tela con lentitud a través de los muslos. Ella se dejó seducir, sin embargo, tenía más preguntas que hacer todavía.

—¿El reverendo tiene coartada para la desaparición de Lipponen?

Mikael, que ahora estaba arrodillado para poder quitarle los pantalones con mayor facilidad, negó con la cabeza.

—Estaba solo en la iglesia, ya que, según su testimonio, la empleada llegó a

trabajar recién a las once de la mañana.

—Si quería cubrirse las espaldas habría dicho que Signe llegó más temprano —acotó ella que lo miraba desde arriba—. Esa mujer adora al reverendo. No le habría importado mentir por él y proporcionarle una coartada que lo liberara de cualquier sospecha. ¿Le preguntaste sobre la visita a Harriet?

Stevic se incorporó y se quitó el suéter por encima de la cabeza. Estaba por desabrocharse el primer botón de la camisa, cuando Greta lo hizo por él.

—Sí, pero no aportó demasiado. Lo único que pudimos sacar en claro es que Harriet no tenía puesto el broche en el pelo cuando él la visitó esa mañana. Es más, la anciana ni siquiera lo tocó...

—¡Se lo puso el asesino! ¡Lo sabía! —exclamó ella y apoyó las manos en el pecho de él—. Ahora más que nunca estoy convencida de que el señor Knutsen tenía razón: había un hombre con Harriet en la habitación.

—¿Pero cómo explicas que nadie más lo hubiese visto?

La pelirroja no supo qué decirle. Era un acertijo que aún no había conseguido resolver. Le quitó la camisa y, como él había hecho con ella, también se deshizo de sus pantalones.

—¿Crees realmente que el reverendo está detrás de los crímenes? —preguntó y se dejó caer en la cama.

Mikael se arrojó a su lado, le apartó el cabello con la mano y comenzó a besarla en el hombro.

—Es el sospechoso más viable —respondió antes de seguir con un recorrido de besos que subió hasta el cuello de la muchacha—. La adenosina lo relaciona con dos de las muertes.

¿Acaso el reverendo sería tan ingenuo como para usar la misma sustancia que su esposa le había inyectado a Annete Nyborg para asesinar a Harriet Wozniak y dominar sin problemas a Robert Lipponen?

La joven no estaba tan convencida como Stevic de que fuera culpable, pero no se lo dijo. En cambio, enredó los dedos en esa rubia melena, lo empujó hacia ella y se abrió de piernas para darle a entender que no estaba dispuesta a esperar mucho tiempo más. Para la absoluta satisfacción de Mikael, Greta por fin dejó de lado las conjeturas, las sospechas y las preguntas para entregarse a él con una pasión abrumadora.

Cayeron extenuados, uno al lado del otro, después de alcanzar el clímax. La muchacha buscó su calor, se le acurrucó sobre el pecho y no tardó en quedarse profundamente dormida. El teniente no pudo conciliar el sueño de inmediato. Permaneció despierto un buen rato, contemplándola *a piacere*. Tenía la boca ligeramente abierta y, de vez en cuando, fruncía la nariz. Le acomodó el pelo detrás de

la oreja. Fue entonces que vio a *Miss Marple* trepar encima de la cama. Se había olvidado de ella, sin dudas desconocía el lugar y buscaba a su dueña para sentirse segura. No tuvo valor para echarla, tampoco para impedirle que terminara acomodándose en el hueco que se formaba entre sus piernas. Respiró hondo y cerró los ojos. Arrebujado con sus dos chicas, finalmente se quedó dormido.

* * *

El martes por la tarde, el cementerio de Mora rápidamente se colmó de personas. En una coincidencia macabra, los funerales de Harriet Wozniak y Thomaz Roth se habían pactado apenas con una diferencia de treinta minutos. Bajo una tenue llovizna que no impidió que los vecinos del pueblo se acercaran a darle el último adiós, Greta llegó de la mano de Mikael. Detrás, iban Karl y Nina.

Aunque una de las razones que habían empujado al teniente al cementerio era de índole policial, estaba allí también para acompañar a la pelirroja. La muerte de Harriet la había afectado más de lo esperado, incluso creía que se sentía culpable por no haber llegado a tiempo, después de que la anciana esperara su visita con tantas ansias. Era probable que quisiera decirle algo y que solo hubiese alcanzado a escribir el nombre de Kasper Høgh como un mensaje dirigido a ella. Fueron juntos a presentar las condolencias a los familiares de la anciana, mientras Karl y su esposa, hacían lo mismo con los padres de Thomaz. Cuando Stevic miró a Greta, se dio cuenta de que había empezado a lagrimear. Le pasó el brazo por encima del hombro y ella se le recostó sobre el pecho.

—¿Estás bien?

La muchacha asintió. Abrazada a Mikael y con mucho disimulo, empezó a barrer el lugar con la mirada, en busca de algún gesto sospechoso en cualquiera de las personas que se habían acercado al cementerio. Vio a los Tardelli, el matrimonio de italianos que dirigía la residencia de ancianos y que había querido estar presente durante el funeral de Harriet. A su lado, reconoció a varios de los empleados, entre ellos, estaba Imor. Vestía completamente de negro y unas enormes gafas oscuras le cubrían los ojos. Lo saludó a la distancia y siguió observando a los demás. La Asociación de Damas de Mora tampoco había querido estar ausente y, en un grupo de al menos una docena de mujeres, distinguió a Pernilla Apelgren y a su amiga, Agnetta Bramsen.

Apartado de los demás y descansando un delgado cuerpo junto al tronco de un

ciprés, estaba Gregor Spira. Llevaba un enorme abrigo azul y cubría su calvicie con una gorra de lana. Agachaba la cabeza continuamente y desviaba la mirada cuando alguien empezaba a prestarle atención. Por el rabillo del ojo, distinguió que alguien la saludaba con la mano. Devolvió el saludo cuando reconoció a Milo Ljumbark, cliente asiduo de la librería, que, varias veces, había comprado libros de la novela negra clásica en Némesis para discutir con sus alumnos.

—¿Lo conoces? —preguntó Mikael cuando descubrió a quién iba dirigido su saludo.

—Sí, es uno de mis clientes.

—Es Milo Ljumbark.

—Lo sé. —Lo miró con el ceño fruncido—. Vi su nombre en la pizarra el otro día. ¿Acaso es sospechoso?

—No, pero puede convertirse en una de las próximas víctimas.

Greta asintió. Le provocó escalofríos pensar en la posibilidad de que, en medio de aquella multitud que se había agolpado en el cementerio para darle el último adiós a la anciana y al niño, pudiese estar el asesino o una persona que terminaría por morir en la misma trama. Tras saludar a los familiares de Harriet, se alejaron hacia la ceremonia que se estaba desarrollando a unos pocos metros de distancia y en la cual el reverendo Erikssen leía unas sentidas palabras frente a la tumba de Thomaz.

La muchacha notó de inmediato la angustia de Karl. Soltó la mano del teniente y se aferró a su brazo. Nina entonces se apartó para dejar que ella lo consolara. Stevic aprovechó para indagar en cada uno de los gestos del reverendo, en busca de alguno que lo pusiera en evidencia; sin embargo, Ville Erikssen parecía tan dolido como los demás. Incluso pudo distinguir que le temblaban ligeramente las manos mientras recitaba un poema sobre la muerte de la inocencia que, según sus propias palabras, la madre de Thomaz le había pedido que leyera durante la ceremonia. Veronika y Gerik Roth, de pie, a un lado del hoyo en el que minutos más tarde dejarían el féretro que contenía los restos de su hijo, escuchaban con atención, ajenos a todo lo que ocurría a su alrededor.

La orden que Karl había creído que conseguiría sin ningún problema cuando hablase él mismo con el juez, todavía no había sido autorizada. Fjæstad se mostraba reacio a expedir una orden de registro basada solamente en pruebas circunstanciales. Lo de la adenosina no había conseguido convencerlo; después de todo, el pueblo entero sabía que la esposa del reverendo había utilizado esa misma sustancia para asesinar a la vendedora de artesanías y no era descabellado pensar que alguien estaba tratando de desviar el rumbo de la investigación dirigiendo las sospechas hacia Erikssen. Estaban con las manos atadas. Hasta que Fjæstad no les firmase la maldita

orden, no podían proceder.

Se enfocó en la gente que había asistido a ambos funerales, principalmente en aquellos que guardaban relación con el exinternado. Además del reverendo, de Milo Ljumbark y Gregor Spira, quien, mientras se ocultaba, parecía que al mismo tiempo también los observaba a todos, estaba Claes Friberg, el dueño del Kul & Drycker, uno de los bares más populares del pueblo. Lo acompañaba una rubia despampanante que, supuso, sería su esposa. Detrás de ellos, dos niñas de unos diez años, apenas podían mantenerse quietas. Friberg se volvía de vez en cuando para advertirles que se comportaran, advertencia que las pequeñas volvían a ignorar apenas el hombre dejaba de prestarles atención.

Cerca de los padres de Thomaz había una pareja de mediana edad. Él vestía un elegante traje gris; y la mujer, un vestido negro entallado al cuerpo. Tenía la cabellera rojiza recogida en lo alto de la cabeza en un soberbio rodete que endurecía aún más sus facciones. Supo de quiénes se trataba: eran Ulf Billengren, el antiguo director de Brandeby, y Maria Nûjen, su exasistente y amante, ahora devenida en esposa. Sus pensamientos fueron interrumpidos por el desgarrador llanto de Veronika Roth, quien se retorció entre los brazos del marido mientras el sepulturero cubría de tierra el féretro de Thomaz.

* * *

Intentó sentir pena, derramar aunque sea una lágrima, sin embargo fue incapaz de mostrar empatía por el dolor de las personas que lo rodeaban. Solo se le encogió el corazón la primera vez que posó sus ojos en la fotografía de Thomaz... Era realmente un hecho curioso que el funeral de la pobre de Harriet hubiese coincidido con el de Thomaz. Apenas unos metros de distancia separaban a ambas ceremonias. Los deudos lloraban delante de la tumba de la anciana y, luego, hacían lo mismo frente al pequeño mausoleo que los padres de Thomaz habían mandado a construir en un tiempo récord, apenas se supo del hallazgo de los huesos en el bosque que rodeaba la propiedad de los Lundkvist.

Se encontró con muchas caras conocidas, muchos lo saludaron, otros simplemente lo ignoraron. Con una convincente expresión de congoja se atrevió a darle el pésame a la familia de Harriet, a pesar de que, cuando le tendió la mano, el hijo de la anciana lo miró con cierto recelo. No tuvo el valor suficiente para acercarse a los padres de Thomaz. Los contempló a la distancia: Veronika Roth lloraba desconsolada junto a la

tumba en donde descansaban, por fin, en paz, después de tres décadas, los restos de su único hijo. Gerik Roth, permanecía junto a ella, imperturbable y sin derramar siquiera una lágrima mientras la sostenía del brazo para evitar que se lanzara encima del féretro.

Dejó escapar un suspiro, luego como el cazador que busca a su próxima presa, empezó a mirar a su alrededor. Allí estaba, derramando unas pocas lágrimas solo para que nadie se diera cuenta de que estaba fingiendo. Ni siquiera podía imaginarse que pronto se convertiría en otra víctima de su venganza. Ya sabía cuál iba a ser el siguiente paso... Lo había planeado hasta el último detalle para no cometer ningún error. No podía esperar. Mientras la policía intentaba armar el rompecabezas, él volvería a atacar. Sonrió cuando vio a Karl Lindberg acercarse a los Roth para darle sus condolencias. El inspector también tenía una deuda con él y, como todos los demás, terminaría por pagar por su negligencia. Cuando el cementerio empezó a vaciarse, se mezcló con la multitud hasta desaparecer.

CAPÍTULO 28

Los funerales habían desbaratado los planes de Stevic de trasladar algunos bártulos a la nueva casa, por lo que, al día siguiente a primera hora, se presentó en la comisaría y le pidió a Karl que le diera el día libre. Sin la orden del juez para registrar la casa del reverendo no podían avanzar, y él aprovecharía ese tiempo muerto para ocuparse de la mudanza. Eso sí, exigió que apenas tuviesen novedades, le avisaran de inmediato. Aprovechando que, ese día, la flamante empresa de pastelería de su tía Ebba no hacía repartos, Greta les había pedido prestada la furgoneta. Así, Mikael se trasladaba de una punta a otra del pueblo en la vieja Dodge Sprinter del tío Pontus y promocionaba el microemprendimiento de su esposa.

Lasse se había hecho cargo de Némesis, así la pelirroja podía darle una mano. Iban juntos hasta el apartamento de él, y lo ayudaba a cargar las pertenencias. Luego, las amontonaban en la casa hasta que decidieran cómo iban a decorarla. Al mediodía, se tomaron una pausa para un pequeño refrigerio, unos cuantos minutos que compartieron con *Miss Marple*, quien con rapidez se había hecho dueña de un rincón de la casa. Mientras ellos degustaban una pizza, la lora husmeaba entre el montón de adornos que habían llevado del apartamento de Mikael, la mayoría, *souvenirs* de algunos viajes y de su equipo favorito de fútbol. Incluso tenía una foto autografiada de Glenn Hysén, quien había sido una de las figuras del IFK Göteborg durante las décadas de los setenta y de los ochenta. Greta contuvo la risa cuando vio que Mikael se levantaba de repente para recuperar ese tesoro de las garras de *Miss Marple*. Le quitó la fotografía, debidamente enmarcada en madera y la colocó encima de la chimenea, fuera de su alcance. La lora empezó a agitar las alas en un acto de rebeldía, pero, como ni él ni la pelirroja le hicieron caso, la protesta duró poco.

El ajetreo de ese día llegó a su fin cerca de las tres de la tarde. La joven no podía

quedarse porque tenía que preparar la reunión del Club de Lectura. Subió a la lora sobre el hombro y se dispuso a regresar a su apartamento. El móvil de Mikael sonó en ese momento. *A hard day's night*, la melodía que identificaba al inspector Lindberg, retumbó en la casa vacía.

—Espera, pelirroja —pidió mientras oteaba a su alrededor en busca del teléfono—. No te has despedido como debes... Ella decidió quedarse, más por curiosidad que por otra cosa. Si Karl llamaba, tal vez, era porque tenía novedades sobre el caso.

—Dime, Karl.

La muchacha, mientras trataba de que *Miss Marple* dejara de tironearle de la trenza, escudriñó la reacción del teniente mientras escuchaba lo que le decían. Cuando lo vio fruncir el ceño, supo que algo malo había ocurrido.

—Está bien, voy para allá ahora mismo —dijo antes de colgar.

—¿Qué ocurrió?

—Tal vez no sea nada, pero Milo Ljumbark no se presentó en su trabajo esta mañana. La directora no logra comunicarse con él y asegura que nunca faltaría a una clase sin avisar; por eso llamó a la comisaría —respondió. Se puso la chaqueta y guardó el teléfono en el bolsillo. Se acercó y le dio un beso rápido en los labios—. Te veo esta noche, Greta. ¿Te encargas tú de devolverle la furgoneta a tu tío Pontus?

—Sí, no te preocupes. ¿Mikael?

Él se volvió hacia ella antes de abrir la puerta. No hacía falta que le dijera nada, compartía la misma inquietud. Tal vez, el profesor de Literatura simplemente había decidido tomarse la mañana y llamaría, luego, arrepentido a la directora de la Mora Folkhögskola para pedir disculpas por su comportamiento irresponsable. Podía ser eso o podía tratarse de algo mucho peor. No quería ser alarmista, mucho menos delante de Greta. Sin embargo, era probable que Milo Ljumbark terminara por convertirse en la cuarta víctima del asesino.

No fue directamente a la comisaría. Karl le había ordenado que se presentara en la propiedad de Ljumbark para asegurarse de que todo estuviera bien con él. Vivía en una casa de dos plantas sobre la calle Palmvägen, a pocos metros del mirador. Se bajó del Volvo y observó el lugar. Después de la zona comercial, era uno de los puntos del pueblo con más movimiento, no solo por el mirador, que atraía a los turistas cada verano, sino, también, por la proximidad del lago. Las ventanas estaban cerradas. A simple vista, parecía que la casa estaba vacía. Llamó a la puerta y nadie respondió. Insistió. Incluso, se dirigió a la parte trasera para probar suerte, aunque tampoco obtuvo respuesta. Ignoraba si Ljumbark tenía auto, pero allí no había ninguno. No tenía autorización para ingresar a la casa. Lo único con lo que contaba, en ese momento, era con la fuerte sospecha de que algo raro estaba ocurriendo. Sin una

denuncia formal por desaparición, no tenía otra opción más que marcharse. Durante el viaje a la comisaría, llamó al inspector.

—No hay señales del profesor en el lugar —informó—. Tampoco he visto ningún vehículo cerca.

—Según los de Tránsito, tiene un Ford Ka color negro. Peter está revisando las cámaras de seguridad que van desde su casa a la escuela para ver si su imagen fue captada durante el trayecto.

—Necesitamos registrar su casa, Karl.

—Sí, pero ni siquiera hemos conseguido todavía la orden de registro para Erikssen —se quejó, enemigo desde siempre de la burocracia judicial—. El juez Fjæstad está cada vez más puntilloso. Ljumbark lleva poco tiempo desaparecido: fue visto por última vez ayer por la tarde en el cementerio. Nadie dentro del circuito legal nos va a tomar en cuenta hasta que no pasen las cuarenta y ocho horas de rigor.

—Karl, tú y yo sabemos que, si no actuamos pronto, la desaparición de Milo Ljumbark puede terminar en otro homicidio. ¿Qué hay del fiscal? Tal vez, él tenga las herramientas necesarias para convencer a Fjæstad de que acelere las gestiones. No podemos perder más tiempo; no cuando la vida de una persona está en juego.

—No lo conozco personalmente, pero sí sé de alguien que puede ayudarnos a llegar hasta él.

Le comentó que su amigo Lars Magnusson, quien acababa de jubilarse, solía jugar al golf con Malte Lafrenz, el fiscal del distrito. Era una oportunidad única que no podían desaprovechar. No bien cortó con Stevic, llamó por teléfono a Lars. Le planteó la situación y la urgencia que tenían de conseguir las órdenes de registro para la casa del reverendo y de Milo Ljumbark. Menos de dos horas después, el inspector recibió una llamada de Lafrenz. Le aseguró que hablaría con el juez para que, a la brevedad, tuviesen en su poder la autorización para proceder con los allanamientos. La actitud del joven fiscal lo dejó satisfecho. Parecía que Lafrenz estaba dispuesto a obtener, con un chasquido de dedos, lo que a ellos les había costado tanto trabajo lograr.

* * *

—Greta, ¿podría hablar contigo un minuto?

La joven, quien creía que se había quedado sola en la librería después de que la reunión del Club de Lectura hubiera acabado y las chicas se hubieran ido, se sorprendió de oír la voz de Telma Apelgren detrás de ella. Giró sobre los talones y la

miró. Fue entonces que percibió su estado de angustia.

—Sí, por supuesto...

—¿Podríamos ir a otro lugar? No quiero que nos interrumpen.

—Ven, vamos a mi apartamento —sugirió—, pero antes deja que le avise a Lasse que se quede al pendiente de la librería. Fue hasta el depósito y regresó en un santiamén. La hizo esperar en el salón mientras ella preparaba algo para tomar. Cuando salió de la cocina con el café y unos bollos que habían quedado de la reunión, vio que la mujer estrujaba su ejemplar de *El ojo de Eva* mientras se movía inquieta en el sofá. Se sentó a su lado y le ofreció una taza. Telma dejó el libro encima de la mesita y la asió con manos temblorosas.

—¿Qué pasa, Telma? Nunca antes te había visto tan nerviosa.

La sobrina de Pernilla bebió un poco de café y respiró hondo.

—Estoy asustada, Greta. La policía sospecha de Ville...

La otra mañana se lo han llevado en una patrulla como si fuese un criminal.

—Lo llevaron a la comisaría solamente para interrogarlo, no deberías preocuparte tanto —le aconsejó.

La mujer negó con la cabeza.

—Crean que él tuvo que ver con ese horrible homicidio que ocurrió en casa de los Lundkvist. ¡También sospechan de su visita a Harriet Wozniak!

Era evidente que, después del interrogatorio, el reverendo la había puesto al tanto de algunos detalles de la investigación.

—La policía tiene que entrevistar a todas las personas que, de un modo u otro, están involucrados en el caso. El reverendo visitó la residencia esa mañana, también conocía a Robert Lipponen; es normal que quisieran hablar con él, Telma.

—Ville no ha hecho nada, Greta. Solo vive atormentado por lo que sabe, por eso estoy aquí, para pedirte que hables con él.

La miró con una actitud suplicante, parecía que estaba a punto de echarse a llorar. La petición la desconcertó.

—¿Quieres que yo hable con él?

La sobrina de Pernilla asintió.

—Ville confía en ti, Greta. Fue él quien me envió a buscarte. Después de tu intervención el año pasado, cuando descubriste que su esposa había asesinado a esas dos mujeres, cree que eres la única persona que puede ayudarlo.

—Si sabe algo debería contárselo a la policía —repuso la pelirroja.

—Solo quiere hablar contigo. —Telma dejó la taza junto a la novela de Karin Fossum y la tomó por sorpresa cuando apretó su mano con fuerza—. Por favor, no estaría aquí suplicándote si no fuese realmente importante. He tratado de que me lo

cuenta, pero se niega, dice que no es justo para mí agobiarme con sus problemas. Lo que sea que lo está atormentando lo viene arrastrando desde hace mucho tiempo.

Greta pensó de inmediato en la muerte de Thomaz Roth. Quizás el reverendo ya no soportaba la culpa y necesitaba desahogarse con alguien.

—No te angusties, Telma. —Le sonrió—. Si te deja más tranquila, iré a verlo.

La mujer asintió. En los labios también le asomó una sonrisa.

—¡Gracias, Greta! Sabía que podía contar contigo.

—¿Lo quieres mucho, verdad?

Ella permaneció cabizbaja unos segundos antes de volver a mirarla.

—Sí, después de todo lo que sufrí con la muerte del doctor Metzgen, pensaba que ya no me quedaba nada, solo un trabajo mediocre y una tía a la que adoro, pero que siempre se entromete demasiado en mi vida. Me acerqué a la iglesia en busca de un poco de consuelo y terminé encontrando el amor. —Dejó escapar un suspiro—. Ville es un buen hombre, Greta, pero ha sufrido mucho en la vida. Perdió a su madre cuando era muy pequeño, luego, ocurrió lo de su esposa... Creo que el dolor de la pérdida nos unió. Sé que hacemos mal al vernos a escondidas, pero él está hablando con un abogado para que trate de disolver el matrimonio con Britta. Dice que el hecho de que se haya casado con él utilizando un nombre falso hará todo más sencillo; aun así, los trámites de disolución llevan su tiempo. Igualmente, supongo que nuestra relación clandestina ya no es secreto para nadie, ni siquiera para mi tía.

La pelirroja no supo qué decirle. No condenaba el romance con el reverendo, ella menos que nadie tenía derecho a juzgarla. Telma había vuelto a enamorarse, y eso era lo que realmente importaba. Pensó en Ville y en eso tan importante que quería contarle. Era inevitable sentir curiosidad; sin embargo, sabía que ni Mikael, ni su padre aprobarían lo que estaba a punto de hacer. Eso nunca la había detenido, así que, sin perder tiempo y acompañada por Telma, partió rumbo a la iglesia. Lasse no entendió nada cuando le dijo que volvería en un rato y la vio salir de Némesis con la sobrina de Pernilla Apelgren.

* * *

Cuando finalmente el juez Fjæstad envió las dichas órdenes de registro, se dispuso que era más urgente empezar por la propiedad de Milo Ljumbark, que llevaba ya más de doce horas desaparecido. Las cámaras de seguridad que habían estado revisando durante buena parte de la mañana demostraron que, el día anterior, el profesor,

después de asistir a los funerales de Harriet Wozniak y Thomaz Roth, se había dirigido hasta su casa. Luego, cerca de las seis de la tarde volvió a salir. Pero, al igual que Robert Lipponen, alguien se había asegurado de que en el último tramo de su recorrido no hubiese ninguna cámara de vigilancia que pudiese captar sus movimientos.

El Ford K color negro se perdió de vista al virar en Stationsvägen. Se enviaron dos patrullas para inspeccionar el área. Si el asesino repetía el mismo *modus operandi*, de seguro encontrarían el auto abandonado en algún callejón del pueblo. Karl decidió llevarse a Stevic a casa del desaparecido. También los acompañaba el doctor Grahn. No les llevó más de un cuarto de hora llegar hasta el lugar.

Ingresaron por una puerta trasera, después de que el teniente usara una ganzúa para forzar la cerradura. El silencio que reinaba en la casa era sepulcral. La cocina estaba tan ordenada que parecía que nadie hubiese vivido allí en mucho tiempo. La misma impresión les causó el salón y la habitación principal, en donde descubrieron un armario casi vacío. Solamente un traje color gris colgaba de una de las perchas. Stevic miró al inspector.

—¿Crees que se haya ido por sus propios medios?

A simple vista parecía ser así. Sin embargo, al inspector, todo aquello le resultaba sospechoso.

—En la escuela donde enseñaba aseguraron que Ljumbark jamás se hubiese ausentado del pueblo sin antes avisar. Desde que es profesor, solo ha faltado en dos oportunidades, siempre por enfermedad. No creo que sea el caso: cuando lo vimos en el cementerio, gozaba de buena salud. Hay algo muy extraño en todo esto.

Continuaron con la inspección ocular, pero no encontraron nada y eso era precisamente lo que más los desconcertaba. El teniente incluso empezó a levantar alfombras y golpear el piso de madera para asegurarse de que la casa no tuviese un sótano.

—¡Karl, Stevic, vengan aquí! —llamó Frederic Grahn desde el cuarto de baño.

Subieron las escaleras a toda prisa y lo encontraron arrodillado junto al lavabo, con la cabeza metida entre las tuberías.

—¿Has encontrado algo?

El forense no respondió. Se echó hacia atrás y sacó una botella del interior de su maletín. Apagó la luz y roció el suelo con luminol. De inmediato, la hemoglobina reaccionó ante la composición química del líquido, lo que indicaba la presencia de sangre. La enorme mancha blanca señalaba, también, que alguien había intentado limpiar la escena. Que Milo Ljumbark hubiese sido atacado en su propia casa, rompía con el esquema que venía siguiendo el asesino y, lo que era mucho peor, se estaba

volviendo más osado. Después de que Grahn demostrara que la sangre que habían hallado era humana, se catalogó al hecho como «secuestro».

Karl ordenó que se analizara la casa como una posible escena del crimen y sin perder tiempo, el forense llamó a sus asistentes para trabajar con más celeridad. Aunque el resto de las habitaciones parecían estar limpias, podrían recolectar más evidencias de que el profesor había sido atacado allí. Lo que más urgía, sin dudas, era saber si la sangre en el suelo del cuarto de baño pertenecía a Milo. Cuando se estaban marchando, el inspector recibió una llamada del agente Bengtsson. Habían encontrado el Ford Ka de Ljumbark abandonado cerca de la estación de trenes. Antes de hacerle una visita al reverendo, decidieron acercarse al lugar para inspeccionar el vehículo con sus propios ojos.

* * *

Greta no pudo evitar sentirse conmovida cuando, al entrar en la iglesia, escuchó en la voz angelical de una docena de niñas, la canción *Sankta Lucia*. La señora Dwinger, quien dirigía el coro desde que la pelirroja tenía uso de razón, estaba sentada en la primera hilera de bancos y procuraba que las niñas más pequeñas no olvidaran la letra. Siguió a Telma a través del pasillo mientras las observaba. Entre las postulantes a convertirse en Lucía, se encontraba su prima Tammi. La saludó con la mano y ella le sonrió. Le traía gratos recuerdos esa vieja canción que venía del sur de Italia y que se había aprendido de memoria a fuerza de escucharla en la escuela. Después del *Midsommar*, la celebración en honor a Santa Lucía era su favorita.

Incluso había estado a punto de ser seleccionada para ser Lucía cuando tenía doce años, pero Hanna, quien también se había postulado, terminó por desbancarla del primer puesto. Al principio, se había enfadado mucho, estaba segura de que la habían descartado no solo por su cabellera roja, sino también porque solía soltar palabrotas con mucha facilidad. Sin embargo, el día de la celebración, cuando Sue Ellen la vistió con una reluciente túnica blanca y un capirote adornado con estrellas doradas, el enojo se esfumó. También la envidia de ver a Hanna, convertida en una hermosa Lucía, desfilar con la corona de velas en la cabeza. Lasse se había llevado la peor parte, ya que le había tocado ser uno de los duendecillos que iban últimos en la procesión.

Telma la condujo hasta el despacho en donde la esperaba el reverendo Erikssen. Él le pidió que los dejara a solas y, aunque la mujer insistió en quedarse, logró convencerla de que se fuera. Cuando la sobrina de Pernilla cerró la puerta, Ville

Erikssen le indicó que tomara asiento.

—Sabía que ibas a venir —dijo e hizo un gran esfuerzo para sonreír—. Espero no haberte importunado con mi pedido, tampoco quiero que tengas problemas con tu padre o el teniente Stevic por mi culpa...

—Telma me dijo que quería contarme algo —lo interrumpió.

Prefería no pensar en la reacción que pudiesen tener Mikael o el inspector cuando se enteraran de que había vuelto a las andadas, que no importaba cuantas veces jurase no entrometerse en la investigación porque siempre terminaba haciendo oídos sordos a las advertencias.

—Así es. Llevo guardando un terrible secreto desde hace muchos años, más de treinta. —Respiró hondo. Sus manos descansaban encima del escritorio; entre los dedos, sostenía un crucifijo—. Preferí hablar contigo y no con la policía, pero, si después de que escuches lo que voy a contarte, decides decírselo tú, no voy a impedirte.

—¿Tiene que ver con Thomaz, verdad? El reverendo asintió.

—El pobre de Thomaz. Ahora que su cuerpo fue descubierto, es hora de que todo el mundo conozca lo que pasó esa noche de invierno en Brandeby. —La miró directamente a los ojos, con desesperación y una necesidad de sacarse todo el dolor que llevaba en el alma—. Todo empezó como una broma y terminó en una terrible tragedia... Yo era el mayor, el que asustaba a los demás y conseguía todo lo que quería. Mis amigos hacían lo que les pedía y, aunque sabía que estaban conmigo por miedo, no me importaba. Kasper era mi aliado, el único en Brandeby en quien confiaba. En muchas ocasiones, incluso, dio la cara por mí; llegué a apreciarlo mucho. Para un niño como yo, que pensaba que nadie lo quería, eso era muy importante. Por esa razón, cuando el teniente Stevic me dijo que Kasper había sido asesinado, ya no aguanté más cargar con la culpa. —Apretó con fuerza el crucifijo hasta que la piel de los nudillos se enrojeció. Agachó la cabeza para no tener que mirarla mientras continuaba con el relato—. Thomaz era un niño tímido, apenas se relacionaba con los demás, prefería pasar el rato con sus mariposas o charlando con Gregor, el jardinero. Esa noche, entre todos, decidimos gastarle una broma. Le escondimos la colección de mariposas en un armario oscuro del sótano, y enviamos a Robert para que le dijese dónde la podía encontrar. Thomaz, sin sospechar que Robert estaba confabulado con nosotros, bajó al sótano. Fue entonces que lo encerramos. Sabíamos que temía quedarse solo en sitios oscuros, aun así, decidimos dejarlo allí toda la noche. A la mañana siguiente, antes de que alguien se diera cuenta de lo que habíamos hecho, fuimos a buscarlo. Lo hallamos tendido en el suelo. Tenía sangre en el rostro y no se movía. Tampoco respiraba. Había intentado escapar por una claraboya a la que quiso

acceder superponiendo varias cajas una encima de otra, pero no lo logró: cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra la punta de una mesa.

Greta escuchaba ese desgarrador relato sin interrumpirlo. Finalmente, lo que había sucedido con Thomaz Roth salía a la luz.

—Decidimos, entre todos, guardar el secreto. Kasper y yo metimos el cuerpo en el armario y bajamos a desayunar como si nada hubiese pasado. Esa misma noche, abandonamos nuestras camas para cavar una fosa en el bosque, lo más alejado de la propiedad posible. Tan distante que nos llevó mucho tiempo volver, pero garantizó que no lo encontrarán con facilidad.

Greta comprendió que no se trataba del mismo lugar en el que habían, finalmente, encontrado el cuerpo, aunque eso el reverendo no podía saberlo, porque no había sido informado públicamente.

—¿Enterraron a Thomaz junto con la colección de mariposas? —preguntó en cambio Greta.

—No, nunca la sacamos del armario. Un par de meses después, nos enteramos de que habían llamado a un fumigador para que eliminara a las ratas que pululaban por el sótano. No podíamos permitir que la encontrarán, porque descubrirían que Thomaz jamás había salido del internado.

—Entonces, provocaron un incendio.

Ville Erikssen asintió.

—Supongo que lo que dijo Kasper sobre la huida voluntaria de Thomaz formó parte del plan para ocultar lo que había ocurrido en realidad.

—Sí, yo mismo lo obligué a que inventara esa mentira y la repitiera a todo aquel que le preguntara sobre los acontecimientos de esa noche. Kasper no quería, pero no pudo negarse. Junto al cuerpo de Thomaz enterramos una navaja que perteneció a Kasper, tenía su nombre grabado. Si alguna vez alguien encontraba la tumba, creería que él era el responsable de la muerte.

Greta sabía que no habían hallado nada junto a los restos de Thomaz. Ni la colección de mariposas, ni la navaja que acababa de mencionar el reverendo. ¿Entonces era eso lo que estaba buscando la persona que había visto Emil cavando detrás de la casa de los Lundkvist? ¿Por qué razón, después de tanto tiempo, alguien desenterraría el único objeto que culparía a Kasper Høgh de la muerte de Thomaz Roth? ¿Pero si ese no era el lugar donde lo habían enterrado, por qué cavaba ahí? ¿Por qué la tumba estaba casi al ras de la tierra? Al principio, la única posibilidad que le vino a la cabeza le pareció descabellada. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más se convencía de que podría tratarse de Christoff Høgh. ¿Y si era él quien buscaba vengarse por lo que le habían obligado a hacer a su hermano?

El reverendo se puso de repente de pie y fue hasta la ventana.

—Sé que no tengo justificación, que lo que hicimos lastimó a mucha gente. Nos marcó para toda la vida. Desde hace tiempo visito a los Roth, les ofrezco consuelo y rezo con ellos. Es la manera que encontré para tratar de enmendar mi error. Por eso me volqué a la religión, no solo para expiar mis pecados, sino también para redimir mi alma. Kasper y Robert pagaron por mi culpa, no quiero que nadie más salga herido. —Tensó la espalda y se quedó callado mientras observaba la calle—. Le contaré todo a la policía y me encomendaré al Señor.

—Reverendo, lo que pasó con Thomaz no fue más que un fatal accidente, una broma que se les fue de las manos —aseveró para tratar de aligerarle la pena.

—Lo que hicimos en el pasado no solo provocó la muerte de Thomaz, Greta. Kasper, Robert y la pobre de Harriet murieron por nuestra culpa. Si tengo que pagar con la cárcel por mi pecado y por los de los demás, estoy dispuesto a hacerlo.

Cuando se volvió y la miró, la pelirroja notó que tenía los ojos vidriosos.

—Pero usted no los mató —replicó—. Alguien quiere vengarse por lo que le ocurrió a Thomaz. ¿No tiene idea de quién puede ser?

—Aunque encontrásemos al culpable, nadie podrá borrar lo que pasó.

—Pero...

—Escucha, Greta. —Se acercó y la asió por los hombros—. Nada de lo que suceda a partir de ahora va a poder cambiar lo que hicimos. Te doy las gracias de que hayas aceptado mi petición y vinieses a verme; me ha hecho mucho bien hablar contigo. Sé que, tarde o temprano, tu intuición te llevará a descubrir quién está detrás de los crímenes y espero que nadie más tenga que morir por lo que hicimos esa noche.

—Quiere que lo acompañe a la comisaría, puedo hablar con papá...

—No hace falta, Greta. El inspector Lindberg ya está aquí.

Ella se aproximó a la ventana y vio el auto estacionado al otro lado de la calle. Fue en ese momento que se dio cuenta de que las aspirantes a convertirse en Lucía habían dejado de cantar. Cuando escuchó la voz del inspector al otro lado de la puerta, farfulló una maldición.

CAPÍTULO 29

—¿M e puedes decir qué demonios estabas haciendo con el reverendo?
—Mikael, estamos en una iglesia, no deberías maldecir —respondió y se puso a la defensiva.

Ya había recibido una reprimenda de Karl como para encima tener que seguir soportando las de su pareja. Miró de reojo al inspector. Estaba molesto y, cuando había intentado justificar su presencia en la iglesia, apenas la había escuchado. Ahora estaba en el pasillo y supervisaba la inspección ocular que llevaban a cabo dos agentes de uniforme, mientras el reverendo esperaba en el despacho, acompañado por otro oficial.

—Ven —le dijo Stevic y la asió del brazo y la condujo hacia la nave central. Una vez allí, la obligó a sentarse. Él prefirió quedarse de pie—. Responde a mi pregunta, Greta.

—Vine a ver al reverendo porque él quería hablar conmigo. Telma fue a buscarme y no pude decirle que no. —Alzó la cabeza y trató de sostenerle la mirada, pero Mikael la estaba taladrando con unos intensos ojos azules, de los que, incluso, parecía que salían chispas—. Me contó lo que pasó con Thomaz, cómo murió luego de que él y los demás niños le hicieran una broma...

La escuchó con atención mientras hacía un gran esfuerzo por dejar el enojo a un lado. Se habían llevado una sorpresa el inspector y él cuando, al entrar al despacho, la vieron junto al reverendo. Como ya era costumbre, le había tocado a él mediar entre padre e hija; calmar los nervios de Karl y tratar de no perder la paciencia con Greta. ¿Hasta dónde era capaz de llegar la pelirroja con tal de saciar esa incontrolable curiosidad cada vez que había un crimen en el pueblo? Lo supo de inmediato cuando ella mencionó el nombre de Christoff Høgh.

—Mikael, es posible que él sea el hombre que vio Emil cavar en la tumba de Thomaz, que, además, el reverendo declara que estaba alejada de la propiedad, por eso no se la encontró en la investigación inicial, cuando peinaron el terreno. Los niños habían enterrado la navaja con el nombre grabado de su hermano; sin embargo, no apareció junto a los restos. ¿Quién más estaría interesado en recuperarla?

—¿Crees que Christoff quería evitar que culpáramos al hermano por lo ocurrido?
Greta asintió.

—Tu teoría tiene sentido —reconoció para beneplácito de la pelirroja—. Sin embargo, hay algunos huecos que rellenar. Por ejemplo, ¿cómo supo Christoff Høgh lo de la navaja en la tumba?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que entonces tendremos que preguntárselo —retrucó el teniente.

—Con respecto a eso, ¿puedo sugerir algo?

Él puso los brazos en jarra y la miró con el ceño fruncido.

—¿Con qué vas a salir ahora?

—Christoff no confía en nadie que use uniforme, por lo tanto, no aceptará hablar con un policía.

Él sospechaba cuál era su intención y, antes de que dijese algo más, se negó rotundamente a seguir escuchándola.

—¡Pero, Mikael...!

—No, Greta. No voy a dejar que hables con ese sujeto. Karl tampoco lo permitirá. Aún no sabemos hasta qué punto puede estar involucrado, y no quiero tener que volver a preocuparme de que algo te pase —respondió, determinado a no ceder en su postura—. Milo Ljumbark desapareció ayer y, esta mañana, hemos encontrado su auto abandonado. Mantente al margen, por favor. Ya es suficientemente estresante para mí tratar de concentrarme en la investigación para, además, estar pendiente de que no te metas donde no debes y arriesgues tu pellejo. ¿Has entendido?

—¿Qué puede pasarme? Solo hablaría con él. Si no quieres que lo haga en persona, puede hacerlo por teléfono. Christoff ya me conoce, creo que, incluso, logré ganarme su confianza...

—¿Qué sucede?

Greta se volvió a mirar a su padre. El inspector Lindberg era un hueso más duro de roer, pero intentaría convencerlo de todos modos.

—Tu hija, que quiere hablar con el hermano de Kasper porque alega que él no confía en la policía.

Ante la confusión del inspector, Greta le explicó el motivo de por qué pensaba que sería más fácil que Christoff Høgh hablase con ella. Cuando le soltó su teoría de que él

podría haber venido a Mora para desenterrar la prueba que vinculaba a su hermano con la muerte de Thomaz, creyó ver un atisbo de aprobación.

—Ese muchacho tiene muchas cosas que explicar —manifestó algo pensativo. Miró al teniente, luego a Greta—. Quizá tengas razón y lo más prudente sea indagar acerca de lo que sabe sin involucrar a la policía. Puede tratarse de nuestro hombre y, si Milo Ljumbark está en su poder, cualquier movimiento en falso puede poner en riesgo la vida de ese hombre. —Hizo caso omiso a la opinión de Stevic y preguntó—: ¿Cuál es tu plan, hija?

—¡Karl, no estarás hablando en serio!

—Sabes tan bien como yo que nunca me ha gustado que Greta intervenga en nuestras investigaciones policiales; sin embargo, cuenta con un punto a su favor: Christoff Høgh ya ha hablado con ella sobre la muerte de Kasper y no sospechará nada si de repente vuelve a llamarlo para hacerle más preguntas.

La pelirroja se cruzó de brazos en un gesto de protesta al que ninguno de los dos le prestó atención. Allí estaban de nuevo: hablaban de ella como si no estuviese presente.

—Podría tratar de convencerlo de que venga al pueblo, decirle que ha surgido información nueva sobre la muerte de Kasper —sugirió cuando por fin se callaron la boca.

—Si te vas a encontrar con él, tiene que ser en un lugar público, donde podamos verte en todo momento —intervino Mikael, quien todavía se mostraba bastante reacio a dejar que Greta jugase a la policía una vez más.

—¿Qué te parece el hostel de la señora Hoffman? Siempre hay gente merodeando; además, tú puedes sentarte en una mesa contigua para escuchar nuestra conversación.

Cuando el inspector accedió a llevar adelante el plan de Greta, Mikael ya no pudo hacer nada para evitar que la pelirroja se saliera con la suya. De mala gana, terminó por aprobar, con la única condición de que sería él mismo quien presenciara la reunión desde cerca. Uno de los agentes que habían sido asignados para registrar la casa del reverendo llamó aparte a Mikael y le entregó un manajo de llaves. Desapareció durante un par de minutos y, cuando regresó con ellos, el semblante le cambió radicalmente.

—¿Por qué esa sonrisa? —quiso saber Karl.

—Esta llave no abre ninguna de las puertas de la casa, tampoco de la iglesia ni del despacho —respondió mientras la separaba del resto hasta dejarla en un extremo del manajo—. Tengo la certeza casi absoluta de que si vamos a la casa de los Lundkvist y probamos todas las cerraduras, hallaremos la correcta.

En efecto, la llave que fue encontrada en poder del reverendo abría una de las

puertas traseras del exinternado. Con esa evidencia en su contra y, a pesar de que Ville Erikssen aseguraba que la llave no era suya, se ordenó de inmediato que se lo detuviera.

* * *

Como Greta había vaticinado, Christoff Høgh aceptó ir a Mora para reunirse con ella personalmente después de que le dijera que la policía del pueblo había accedido a investigar la muerte de su hermano debido a una posible relación con el homicidio de Robert Lipponen. El encuentro había sido pactado para las tres de la tarde y, una hora antes, Mikael había aparecido en el apartamento para asegurarse de que a la pelirroja no se le ocurriera irse sin él. La observaba a través del espejo mientras ella terminaba de arreglarse.

—¿Para qué tanto esmero en emperifollarte? Ni siquiera conoces al sujeto.

La joven se colocó un poco de rímel en los ojos antes de responderle.

—Vi su fotografía en la página web que han abierto en homenaje a su hermano.

Obvió agregar que Christoff Høgh era joven y bien parecido. Lo único que le faltaba era que Mikael le saliera con una escena de celos. Él no supo cómo interpretar esa respuesta, pero prefirió cambiar de tema. Que Greta se encontrase con otro hombre, aunque fuera para ayudarlos en la investigación, no era algo que pudiera digerir fácilmente. Cuando vio que se ponía el vestido de punto color blanco que se le ceñía al cuerpo, faltó poco para que se pusiera a protestar. Bastó que ella le lanzara una mirada furibunda a través del espejo para que desistiera de abrir la boca. Miró el reloj.

—¿Estás lista?

La muchacha asintió. Dejó que él la ayudara a ponerse el abrigo y se marcharon. Decidieron no pasar por la librería para evitar que Lasse los entretuviera. Stevic quería estar en el hostel antes de que Christoff Høgh apareciera. Al entrar al lugar, Inge Hoffman se acercó a Greta para saludarla. De inmediato, le pareció un hecho curioso que el teniente no se sentara con ella, sino que ocupase la mesa de al lado. Cuando le preguntó qué ocurría, la pelirroja solo le dijo que estaban en medio de una misión encubierta muy importante. Respuesta que dejó a la mujer más desconcertada que antes. Pidió un *capuccino* y colgó el bolso en el respaldo de la silla. En la mesa contigua, a menos de un par de metros, Mikael fingía leer el periódico.

La puerta del hostel se abrió; un hombre alto, de cabello oscuro, se puso a buscar a

alguien con la mirada. El teniente supo que era Christoff Høgh, cuando vio que Greta le hacía señas de que se acercase. Miró por encima del periódico cómo la saludaba con un ligero apretón de mano y, tras quitarse la gabardina, se sentó frente a ella.

—Te agradezco que hayas aceptado mi invitación, Christoff —le sonrió y bebió un poco de su *capuccino*—. ¿Qué quieres tomar?

—Lo mismo que tú. —Llamaron a la señora Hoffman, quien tardó solo un par de minutos en cumplir con el pedido—. No me arrepiento de haber venido —comentó el hombre de repente, mientras la taladraba con unos intensos ojos verdes—. Cuando hablé contigo por teléfono, no imaginé que fueras tan bonita.

La joven escuchó cómo Mikael carraspeaba a sus espaldas. Trató de olvidarse que lo tenía tan cerca para concentrarse en lo que realmente importaba.

—Gracias, Christoff, tú tampoco estás nada mal —respondió al tiempo que le dedicaba una sonrisa atrevida.

Ni siquiera quiso imaginarse la cara que estaría poniendo el teniente en ese momento después de escucharla coquetear de una manera tan descarada. No tenía nada que reprocharle; después de todo, solo estaba intentando ganarse su confianza.

—Dime, Greta, ¿estás soltera? Porque, si me dices que sí, me va a costar mucho creerte. Dudo de que en este pueblo alguien pueda dejar pasar a un bombón como tú.

La muchacha volvió a dedicarle una sonrisa, aunque se estaba cansando de aquel juego de seducción que no conducía a ninguna parte. Resolvió cortar de raíz cualquier intención de conquistarla antes de que la situación pasara a mayores.

—De hecho, te había dicho que fue mi marido quien conocía a Kasper.

Christoff se llevó la mano al corazón y puso cara de pena.

—Llegué tarde, entonces.

—Me temo que sí.

El hombre miró por encima de su hombro y, por un segundo, ella creyó que había descubierto a Mikael.

—La verdad es que, cuando me dijiste que habían resuelto volver a investigar la muerte de Kasper, no lo podía creer. Después de insistir tanto a la policía de Mockfjärd, de tratar de convencerlos de que no se había suicidado. ¿Qué fue exactamente lo que hizo que la policía de Mora se interesase en mi hermano?

—Como te comenté por teléfono, es posible que Kasper haya sido víctima de la misma persona que mató a Robert Lipponen. No sé si te habrás enterado, pero han hallado los restos de Thomaz Roth enterrados en el bosque que está detrás de la propiedad de lo que hace más de treinta años solía ser el internado Brandeby. —Notó cómo, de repente, él empezaba a estrujar la servilleta de papel que sostenía en la mano. Stevic le había dicho que ante la primera señal de nerviosismo o incomodidad,

mencionara que ya tenían un sospechoso entre las rejas—. Esta mañana, la policía detuvo al reverendo Erikssen. Creen que es el responsable de las muertes, aunque yo no estoy tan segura. Hablé con él poco antes de que se lo llevaran y me contó todo lo que ocurrió la noche en la que Thomaz desapareció. —Como Christoff se mantenía callado, decidió seguir con el libreto que le había dado el teniente—. Sé que Kasper fue obligado a mentir para cubrir lo que habían hecho, que junto al cuerpo de Thomaz habían enterrado su navaja...

Christoff se masajeó la frente y se peinó el cabello hacia atrás, en un movimiento casi compulsivo. Era evidente que la verdad a la que lo estaba enfrentando Greta lo había puesto muy nervioso.

—No sigas, por favor...

—¿Qué sucede? —Lo vio tan mal que prefirió detenerse—. Christoff, si hay algo que quieras contarme o que quieras contarle a la policía, será mejor que hables cuanto antes... —Tal vez estaba a punto de cometer una infidencia, pero tenía que arriesgarse—. Milo Ljumbark, uno de los compañeros de Kasper en Brandeby, ha desaparecido y, a pesar de que la policía piensa que tienen al hombre correcto tras las rejas, es posible que el verdadero asesino continúe suelto.

—Yo no sé nada de los crímenes; sin embargo, sí sé lo que ocurrió con la navaja de mi hermano... Fui yo quien la desenterró unos días antes de que la policía hallase los huesos de Thomaz —confesó por fin—. Hace unas semanas, cuando estaba buscando respuestas de por qué Kasper había saltado de la azotea de ese edificio, encontré un documento en su *laptop*. Primero pensé que se trataba de una nota de suicidio, pero, cuando la leí, descubrí la razón de por qué mi hermano vivió atormentado todos estos años por la culpa. Kasper había redactado con lujo de detalles lo que sucedió la noche en la que Thomaz Roth desapareció, de cómo Ville Erikssen tras arrebatarse la navaja que nuestro padre le había regalado y lanzarla junto al cuerpo de Thomaz, lo presionó para contar una mentira que mantuvo enterrada para siempre la verdad de lo que habían hecho. Él no pudo negarse, estaba entre la espada y la pared. Sabía que, el día que la policía encontrase los restos de Thomaz, también darían con la navaja, y todo el mundo creería que mi hermano era un asesino. No podía permitirlo, mi madre ya ha sufrido demasiado con su muerte como para que, además, mancharan su memoria con una mentira tan terrible. —Hizo una pausa. Tenía la boca pastosa y necesitaba tomar un poco de agua antes de continuar—. Por eso resolví venir al pueblo y buscar la tumba de Thomaz.

—¿Cómo la encontraste?

—Kasper había escrito el punto exacto donde lo habían enterrado, en un claro del bosque, junto a un pino que tenía un enorme hueco en la base. Además, alguien había

colocado una roca encima. Desenterré la navaja y decidí mover los restos de lugar. Que encontraran de una vez a Thomaz ayudaría a mi hermano a descansar en paz. Pensaba hacer una llamada anónima avisando a la policía, pero enseguida salió a la luz el asesinato de Lipponen y supe que sería cuestión de tiempo que encontraran el cuerpo del pequeño.

—¿No viste a nadie merodeando por el lugar?

Christoff negó con la cabeza.

—Llegué poco antes del mediodía y me marché un par de horas después; durante ese tiempo no vi a nadie. En realidad, estaba muy nervioso, tenía miedo de que alguien me descubriera.

—Alguien te vio ese día, Christoff, cuando enterrabas los restos de Thomaz cerca de la casa.

—¿Quién?

—No importa quién haya sido, lo que sí es importante es el hecho de que esa persona sí llamó a la policía; lo hizo después de descubrir el cuerpo de Robert Lipponen en una de las habitaciones de la planta alta.

Christoff Høgh empalideció de repente. Se quedó callado a la espera que Greta agregara algo más.

—¿Has estado alguna vez en el interior de la casa? —preguntó pensando en las llaves que misteriosamente habían aparecido en lo del reverendo.

No se imaginaba a Christoff Høgh como el autor de los crímenes; sin embargo, había aprendido a no dejarse llevar por las apariencias. Como *Miss Marple* solía decir, «siempre nos vemos inclinados a confiar en las personas y a creer que son realmente lo que dicen ser».

—¡No, por supuesto que no! —saltó con rapidez y se puso a la defensiva—. Después de desenterrar la navaja de mi hermano, me marché del lugar.

Lamentablemente, no había forma de probar si lo que decía era verdad o no. Ya había confesado que había estado en la propiedad de los Lundkvist, aunque por un motivo completamente diferente. Notó que observaba el reloj con impaciencia.

—¿Tienes prisa por marcharte?

—No me gusta dejar mucho tiempo a mi madre sola. Después de la muerte de Kasper nos hemos vuelto muy unidos, depende de mí para casi todo. Cumple sesenta y cuatro en Navidad, pero la tristeza la está consumiendo poco a poco. —Respiró hondo. Le dolía hablar de su madre—. Le conté que vendría a Mora porque la policía estaba investigando de nuevo la muerte de mi hermano y sé que me espera para que la ponga al tanto de las novedades. Quiero pasar por la comisaría antes de volver a Mockfjärd para contarle a la policía lo que hice, espero que haber profanado la tumba

de Thomaz no me traiga consecuencias graves.

Greta estaba a punto de decir algo, pero fue interrumpida por la voz grave de Mikael.

—Puede hablar conmigo si lo desea, señor Høgh. —Sacó la placa y se la mostró—. Soy el teniente Stevic y formo parte del equipo que está investigando la muerte de Kasper.

La joven no esperaba que él se pusiera en evidencia de ese modo y la dejara mal parada delante de Christoff. Cuando él le lanzó una mirada cargada de reproche, supo de inmediato que acababa de perder la poca confianza que había depositado en ella.

—Lo siento...

—¿Qué significa esto? —Los ojos verdes del hombre pasaban de la muchacha a Stevic y viceversa—. ¿Me han tendido una trampa? ¿Con qué propósito? Yo no tengo nada que ver con esas muertes...

—Nadie lo está acusando de nada, señor Høgh, pero después del testimonio del reverendo Erikssen, necesitábamos confirmar que había sido usted quien había desenterrado la navaja que inculpaba a su hermano. Greta fue la que planteó esa posibilidad. —Le dedicó una sonrisa a la pelirroja—. Y, como suele suceder, no se equivocó. Ahora, le voy a pedir que me acompañe a la comisaría para una declaración formal, después será libre de marcharse cuando quiera.

—¿No van a presentar cargos en mi contra por lo que hice?

—Aunque deberíamos acusarlo de obstrucción a la justicia, su falta no es grave. Tenemos tres crímenes que resolver y una desaparición que puede convertirse en homicidio si no actuamos pronto como para preocuparnos por lo que ha hecho.

Christoff, un poco más aliviado, volvió a prestarle atención a la pelirroja. No había rencor, ni ningún atisbo de reproche en su mirada.

—¿Tú también eres policía?

—No, pero mi padre, mi madrastra y mi novio sí lo son. Se podría decir que, con tanta placa y uniforme a mi alrededor, es como si yo también lo fuera.

El hermano de Kasper sonrió. Además de belleza, Greta derrochaba simpatía. La sonrisa se le borró de la cara cuando se topó con la mirada severa de Stevic. Supuso, entonces, que él sería el novio policía de la pelirroja. Se despidió de ella con un suave apretón de manos y se atrevió a pedirle que lo visitara si alguna vez viajaba a Mockfjärd. Antes de abandonar el hostel, le entregó una tarjeta con todos sus datos de contacto, hecho que provocó que el teniente lo volviese a mirar de mal modo.

—El coqueteo estuvo de más, pelirroja —le susurró Mikael al oído apenas se quedaron solos.

Ella se volvió. Hizo un gran esfuerzo y logró contener la risa. No podía evitarlo,

cada vez que se ponía en esa actitud de macho celoso que defendía lo que era suyo, sentía un deseo irresistible de arrojarse a sus brazos.

—Lo importante es que logramos nuestro objetivo, teniente.

Él no dijo nada cuando la joven puso énfasis en la palabra «nuestro». Era evidente que todavía estaba molesta porque él, en un principio, se había negado a que se entrevistara con Christoff. No podía reprocharle nada, el encuentro había resultado mejor de lo esperado y había servido para despejar varias incógnitas. De repente, asió a Greta de la cintura y la sorprendió al robarle un beso. Se aseguró de que Høgh los viera desde el otro lado de la puerta. Tenía que dejarle bien en claro que el corazón de la pelirroja ya tenía dueño.

CAPÍTULO 30

Los días pasaban y Milo Ljumbark seguía sin aparecer. Cuando un examen de ADN demostró que la sangre hallada en el cuarto de baño de su casa era suya, todos temieron lo peor. Habían sometido a Erikssen a varios interrogatorios, pero el reverendo se amparaba en su derecho de no declarar y se negaba a responder las preguntas. El reverendo no tenía una coartada firme para el momento en el que creían que Milo Ljumbark había sido secuestrado. Insistía en que estaba fuera del pueblo, entregando ropa en un orfanato. Fueron hasta el lugar, pero nadie recordaba haberlo visto. Cuando se lo dijeron, no les dio ninguna explicación. Solo aseguró que no mentía, pero era evidente que ocultaba algo. Además, tampoco podía demostrar fehacientemente que estaba en la iglesia cuando Robert Lipponen fue visto por última vez.

Después de que su abogado, un tal Isak Vollan, que vivía en Orsa, presentara un recurso de amparo valiéndose del hecho de que no se habían encontrado las huellas de su cliente en la llave que abría la puerta de la casa de los Lundkvist y sí en todas las demás que acompañaban el manojito de llaves, Karl no tuvo más remedio que ordenar la liberación, a pesar de los indicios que existían en su contra. Sin embargo, el inspector mandó a un par de agentes para vigilarlo. Si Ville estaba detrás de la desaparición de Ljumbark, tarde o temprano, los llevaría hasta él.

Greta, quien jamás había creído en la culpabilidad de Erikssen, tenía a sus propios sospechosos. Mientras Mikael se duchaba, ella aprovechó para releer lo que había escrito en su cuaderno rojo la noche anterior, cuando el teniente no había vuelto aún de la comisaría. Ella había tachado casi desde el principio el nombre del reverendo y se puso muy contenta al enterarse, por Pernilla, quien a su vez se había enterado por su sobrina Telma, de que lo habían soltado. Él había recurrido a ella para contarle su

terrible secreto; ahora, ella trataría de demostrar que era inocente, que más allá de lo que había ocurrido con Thomaz Roth, que había signado su vida y la de los otros niños del internado para siempre, no merecía lo que le estaba pasando. Erikssen ya había sufrido bastante en el pasado como para tener que soportar, ahora, que no solo la policía, sino también mucha gente en el pueblo creyese que él era el asesino.

La lista de sospechosos de Greta se había reducido solamente a dos nombres: Gregor Spira y Claes Friberg. Había descartado a Ulf Billengren y a Maria Nûjen, quien había pasado de ser la asistente de Billengren en Brandeby a ser su mujer. Le había bastado verlos en el cementerio para concluir que era imposible que uno de ellos o ambos estuviesen detrás de los asesinatos. El exdirector del internado era un hombre extremadamente delgado, que debía rozar los sesenta años. Difícilmente sería capaz de cargar con el peso de un hombre mucho más joven y fuerte que él, ni siquiera si hubiese contado con la ayuda de Maria, habría logrado colgar a Robert Lipponen del techo de la casa de los Lundkvist. El verdadero asesino se había encargado de desviar las sospechas hacia el reverendo Erikssen. Primero, la adenosina, que había utilizado para asesinar a Harriet Wozniak y poder controlar a Robert Lipponen. Después, había plantado la llave que abría una de las puertas del exinternado en el despacho de la iglesia, lugar que, casi siempre permanecía abierto, hecho que le había permitido al asesino colarse con facilidad. Greta estaba convencida de que su intención no solo era librarse de la justicia culpando a un inocente; sino que quien había perpetrado aquella terrible venganza, que parecía que nunca iba a terminar, sentía un gran resentimiento hacia el reverendo por lo que había hecho durante su estadía en Brandeby.

Recordó lo que le había dicho Mikael la noche anterior. Él tenía cierto reparo acerca de la historia que había contado Christoff Høgh y le había planteado la hipótesis de que, tal vez, el asesino no buscaba venganza por la muerte de Thomaz, sino por la mentira que le habían obligado a decir a Kasper Høgh para encubrir lo sucedido; mentira que muy probablemente terminase por empujarlo a quitarse la vida. Aunque a Høgh le habían tatuado una mariposa poco antes de morir y, además, había recibido una llamada desde la propiedad de los Lundkvist, no existían otros indicios que indicaran que no hubiese saltado de la azotea de ese edificio por su propia voluntad. Los crímenes de Robert Lipponen y Harriet Wozniak habían ocurrido menos de tres meses después del supuesto suicidio de Kasper. El teniente pensaba que, tal vez, esa muerte había sido el disparador que había necesitado el asesino para empezar a perpetrar la venganza. Por supuesto, en esa teoría, el único sospechoso que encajaba era Christoff Høgh. Greta, en cambio, pensaba que el origen de todo aquello era Thomaz Roth. Dibujó un círculo alrededor de los nombres de Gregor Spira y

Claes Friberg. Mientras la policía buscaba pruebas que demostrasen que el reverendo era su hombre, ella se ocuparía de descubrir quién se ocultaba realmente detrás de los homicidios.

De un golpe, cerró el cuaderno rojo y lo escondió debajo del colchón antes de que Mikael saliera del cuarto de baño. Agarró la novela de Harlan Coben que estaba encima de la mesa de noche y fingió que leía. Stevic se ajustó el nudo de la toalla que llevaba atada en la cintura y se acercó. Mientras cerraba la puerta había alcanzado a ver por el rabillo del ojo cómo la muchacha se disponía presurosa a seguir con la lectura de la novela que había empezado la noche anterior. Había algo sospechoso en esa actitud y no tardaría en averiguar qué estaba tramando a sus espaldas. Rodeó la cama y la increpó.

—¿Es impresión mía o de verdad me estás ocultando algo?

La joven apartó la vista de su ejemplar de *Atrapados* para sonreírle. Sus ojos recorrieron el torso desnudo del teniente. Todavía tenía la piel mojada y la luz que se filtraba por la ventana la hacía brillar.

—¿A qué te refieres? —preguntó con el ceño fruncido.

—¡Vamos, pelirroja! Te conozco demasiado bien como para saber que hay algo que no me dices.

Se cruzó de brazos y la escudriñó como si él si fuese, en ese momento, el teniente Stevic; ella, la sospechosa de haber cometido algún delito y la habitación del apartamento, la sala de interrogatorios. Greta no quería hablarle de lo que había estado elucubrando en el cuaderno rojo la noche anterior. Ella tenía una teoría propia, que no seguía la misma línea investigativa que manejaba la policía. Mikael, incluso, le había dicho que nadie en la comisaría tenía dudas acerca de la posible participación del reverendo Erikssen en los asesinatos.

En un intento de que se olvidara del asunto, se puso de rodillas en la cama, lo que provocó que las sábanas se deslizaran hacia abajo. Llevaba puesta una enorme camiseta con el logo del IFK Göteborg que le había regalado el teniente durante la visita que le habían hecho a su madre en el verano. A él le causaba cierta fascinación cada vez que se la veía puesta. Más allá de que le sobraba por todas partes y le cubría casi por completo los muslos, era excitante imaginarse que, debajo de la camiseta de su equipo favorito, no llevaba nada. Se aproximó y colocó sus manos en el borde superior de la toalla. Luego, metió los dedos cerca del nudo, mientras lo desafiaba con la mirada.

—Greta... intentas distraerme, lo sé —replicó él, mientras hacía un gran esfuerzo para no caer en el juego.

Una vez más, la pelirroja volvía a utilizar el poder de seducción que ejercía sobre

él para salirse con la suya. Cuando, en un gesto descarado, le quitó la toalla de un tirón, fue incapaz de mantener el control. Se abalanzó encima de ella, la atrapó entre el colchón y su cuerpo, y le impidió cualquier movimiento. Luego, antes de que pudiese reaccionar, la asió de las muñecas y llevó sus manos por encima de la cabeza. Ella se mordió el labio mientras la respiración se le hacía más pesada.

—¡Te lo advierto, pelirroja, como vuelvas a meterte donde no debes, me vas a oír!
—Sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa—. Puedo llegar a ser implacable, así que mantente alejada de los problemas.

—¿Me está amenazando, teniente?

Arqueó la espalda hacia arriba y se frotó contra su miembro. Él gruñó. El propio cuerpo lo estaba traicionando. Se olvidó de las advertencias y de lo que fuera que Greta estuviese tramando. Le echó un vistazo al reloj, todavía tenía media hora para llegar a la comisaría, tiempo suficiente para retozar un rato en la cama con ella. La liberó, y entonces ella tomó el control de la situación: se sentó a horcajadas encima de él. Se deshizo de la camiseta del IFK Göteborg y la arrojó al suelo. Su cuerpo se cimbreaba con la gracia de una amazona, y, mientras lo cabalgaba, Mikael pensó que tenía los pechos más hermosos del mundo.

* * *

Ingrid irrumpió en el centro de comandos. Todos levantaron la cabeza. Tenía las mejillas sonrojadas y se sostenía las gafas con la punta de los dedos.

—Ingrid, ¿qué pasa? —preguntó el inspector Lindberg, preocupado por la violenta aparición de la recepcionista que estaba todavía de pie junto a la puerta, sin decir absolutamente nada.

Nina y Mikael intercambiaron miradas. Temían la respuesta que la mujer pudiera darles, también Vanja y Peter, que habían llegado casi al mismo tiempo esa mañana, lo que había atraído la atención de todos en la comisaría. Milo Ljumbark llevaba desaparecido cinco días y la posibilidad de que siguiera con vida se esfumaba conforme pasaba el tiempo.

—Acaban de llamar del hospital, han encontrado a un hombre tirado en un callejón muy mal herido. No llevaba identificación, pero según la descripción física que dio una de las enfermeras al primer agente que se presentó en el hospital, podría tratarse de Milo Ljumbark.

Se escuchó un suspiro de alivio generalizado. Si el profesor había conseguido

sobrevivir y escapar del agresor, estaban más cerca que nunca de resolver el caso. Stevic se ofreció a ir al hospital para confirmar si efectivamente se trataba de él, y Lassgård lo acompañó. La sargento abrazó a su esposo. Por primera vez, desde que se había iniciado aquella pesadilla, pudo sentir que toda la tensión que se había ido acumulando en los músculos del cuerpo comenzaba a desaparecer. Sabía que no iba poder dormir tranquilo hasta que no atrapara al asesino.

Ville Erikssen era, hasta el momento, la mejor carta. Sin embargo, el rompecabezas no estaría armado hasta que lograsen probar que la línea investigativa que venían siguiendo era la correcta. Tal vez, ahora, con la aparición de Milo Ljumbark, pudiesen rellenar todos los huecos del caso. Por lo pronto, mientras mantenían vigilado al reverendo, esperarían novedades desde el hospital. La secretaria acababa de salir del centro de comandos, cuando, menos de un par de minutos más tarde, volvió para anunciarle al inspector que Telma Apelgren quería hablar con él. Como la notó demasiado nerviosa, Karl resolvió atenderla en su despacho después de ordenarle a Ingrid que le llevase una taza de té. Nina, sin esperar su consentimiento, se coló detrás de Telma para estar presente durante la entrevista.

—¿De qué quería hablar conmigo, señorita Apelgren?

Los ojos grisáceos de la mujer se posaron en el rostro de Karl Lindberg. Lo miró con tanta intensidad, que logró incomodarlo.

—Inspector, me he tomado el atrevimiento de venir a verlo para abogar por la inocencia del reverendo Erikssen —contestó lo más serena que pudo—. Lo están culpando por algo que no hizo y, ahora, tiene que soportar no solo las sospechas de la policía, sino también el escarnio público. Después de la detención, muchos de los feligreses dejaron de asistir a su iglesia. No es justo...

—Telma, como comprenderá, no puedo discutir los detalles del caso con usted, aunque sí puedo decirle que hay varios indicios que sindicán a Ville Erikssen como posible autor de los tres homicidios que estamos investigando.

—Ville me lo contó —repuso la mujer, que se refirió al reverendo, por primera vez, en un término más íntimo—. Sé los indicios que tienen en su contra, pero son solo eso: indicios. No han podido probar hasta ahora que tenga algo que ver con esas horribles muertes.

—Sus coartadas son débiles —intervino la sargento.

Le daba pena ver cómo intentaba defender de una acusación tan grave al hombre que le había devuelto la confianza en el amor.

—Yo puedo probar dónde estaba —aseguró—. Ville no ha querido decir nada para preservar mi identidad. Él todavía es un hombre casado y prefiere callarse antes que involucrarme en un asunto tan desagradable que terminaría por develar que llevamos

saliendo desde hace unos meses.

Aunque tanto Karl como Nina y el resto de los habitantes de Mora habían oído los rumores de un posible romance entre el reverendo Erikssen y la sobrina de Pernilla Apelgren, escucharlo de los labios de la propia Telma fue algo impactante.

—¿Está tratando de decir que cuando ocurrieron los hechos, Ville Erikssen y usted estaban juntos?

—Sí, inspector. Puedo proporcionarles coartadas para al menos dos de los momentos en los que ustedes creen que él estaba lastimando a esas personas.

Lindberg supuso que el mismo reverendo la había puesto al tanto de las fechas y los horarios, por eso, la instó a que continuara hablando.

—La mañana del 10 de noviembre, cuando desapareció la primera víctima, el reverendo estaba en mi casa. Pasamos la noche juntos y se fue a la suya a eso de las nueve, después del desayuno. En cuanto a la tarde en la que desapareció el profesor Ljumbark, Ville y yo estábamos en el cine. Fuimos hasta Orsa para evitar que alguien en el pueblo nos viera. —Abrió la cartera y sacó dos boletos—. ¿Es suficiente prueba para demostrar que él ni siquiera estaba en Mora cuando Milo Ljumbark fue secuestrado?

Karl miró los boletos. La fecha coincidía. También la hora. Sin embargo, no servían para demostrar que el reverendo había sido quien los había usado.

—Tendremos que hablar con alguien del cine para ver si los recuerda, también pedir las cámaras de vigilancia del lugar...

—Adelante, hágalo, verá que no le miento —aseguró Telma con la tranquilidad que le brindaba saber que, en todo aquel escabroso asunto, era ella la que tenía razón.

Erikssen era inocente, y la policía no quería entender que estaba perdiendo el tiempo al investigarlo a él, mientras el verdadero asesino seguía suelto. Se marchó de la comisaría, satisfecha por haber cumplido con su deber. Ya no le importaba que todo el pueblo confirmara que era la amante del reverendo, lo único que deseaba era limpiar el nombre de la persona que amaba porque no se merecía lo que le estaba pasando. Lo primero que hicieron Karl y Nina al volver al centro de comandos fue poner al agente Bengtsson al tanto de lo que acababa de ocurrir. Sin perder tiempo, se dispuso que él mismo viajara hasta Orsa para verificar la coartada de Erikssen.

* * *

Cuando el teniente Stevic y Vanja Lassgård vieron a Milo Ljumbark, no podían creer

que hubiese logrado sobrevivir a los ataques del agresor. Tenía varios cortes en el rostro y un horrible moretón alrededor del ojo derecho. Después de una intervención quirúrgica complicada, debido a una herida punzante que había recibido en el abdomen, el profesor había sido trasladado a una habitación en la segunda planta en la que se fueron acumulando con rapidez ramos de flores y globos que le auguraban una pronta recuperación de parte de los alumnos en la Mora Folkhögskola. El médico que los había autorizado a hablar con él les había advertido que el paciente, a pesar de estar lúcido, debía permanecer calmado. Cualquier sobresalto sería perjudicial para la recuperación, no solo física, sino emocional. Nadie dudaba de que, durante los cinco días que duró la desaparición, Milo había vivido una pesadilla.

Tanto Mikael como Vanja no sabían con qué se encontrarían apenas traspasaran la puerta de la habitación. Descubrieron que estaba completamente solo. Era imposible no preguntarse qué sería de él cuando abandonase el hospital. ¿Quién lo cuidaría mientras durase la recuperación?

Lassgård rodeó la cama y ocupó la única silla disponible. Las otras dos que había, estaban abarrotadas de ramos de flores que todavía nadie se había preocupado de poner en agua para que no se marchitaran. Stevic prefirió permanecer de pie. El penetrante y dulzón perfume de las flores empezaba a provocarle escozor en la nariz. Milo estaba con los ojos cerrados, respiraba con lentitud mientras todos sus signos vitales eran controlados por un enorme monitor ubicado al lado de la cama, muy cerca de su cabeza. Había perdido peso y una barba hirsuta le oscurecía el rostro. Ninguno de los dos se animaba a despertarlo. No supieron cuánto tiempo pasó hasta que por fin, Ljumbark abrió los ojos. Al principio, los miraba cómo si no supiera quiénes eran ellos o qué estaban haciendo allí. Fue Mikael quien resolvió tomar la iniciativa.

—Señor Ljumbark, ¿me recuerda? Soy el teniente Stevic, hablé con usted el otro día en su trabajo.

El profesor intentó mover un brazo, pero desistió de inmediato cuando se sintió atravesado por el dolor.

—Lo recuerdo, sí. —Miró a su alrededor y trató de sonreírle a Vanja—. Usted no es la misma mujer que acompañó al teniente aquella vez.

—No, señor Ljumbark, soy la detective Lassgård. ¿Cómo se encuentra? —preguntó mientras le devolvía la sonrisa.

—No lo sé, algo aturdido. Intento ordenar mis pensamientos, pero todo está muy confuso...

—Debe ser por el efecto de los sedantes —explicó ella—. Lo han sometido a una cirugía importante, aunque el doctor ha dicho que se recuperará pronto.

Fue recién en ese momento que él pareció darse cuenta de lo que había pasado. Se

levantó las sábanas y observó el vendaje que le cubría el abdomen.

—Señor Ljumbark, créanos que no quisiéramos importunarlo con preguntas, pero necesitamos que nos relate todo lo que pasó desde el momento en el que fue secuestrado hasta que apareció malherido en ese callejón.

—No recuerdo mucho, teniente. La mayor parte del tiempo estuve inconsciente. —Hizo un esfuerzo para instalar en la mente lo que había vivido a manos de su captor—. En mi memoria solo hay fragmentos sueltos de lo que pasó. Cuando despertaba, llegaban los golpes y, entonces, volvía a caer en una especie de sopor que me mantenía dormido la mayor parte del tiempo. Ese hombre apenas me alimentaba y me daba un poco de agua solo cuando se lo suplicaba.

—Empecemos por el principio —sugirió la detective. Imaginaba cuán difícil era, para aquel pobre profesor de Literatura, haber pasado por una experiencia tan traumática. Sin embargo, a esa altura, con un sospechoso al que no le podían probar la participación en los hechos, Milo Ljumbark se había vuelto la clave para ayudarlos a resolver el caso—. ¿Qué recuerda de la tarde en la que desapareció?

Se tomó unos segundos para responder.

—Fue un miércoles, el día después del funeral. Mikael y ella asintieron.

—Salí de casa en mi auto porque había olvidado uno de mis libros en la escuela. Los profesores tenemos nuestra propia llave, para casos de emergencia. Necesitaba el libro para preparar una clase, así que decidí ir a buscarlo. Cuando salí, alguien se acercó por detrás y me cubrió la cabeza con una bolsa. Tenía una pistola, podía sentir el cañón apoyado en mi espalda. Me obligó a subirme a un vehículo que estaba en marcha, me arrojó al suelo y me ordenó que guardara silencio.

—¿Reconoció la voz del sujeto?

Ljumbark negó con la cabeza.

—Hablaba de una manera extraña, con acento. Se notaba que tergiversaba la voz para que no lo reconociera.

—¿Pudo verle la cara alguna vez?

—No, teniente, siempre tuve la cabeza tapada. Incluso cuando me dejó tirado en ese callejón llevaba la misma bolsa. Stevic empezaba a creer que, a pesar de haber recuperado a Ljumbark, el caso seguía inmerso en una nebulosa. El asesino había sabido cubrirse muy bien las espaldas y todavía no alcanzaba a entender por qué había dejado ir a quien, estaban seguros, se convertiría en la cuarta víctima. Lo que Milo relató a continuación, explicaba la razón de aquel extraño comportamiento.

—Me dijo que me perdonaba la vida porque quería que le diera un mensaje a la policía, en especial al inspector Karl Lindberg.

Mikael y Vanja intercambiaron miradas. Karl formaba parte de aquel intrincado

rompecabezas por el simple hecho de haber sido el agente que había investigado la desaparición de Thomaz Roth en el pasado. No les sorprendía que el asesino también quisiera involucrarlo en ese macabro juego.

—¿Cuál es ese mensaje? —quiso saber Stevic.

—Que no se va a detener hasta que todos los que tuvieron que ver con la muerte de Thomaz paguen con la propia vida por lo que hicieron. Me dejó esto... —Apartó las sábanas, por la abertura que dejaba ver la bata, se asomaba una mancha en forma de mariposa. Cuando se acercaron más, comprobaron que le habían marcado la piel como si fuera una res.

—Usó un fierro caliente, lo hizo mientras estaba consciente. Parecía que disfrutaba con mi dolor... —Volvió a tumbarse boca arriba en la cama, el esfuerzo lo había dejado agotado—. Nunca creí que fuera a salir vivo.

—¿Recuerda algo del lugar en el que estuvo? —insistió Mikael, que se aferraba a cualquier pista que los llevase a atrapar al sospechoso.

—No, teniente. Las pocas veces que me quitaba la bolsa de la cabeza para alimentarme o darme de beber, procuraba que no viese nada. Frente a mí, solo había una pared con la pintura descascarada. No había ventanas ni objetos que pudiesen ayudarme a identificar dónde estaba.

—¿De qué color era la pared?

—Creo que azul...

—¿Algún sonido en particular que le llamase la atención? Ljumbark negó con la cabeza.

—¿Recuerda cuánto tiempo les tomó llegar desde el punto en el que fue secuestrado hasta el lugar del cautiverio?

El profesor fue incapaz de precisarlo y, cuando Vanja se dio cuenta de que Stevic lo estaba presionando demasiado, le recordó las advertencias del doctor. No pudieron obtener nada más y se fueron del hospital con una única y angustiante certeza: el asesino estaba dispuesto a llevar su venganza hasta el final; ahora, les tocaba a ellos evitar que alguien más cayera en sus garras.

CAPÍTULO 31

Greta observaba el paisaje a medida que se iba alejando del pueblo. Según le había explicado Lasse, Gregor Spira vivía a un costado del viejo camino que llevaba a Orsa, pasando Källvägen. Su primo se la había quedado mirando con asombro cuando le había dicho que planeaba ir hasta esa casa para llevarle un folleto con las novedades de la librería. Hecho que le resultó por demás de extraño, ya que no solían repartirlos a domicilio, sino entregarlos a los clientes que se acercaban a Némesis. Cuando había intentado indagar el verdadero motivo de la visita a quien era conocido como el ermitaño del pueblo, ella simplemente había tomado el bolso y, tras decirle que volvía pronto, se había marchado y lo había dejado solo en la librería.

El sol se asomaba apenas entre unas nubes que volvían a presagiar tormenta. Aunque el alerta meteorológico había cesado, los pronosticadores anunciaban todavía intensas lluvias en toda la región de Dalarna. Había pasado primero por el vivero donde trabajaba Spira, pero el señor Axelsson le había dicho que era su día libre. Tomó Vasagatan para salir del pueblo y, después de Lasarettsvägen, continuó por Moravägen. Al llegar a la rotonda, giró a la derecha en Stättbergsvägen. Era una zona bastante boscosa con alguna que otra vivienda dispersa a un solo lado del camino.

Estacionó detrás de una camioneta desvencijada que estaba cargada con herramientas de jardinería. Spira vivía en una cabaña pequeña con las paredes de madera pintadas en color azul. Las cortinas de las ventanas estaban abiertas y salía humo por la chimenea. Sacó el folleto del bolso y, tras enroscarse la bufanda alrededor del cuello, descendió del auto. Apenas puso un pie en el suelo, un enorme perro lanudo se le abalanzó encima y la obligó a refugiarse detrás de la puerta del Mini Cabrio.

—Hola, perrito.

El animal jadeaba sin cesar, y, del costado de su hocico, caía una espesa baba. Greta miró hacia la casa. ¿Dónde estaba el jardinero? ¿Por qué no venía a rescatarla de aquella bestia de cuatro patas que parecía tener toda la intención de devorársela?

—¡*Eero*, ven aquí! —gritó Gregor que apareció por un costado de la cabaña.

El perro de inmediato se olvidó de la atemorizada intrusa y fue al lado del dueño. La pelirroja cerró la puerta del auto, puso una sonrisa en la cara y se acercó.

—Buenos días, espero no molestarlo...

—¿Qué quiere? —la interrumpió mientras la miraba con desconfianza.

—¿Se acuerda de mí, señor Spira?

—Sí, eres la muchacha de la librería, la hija del inspector Lindberg. Nos vimos en la iglesia hace un par de semanas.

La joven asintió.

—Así es. —Seguía sonriendo, porque trataba de caerle simpática, pero todos en el pueblo aseguraban que él solo se llevaba bien con el perro—. Precisamente he venido a verlo para traerle un folleto con las últimas novedades de la librería. —Se lo entregó, pero él ni siquiera lo aceptó. Volvió a guardarlo en el bolso. El plan acababa de fallar, era evidente que al hombre no le interesaba lo que ella había ido a ofrecerle, por lo tanto, decidió revelarle el verdadero motivo que la había empujado hasta allí—. ¿Podríamos hablar adentro? Me estoy congelando aquí...

Spira vaciló un momento, finalmente, la invitó a pasar. *Eero* la seguía de cerca y le olía las botas. El interior de la cabaña también estaba pintado de azul, y todos los ambientes se reducían a uno solo. Había una cocina, una pequeña sala de estar y un camastro en un rincón. Lo primero que notó Greta era que no había un solo libro en el lugar, eso explicaba por qué había ignorado el folleto. Una radio a transistores encima de una repisa parecía ser su único entretenimiento. No había televisión. Ni siquiera pudo encontrar un teléfono. La chimenea estaba encendida y había una manta tendida en el suelo justo delante. Supuso que era del perro.

—¿Va a decirme de una vez qué es lo que quiere? —espetó el hombre mientras se dejaba caer en un sillón de madera.

La muchacha continuaba de pie y, sin esperar invitación, se sentó frente a él. *Eero* levantó la cabeza y olfateó el aire durante unos segundos. Luego de emitir un extraño ronquido, volvió a echarse.

—Lo del folleto en realidad era una excusa —reconoció—. He venido a verlo para que me ayude a demostrar que el reverendo Erikssen es inocente.

Sabía que se arriesgaba demasiado, Spira podía ser el asesino y, en aquel lugar alejado de la mano de Dios, no le costaría nada deshacerse de ella. Tragó saliva al darse cuenta del peligro que corría si aquel hombre era en realidad el autor de los

crímenes. Si no volvía al pueblo antes del mediodía, al menos, Lasse sabría dónde buscarla.

—En el vivero, me enteré que la policía lo había detenido —comentó al tiempo que la taladraba con la mirada.

Los ojos eran pequeños, surcados por una gran cantidad de arrugas, pero, aun así, resultaban amenazadores.

—Sí, aunque lo han liberado, ellos creen que el reverendo asesinó a Kasper Høgh, a Robert Lipponen y a Harriet Wozniak. A propósito, lo vi en su funeral el otro día.

—Estaba allí por Thomaz, no por ella —aclaró.

El tono de su voz había cambiado al mencionar el nombre de Thomaz Roth.

—Tengo entendido que cuando usted trabajaba en Brandeby eran amigos.

—Sí, Thomaz era el único en ese horrible lugar que no me temía. A pesar de la diferencia de edad, congeniamos enseguida. —Presa de la emoción que le provocaban los recuerdos, respiró hondo—. Me afectó mucho su desaparición. Su padre sospechaba que yo tenía algo que ver con lo que había pasado, bastó que me llevaran a declarar a la comisaría para que la gente del pueblo empezara a señalarme con el dedo.

—¿Usted supo qué pasó?

Gregor negó con la cabeza.

—Sabía que los niños más grandes disfrutaban burlándose de él. Thomaz se había convertido con rapidez en el blanco perfecto para las maldades de Ville Erikssen y Kasper Høgh. Siempre tuve mis sospechas, sobre todo después de descubrir, a la mañana siguiente de su desaparición, que alguien había estado hurgando en el cobertizo, pero solo fueron eso, sospechas. Cuando hallaron los restos enterrados en el bosque, supe entonces que lo que me había negado a aceptar durante todos estos años realmente ocurrió: esos niños lo mataron.

—Fue un accidente —alegó Greta—. Una broma que terminó de la peor manera. Lo de Thomaz fue una terrible tragedia que no debió suceder nunca; de seguro los que estuvieron involucrados en su muerte cargaron con el peso de la culpa todo este tiempo. Y, ahora, alguien busca venganza. El asesino ya se cobró la vida de tres personas, señor Spira; Milo Ljumbark sigue desaparecido.

—¿Sospecha de mí, señorita Lindberg?

La pelirroja volvió a tragar saliva. En ese momento, se maldijo por no haber seguido los consejos de Mikael.

—No, pero, tal vez, usted podría saber algo que ayude a atrapar al asesino y probar así que el reverendo es inocente.

—Hace mucho tiempo, le hubiese dicho que no estaba dispuesto a mover un dedo

para salvarle el pellejo a Ville; sin embargo, sé que ha cambiado y que ya no queda en su alma nada de esa maldad de la que hacía alarde cuando era niño. Supongo que, como usted dice, la culpa, por lo que él y sus compañeros hicieron, lo ha atormentado desde entonces.

—El reverendo está siendo señalado por la gente del pueblo, al igual que usted fue señalado hace más de treinta años como el principal sospechoso de la desaparición de Thomaz. Yo intento descubrir la verdad, no solo para limpiar el nombre del reverendo, sino, también, el suyo. Esa misma gente que levantó el dedo para acusarlo tiene que saber lo que ocurrió esa noche en Brandeby. Estoy segura de que, una vez que se resuelva el caso, todo saldrá a la luz.

Gregor Spira asintió. Ya no había hostilidad en su mirada; Greta incluso creyó percibir un atisbo de alivio en las duras facciones de ese rostro.

—El verdadero asesino quiere inculpar a Ville Erikssen de los crímenes para librarse del castigo. No podemos permitirselo, señor Spira —aseveró en un último intento para lograr que se abriera definitivamente con ella—. Plantó evidencia al dejar, entre las llaves de Erikssen, una que abre la puerta de la cocina del exinternado, donde apareció el cuerpo de Robert Lipponen; además, le inyectó a una de sus víctimas la misma droga que la esposa del reverendo utilizó para asesinar a Annete Nyborg el año pasado.

—¿Ha dicho que han encontrado una llave del internado en casa del reverendo? —consultó estupefacto el jardinero.

—Sí, es evidente que alguien la dejó allí para inculparlo. Los peritos ni siquiera pudieron encontrar sus huellas en ella, por eso tuvieron que dejarlo ir...

Greta dejó de hablar cuando, de repente, Gregor se puso de pie y caminó hacia la chimenea. Acarició la cabeza de *Eero* y echó otro leño al fuego. Durante los siguientes minutos, solo se escuchó el crepitar de las llamas y el jadeo del perro en el interior de la cabaña. El hombre giró sobre los talones y la miró directamente a los ojos.

—Uno de los diablillos estuvo aquí hace poco... Así solía llamar a los niños cuando trabajaba en Brandeby —explicó—. Se apareció imprevistamente con unas cuantas latas de cerveza, según él, para hablar de los viejos tiempos. —De pronto, como si se hubiese acordado de algo, fue hasta un armario que colgaba de la pared y empezó a revolverlo todo—. ¡No está! ¡El maldito se la llevó!

—¿Qué sucede, señor Spira? —preguntó Greta y se puso de pie.

Al hacerlo, el bolso se le cayó al suelo y el ruido despertó al perro. Gregor no respondió. Parecía estar ensimismado en sus propios pensamientos. Luego, se acercó tanto a ella que la joven se vio obligada a retroceder unos pasos. ¿Y si en ese

momento la atacaba? Podía salir corriendo, pero no llegaría muy lejos, no con ese enorme perro pisándole los talones.

—La llave, señorita Lindberg.

Ella se quedó boquiabierta. Por un segundo, el miedo a ser lastimada por aquel hombre pasó a un segundo plano. En ese momento, lo que más le importaba era escuchar lo que tenía para decirle.

—¿La que encontraron en casa del reverendo?

—Sí, fue él. Claes me la robó. ¡Por eso estuvo aquí! ¡Quería la llave!

Claes Friberg. Si, en ese preciso instante, Greta hubiese tenido a mano el cuaderno rojo, habría dibujado un círculo alrededor de ese nombre.

* * *

Un día después de que Ljumbark fuese encontrado, la prensa ya se había hecho eco de la noticia. Los principales titulares anunciaban que había aparecido con vida y se recuperaba de las heridas recibidas durante el cautiverio en el hospital. Algunos medios, incluso, habían enviado reporteros para tratar de obtener una entrevista exclusiva con el profesor de Literatura que de la noche a la mañana se había convertido en el mártir de Mora. Los alumnos se turnaban para visitarlo y colmarlo de más flores y bombones de chocolate mientras le auguraban una feliz recuperación.

En la comisaría trataban de mantenerse al margen del revuelo que se había armado tras la milagrosa aparición con vida de Ljumbark, a pesar de que varios agentes se turnaban para cuidar que el asesino no volviera a buscarlo. El resto se concentraba en la investigación. Había un detalle que se salía del patrón que seguía el asesino y que tenía a todos de cabeza. Milo no había recibido ninguna llamada desde el exinternado Brandeby. Tras revisar los registros telefónicos, comprobaron que, tanto el día de su desaparición como los días anteriores, solo había recibido cinco llamadas: una de su exesposa y las demás habían sido efectuadas desde la escuela donde enseñaba Literatura. ¿Por qué el asesino de repente rompía la rutina y dejaba de llamar a las víctimas? La mariposa continuaba estando presente, también el mensaje; esa vez, enviado directamente a ellos por medio de la propia víctima.

Las pistas que apuntaban al reverendo empezaban a enfriarse con rapidez. Lo habían estado vigilando durante día y noche, por lo que resultaba imposible que Ville Erikssen fuese el captor de Ljumbark. ¿Acaso tendría un cómplice? Las evidencias forenses decían que no; sin embargo, los interrogantes, en vez de disminuir,

aumentaban. Con la investigación estancada, lo único que podían hacer era volver sobre sus pasos e indagar a los demás sospechosos. Lo que les preocupaba era no saber quién estaba ahora en la mira del asesino. Podía ser cualquiera, incluso el propio Karl. Entre Nina y Vanja habían logrado convencerlo de que se apartara del caso definitivamente. Él aceptó mantenerse al margen solo con una condición: que no le contasen a Greta que su vida corría peligro.

La pelirroja ignoraba la gravedad de la situación y se emperraba, una vez más, en resolver el caso. Había decidido no contarle todavía a la policía lo que había averiguado. Gregor Spira había sido sospechoso de la desaparición de Thomaz, el inspector Lindberg lo había investigado como tal y, con el resentimiento que muchos creían que le guardaba al ahora reverendo, terminarían por pensar que lo de acusar a Claes Friberg de los homicidios era solo una estratagema más para librarse de los cargos y culpar a quienes le habían hecho daño al único niño en Brandeby que le importaba.

Ahora que Milo Ljumbark estaba de regreso sano y salvo, intentaría descubrir si, en efecto, Claes Friberg era el asesino o si el jardinero había estado jugando con ella también. Para eso ya tenía un plan en mente y, para llevarlo a cabo, necesitaba de la ayuda de Hanna.

Subió al apartamento para llamarla por teléfono sin que Lasse se enterara. De a poco, el lugar estaba quedando vacío. Ya habían trasladado la mayoría de los muebles a la casa de al lado y planeaban empezar con las remodelaciones después de las fiestas. Con el teléfono en la mano, se metió en la cocina. Marcó el número de su amiga y esperó. Miró el reloj; de seguro estaría trabajando en el estudio. *Miss Marple* reclamó atención, al encaramarse al borde de una de las sillas, pero no tenía tiempo para jugar con ella.

—Hola, Hanna, ¿interrumpo?

—No, Greta. Precisamente acaba de salir un cliente. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—La semana que viene nos mudamos al apartamento de Mikael por fin. Aunque todavía hay mucho desorden, no veo la hora de salir de casa de mis padres —manifestó con un dejo de fastidio. Monika había insistido en que pasara unos días con ellos y no había podido negarse, pero ahora lo único que deseaba era vivir lejos del yugo paterno—. Las hermanas de Lasse nos están ayudando. Él no quiere que mueva un dedo, me cuida en demasía, y, aunque pensé que no iba a tolerar tenerlo todo el día encima de mí, es reconfortante sentirse tan mimada —reconoció delante de la amiga.

—Aquí estamos igual, pero Mikael dice que no hay prisa, no quiere que me vuelva a estresar como ocurrió mientras organizaba la boda de papá, así que voy a

hacerle caso. —«En esto, al menos, seguiré sus consejos», pensó la pelirroja y pasó por alto, otra vez, las advertencias del teniente sobre inmiscuirse donde no debía.

—Es su manera de mimarte, Greta. Ese hombre está loco por ti y, el día que decidas tener un hijo suyo, va a besar el suelo por donde pisas.

La muchacha no dijo nada. Tratar el tema le resultaba cada vez más espinoso. En los meses que llevaban juntos, jamás habían hablado sobre la posibilidad de convertirse en padres. Ella pensaba que era precipitarse demasiado, por eso prefería no mencionar el asunto. Además, había un detalle que la inquietaba. No veía a Mikael preparado aún para afrontar semejante responsabilidad. Recordó el episodio con Pia, cuando, luego de que ella perdiera el embarazo, él le había confesado que se sentía aliviado y que dudaba de que algún día pudiese ser un buen padre.

—Hanna, ¿tienes algo que hacer esta tarde? —preguntó y cambió radicalmente de tema.

—No creo, ¿por qué?

—Me gustaría que saliéramos, hace tiempo que no hacemos nada juntas. ¿Paso por ti a las seis por el estudio?

—Claro, deja que mire primero si tengo alguna sesión de fotos programada para esta tarde. —Se tomó unos segundos antes de responder—. No hay nada. Puedo hacer una excepción y cerrar un poco más temprano: una salida con mi amiga lo amerita.

—¡Estupendo, nos vemos a las seis entonces!

—¿A dónde piensas llevarme? Recuerda que ahora soy una mujer embarazada —bromeó.

—¿El Kul & Drycker te parece una buena opción?

—He estado allí en un par de ocasiones, me gusta el ambiente. Eso sí, nada de bebidas alcohólicas para mí —advirtió.

—No te preocupes, no sé si podré cuidarte tan bien como mi primo, pero, al menos, lo intentaré.

No podía revelarle el verdadero motivo de la salida juntas. Estaba segura de que la rubia pondría el grito en el cielo si se enteraba lo que pretendía hacer en realidad. Escuchó que la puerta que daba a la calle se abría, sospechaba que se trataba de Mikael, así que se despidió con rapidez de Hanna y dejó el teléfono encima de la mesa. Cuando el teniente entró en la cocina, la encontró cuchicheando con la lora.

—¿Qué están tramando ustedes dos? —quiso saber mientras buscaba una lata de cerveza en la heladera.

—Nada en especial, le contaba a *Miss Marple* que pronto viviremos en una casa mucho más grande, que tendrá un patio con flores y hasta su propio árbol para treparse. ¡Ah, y también una piscina!

Stevic sonrió.

—¿No ves la hora de mudarte, verdad?

La joven soltó un suspiro.

—Me entusiasma mucho empezar con las remodelaciones. Mikael, ¿crees que podremos afrontar los gastos sin pasar estrecheces? Sé que dije que no quería depender del dinero de papá, pero, si hace falta, hablo con él...

—No va a ser necesario, pelirroja. He estado sacando cuentas: con tus ahorros y los míos, contaremos con la cantidad suficiente para remodelar la librería. Es tu sueño, y lo vamos a hacer realidad. —Se acercó y, sin que *Miss Marple* lo viera, le robó un beso. Terminó de beberse la cerveza mientras la observaba. Estaba seguro de que, de un momento a otro, empezaría a acribillarlo a preguntas sobre cómo iba la investigación, pero Greta no preguntó nada. Y esa falta repentina de interés lo preocupó. Seguía creyendo que tramaba algo a sus espaldas; sin embargo, no había visto nada raro.

—Hoy tendrás que cenar solo —soltó de repente, lo que provocó que las sospechas de él aumentaran.

—¿A qué viene eso? —Si planeaba meter las narices donde no debía, tenía que saberlo.

—Hanna y yo vamos a salir. Necesitamos una noche de chicas —contestó con una sonrisa en los labios tratando de que no se diera cuenta de lo que planeaba hacer.

Mikael se rascó la cabeza. No parecía haber nada sospechoso en esa actitud; era solo una salida entre amigas. Probablemente tendrían mucho de qué hablar. Le dijo que no preocupara y que procurase divertirse. Él aprovecharía para quedarse hasta tarde en la comisaría. Apenas él se marchó, ella bajó a la librería. Le comentó de pasada a su primo sobre la salida con Hanna, y a él también le pareció una buena idea.

* * *

Cleopatra se movía despacio por el terrario bajo la atenta mirada de su dueño. El andar pausado pero firme le confería una belleza extraordinaria. Pensó en todo lo que había hecho en nombre de la venganza, cada momento había valido la pena... Aun así, su intención no era detenerse. Su misión aún no había terminado.

No podía esperar para volver a atacar. Aunque la lista de víctimas se iba reduciendo, había un nombre que cada vez que lo leía le provocaba una extraña mezcla de odio y excitación. El deseo de hacerle daño lo empujaba a querer actuar

con rapidez. Sin embargo, no podía dejarse vencer por la ansiedad; cada detalle del plan estaba perfectamente estudiado. Llevaba imaginando esa muerte desde hacía mucho tiempo...

No, ya no podía esperar más. *Cleopatra* se acercó al cristal; con las patas delanteras intentó inútilmente trepar. Sonrió mientras la contemplaba caerse una y otra vez. La araña tampoco podía escapar de él.

CAPÍTULO 32

A pesar de ser un día laboral, el Kul & Drycker estaba atiborrado de gente. La mayoría de los clientes eran hombres y, de inmediato, giraron las cabezas para ver a la pareja que acababa de ingresar al bar. La rubia y la pelirroja se ganaron la atención masculina, también las miradas cargadas de recelo de las pocas mujeres que habían decidido acompañar a sus parejas esa tarde.

Greta condujo a Hanna hasta el fondo del local para ocupar una mesa que quedaba lejos de la entrada, pero cerca del área del tocador. La fotógrafa aprobó la elección, ya que, desde que estaba embarazada, la vejiga se había vuelto más sensible de lo habitual. La pelirroja se ubicó de frente a la puerta de la oficina de Claes Friberg. Desde donde estaba, podía estar atenta a cualquier movimiento. Agradeció la gran cantidad de gente que había en el bar, así sería mucho más sencillo llevar adelante el plan. Ordenó una botella de *aquavit* para ella y una cerveza sin alcohol para Hanna.

—Me gusta este sitio, solemos venir con Lasse de vez en cuando —comentó la embarazada, que se había inclinado encima de la mesa para que Greta pudiese escucharla en medio de los murmullos y de la música.

Su amiga asintió. Por encima del hombro de Hanna vio que un hombre alto salía de la oficina del gerente y dueño del bar. Llevaba un maletín oscuro que apretaba contra el cuerpo para evitar que se le cayera mientras avanzaba hacia la salida.

—¿Qué miras?

La rubia se volvió, pero no vio nada interesante.

—Nada en particular —respondió Greta—. Creí ver a un cliente de la librería, pero me equivoqué.

Una camarera les trajo la bebida y le echó una mirada furtiva a la fotógrafa antes de alejarse hacia otra de las mesas. La pelirroja sonrió al ver la expresión de fastidio

en el rostro de su amiga.

—¿Has notado cómo me ha mirado? Siempre hace lo mismo, creo que le gusto — comentó y se tomó un poco en broma la atención desmedida que le dedicaba la camarera cada vez que iba al bar.

Greta se sirvió el *aquavit* en un vaso y bebió un trago para darse ánimos. Estaba nerviosa, sobre todo porque tenía que evitar que Hanna se diera cuenta cuál era la verdadera razón que se ocultaba detrás de aquella «salida de chicas». Había calculado concienzudamente cada uno de los detalles del plan; si se ceñía a ellos, nada podía salir mal. Se removió inquieta en la silla cuando divisó a Claes Friberg abandonar la oficina. Lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista después de salir del bar por una puerta trasera. Era la oportunidad que estaba esperando. Tomó el bolso y se puso de pie.

—Necesito ir al tocador, Hanna, vuelvo enseguida — anunció y, antes de que la rubia sugiriese acompañarla, la dejó con la palabra en la boca.

El pasillo que conducía al sector de los baños estaba justo pasando la oficina del dueño. Se desvió del camino y se quedó de pie, a un lado de la puerta, mientras estudiaba todo lo que ocurría a su alrededor. Una pareja joven se besaba acaloradamente a tan solo unos centímetros de donde estaba ella. Con la mano izquierda, que ocultaba detrás de la espalda, comprobó que la puerta no estuviese cerrada con llave. En efecto, Friberg la había dejado abierta, lo que podía significar que no tardaría en volver, por eso debía darse prisa. Cuando se aseguró que no había moros en la costa, logró colarse en la oficina sin ser vista.

El mobiliario era bastante sobrio, apenas un escritorio, tres butacas de cuero y dos enormes archivadores a los que alguien parecía haber amontonado contra la pared. ¿Por dónde empezaría a buscar? No tenía demasiado tiempo para pensarlo, entonces, optó por revisar primero los cajones del escritorio. No encontró nada inusual: documentos comerciales, algunas golosinas y un par de revistas de deportes. Uno de los cajones estaba bajo llave. Se quitó una horquilla del pelo para forzar la cerradura. Se quedó paralizada cuando escuchó un ruido al otro lado de la puerta. Esperó unos segundos, pero nadie apareció. Cuando logró abrir el cajón se topó con una gran cantidad de dinero, eran varios fajos de billetes de quinientos. Calculó que debía haber al menos unas 500 000 coronas guardadas allí. Volvió a cerrarlo y continuó husmeando. Decidió ver qué contenían los archivadores: más documentos que no podía detenerse a revisar con calma.

Cuando pretendió hacer lo mismo con el otro archivero, se dio cuenta de que estaba vacío. Al mirar hacia abajo, descubrió unos rayones en el piso de madera. Con cuidado, lo empujó hacia la izquierda. Había una puerta detrás. Se escabulló en el

estrecho espacio que había dejado y la abrió. El lugar estaba apenas iluminado. Decidió entrar; si ya había llegado hasta allí, debía arriesgarse. En aquella habitación secreta, podía estar la clave para atrapar al asesino. Había varias cajas apiladas en un rincón. Cuando se acercó y apartó la viruta de madera que las cubría, se encontró con una gran variedad de bebidas alcohólicas.

Le pareció extraño que Friberg tuviese la bodega al resguardo de miradas indiscretas, camuflada detrás de un archivero vacío. Cuando reparó en el hecho de que las botellas, al igual que las cajas, no tenían etiquetas, supo lo que ocurría: Claes Friberg se dedicaba al contrabando de alcohol. Una sombra se recortó contra la pared. La muchacha fue incapaz de girar. La habían descubierto husmeando donde no debía. Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que fuese Mikael el que estaba de pie detrás de ella, preparado para soltarle un sermón.

—¿Qué estás buscando, jovencita?

La voz de Friberg retumbó en el pequeño depósito clandestino. La pelirroja tragó saliva. Pensó en salir corriendo; Hanna estaba a tan solo unos metros de distancia. Luego, decidió que no. El bar estaba repleto de gente, le bastaba gritar para que cualquiera saliera en su ayuda. Claes no se atrevería a hacerle daño. Cuando se volvió, él la estaba mirando fijamente, tenía los brazos en jarra y las piernas separadas. No era alto, pero su ancha figura alcanzaba a tapar el hueco de la puerta.

—¡Vaya pero si eres la hija del inspector Lindberg! —exclamó al descubrir la identidad de la intrusa que se había colado en su oficina sin pedir permiso—. ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo aquí?

Greta apretó el bolso contra su estómago.

—Vine a hablar con usted, señor Friberg.

Él frunció el ceño.

—La gente normal pide una cita. No se mete a hurtadillas en un lugar privado como lo has hecho tú —le recriminó.

—Lo lamento. No fue mi intención importunarlo...

—¡No me vengas con esas, muchacha! He oído los rumores que circulan sobre ti en el pueblo y sé que sueles inmiscuirte en los casos que investiga tu padre. —Se aproximó a ella con una sonrisa socarrona en los labios—. Supongo que, si te has atrevido a venir hasta aquí, es por algo relacionado con los homicidios. Una detective de cabello rubio, bastante bonita, estuvo interrogándome y le dije todo lo que sabía. —Pasó muy cerca de ella, y Greta, instintivamente, tomó distancia. Lo vio caminar hacia donde estaban las cajas para volver a cubrirlas con las virutas de madera—. Espero que lo que has visto hoy aquí se quede entre nosotros. Llevo años ingresando ilegalmente bebidas alcohólicas desde Noruega para evitar pagar los impuestos que

cada vez son más elevados.

—Mire, señor Friberg, no soy policía y me tiene sin cuidado en qué negocios sucios esté involucrado —afirmó, al tiempo que trataba de dejar los nervios de lado—. Lo que quiero es que me confirme una sola cosa: ¿fue usted el que plantó la llave del internado para culpar al reverendo Erikssen de los crímenes?

Claes no supo en ese momento si la vendedora de libros, aficionada a resolver misterios, era la muchacha más valiente o la más ingenua.

—¿Y crees que voy a contestarte esa pregunta solo por tu cara bonita? —Extendió el brazo y le tocó el cabello—. ¿Qué estás dispuesta a darme a cambio, Greta? —preguntó llamándola por su nombre de pila, mientras la desnudaba con esos ojos oscuros.

La muchacha no se amilanó. Respiró hondo y le sostuvo la mirada.

—Estoy dispuesta a no contarle a la policía sobre su «negocio» siempre y cuando me diga la verdad.

Él le sonrió. La pelirroja, de ingenua, no tenía nada: era más inteligente de lo que había imaginado.

—¿Quieres saber la verdad, Greta?

Ella asintió. Claes Friberg no dejaba de acariciarle el cabello; contuvo el aliento hasta que finalmente la soltó.

—Alguien quería que todos creyesen que el respetado reverendo Erikssen era capaz de cometer el crimen más horrible. Él no siempre fue bueno: en el pasado, hizo mucho daño, y ese alguien también estaba convencido de que debía pagar por sus pecados. Vino a verme para pedirme ayuda, pero yo me negué a secundarlo en el plan, entonces, me chantajeó con decirle a la policía sobre el contrabando de alcohol. Tuve que hacerlo... No me dejó otra alternativa. Me presenté en la cabaña de Gregor Spira con unas latas de cerveza, esperé a que el alcohol hiciera efecto y le robé la llave del internado que aún conservaba después de todos estos años.

—¿Por qué no lo denunció a la policía? Esa persona puede ser el asesino que buscamos.

—¿Y perder mi negocio especial de contrabando?

—Podría haberlo hecho anónimamente, podría haber negociado quedar librado de culpa de un delito menor por haber ayudado en otro. ¿No se da cuenta de que también está en la posible lista del asesino?

—Bah, quien me pidió la llave, solo quiere inculpar a Ville. Es incapaz de matar a una mosca.

—¿Quién lo obligó a hacerlo, señor Friberg?

—¿Quién más? ¡Milo Ljumbark!

Greta se quedó pasmada ante la mención de ese nombre...

¿Era fiable la palabra de un contrabandista de bebidas alcohólicas? No podía ser posible y, sin embargo, Friberg acababa de revelar la identidad del asesino, estaba segura, no podía ser de otra manera. El más débil, el menos aparente. En cuestión de segundos, Milo Ljumbark había pasado de ser la cuarta víctima del asesino, al victimario. Del mártir que el pueblo compadecía por el infierno al cual había sido sometido a la mente siniestra que estaba perpetrando la más terrible de las venganzas. ¡Por Dios, incluso había sido capaz de autoinfligirse las heridas de su cuerpo para representar la farsa a la perfección! La muchacha salió del depósito seguida por Claes. Hurgó en el interior del bolso hasta que consiguió encontrar el teléfono. Lo había apagado antes de entrar al bar para no tener que mentirle a Mikael sobre lo que estaba haciendo en caso de que él la llamase.

—¿Vas a llamar a la policía? —preguntó, preocupado por su suerte, ahora que la hija del inspector había descubierto su secreto.

Ella lo miró.

—No se preocupe; le doy mi palabra que no diré nada sobre su otro negocio.

Lo primero que notó al encender el móvil fue que tenía al menos tres llamadas perdidas, dos eran de Stevic y la otra de su padre. También tenía un mensaje de texto que el teniente le había enviado hacía más de una hora.

«Greta, he intentado llamarte, pero tienes el teléfono apagado. Espero que todo esté bien. Viajo a Falun en el tren de las siete para reunirme mañana temprano con los abogados. Pia acaba de avisarme. Te llamo más tarde. Te quiero».

Miró el reloj. Faltaban diez minutos para las ocho, a esa hora, Mikael ya iba de camino a Falun. Regresó con Hanna, quien de inmediato le preguntó dónde se había metido. Le dijo que no se sentía bien, que le dolía mucho la cabeza y que creía que estaba por engriparse. Con semejante excusa, la rubia no tuvo más remedio que pedir la cuenta para irse del bar. La joven llevó a Hanna hasta la casa de sus padres y se dirigió a la comisaría. Se vio obligada a aminorar la velocidad cuando la lluvia se hizo más intensa. Seguía sin poder creer que Milo Ljumbark estuviese detrás de los crímenes. Un escalofrío le recorrió la espalda al recordar las veces en las que había conversado con él en la librería. Debido a que ambos compartían no solo la misma profesión, sino también la pasión por la lectura, habían intercambiado opiniones sobre una gran variedad de libros cada vez que aparecía en Némesis. ¿Cómo era posible que un hombre que demostraba un carácter tranquilo y afable frente a los demás fuese en realidad un asesino despiadado?

Estacionó el Mini Cabrio frente a la comisaría, detrás del auto de Vanja. Oteó a su alrededor, el Volvo de su padre no estaba por lo que dedujo que su jornada laboral ya

había terminado. Se bajó y se cubrió la cabeza con el cuello del abrigo para resguardarse de la lluvia. En la recepción, tampoco estaba Ingrid, sino uno de los agentes que solía reemplazarla durante sus días libres. El joven la saludó con una sonrisa, pero ella apenas le prestó atención. Atravesó el pasillo a toda prisa e irrumpió en el centro de comandos sin anunciarse. Vanja apartó los ojos de la pantalla y vio a la muchacha en el quicio de la puerta. Estaba completamente empapada y tiritaba de frío.

—Greta, ¿qué haces aquí? —Se acercó y, sin pedirle consentimiento, le quitó el abrigo y lo colgó cerca del radiador para que se secase. Luego, hizo que se sentara y le sirvió una taza de café bien caliente—. Mikael ha estado intentando llamarte para avisarte que debía viajar por algo relacionado con su divorcio, también tu padre lo intentó, pero ninguno de los dos logró comunicarse contigo. ¿Tenías el móvil apagado?

La pelirroja asintió. Bebió un poco de café y dejó la taza encima de la mesa, aunque no la soltó: permaneció apretándola con fuerza para ver si así se quitaba el frío del cuerpo.

—Sé quién es el asesino, Vanja.

La rubia tuvo que sentarse, se cruzó de brazos y la observó. Llevaba casi dos semanas en Mora, tiempo suficiente para saber que su hermana no solo era aficionada a resolver misterios literarios, sino que también solía inmiscuirse en los casos que investigaba la policía. Así, se había enterado que, gracias a su oportuna intervención, habían detenido a la mujer del reverendo por dos asesinatos. También había estado involucrada durante otro resonado caso que había permitido desbaratar una red de pedofilia a nivel nacional, durante el cual una niña del pueblo había sido brutalmente violada y asesinada. Por último, había colaborado con la detención de los asesinos de Malte Metzgen y, de paso, había evitado que una mujer, desquiciada por el dolor de la pérdida de una hija, lastimara a su propia nieta.

En las tres ocasiones, Greta se había expuesto al peligro. Por Ingrid, supo con lujos de detalles cómo su media hermana había terminado o con una pistola que le apuntaba en la cabeza o a punto de ser apuñalada por el hombre que había seducido a su mejor amiga. Ahora aparecía de repente en la comisaría, bajo una lluvia torrencial, y anunciaba, de buenas a primeras, que conocía la identidad del asesino que los había tenido en vilo durante las últimas semanas.

—¿Me has oído?

—Sí, Greta, te oí. Es solo que me has dejado atónita con lo que acabas de decir. ¿Cómo es que lo sabes?

—Me lo dijo Claes Friberg.

—¿Friberg? —Vanja cada vez entendía menos.

La pelirroja asintió.

—Él fue quien le robó la llave a Gregor Spira para que Milo Ljumbark la plantase después en la iglesia con la intención de inculpar al reverendo...

—¡Espera, espera! —la interrumpió antes de que siguiera con el relato—. ¿Has dicho Ljumbark?

—Sí, Vanja. Aunque parezca difícil de creer, Milo Ljumbark es el asesino. Obligó a Claes a robarse la llave que le sirvió, primero, para moverse libremente por la casa de los Lundkvist y, luego, para desviar las sospechas hacia un hombre inocente.

Esperaba que no le preguntara cómo había hecho el profesor para obligar a Friberg a conseguir la llave. Había hecho un trato con él y no podía revelar su secreto.

—¿Dices que Claes Friberg fue obligado a robar la llave? ¿Cómo sabes todo esto?

Si bien nunca se habían planteado que existiese más de un asesino, cabía la posibilidad de que el autor tuviese un cómplice.

—Acabo de estar en su bar y terminó por contarme todo. Ljumbark chantajeó a Claes, no me preguntes qué usó para que hiciera lo que él quería porque le aseguré que no diría nada, solo voy a agregar que tiene relación con una actividad poco legal, que no perjudica a nadie, pero que beneficia al bolsillo de alguna gente —intentó explicarle sin faltar a su promesa.

A pesar de las enigmáticas palabras de Greta, Vanja no tardó en sacar sus propias conclusiones. Los chanchullos ilegales en los que pudiese estar metido Friberg era lo que menos le importaba en ese momento.

—Milo Ljumbark. —La rubia miró la fotografía en la pizarra—. Si lo que dices es verdad, ha sabido cubrirse muy bien la espalda. Desvió las sospechas hacia el reverendo Erikssen mientras él fingía su propio secuestro...

Buscó el informe que tenían sobre él; ahora, que se había convertido de repente en el principal sospechoso de los homicidios, necesitaba volver a leerlo todo con una perspectiva completamente diferente.

—¿Estás sola? —preguntó la pelirroja mientras terminaba de beber el café.

—Sí, el inspector y la sargento llevaron a Mikael a la estación de camino a su casa. Peter estuvo hasta hace un rato, pero no se sentía bien y lo convencí de que se fuera.

—Y tú te quedaste...

La mujer respiró hondo y dejó la carpeta encima de la mesa.

—Sí; no tenía ganas de volver al hotel para estar sola —contestó—. No dejo de pensar en mi madre y en esa maldita enfermedad que no tardará en arrebatármela, incluso he estado leyendo sobre el Alzheimer: el panorama que nos espera es

desolador.

—Vanja, lo siento mucho... —Le tocó la mano en un gesto de apoyo—. No es fácil lidiar con una enfermedad que no sabes cuándo va a atacar. Yo perdí a mi madre hace poco más de diez años por culpa de un conductor irresponsable que ni siquiera se detuvo para auxiliarla. Fue todo tan de repente que, al principio, pensé que no era más que una pesadilla, que abriría los ojos y la vería escribir poemas en su estudio o escuchar música con papá en el salón. Pero la pesadilla nunca acabó y su muerte me duele hasta el día de hoy...

La rubia le apretó la mano. Ambas habían sufrido la pérdida de un ser amado y sabían qué se sentía cuando un dolor tan intenso llegaba a desgarrar el alma.

—Quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que sea; papá también estará dispuesto a darte una mano... Somos una familia ahora.

Greta estaba más sorprendida que la propia Vanja por la oferta que acababa de hacerle. Apenas unos días atrás, jamás se le habría cruzado por la cabeza que, a tan solo dos horas del pueblo, tenía una hermana mayor. Ahora, que empezaba a asumir la realidad de que no era la única hija del inspector Lindberg, planeaba formar parte de la vida de la detective y que ella formara parte de la suya. Por el silencio de Isabell, se habían perdido de muchas cosas, momentos que ya nunca podrían recuperar, pero estaban a tiempo de construir una relación de hermanas, y ella pondría todo de su parte para conseguirlo.

Antes de que las ganara la emoción, decidieron abocarse al caso. Aprovecharon que estaban solas. La pelirroja empezó a hacer preguntas y la rubia la puso al tanto de las novedades. Entre ambas, fueron armando el nuevo rompecabezas, cuya pieza principal tenía ahora nombre y apellido: Milo Ljumbark. Esa noche ya no había nada más que pudieran hacer. Vanja sugirió esperar a la mañana siguiente para comunicarles las novedades a los demás, y Greta estuvo de acuerdo. Después de todo, el profesor estaba confinado en una cama del hospital para recuperarse de las heridas que él mismo se había infligido para llevar adelante ese macabro plan de venganza. Cuando abandonaron juntas la comisaría, seguía lloviendo a cántaros.

CAPÍTULO 33

El teléfono despertó a Greta muy temprano por la mañana. Miró de refilón el reloj; por la hora, supuso que sería Mikael quien la llamaba desde Falun. Estiró el brazo por debajo de las sábanas, flexionó las piernas contra el pecho y se arrebujó. Extrañaba amanecer a su lado, y la noche anterior le había costado conciliar el sueño. Ni siquiera había cenado y, tras un intento de concentrarse en la lectura, se había puesto a embalar algunos enseres para adelantar parte de la mudanza.

—Buen día, Mik...

—Greta, ¿sabes las veces que intenté comunicarme contigo ayer? ¿Por qué apagaste el móvil? —la increpó, lo que la dejó con el saludo en la boca.

—Yo también me alegro de escuchar tu voz, Mikael —respondió ella con ironía.

—¿Pasó algo, verdad? Me marchó del pueblo una noche, y ya estuviste haciendo de las tuyas...

—¿Cuándo vuelves? —preguntó ella en vez de saciar la curiosidad del teniente.

—En una hora nos reunimos con los abogados; tomaré el tren del mediodía para llegar esta tarde.

La muchacha se debatió entre contarle por teléfono lo que había descubierto o esperar mejor a que estuviese de regreso. Sabía lo inquieto que lo ponía volver a encontrarse con Pia y, aunque fuera solo para culminar con los trámites del divorcio, no quería que se distrajera con la investigación.

—¿Alguna novedad? —inquirió cuando ella se quedó callada.

No quería mentirle, pero, conociéndolo, estaba segura de que era capaz de subirse al primer tren que lo trajese de regreso a Mora y dejar plantados a los abogados. Tanto Karl como los demás se la podrían arreglar perfectamente hasta que él volviera. Tuvo que morderse la lengua para no contarle el acercamiento que había habido la noche

anterior entre Vanja y ella, pero no podía decírselo sin tener que revelarle en qué circunstancias se había dado. En cambio, sí le habló de la salida con Hanna y de lo mucho que lo había echado de menos en la cama durante la noche.

—¿Seguro que no me ocultas nada, pelirroja?

—No, Mikael, todo está en orden —lo tranquilizó—. Tú no te preocupes que, si surge alguna novedad, papá o Nina se pondrán en contacto contigo.

—No sé, Greta, tengo la sensación de que pasa algo y de que no me lo quieres decir —insistió el teniente.

Era la última oportunidad que tenía para soltarle todo y hacer buena letra con él; sin embargo, no lo hizo. Ella largó un suspiro de alivio, cuando él le dijo que tenía que colgar porque todavía tenía que darse un baño y bajar a desayunar antes de salir para el bufete de los abogados donde lo esperaba Pia. Se despidió con un «te amo» y la joven no pudo evitar sentirse culpable cuando respondió que ella también lo amaba.

Apartó las sábanas y saltó fuera de la cama. Necesitaba despabilarse, por lo que, esa mañana, nada de una ducha rápida. Preparó la bañera, le echó unas sales relajantes de coco y, mientras se llenaba de agua, atendió las necesidades de *Miss Marple*. Le limpió la jaula y, para el desayuno, le cortó un poco de fruta y la mezcló con las semillas. La lora había amanecido con un apetito voraz; bastaba verla como se había devorado dos trozos de manzana apenas Greta le llenó el plato.

—¿Extrañas a Mikael, *Miss Marple*? —preguntó antes de abandonar la cocina para dirigirse al cuarto de baño.

Se detuvo junto a la puerta, como si esperase una respuesta de su parte. El animal no le prestó atención, siguió engullendo el desayuno, y Greta tuvo la sensación de que comía como una posesa precisamente porque resentía la ausencia del teniente. Soltó un suspiro. Ambas estaban perdidamente enamoradas de él, aunque la lora sabía disimularlo muy bien. Mientras se desnudaba para meterse en la bañera, no podía dejar de pensar en qué estaría ocurriendo en la comisaría en ese momento, pero, principalmente, se moría por saber qué diría Karl cuando se enterase que había sido su arriesgada intervención la que había llevado a identificar al culpable de los homicidios. Imaginó que pondría el grito en el cielo.

* * *

—¿Qué mi hija hizo qué?

La potente voz del inspector Lindberg, sin dudas, había traspasado los muros del

centro de comandos y, a esa altura, ya todos en la comisaría estarían al tanto de que, una vez más, Greta había estado tramando de las suyas a espaldas de su padre y de su equipo de investigación.

—Karl, cálmate, por favor. No ganas nada con alterarte —pidió Nina, que trataba de hacer que volviera a ocupar su silla.

Lo que Vanja les acababa de soltar lo había hecho explotar.

—¿Has oído lo que ha dicho? ¡Greta se metió en la oficina de ese sujeto aun a sabiendas de que podría tratarse del asesino! Nina lo observó preocupada. La vena en el cuello se le había hecho más ancha, y echaba chispas por los ojos. Estaba furioso y con razón. Esa vez, no podía ponerse del lado de la joven. Lo que había hecho sobrepasaba cualquier límite; parecía que, después de haberse expuesto al peligro en tantas oportunidades, ya nada podía detenerla.

—Karl, lo sé. —Lo asió del hombro y lo obligó a sentarse antes de que la tensión volviera a jugarle una mala pasada—. No voy a justificar su falta de juicio, pero ya conoces cómo es tu hija y, a esta altura, nada de lo que haga debería sorprenderte.

—Cuando me lo contó, no lo podía creer —terció Vanja, quien todavía estaba asombrada por el accionar de su hermana. Miró a Peter, de soslayo. Sabía que él estaba de parte de la pelirroja, que incluso admiraba cada una de sus hazañas—. Primero, fue a ver a Gregor Spira y, de algún modo, consiguió que le diese el nombre de Claes Friberg. Luego, hizo lo mismo, presentándose en el bar de Friberg, se metió a hurtadillas en su oficina y el sujeto terminó por confesarle que había robado la llave del internado para el profesor. No es que intente justificar lo que hizo Greta, pero hay que reconocer que, gracias a su intervención, descubrimos que Ljumbark no fue una víctima más, sino el victimario.

Karl negó con la cabeza. Nada justificaba lo que la inconsciente de su hija había hecho, ni siquiera la resolución del caso. Si le hubiese ocurrido algo... ¡Dios, ni siquiera podía imaginarlo! Respiró hondo. Nina tenía razón: no ganaba nada con enfadarse. Ahora que ya conocían la identidad del asesino y, además, sabían donde encontrarlo no había tiempo que perder.

Vanja, en cambio, dijo que no era necesario precipitarse. Corrían el riesgo de que, si se presentaban en el hospital para detenerlo, al verse acorralado, Ljumbark atentase contra su vida o la de algún civil. Sugirió primero llamar por teléfono al hospital para asegurarse de que, cuando ellos llegaran, no hubiese nadie en el pabellón en el que estaba ingresado. Todos estuvieron de acuerdo, y fue el agente Bengtsson el encargado de hacer la llamada.

Pero Milo seguía jugando con ellos: había abandonado el hospital esa misma mañana, sin ninguna autorización médica.

El primer paso fue ir a buscarlo a su casa: sin embargo, el lugar seguía tan vacío como cuando les había hecho creer a todos que había desaparecido. Intentaron en la escuela, nadie lo había visto por allí tampoco. Fue Nina quien sugirió volver a allanar la propiedad de los Lundkvist. Sabían que el asesino había pasado tiempo allí mientras perpetraba los crímenes. Ya no tenía la llave, pero podría tener en su poder una copia o, tal vez, ya no le importaba ingresar a la casa forzando alguna de las ventanas. Al menos, una media docena de agentes, incluidos el inspector Lindberg, la sargento Wallström y la detective Lassgård participaron del operativo, que, tras dos horas de intensas maniobras, no arrojó ningún resultado. Milo Ljumbark no aparecía por ninguna parte y, con cinco víctimas todavía en la lista, era imposible adivinar por dónde iba a atacar.

* * *

Greta ya no soportaba la incertidumbre. Estaba preparando la reunión del Club de Lectura de esa tarde, pero no era capaz de concentrarse. Vanja no la había llamado, tampoco su padre, ni siquiera para recriminarle por su tozudez y su falta de sensatez. Por enésima vez miró el reloj. Mikael debía estar al caer, la había llamado antes de subirse al tren con la feliz noticia de que ya era un hombre libre y de que esa noche lo festejarían a lo grande. Pensó en aparecer en la comisaría con la excusa de la llegada del teniente, pero resolvió hacer algo mejor: iría a esperarlo a la estación y, de allí, irían juntos para encontrarse con los demás. Tal vez, a esa altura, Milo Ljumbark ya estaba tras las rejas. Dejó de lado todo el material que había preparado para el Club de Lectura y fue hasta la habitación para buscar un abrigo.

Abandonó el apartamento cuando faltaban diez minutos para las tres de la tarde. Entró al Mini Cabrio y escuchó que alguien gritaba su nombre. Sonrió al ver a Julia salir del hostel, prendida del brazo de Emil Schmidt. Los saludó de lejos y con la mano, porque no tenía tiempo para quedarse a hablar con ellos. Sabía por Lasse que Julia por fin se había animado a contarles a sus padres que llevaba tiempo saliendo a escondidas con el nieto de la señora Schmidt. La tía Ebba se había tomado la noticia con calma, el más sorprendido, sin dudas, había sido el tío Pontus, quien de inmediato exigió que el muchacho se presentara en su casa para conocerlo. Por supuesto, la apariencia algo salvaje de Emil no había causado una buena primera impresión, pero, como el señor Hansson adoraba a su pequeña, fue incapaz de protestar, cuando ella le dijo, todo decidida, que estaba enamorada.

Atravesó Hantverkaregatan y, después de girar en Stationsvägen, estacionó frente al edificio de la terminal de trenes. Se guareció debajo del enorme alero que cubría el andén cuando empezó a nevar de nuevo. Sonrió al escuchar el pitido del tren que anunciaba su llegada. Oteó a su alrededor, estaba sola en medio de la plataforma, esperando con ansias que las puertas del vagón se abrieran. El corazón le dio un vuelco cuando lo vio bajar. Llevaba un bolso de mano y una gorra de lana oscura en la cabeza. Hacía poco más de veinticuatro horas que habían estado juntos; sin embargo, corrió hasta él como si hubiesen sido semanas. El teniente la recibió con los brazos abiertos y, luego, la apretó contra el pecho para impregnarse del aroma de esa piel que olía a coco. El bolso con la poca ropa que había llevado a Falun había ido a parar al suelo. La apartó un poco para mirarla y la asió del rostro.

—Qué hermosa sorpresa es bajar del tren y verte, pelirroja.

Mikael buscó esos labios para fundirse en un beso profundo, al tiempo que ponía las manos en el culo de la muchacha para empujarla hacia él. Uno de los empleados de la estación pasó junto a ellos y los miró con disimulo. Ellos continuaron besándose, sin importarles lo que sucedía a su alrededor.

—¿Cómo ha ido todo? —fue lo primero que ella preguntó apenas se separaron.

—Bien —respondió él y le pasó el brazo por el hombro mientras empezaban a avanzar por el andén—. Cerré una etapa difícil de mi vida, porque, más allá de que hubo momentos en los cuales fuimos felices, mi matrimonio con Pia nunca resultó. Ella logró rehacer su vida lejos de mí: consiguió un puesto en el departamento de obstetricia en la mejor clínica de Falun y también me confesó que empezó a salir con alguien. —La miró directamente a los ojos—. Me habló de ti, pelirroja. Quiere que sepas que, a pesar de todo, no te guarda rencor, aunque sí te culpa por haberla hecho adicta a las novelas de Agatha Christie.

Greta sonrió. Era un alivio para ella saber que Pia no la creía la causante de su fracaso matrimonial. Cuando salieron a cielo descubierto, Stevic la soltó y corrieron hasta el auto para guarecerse de la nieve. Ya en el interior del Mini Cabrio, la joven se tomó su tiempo para acomodarse. Se quitó la bufanda y la dobló encima de sus piernas. No encendió el motor de inmediato, colocó sus manos en el volante y permaneció en silencio unos segundos. Él la conocía tan bien que se daba cuenta de que quería decirle algo, pero no se animaba.

—Ahora sí, Greta, ¿vas a decirme por fin qué pasó durante mi ausencia?

Ella tragó saliva. No sabía cómo iba a reaccionar cuando oyera de sus propios labios que, por enésima vez, se había metido en la investigación y se había olvidado de las promesas realizadas. Esperaba que el hecho de haber descubierto la verdad, al menos, le jugara a su favor. Sabía que tendría que aguantar los sermones de Karl

apenas lo tuviera enfrente, no quería que él también le echase en cara su comportamiento temerario. Se armó de valor y le contó todo: desde la visita a Gregor Spira, para ayudar a probar la inocencia del reverendo, hasta la farsa de la salida con Hanna, con el único propósito de colarse en la oficina de Claes Friberg para encontrar algo que lo incriminase en las dos muertes que habían sacudido al pueblo. Mikael la escuchó sin interrumpirla, aunque en varias ocasiones tuvo que reprimir las ganas de soltarle algún que otro reproche. Había vuelto no solo a meter las narices en una investigación policial, sino que, una vez más, había puesto en riesgo la vida.

—Greta, ¿es que acaso ya no te basta con plantear teorías y enumerar sospechosos en tu dichoso cuaderno rojo? ¿No es suficiente para ti ir preguntando por aquí y por allá en afán de saciar tu curiosidad? ¿Por qué siempre tienes que terminar por exponerte de esa manera? —le espetó cuando ella se quedó a la espera de su respuesta—. No quiero ni imaginarme qué habría pasado si, en vez de ser Ljumbark nuestro hombre, hubiese sido Spira o Friberg. Cualquiera de los dos pudo acabar contigo en un abrir y cerrar de ojos. —Movi6 la cabeza en un gesto de negación—. ¿Qué voy a hacer contigo, pelirroja? Apenas me doy vuelta, ya te estás metiendo en problemas... Esto no es vida.

Greta se sentía fatal. Era en momentos como ese, cuando Mikael le demostraba cuánto se preocupaba por su seguridad, que comprendía el alcance de las locuras que hacía. En vez de estar satisfecho porque por fin habían descubierto que era Milo Ljumbark quien estaba detrás de los crímenes, él solo pensaba en protegerla. El resto del viaje se hizo en el más absoluto de los silencios. La muchacha no podía mirarlo a los ojos, y Stevic prefería guardarse el resto de reprimendas que aún tenía atoradas en la garganta para evitar enfrascarse en una nueva discusión con ella.

Cuando llegaron a la comisaría, se encontraron con la novedad de que Milo Ljumbark había vuelto a desaparecer; claro que, ahora, las circunstancias eran completamente distintas. Karl puso mala cara al ver llegar al teniente acompañado de Greta, pero no tuvo el valor para pedirle que se fuera. Apenas la vio, se abalanzó encima de ella y, en vez de un gesto acusatorio, la pelirroja recibió un abrazo efusivo. Luego, al oído para que nadie más lo oyera, le exigió que dejase de inmiscuirse en los asuntos de la policía.

La pizarra del centro de comandos se había rearmado por completo con toda la información que habían obtenido hasta el momento del supuesto asesino, porque todavía no tenían pruebas condenatorias en su contra, solo el testimonio de Claes Friberg. Una llamada telefónica a la escuela donde impartía clases de Literatura había desbaratado la coartada para la tarde en la que Harriet Wozniak había sido asesinada, en la cual, Ljumbark aseguraba, se encontraba trabajando.

Sin embargo, las cámaras de seguridad de la residencia de ancianos no lo habían captado ingresando en el lugar. El agente Bengtsson había impreso todas las imágenes que entraban dentro del rango en el que creían que el asesino había llegado a la residencia para acabar con la vida de Harriet Wozniak para revisar todo de nuevo. Quizá, la primera vez, habían pasado por alto algún detalle.

Greta se apartó de los demás para acercarse a la pizarra donde estaban expuestas las fotografías de las cámaras de vigilancia de la residencia. Las contó: eran veintidós. Se concentró en las últimas, ya que recordaba que el señor Knutsen le había dicho que había pasado delante de la habitación de Harriet cerca de las dos. Solamente se veía a una persona del sexo masculino y era empleado del lugar. Observó con más atención la imagen que la cámara de seguridad había captado a las dos y trece de la tarde. En ella, se veía a una mujer que atravesaba la recepción. De inmediato, notó algo grotesco en su postura, tenía las piernas demasiado abiertas. Vestía una gabardina blanca y un pañuelo con flores en la cabeza. Miró de costado; entonces, distinguió que llevaba gafas.

—Peter, ¿podrías ampliar esta fotografía en la pantalla? —pidió y giró hacia los demás.

El agente Bengtsson buscó la imagen en cuestión y, después de que Stevic atenuara las luces, la proyectó en la pared. La joven se puso adelante y señaló las piernas de la mujer.

—¿No creen que luce algo tosca?

—Poco femenina —concordó Vanja.

—¡Exacto! Y miren las gafas, ¿no les resulta familiar? Todos observaron a la mujer de la gabardina blanca. Milo Ljumbark usaba unas gafas similares.

—¡Con razón en la residencia aseguraban que esa tarde solo habían recibido la visita de mujeres! —exclamó Nina, al tiempo que se agarraba la cabeza—. ¡Ljumbark se disfrazó para poder ingresar al lugar sin levantar sospechas!

—El señor Knutsen siempre tuvo razón —manifestó Greta—. Él, en efecto, escuchó que un hombre hablaba con Harriet en su habitación, solo que ese hombre había llegado vestido de mujer. Luego de matarla, abandonó la escena de la misma manera.

Apenas las luces volvieron a encenderse, la muchacha se topó con la mirada de Karl. Creyó percibir un atisbo de orgullo en sus ojos claros, cuando no le dijo nada y permitió que se quedara en el centro de comandos, ella le sonrió.

—Bueno, gracias a Greta logramos descubrir uno de los tantos misterios que rodeaban a este caso —aseveró el teniente mientras señalaba la fotografía en la pizarra—. Ahora sabemos que Ljumbark ingresó a la residencia de ancianos para

asesinar a Harriet Wozniak disfrazado de mujer. —Miró a Cerebritito—. Peter, para que ni el juez, ni el fiscal pongan en duda la evidencia, analiza la imagen con uno de esos programas que tú manejas tan bien y que suelen hacer milagros.

El agente Bengtsson sonrió. Stevic se refería al moderno *software* de análisis antropométrico que permitía identificar a una persona mediante sus dimensiones físicas que, sumado al de reconocimiento facial, era un arma infalible a la hora de verificar la identidad de un sospechoso. Cargó la fotografía en el programa especializado y solo tardó unos pocos minutos en arrojar un resultado: en efecto, las dimensiones concordaban. Debajo de la gabardina blanca y la peluca rubia, se encontraba Milo Ljumbark.

Era un avance importante dentro de la investigación. Sin embargo, desconocer el paradero del asesino los dejaba en desventaja. Ingrid pidió permiso para entrar y les anunció que había una pareja que pedía hablar urgentemente con el inspector Lindberg. Cuando Karl salió al pasillo se sorprendió de ver a Ulf Billengren acompañado de Maria Nûjen. Se aproximó a ellos y, de inmediato, notó la angustia de la mujer. El marido le estrechó la mano con fuerza.

—Inspector, alguien ha amenazado de muerte a mi esposa por teléfono —soltó a bocajarro mientras trataba de mantener la calma.

Karl miró a la mujer de melena roja. Recordó la primera vez que la había visto en el internado; seguía tan hermosa como entonces. Ni siquiera las arrugas ni las hebras plateadas en la sien le restaban un ápice de belleza.

—¿Qué sucedió, señorita Nûjen?

—Es señora Billengren, inspector —aclaró la mujer.

—Perdón. —Le sonrió, aunque ella apenas se dio cuenta—. Dígame entonces qué fue lo que le dijeron, señora Billengren.

Ella no le respondió.

—Cuéntale, cariño —la exhortó el exdirector frente a su repentino silencio.

—Era una voz masculina. Me dijo que tenía que pagar por mis pecados, por no haber ayudado a Thomaz cuando él me lo pidió. —En ese punto, la mujer se desmoronó sobre el pecho de su esposo—. ¡No debí encubrir lo que ocurría en el internado! ¡Si hubiese hablado a tiempo, tal vez, se habría evitado la tragedia!

Karl siempre había creído que tanto Billengren como su asistente habían optado por hacer la vista gorda antes que aceptar lo que pasaba tras los muros de Brandeby. No sabía si por negligencia o por temor a que los padres se enterasen y terminaran por retirar a sus hijos del internado. Sea cual fuere la razón, ahora el asesino quería hacerle pagar a Maria Nûjen por la falta de compromiso a la hora de defender a los niños más débiles de aquellos que los hostigaban constantemente.

—¿Le dijo algo más?

—No...

—¿Cuándo la llamó?

—Esta mañana, a la hora del desayuno —respondió Ulf.

Si Milo Ljumbark se ceñía a su *modus operandi*, la llamada la había hecho desde la casa de los Lundkvist. Después de pedirle a los Billengren que permanecieran en la comisaría por su propia seguridad, se organizó un operativo para allanar el lugar.

CAPÍTULO 34

Al día siguiente, reunida en la comisaría, la policía trazaba un plan para atrapar a Milo Ljumbark. Contaban con un gran punto a su favor: el asesino ignoraba que sospechaban de él, y aprovecharían esa ventaja para tenderle una trampa. El allanamiento en la casa de los Lundkvist había sido infructuoso. Tras registrar el lugar de arriba abajo, habían salido con las manos vacías. ¿Cómo era posible que no lo hubiesen encontrado todavía?

El inspector había decidido enviar a Maria a un hotel custodiada por dos agentes que tenían órdenes de no apartarse de ella por ningún motivo. Ulf Billengren, a pesar de que había insistido en acompañarla, acató el pedido de la policía de actuar con normalidad para no alertar al asesino y, como solía hacer habitualmente, viajó a una ciudad vecina por cuestiones laborales.

El plan consistía en atraparlo *in fraganti* para que el profesor no tuviese la mínima oportunidad de escapar, para ello, Vanja se había ofrecido a hacerse pasar por la señora Billengren. Karl no estaba convencido de que usarla de carnada fuese lo más práctico y se los hizo saber de inmediato. ¿Cuánto tardaría Ljumbark en darse cuenta que lo estaban engañando?

—El inspector tiene razón —afirmó la sargento Wallström mientras miraba a la detective de arriba abajo—. Maria Nûjen es una mujer de contextura pequeña, lo del cabello se puede solucionar con una peluca, pero eres demasiada alta, Vanja. Milo Ljumbark no es tonto y, ante cualquier error, podemos volver a perderle la pista. —Desvió la atención hacia su esposo—. Karl, hay otra alternativa al plan de Vanja, aunque no creo que estés dispuesto a aceptarla...

—¿Qué sugieres? —terció el teniente, impaciente por echar a rodar el plan.

Estaba casi seguro de que Ljumbark no tardaría en actuar, hacía cuatro horas que

había llamado a Nûjen y nunca había dejado pasar mucho tiempo entre las llamadas telefónicas y sus crímenes. Nina respiró hondo antes de responder, consciente de que su idea no sería tomada muy bien ni por su esposo, ni por Stevic.

—Ya tenemos a una pelirroja de características físicas similares a Maria Nûjen —soltó. Antes de que alguien pudiese objetar su propuesta, agregó—: Conociendo a Greta, estoy completamente segura de que aceptará de inmediato. Podemos camuflarla con su ropa y maquillarla para que parezca mayor.

Cuando se hizo un silencio generalizado, creyó que su plan de usar a la joven para engañar a Ljumbark les había parecido absurdo. Vanja fue la única que estuvo de acuerdo con ella. El teniente y el inspector, en cambio, se mostraron reacios a permitir una vez más que Greta se involucrase en un operativo policial de tanto riesgo. La sargento intentó convencerlos alegando que la pelirroja estaría en continua vigilancia y que, una vez que se instalara en casa de los Billengren y se hiciera pasar por la esposa del exdirector de Brandeby, permanecerían cerca para seguir cada uno de sus movimientos. El agente Bengtsson, desde lo técnico, instalaría un sofisticado sistema de cámaras y micrófonos para no perderla de vista en ningún momento.

Cerebritito bromeó diciendo que habría tantas medidas de seguridad en la casa que Greta se sentiría como si estuviese en Gran Hermano. Karl y Mikael intercambiaron miradas. Ninguno de los dos estaba de acuerdo con la idea de usarla como cebo para atrapar al asesino; sin embargo, y aunque les costara trabajo aceptarlo, el plan de Nina era bueno. Después de sopesar los pros y los contras del operativo, y a regañadientes, ambos terminaron por aceptar. Peter, acompañado de Vanja, partió de inmediato rumbo a la propiedad de los Billengren para instalar las cámaras cuanto antes. No había tiempo que perder; lo más probable era que Ljumbark atacase esa misma noche, por eso Mikael fue el encargado de acercarse hasta la librería para buscar a Greta. Llegó a Némesis precisamente cuando ella estaba a punto de cerrar, esperó en el interior del auto hasta que Lasse se fuera y la sorprendió cuando subía al apartamento. Ella se volvió cuando escuchó que alguien se acercaba. Sonrió al verlo.

—No avisaste que venías a almorzar —le recriminó. Pensaba conformarse con una ensalada de atún, pero dudaba de que él se quedase satisfecho con ese improvisado menú—. ¿Quieres que almorcemos en el hostel de la señora Hoffman?

Stevic no le respondió, se acercó y, tras respirar hondo, la miró directamente a los ojos.

—Greta... —La asió de la barbilla. Todavía estaba a tiempo de detener toda aquella locura, pero no fue capaz—. Dios sabe que jamás me hubiese prestado a poner en riesgo tu seguridad, pero, a veces, debemos disfrazar nuestros miedos para poder actuar frente a los demás. Me cuesta mucho asumir el hecho de que te necesitamos. —

Hizo una pausa antes de continuar—. Como teniente de la policía de Mora requiero de tu colaboración ciudadana. Estás en todo tu derecho de negarte, pero sé que no lo harás, por eso te imploro que, hoy más que nunca, no uses la cabeza y que, al igual que tu adorada *Miss Marple*, te dejes llevar por la intuición...

Greta no entendía nada. Desde que estaban juntos, era la primera vez que sentía que le hablaba como policía y no como su pareja.

—¿Qué tratas de decirme, Mikael?

Entraron al apartamento y le contó los detalles del plan. Ella lo escuchó con suma atención, lo interrumpía cada tanto con alguna pregunta, cuando le surgía alguna duda. Como si lo que estaba a punto de hacer fuese lo más natural del mundo, comentó que tendría que suspender la reunión del Club de Lectura de esa tarde y que alguien debería hacerse cargo de *Miss Marple* mientras ella estuviese fuera. Hasta último momento, Stevic guardó la esperanza de que Greta se rehusara a participar en el plan, pero, cuando ella respondió con un sí rotundo, supo que las próximas horas serían un infierno para él.

* * *

—¿Estás segura, Greta? —preguntó Vanja mientras la ayudaba a vestirse con un elegante *tailleur* color borravino que había extraído del armario de Maria Nûjen. Se encontraban en la oficina de Nina, que en las últimas horas se había convertido en un anexo del centro de comandos en donde ultimaban los detalles de la misión para que todo saliera según lo previsto—. Todavía puedes arrepentirte y volver a tu apartamento.

Greta sonrió, luego, miró por encima del hombro de su hermana para asegurarse de que nadie la oyera.

—No se lo digas a papá, pero todo esto me resulta muy emocionante.

La puerta se abrió de pronto, y Hanna ingresó a la oficina cargada de su kit de maquillaje. Había sido la propia Greta quien la había llamado. Si había alguien que podía conseguir que ella aparentara treinta años más, esa era, sin dudas, su amiga. Las dos rubias se miraron con cierta curiosidad. Era la primera vez que se cruzaban, aunque ambas conocían muy bien la existencia de la otra. La fotógrafa estaba celosa de que así, prácticamente de la nada, a su amiga le hubiese salido una hermana mayor. Ambas habían crecido como hijas únicas y eso las había convertido en las mejores amigas. No compartían la misma sangre; sin embargo, la pelirroja era para ella la

hermana que nunca tuvo y sabía que la pelirroja sentía lo mismo.

Vanja, por su parte, no pudo evitar experimentar un sentimiento muy parecido a la envidia mientras era testigo de cómo su hermana y la fotógrafa se reían juntas. Compartían un lazo más fuerte que el de la amistad y se preguntó si, algún día, Greta y ella se verían así de unidas. Apenas un cuarto de hora después, Greta estaba lista para cumplir con su rol. Hanna la había peinado y maquillado guiada por una imagen de Maria Nûjen que Nina le había alcanzado.

Cuando se presentó en el centro de comandos, donde la esperaban los demás, tanto su padre como el teniente Stevic se quedaron atónitos ante el cambio que se había obrado en Greta. El ajustado traje de dos piezas y el cabello recogido en lo alto de la cabeza le daban un aire de elegancia que no era usual en ella. Mikael se aproximó para contemplarla mejor. En el rostro le habían marcado algunas arrugas y el lunar que Maria Nûjen tenía debajo del ojo izquierdo. Esperaba que Milo Ljumbark no se acercase tanto como lo estaba haciendo él, porque todo se iría al demonio en un segundo. Iba a decirle algo, pero fue interrumpido por el agente Bengtsson.

—Greta, voy a colocarte esto aquí.

Le desprendió el primer botón de la chaqueta y metiendo la mano por debajo de la camisa, le enganchó un micrófono inalámbrico en la parte interna del sujetador. Las manos de Peter se movían por el pecho de la muchacha para poder trabajar con más comodidad.

—No te pases, Cerebritito —le advirtió el teniente, lo que provocó que el joven agente se ruborizara.

Le puso un receptor en la oreja y se alejó de ella hacia la mesa donde tenía el ordenador. Luego le pidió que dijese algo para probar el volumen.

—No seas cascarrabias, Mikael —bromeó Greta y le guiñó un ojo a Stevic.

—¡Mikael, Mikael! —chilló *Miss Marple* desde el interior de la jaula, lo que le provocó que todos riesen y se olvidaran por un segundo lo que estaba a punto de ocurrir.

Greta soltó un suspiro. La tensión que se respiraba en la comisaría solo lograba encresparle más los nervios. Quería aparentar tranquilidad por el bien de todos. Después de escuchar las indicaciones de Peter acerca del micrófono y del lugar de la casa en donde estarían ubicadas las cámaras de vigilancia, miró a Mikael con un gesto interrogante. Ni siquiera se había dado cuenta de que el inspector ya no estaba allí.

—¿Dónde se ha metido papá?

—En su despacho —respondió Nina—. Aunque al final estuvo de acuerdo con el plan, le preocupa demasiado lo que pueda pasarte. Quería ir a montar guardia con Stevic, pero logré convencerlo de que comandara el operativo desde aquí.

La joven no podía irse sin antes hablar con él. Salió para buscarlo y se topó con Karl en el pasillo. La miró con tanta intensidad, que empezaron a temblarle los labios. En ese momento, tenía ganas de echarse en sus brazos y no soltarlo más. De pedirle perdón por todos los disgustos que le causaba, de decirle cuánto lo amaba... Fue incapaz de dar un paso, sin embargo. Lo vio avanzar hacia ella como si el cuerpo le pesara una tonelada. Tragó saliva cuando le tomó el rostro entre las cálidas manos. Fue entonces que percibió el contraste con esa piel helada.

—Cuídate mucho, cariño. No cometas ninguna tontería, no sé qué sería de mí si algo te pasara. —Intentó sonreírle; sin embargo, no era sencillo para él dejarla ir—. Si algo va mal, de inmediato se lo dices a Bengtsson para abortar la misión, ¿me has entendido?

—Sí, papá. No quiero que te angusties, ya verás que todo saldrá bien. Atraparemos a Ljumbark y de una vez por todas vas a poder cerrar esa herida abierta que te dejó la desaparición de Thomaz...

—¿Estás haciendo esto por mí?

Ella asintió.

—Por ti, por Thomaz, por Harriet.

Karl ya no pudo contenerse más, la estrechó entre sus brazos mientras la besaba en la frente. Cuando Mikael vino a buscarla porque ya tenían que irse, le costó mucho alejarlos. En el estacionamiento, ellos también tuvieron que separarse. Esa noche, Greta se había convertido en Maria Nûjen y no podían arriesgarse a que el plan quedara al descubierto. Ella conduciría el auto de la mujer hasta su casa, mientras Stevic y Vanja la seguirían de cerca en el Volkswagen Scirocco de la detective. Nina no había tenido el coraje de dejar a su esposo solo, así que permaneció a su lado para supervisar junto a él y el agente Bengtsson el operativo policial. La lujosa propiedad de los Billengren estaba ubicada al sur del pueblo, en la calle Dössvägen. Greta se estacionó frente a la cochera y apagó el motor. Miró a través del espejo retrovisor y vio cómo el auto de su hermana pasaba a baja velocidad. Hacía, al menos, una hora que había anochecido y no llovía.

—¿Todo en orden?

Sonrió al escuchar la voz de Mikael a través del adminículo electrónico que llevaba en la oreja.

—Todo tranquilo, teniente —respondió ella mientras descendía del vehículo. Sabía que los demás, desde la comisaría, también seguían cada uno de sus movimientos, por eso agregó—. Estoy bien, nada de qué preocuparse.

En ese momento, un perro ladró en el interior de la casa.

—¿Qué fue eso? —preguntó el inspector.

—Al parecer, los Billengren tienen un perro. —Siguió avanzando por el sendero que conducía a la puerta principal. Conforme se acercaba, los ladridos se acentuaban —. No suelo llevarme bien con ellos, creo que cuando me huelen, huelen a *Miss Marple* —explicó y empezó preocuparse.

—Maria Nûjen se olvidó de mencionar al maldito perro —se quejó Karl—. El animal va a desconocerte y echará todo a perder.

—Espera a ver qué puedo hacer.

Abrió la puerta despacio, entonces, algo peludo pasó corriendo entre sus piernas. Era más pequeño de lo que imaginaba y parecía que lo único que quería era salir para hacer sus necesidades. Lo observó mientras levantaba la pata contra uno de los arbustos. Era un poodle color *champagne* que llevaba una abrigada capa de cuero negra sobre el lomo. No podía dejarlo afuera con aquella temperatura bajo cero; ahora, era su responsabilidad y, además, parecía simpático. Lo llamó, pero como no sabía el nombre, el perro no le hizo caso. Probó con un truco que, estaba segura, no fallaría. Recogió una rama del suelo, abrió la puerta de la cochera y la arrojó adentro.

—¡Vamos, perrito, ve por ella!

El animal paró las orejas, aunque la miraba con desconfianza. Greta no tuvo más remedio que buscar la rama para volver a intentarlo. La segunda vez, había estado a punto de lograrlo, pero, a último momento, el perro había conseguido escabullirse debajo del auto de su dueña.

—Greta, déjalo, es mejor que se quede afuera —pidió Mikael, quien observaba la escena desde el otro de la calle.

Ella, a pesar del riesgo que corría y de que se había hecho la promesa a sí misma de que haría con exactitud lo que la policía le ordenase, no obedeció. Volvió a insistir, con la rama, y, en el quinto intento, el perro por fin se metió en la cochera. Cerró la puerta para que no escapase y entró a la casa. Maria Nûjen le había contado a su padre cuál era su rutina diaria cuando llegaba del trabajo, así que corrió escaleras arriba hasta la habitación para ponerse un pijama. Peter había colocado cámaras de vigilancia en el salón, en los pasillos y en la cocina. ¿Habría una allí también? Estaba tan nerviosa cuando se lo había dicho, que ahora no podía recordarlo. Vaciló en quitarse en la ropa. Como si hubiese adivinado sus pensamientos, el agente Bengtsson le habló a través del audífono que tenía en la oreja.

—Hay una cámara encima del armario, puedes quitarte la ropa en el cuarto de baño, allí no he puesto ninguna —aseguró.

—Gracias, Peter.

Se metió en el cuarto de baño y salió unos minutos después con el pijama puesto. Cuando bajó al salón contempló el lugar a sus anchas. Se puso a husmear en la

biblioteca y merodeó un rato por el resto de la casa, se detenía por un segundo delante de las cámaras de vigilancia para tranquilizar a todos y saludaba con la mano. Regresó al salón; se dejó caer en el sillón. Podría haberse puesto a leer, ya que siempre llevaba un libro en el bolso, pero esa noche tenía que meterse en la piel de Maria Nûjen, quien por las noches pasaba el tiempo mirando televisión, mientras su esposo estaba fuera del pueblo. No supo hasta qué hora permaneció haciendo *zapping*, se aburrió porque no había ningún programa interesante con el que entretenerse. Se preguntó si Milo Ljumbark aparecería esa noche.

Se arrebuja en el sillón con uno de los almohadones y bostezó. Cuando Karl la vio que cabeceaba, le dijo que subiera a la habitación a echarse un rato. Ya era medianoche y, posiblemente, Ljumbark ni siquiera vendría. Ellos estarían alerta ante cualquier novedad. Greta no esperó que se lo dijera dos veces; abandonó el salón y se metió en el cuarto que Maria Nûjen compartía con su esposo. Apenas apoyó la cabeza en la almohada, se quedó profundamente dormida.

La despertaron los ladridos del perro. Aturdida, encendió la lámpara. Por un instante, fue incapaz de darse cuenta dónde estaba, hasta que escuchó la voz de Mikael que le hablaba a través del audífono.

—Greta, el perro parece inquieto. Voy a asegurarme de que todo esté en orden.

—¡No, espera, será mejor que vaya yo! —interrumpió ella mientras terminaba de despertarse—. Si Ljumbark está merodeando en las cercanías y te ve, todo el plan se viene abajo.

—Está bien, pero ten cuidado.

Con desgano, se levantó y se puso una bata encima. Mientras bajaba las escaleras, el maldito perro ladraba como un poseso, quizás exigiendo que lo dejaran entrar en la casa, ya que había visto que tenía su propia cama en un rincón de la cocina, junto a la estufa. Cuando llegó a la cochera, estaba en penumbras, y el poodle ya no ladraba.

—¿Perrito, dónde estás?

Empezó a moverse por el lugar, pero no podía ver bien por donde caminaba y no sabía dónde estaba el interruptor de la luz. Maldijo en voz alta por no llevar el móvil encima. ¿Dónde demonios se había metido el perro? Entonces, sintió una ráfaga de aire en el cuello y supo que ya no estaba sola. Alguien la sujetó del brazo, la obligó a retroceder sobre sus pasos. Cerró los ojos e imploró que fuese Mikael, quien, a pesar de que ella le había dicho que no lo hiciera, había decidido ir a ver por qué el perro de Maria Nûjen ladraba con tanto ímpetu.

—Al fin te tengo, zorra.

Greta permaneció en silencio. Milo Ljumbark la había tomado por sorpresa, se había metido en la casa sin que nadie lo viese. Sabía que en la cochera no había

cámaras de vigilancia, la única conexión que tenía con el exterior era el micrófono que llevaba enganchado en el sujetador. En un movimiento instintivo, se llevó la mano al pecho.

—Estás preparada para morir, Maria —le susurró al oído, lo que le provocó un escalofrío.

El miedo le impedía articular cualquier sonido. Ljumbark entonces la hizo girar, le apuntó con una linterna en la cara, y la luz la encegueció. Se quedó petrificado cuando descubrió que la mujer que tenía frente a él no era Maria Nûjen, sino Greta Lindberg.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

El profesor ni siquiera le dio oportunidad de responder la pregunta. Cuando vio el audífono en su oreja, se lo arrancó de un manotazo. Al sospechar que la policía le había tendido una trampa, le abrió la bata y encontró también el micrófono. Lo arrojó al suelo y lo pisoteó. La observó por encima de la linterna.

—¡Vaya, la policía ha hecho un buen trabajo! —Se mofó al verla de frente—. Te pareces mucho a ella.

Con la yema de los dedos, le quitó el maquillaje, borró también el lunar que Hanna le había dibujado debajo del ojo. Greta temblaba, y eso aumentaba la excitación del hombre.

—Déjame ir —suplicó. Esperaba que alguien del otro lado hubiese alcanzado a escuchar la voz de Ljumbark antes de que destruyera el micrófono. Le bastaba mirarlo a los ojos para darse cuenta de que el hecho de que ella no fuese Maria Nûjen no evitaría que la matase—. Hay policías rodeando la casa, no podrás salirte con la tuya.

Él soltó una carcajada y ejerció más presión alrededor de su muñeca.

—No se van a atrever a hacer nada, a menos que quieran que la adoraba hija del inspector Lindberg salga lastimada.

Con un rápido movimiento se colocó detrás de ella, la arrastró hacia el fondo de la cochera y terminó por empujarla sobre un sillón de madera. Cuando Greta miró hacia abajo, descubrió por qué el perro de Maria Nûjen había dejado de ladrar de repente. El pobre animal estaba tirado a pocos metros de ella, con la lengua afuera y los ojos abiertos.

CAPÍTULO 35

Cuando Peter confirmó que había perdido la señal del micrófono, se lo comunicó de inmediato al teniente Stevic. Karl le pidió que actuara con prudencia, no era necesario recordarle que la vida de su hija estaba en peligro. No tenían manera de saber qué estaba sucediendo en el interior de la cochera y, cualquier movimiento en falso, podía ser fatal para la joven.

—¿Cuál es tu idea? —quiso saber Vanja mientras Mikael verificaba que el arma estuviese cargada.

—Voy a entrar a esa casa como sea, si Ljumbark tiene a Greta en la cochera, podré llegar hasta ellos sin que se dé cuenta.

—Voy contigo.

El teniente vio que ella ya tenía su arma en la mano.

—¿La has disparado alguna vez o sola la llevas solo para evitar que alguien se te acerque?

—Sé disparar, aunque nunca tuve la necesidad de hacerlo —respondió—. Voy a ir contigo, Mikael. No pienso quedarme aquí a esperar, mientras mi hermana está en poder de ese loco. Él asintió. No tenía caso negarse, sin dudas, Vanja había heredado la terquedad de los Lindberg. Le avisó a Karl que estaban a punto de intervenir. Cuando el inspector sugirió enviar refuerzos, él se negó. Alegó que hasta que no supieran cómo estaba realmente la situación, no podían llenar el lugar de policías. Hacerlo, solo pondría en riesgo la seguridad de Greta. Milo Ljumbark estaba dispuesto a todo. No se lo dijo a Karl para no angustiarse más, pero sospechaba que ahora que había perdido a Maria Nûjen, nada le impedía al profesor continuar con su macabro plan y utilizar a Greta para vengarse de él.

Llegaron hasta el porche, y Mikael tomó la delantera. Aunque todas las luces

estaban encendidas, en el interior de la casa reinaba el más absoluto de los silencios. Atravesaron el salón en dirección a la cochera. Por debajo de la puerta se filtraba una luz en constante movimiento, por lo que dedujeron que Ljumbark llevaba una linterna. Pegados a la pared, se fueron a acercando cada vez más. Cuando escucharon la voz desesperada de Greta, Stevic le hizo señas a Vanja de que se quedara quieta.

* * *

—¿Qué le has hecho? —gritó Greta al ver al poodle muerto.

—Lo que le hago a todo aquel que interfiere en mis planes —sentenció.

—¿Por eso te deshiciste de Harriet Wozniak? ¿Para evitar que hablase? Sé cómo hiciste para burlar a las cámaras de vigilancia —afirmó y lo desafió abiertamente con la mirada. Con sujetos como él, lo peor era mostrarse asustada. Tenía que ser más inteligente y no seguirle el juego, sino llevarlo a su propio terreno—. Te disfrazaste, y nadie en la residencia se dio cuenta. Uno de los ancianos oyó a Harriet hablar con un hombre, por eso nadie buscaba a una mujer. Harriet no tenía que morir...

—En eso, estoy de acuerdo contigo, Greta. Aunque no me creas, me dolió su partida. Ella no estaba en mi lista de víctimas. Es más, Harriet fue la única persona en Brandeby que de verdad se preocupaba por nosotros. Pero tuve que eliminarla para inculpar al reverendo Erikssen de su muerte. Cuando supe que la visitaba en la residencia a menudo, comprendí que mi venganza en contra de Ville se llevaría a cabo de un modo diferente. No iba a matarlo como a los demás, la cárcel y el escarnio público eran el mejor castigo para él.

—¿Por qué lo odias tanto? ¿Es por lo que le hizo a Thomaz?

El rostro de Milo se transformó. Había una gran ira contenida en su mirada.

—Lo sabes...

Greta asintió.

—Él mismo me lo confesó.

Se quitó las gafas para restregarse los ojos. Ella se movió con la intención de aprovechar ese instante de distracción, pero él fue más rápido y sacó una pistola de la parte trasera de sus pantalones.

—¡Quieta! —ordenó mientras le apuntaba directamente a la cabeza.

Ella tragó saliva. Miró hacia la puerta, esperaba que hubiese alguien del otro lado. Mientras, intentaría ganar tiempo haciendo lo que mejor sabía.

—Lo que pasó hace más de treinta años fue terrible, Milo —aseveró, lo llamó por

su nombre de pila para crear un vínculo con él—. Thomaz fue la víctima inocente de una travesura de unos niños que solo buscaban llamar la atención.

—¿Travesura? —se burló él—. Ville Erikssen era malvado y odiaba a Thomaz. Desde el primer día en el internado se encargó de hacerle la vida imposible, yo era el más pequeño, pero no sé por qué eligió acosarlo a él. Tal vez, se aprovechó de su debilidad o quizá Thomaz le recordaba demasiado a como era él antes de llegar a Brandeby. Ville provocó la muerte de su madre; su padre terminó por odiarlo por lo que había hecho. Esa noche, yo no quería ir con ellos. No estaba de acuerdo con lo que pretendían hacer, pero Ville envió a Kasper a mi habitación para obligarme a participar de la broma que querían gastarle a Thomaz. Él nos suplicaba para que lo dejáramos salir, gritaba que tenía miedo a la oscuridad, pero a Ville y a los demás no les importó. —Comenzó a mover la cabeza—. Yo también estaba muy asustado, no entendía bien qué pasaba, apenas tenía seis años. Luego, al día siguiente, cuando descubrimos que Thomaz había muerto, todos entraron en pánico, y yo terminé por orinarme en los pantalones. Después de esa noche, empezaron las pesadillas. Thomaz se me aparecía en sueños, me decía que no me culpaba porque sabía que estaba tan asustado como él.

—¿Qué más te decía Thomaz?

Milo se quedó viéndola. Por un segundo, tuvo la sensación de que el tiempo no había pasado y de que la mujer que tenía enfrente era Maria Nûjen, la misma que, cuando él le había contado que los niños más grandes del internado lo molestaban, simplemente había optado por no hacerle caso.

—Que todos los que habían participado en su muerte debían pagar. Cada noche era lo mismo, una y otra vez, veía sus ojos temerosos, lo escuchaba llorar y terminaba por prometerle que un día me vengaría en su nombre.

—Y ese día llegó, más de tres décadas después —repuso Greta, que hacía un esfuerzo para tratar de entender lo que había en la mente del profesor. Por momentos, parecía que le hablaba como ese niño de seis años al que habían obligado a formar parte de una broma macabra que terminó por convertirse en un infierno para él y los demás en Brandeby—. ¿Por qué esperaste tanto tiempo para cumplir la promesa que le habías hecho a Thomaz?

—Durante muchos años, fui capaz de comportarme como un hombre normal, gracias a las sesiones de terapia a las que asistía una vez por semana. —Sonrió con amargura—. Las pesadillas desaparecieron, y el deseo de venganza quedó enterrado en mi memoria. Por un tiempo incluso fui feliz, pero, hace unos meses, me encontré de casualidad con Kasper Høgh durante un viaje a la capital. Me dijo que la culpa ya no lo dejaba vivir y que pensaba contar lo que había sucedido con Thomaz en el

internado. Fue en ese preciso instante en que todo lo que creía olvidado volvió a la superficie. No podía permitir que la confesión lo liberara de la culpa, lo ayudara a expiar lo que había pasado. Por eso lo llevé a la azotea de ese edificio. Lo tuve cautivo durante un día antes de deshacerme de él.

—Fue entonces que le tatuaste la mariposa en el tobillo.

—Sí, de alguna manera, y a través de las mariposas que tanto amaba, Thomaz estuvo presente en cada una de las muertes. Sé que él me guiaba desde el más allá para perpetrar su venganza. —Se encogió de hombros—. Después del primer crimen, simplemente ya no pude detenerme. Robert Lipponen fue el segundo elegido. Antes de morir, Kasper me había dicho que la idea de encerrar a Thomaz en el sótano no había nacido de Ville, sino de Robert. Supe en ese momento que sería el próximo.

—Con él fuiste más osado, dejaste su cuerpo en la que había sido la habitación de Thomaz. Chantajeaste a Claes Friberg para que te consiguiera las llaves del lugar. La policía estuvo allí, registró la casa de arriba abajo, pero no encontró nada. Sin embargo, yo sé que estuviste todo el tiempo escondido detrás de las paredes del viejo internado, planificando tu venganza —lanzó a tuestas, para ver si acertaba con lo que acababa de deducir.

Ljumbark sonrió satisfecho, se regodeaba con su ingenio.

—Admiro tu poder de deducción, Greta. Siempre tan sagaz, como los personajes de las novelas que lees. En efecto, cuando decidí empezar con todo esto, me oculté en la casa de los Lundkvist. Conocía muy bien el lugar, cada recoveco y cada habitación. Después del incendio, los nuevos dueños hicieron algunas remodelaciones. Estudié cada palmo de esa vivienda y conseguí los antiguos planos de Brandeby en el ayuntamiento. Fue entonces que descubrí que una de las habitaciones de la planta baja había quedado clausurada. Continuaba allí, aunque nadie pudiese verla.

—El escondite perfecto...

—Así es, Greta. Estar allí servía a mis propósitos; quería causar el mayor impacto posible y que, cuando el inspector Lindberg viese el cadáver de Robert en la habitación donde dormía Thomaz, de inmediato relacionara su muerte con lo que había pasado esa noche de invierno de 1980.

La joven no se había equivocado al asegurar que la intención del asesino era enviar un mensaje. Ahora confirmaba que estaba dirigido a su padre.

—Y ahora, de imprevisto, se me presenta la oportunidad de vengarme por su incompetencia. —Acercó la pistola al rostro de la muchacha y apoyó el cañón en la mejilla derecha—. Vas a pagar por los pecados de tu padre, Greta.

—¿Vas a dispararme así sin más? —lo desafió, al tiempo que levantaba considerablemente el volumen de la voz con la esperanza de que la estuviesen

escuchando—. ¿Qué hay de las mariposas de Thomaz? ¿Vas a tatuarme una o tienes otros planes para mí? No te imagino improvisando, Milo...

Él no dijo nada, las palabras de la joven parecían haberlo confundido.

—Matarte a ti no estaba en el libreto original —manifestó mientras la miraba desde arriba con el poder que le otorgaba apuntarle a la cara con una pistola—. Mi plan era deshacerme de Maria Nûjen esta noche, pero no me importa cambiar de planes; después de todo, el inspector Lindberg sufriría los estragos de mi venganza tarde o temprano. ¿Qué mejor manera de hacer que pague por no haber podido descubrir lo que pasó con Thomaz que arrancándole la vida a su propia hija? Es una pena, Greta, al igual que la pobre de Harriet, tú también me caías bien.

Milo entonces apartó la pistola de ella por un segundo.

—¡No lo hagas! —imploró Greta.

Fue en ese preciso instante, después de oír la desesperada súplica de la pelirroja, que Stevic decidió entrar en acción y puso en riesgo su vida para salvar la de ella. Derribó la puerta de una patada e irrumpió en la cochera. El profesor se giró hacia él con rapidez. Por una milésima de segundos, se miraron a los ojos. Inmediatamente después, se oyó un disparo. Greta observó horrorizada como el cuerpo del teniente se desplomaba en el suelo. Sin importarle su suerte, corrió hacia él y cayó de rodillas a su lado.

—¡Mikael, no! —gritó mientras se le arrojaba encima. Empezó a sacudirlo, pero él no se movía. Cuando le tocó el torso, las manos se le empaparon con la sangre que manaba de la herida. La bala le había dado en el estómago, y Greta no sabía cómo hacer para detener la hemorragia—. ¡Por favor, que alguien me ayude!

Miró hacia la puerta, con la esperanza de que Vanja viniese a rescatarlos; sin embargo, nadie apareció. Cuando la mano de Milo Ljumbark se cerró alrededor de su brazo y la levantó en el aire, comprendió que todo estaba perdido.

—¡Muévete!

Tuvo que arrastrarla porque la muchacha no quería separarse del cuerpo inerte del teniente.

—¡Te lo ruego, Milo, no dejes que muera! ¡Es a mí quien a quieres!; ¡soy yo la herramienta que necesitas para vengarte de mi padre! Mikael no tiene nada que ver en todo esto —rogó en un último intento por hacerlo entrar en razón.

—¡Te dije que te movieras, maldita zorra!

Greta ni siquiera se inmutó cuando sintió el cañón de la pistola en la nuca. ¿De qué le valía luchar por su vida si Mikael se moría a sus pies y ella no podía hacer nada para salvarlo? Con los ojos nublados por el llanto, le echó un último vistazo antes de que Milo la sacara a empellones de la cochera. Seguía sin moverse. La sangre fluía

con tanta intensidad que había teñido de rojo ese suéter blanco que él adoraba y que había sido un regalo de su madre.

Ljumbark la condujo a toda prisa por el pasillo que llevaba al salón. Una mano la sujetaba del brazo, mientras la otra sostenía el arma contra su garganta. La pelirroja tenía los músculos entumecidos por la tensión como para intentar zafarse de su agarre; de todos modos, sabía que, ante cualquier movimiento extraño, él no dudaría en apretar el gatillo. Ya no temía por su vida, solo quería conseguir asistencia médica para Stevic.

—Milo, por favor, deja que llame a una ambulancia —insistió—. Puedes hacer conmigo lo que quieras, pero no permitas que Mikael muera. Él no es parte de tu venganza.

El profesor se detuvo de repente y la obligó a girar. La taladró con sus ojos oscuros mientras respiraba con agitación. La joven vio la locura instalada en esa mirada.

—Algunas veces, las cosas nos salen como la planeamos, Greta. Surgen imprevistos que amenazan nuestros propósitos. —Una sonrisa malévola le desfiguró aún más el rostro—. El teniente Stevic trató de impedir que llevase a cabo mi venganza, y es justo que, ahora, deba morir, ¿no te parece?

El miedo paralizó a la muchacha. Se negaba a creer que había perdido a Mikael a manos de aquel lunático.

* * *

Vanja seguía oculta entre las sombras, esperaba el momento oportuno para actuar. Sabía que el tiempo corría en su contra; Stevic había recibido un balazo y se desangraba en la cochera. Desde su posición, apenas a unos pocos metros de distancia, podía ver que Ljumbark apuntaba a Greta en el cuello con la pistola. No le había mentado al teniente cuando le había dicho que sabía disparar; sin embargo, en los años que llevaba como detective privado, jamás se había visto en la necesidad de desenfundar su Beretta, ni siquiera para amenazar a alguien. Pero ahora, la situación era diferente. La vida de un hombre dependía de ella, su propia hermana podía salir seriamente lastimada si ella no intervenía.

Los refuerzos no tardarían en llegar. Estaba convencida de que el inspector Lindberg haría oídos sordos a las indicaciones del teniente de esperar a ver cómo estaba la situación en la casa antes de intervenir. Aun así, aprovecharía el primer

descuido del asesino para entrar en acción. Y ese momento llegó cuando Milo empujó a Greta hacia adelante, lo que provocó que ella trastabillara con la alfombra.

—¡Ljumbark, quieto o disparo! —gritó Vanja mientras le apuntaba con la Beretta a la altura del pecho.

Su dedo apretaba con suavidad el gatillo. Tan solo un par de metros la separaban del asesino. La reacción del profesor llegó tarde. Cuando arremetió contra la pelirroja para utilizarla de escudo, un segundo disparo retumbó en la casa. Esta vez, fue el cuerpo de Milo el que se precipitó al suelo. La bala le había perforado el corazón y, en apenas unos segundos, murió. Aturdida por el estruendo y con las piernas temblorosas, Greta logró levantarse. Tambaleándose, corrió hacia la cochera. Se arrodilló junto a Mikael y le acomodó la cabeza en el regazo. Empezó a peinarle el cabello con los dedos, sin darse cuenta de que, todavía, tenía las manos manchadas con su sangre.

Vanja observaba conmovida al hombre que yacía delante de ella, con los ojos abiertos y la boca torcida en un gesto macabro. La pistola humeaba y le quemaba las manos. La dejó caer al suelo. El llanto desgarrador de Greta fue lo que la trajo de regreso a la realidad. Entonces, con la poca lucidez que le restaba, se comunicó con la comisaría para que enviaran una ambulancia lo antes posible. Fue hasta la cochera para acompañar a su hermana. Se arrodilló junto a ella y le puso la mano en el hombro. La condición de Stevic era desesperante. Había perdido mucha sangre y seguía sin recuperar el conocimiento. Ahora que la pesadilla por fin había terminado, esperaba que Mikael no pagase el precio más alto. Soltó todo el aire contenido en los pulmones cuando escuchó el ulular de las sirenas que se acercaban a la casa.

EPÍLOGO

Unas semanas después.

Sin dudas, despertar al lado de una mujer hermosa, en un lugar idílico como Sandhamn, era un privilegio que solo podían disfrutar unos pocos, y el teniente Stevic, después de insistirle a Greta para que aceptara, por fin, su invitación, había conseguido su propio pedazo de paraíso. La contempló mientras dormía a sus anchas, ocupaba el centro de la cama. Habían llegado hacía dos días, y el plan era quedarse una semana entera para disfrutar de la isla. No tenían nada de que preocuparse: habían dejado a *Miss Marple* al cuidado de Karl, y Lasse se encargaría de Némesis durante su ausencia.

Después de la internación, período durante el que la pelirroja se había negado a separarse de su lado, habían terminado con la mudanza y, cuando regresaran al pueblo, planeaban instalarse en la nueva casa. Ella deseaba organizar una fiesta para celebrar que oficialmente empezaban a convivir bajo el mismo techo, y él no había podido decirle que no. Últimamente, no era capaz de negarle nada. No sabía si atribuirlo al balazo que había recibido y que casi acabó con su vida o al hecho de que había estado a punto de perderla por la locura de Milo Ljumbark.

Levantó las sábanas y se tocó la cicatriz que le había dejado la herida de bala. Ya no le dolía, pero sería un recuerdo permanente de lo que había ocurrido esa noche en casa de Maria Nûjen. Ljumbark había muerto en el lugar, luego de que Vanja le disparase un tiro certero al corazón. Esa oportuna intervención había salvado la vida del teniente y la de Greta. Vanja había regresado a Sandviken un par de días más tarde, después de que los doctores del hospital aseguraran que él se encontraba fuera de peligro. Antes de su partida, Karl pudo conseguir una promesa de su parte de que volvería a Mora para pasar la Navidad con ellos; Greta, en cambio, había sido menos sutil y le había lanzado un ultimátum: si no cumplía con la promesa, ella misma iría a

buscarla.

Mikael sabía cuánto le entusiasmaba la idea de celebrar la primera Navidad con Vanja. Ahora, que había asimilado por fin la idea de que tenía una hermana, ambas se habían jurado pasar el mayor tiempo posible juntas. Decisión que provocó que el inspector Lindberg estuviese todo el día con una sonrisa en los labios.

La investigación por los homicidios fue oficialmente cerrada después de que se comprobase que Milo Ljumbark era el culpable. La pelirroja le había contado que valiéndose de los mismos planos que Ljumbark había conseguido en el ayuntamiento, habían logrado dar con su escondite. Lo que habían encontrado en la habitación secreta del viejo internado explicaba por qué la casa del asesino parecía que llevaba tiempo vacía. Descubrieron que él vivía allí desde que había empezado con su plan de venganza, que pretendía consumir en nombre de Thomaz Roth. Entre sus pertenencias, habían encontrado la peluca y la gabardina blanca que había usado para entrar a la residencia de ancianos sin levantar sospechas. También un frasco con restos de adenosina, sustancia con la que había asesinado a Harriet Wozniak y sometido a Robert Lipponen, al paralizar su cuerpo para poder manipularlo a su antojo.

Junto a un kit de tatuaje profesional, había un ejemplar de *La paciencia de la araña*, novela del autor italiano Andrea Camilleri. Greta había comentado que su prima Julia, quien era alumna de Ljumbark en la Mora Folkhögskola, había comprado el libro en Némesis. Luego, supieron que estaban trabajando con la novela en las clases de Literatura. Parecía un detalle sin importancia que no se relacionaba con las muertes; sin embargo, cuando se descubrió que la mascota de Milo era una tarántula, la novela de Camilleri cobró otro significado.

Había sido Karl quien la había encontrado muerta en su terrario, y no cabía duda de que el propio dueño la había dejado morir al quitarle la placa térmica que le procuraba al arácnido una temperatura agradable durante la época invernal. Y fue Greta quien sugirió la teoría de que Milo Ljumbark cazaba a sus presas de la misma manera que las arañas atrapan a las mariposas en su trampa. Las atraían a su telaraña para aniquilarlas con veneno. La joven se desperezó bajo las sábanas y, al girar hacia él, descubrió que la miraba.

—¿Cuánto haces que estás despierto?

El teniente le sonrió.

—El tiempo suficiente para contemplarte sin ningún tipo de interrupciones y darme cuenta de lo afortunado que soy por tenerte en mi vida.

Esa confesión matutina la dejó sin palabras. Después del infierno que había padecido a manos de Milo Ljumbark y de la angustia de no saber si Mikael lograría salvarse, estaba con las sensaciones a flor de piel y no tardó en echarse a llorar.

—No llores, pelirroja, lo peor ya pasó —pidió y le secó las lágrimas con la yema de su dedo pulgar.

La muchacha se aferró a él y apoyó la cabeza en su pecho. De inmediato, apartó la vista de la cicatriz que le había dejado la bala justo al lado del ombligo; no se acostumbraba a que estuviera allí. Stevic se dio cuenta y la cubrió con las sábanas.

—No sé qué hubiese hecho si te perdía... —balbuceó mientras enredaba los muslos a las piernas masculinas.

Parecía que ya nunca más iba a soltarlo. La experiencia traumática que ambos habían atravesado había fortalecido su relación. Para Mikael, era imposible imaginarse la vida sin ella, y sabía que Greta sentía lo mismo.

—¿Cómo crees que les estará yendo a mis queridos suegros con *Miss Marple*? —preguntó para animarla.

La pelirroja respiró hondo.

—Ayer, cuando hablé con papá, me dijo que ha vuelto a hacerse dueña de la casa y que Nina es quien se lleva la peor parte porque le picotea las plantas.

«Lora ladina», pensó él mientras dejaba escapar una carcajada. Sentía pena por su compañera: ahora le tocaba a ella lidiar con los celos de *Miss Marple*.

—Papá también me contó que el reverendo Erikssen finalmente decidió hacer público su romance con Telma. Se presentó de la mano con ella durante la celebración de Santa Lucía. ¡Dice que Pernilla se puso roja de la vergüenza cuando los vio juntos!

—Bueno, tal vez, sirva para, a partir de ahora, aprender a ser un poco más discreta —repuso el teniente y le sopló el flequillo.

Greta dudaba de que una mujer chismosa por vocación como Pernilla Apelgren supiera lo que era la discreción. Ni siquiera el hecho de que su propia sobrina fuese el foco de los chismes en el pueblo impediría que siguiese con su costumbre de entrometerse en la vida de los demás. La conversación giró, luego, hacia temas más agradables, como la fiesta que la joven planeaba organizar para celebrar la convivencia apenas regresaran al pueblo y lo entusiasmada que estaba por empezar con las remodelaciones en la librería. Ella hablaba sin parar. Que había que cambiar el color de las paredes, que tenían que comprar cortinas más vistosas y muebles más acordes con la nueva decoración...

Él no se animaba a interrumpirla. Así que, empezó a acariciarla para darle a entender que tenía otros planes para el resto de la mañana. Solo había una manera para que la pelirroja cerrara la boca. Mikael la tomó por sorpresa al besarla con tanta intensidad que la dejó sin aliento. Y por supuesto, Greta no opuso ninguna resistencia.



LENA SVENSSON. Nacida en Argentina (1974), es uno de los seudónimos que se esconde detrás de la autora Andrea Milano, quien también escribe usando los seudónimos de Breeze Baker y Sienna Anderson.

Lena es una apasionada de la lectura, del cine, la fotografía y el diseño. Ama escribir y su mayor sueño ha sido siempre ver publicadas sus obras, sueño que se realizó hace ya unos años cuando se publicó su primera novela en el sello La Educación Sentimental de Editorial Vestales.

La redención y la muerte es su primera novela publicada con el seudónimo de Lena Svensson, además de ser una novela que se sale de todos los géneros que la autora ya ha transitado. Con esta historia, Lena nos trae una novela negra ambientada en la fría y enigmática Suecia con una protagonista diferente, Greta Lindberg que seguramente no pasará desapercibida a sus lectores.

Un año más tarde, llega el segundo caso de Greta Lindberg; *El cazador y la presa*, donde la autora dialoga con otros autores de la novela negra para construir en Mora la mejor tradición policial escandinava: inteligente, cruel, lleno de acción y hasta con una ligera candidez.

El ángel y el infierno nos trae otra trama perfecta para el tercer caso de Greta Lindberg: sagaz, irreverente, llena de guiños a otros autores de misterio. Una trama que transita el sutil borde entre la serenidad de un ángel y la eclosión del infierno.

Lena Svensson continua la serie con *La araña y la mariposa*, una nueva trama para el cuarto caso de Greta Lindberg.